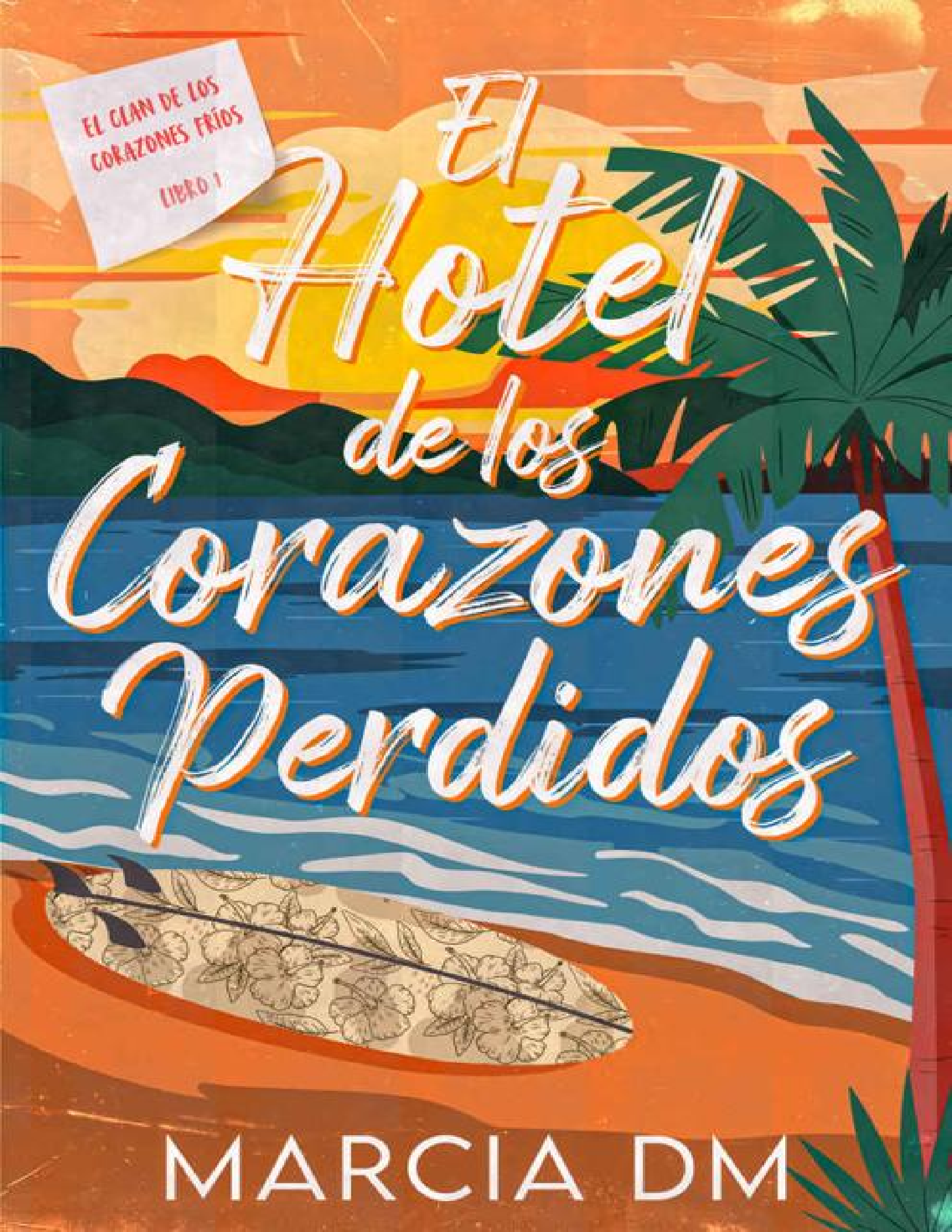

EL CLAN DE LOS CORAZONES FRÍOS
LIBRO 1
El Hotel de los Corazones Perdidos
MARCIA DM

El hotel de los corazones perdidos

EL CLAN DE LOS CORAZONES FRÍOS.

MARCIA DM



© 2025 por Marcia DM

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña de un libro.

Portada: Books&Moods

Editora: Natalia Ortega

Para mi clan de lectoras adictas, este libro tiene todo lo que amamos, sí, inclusive eso que te gusta y no se lo quieres decir a nadie.

"Leer es el mayor viaje, donde cada página es un mapa y cada historia un tesoro esperando ser descubierto."

Ethan Shadow.

Índice

Introducción

1. Astrid
2. Blas
3. Astrid
4. Blas
5. Astrid
6. Astrid
7. Blas
8. Astrid
9. Blas
10. Astrid
11. Blas
12. Astrid
13. Blas
14. Astrid
15. Blas
16. Astrid
17. Blas
18. Astrid
19. Blas
20. Astrid
21. Blas
22. Astrid
23. Blas
24. Astrid
25. Blas
26. Astrid
27. Blas
28. Astrid
29. Blas
30. Astrid
31. Blas

32. Astrid
33. Blas
34. Astrid
35. Blas
36. Astrid
37. Blas
38. Astrid
39. Blas
40. Astrid
41. Blas
42. Astrid
43. Blas
44. Astrid
45. Blas
46. Astrid
47. Blas
48. Astrid
49. Blas
50. Astrid
51. Blas
52. Blas
53. Astrid

Epílogo
Epílogo

¡Aloha, querida huésped del Lani Vista!
Agradecimientos
Otras Obras de Marcia DM
Acerca de la Autora

Sinopsis



El día que Astrid descubrió que el hombre más insoportable del mundo también era el dueño de su corazón, ya era demasiado tarde.

Cuando llegó a Maui, nunca imaginó que el hotel Lani Vista sería mucho más que un refugio: se convirtió en su hogar, su familia… y su nueva prueba de fuego. Porque ahora tiene que trabajar codo a codo con el cruel Blas Henderson Morris. Un hombre testarudo, insoportable y completamente fuera de lugar en esta isla paradisíaca.

Blas no quería el Lani Vista, ni su carga emocional. Pero un testamento lo obliga a quedarse un año antes de poder venderlo.

Lo que tampoco esperaba era encontrar en el hotel un intercambio de mensajes con alguien anónimo, alguien que parece conocerlo mejor que él mismo. Lo último que imagina es que esa persona podría ser Astrid, la gerente del hotel que logra irritarlo… y que lo atrae como nadie más.

Entre rumores venenosos, verdades ocultas y una conexión que crece entre palabras y miradas, Astrid y Blas descubrirán que algunas cosas no se pueden planear. Como el amor. Pero, ¿tendrán el valor de enfrentar los secretos cuando salgan a la luz?

El hotel Lani Vista te espera,

¡Aloha!



El hotel Lani Vista le da la bienvenida:

Querida huésped:

En cuanto cruce nuestras puertas, prepárese para una estancia única donde encontrará *un poco de todo*:

- **Jefes malhumorados** que deberían venir con manual de instrucciones (pero no lo tienen).
- **Gerentes optimistas** que intentan mantener todo a flote… con o sin ayuda.
- **Secretos** que parecen salir del minibar cuando menos se lo espera.
- **Cartas perdidas** que podrían romper su corazón o, peor aún, su Kindle.
- **Traumas pasados** que se manejan mejor con un cóctel en mano.
- Y, claro, **escenas calientes** que ni las olas del Pacífico podrían enfriar.

Así que relájese, disfrute de su estadía.

Con cariño (y un toque de caos),

El equipo del Lani Vista.

LANI VISTA
HOTEL

Astrid



Ya no hay uña que morder.

Es pura piel y una de las recepcionistas me mira de soslayo con un poco de asco, debería detenerme.

No es una opción, este es el día que temía que llegase, el día del anuncio. El nuevo dueño del Hotel Lani Vista, mi lugar de trabajo desde hace tres años, está aquí.

No es solo que temo al nuevo jefe. Es lo que su llegada puede significar: despidos, cambios, o peor aún, perder el hogar que he encontrado en este hotel… ¿y si este hombre nuevo lo destruye todo?

Estamos todos reunidos en el gran corredor; frente a nosotros, la puerta tras la cual ocurre una reunión sumamente importante.

El nuevo jefe está hablando con Bertha, la gerente del hotel desde hace mil años. Ella conoce cada rincón de este lugar, cada marca en el suelo de madera, cada palmera y hasta cuántas copas de cristal tiene el hotel.

Sí, Bertha tiene todo esto domado, no sé por qué me preocupo, la conozco bien, ya que fui su asistente durante estos años y estoy segura de que se ganará al nuevo dueño en menos de un segundo, como hizo con todos nosotros.

—¿Lo has visto ya? —susurra la recepcionista, Alice.

Le gusta el chisme, como a mí me gusta el helado de chocolate. *Mucho.*

—No, ¿por qué? —contesto al mismo volumen sin despegar mis ojos de la puerta blanca.

A nuestro alrededor el resto del personal espera ansiosamente el anuncio, nadie está listo todavía para reemplazar a Chester.

¿Quién es Chester?

Para Oscar, el chef, era el crítico más entusiasta de su cocina. Para Wally, el encargado de mantenimiento, el hombre que lo ayudó a salir de sus adicciones dándole trabajo.

Chester era como un abuelo o un padre, alguien que transformó mi vida. Los jueves jugábamos póker y hablábamos de todo: cómo curar un helecho sin pesticidas o cuál es el mejor lugar de la isla para enterrar un cuerpo según el tipo de suelo y plantas que lo rodean, lo típico.

Chester era alguien que me prohibió pasar la Navidad sola una vez, diciendo que era de los pocos días del año que uno necesitaba compañía. Él era un gran creyente de que la soledad no siempre era mala, simplemente que no todo el mundo estaba dispuesto a convivir con ella.

Oh, también el detalle de que Chester es… *era* el dueño del hotel Lani Vista, uno de los hoteles históricos de la isla de Maui.

—Dicen que está buenísimo —continúa Alice—. De los nietos de Chester, este es el que menos tiempo pasa con la prensa, por eso no hay muchas fotos de él.

Yo vi una foto una vez. La tenía Chester en su pequeña casita que construyó en la azotea del hotel hace muchos años. Era un niño flacucho, a orillas del mar, pretendiendo flexionar los brazos para parecer más fuerte.

No he vuelto a pisar ese lugar desde esa fatídica noche.

—No lo sabía —*ni me importa*, respondo al mirar la puerta de nuevo, no se escucha un solo ruido saliendo de allí.

Llenar los zapatos de Chester no será tarea fácil, eso seguro.

Lani Vista no es un hotel más en Maui, tiene algo especial, ese no sé qué, que a veces sentimos y no podemos explicar.

Los huéspedes aseguran que estar en Lani Vista se siente como llegar a casa, pero una casa donde las preocupaciones se quedan en la puerta y cada día es un sueño tropical hecho realidad. Una

semana aquí es suficiente para alimentar sus anhelos durante todo el año.

Yo simplemente estoy feliz de ser parte de este equipo y de vivir en una de las islas más hermosas del mundo, eso último ayuda también, no lo voy a negar.

Somos todos un gran ecosistema, los y las recepcionistas, los mozos, los chefs, los de limpieza, el botones, el conserje y hasta Kai, el chico de animación.

Bertha es nuestra gran guía, por eso debo recordarme que todo saldrá bi…

La puerta se abre.

No se abre normal, se abre con furia y Bertha aparece con sus ojos inflamados, su rostro mojado y una lágrima corre por su mejilla, arrastrando una línea negra de rímel.

A todos se nos borra la sonrisa de un hondazo.

Suelta un sollozo angustiante y profundo y sale corriendo.

¡Corriendo!

Bertha tiene problemas de cadera, correr no está dentro de sus actividades favoritas. Joder, ¡¿qué demonios acaba de pasar?!

Vuelvo a morder la uña, la última que queda viva.

Del despacho sale alguien, una figura esbelta, demasiado alto para mi gusto quizás, con un traje a medida que condice con la humedad y el clima de Maui.

Por un instante, olvido cómo respirar, es una especie de Dementor pero muy sexy.

Su pelo meticuloso y a la moda es negro como la noche, su mandíbula del tipo superhéroe, esculpida y fuerte, y esa sombra de barba… bueno, digamos que debería venir con un aviso de "zona de alto riesgo, no tocar".

Joder, esos hombros pueden sostener a Kai, y Kai es masivo.

Alice baja mi mano de la boca sin mirarme, sus ojos están puestos en el Dementor.

No se escucha ni una mosca, nadie respira.

Todo está paralizado.

Antes de hablar, suspira con irritación.

—¿Quién cojones sabe manejar este hotel? —Mira a todo el equipo con ojos aburridos, ¿o son desalmados? No consigo distinguirlo desde el fondo y no soy la persona más alta de este lugar.

Nadie responde.

Yo los miro, esperando ver brazos en alto, estoy segura de que más de uno aquí quiere el puesto de Bertha. Sé que yo lo quiero, pero…

—¿Nadie? ¿Sois todos ineptos en este lugar? —vuelve a preguntar. Su voz grave resuena por todo el lugar.

Hazlo.

Hazlo.

Es tu momento, era eso o esperar a que Bertha se jubilara, y no se veía en sus planes inmediatos.

Levanta la mano, joder.

Mientras la levanto, trago saliva, pero se siente como arena en mi garganta.

Sus ojos miran hacia mi dirección, busca entre las cabezas, todos son más altos que yo.

—¿Alguien levantó la mano detrás? —pregunta—, ¿o estás tan perdida como la incompetente que acabo de despedir?

Todos, y cuando digo todos, es *todos*, se dan la vuelta y me miran.

¿Dónde quedó la saliva? Tengo la boca seca.

—Y-yo… —alcanzo a decir.

El Dementor me encuentra entre la gente y arquea una ceja.

¿Qué significa?

Vuelve a bufar.

—Supongo que esto es lo que me toca. —Gira sobre sus talones y vuelve a desaparecer en el despacho—. Ven…

Pido permiso con un tono de voz raro, pareciera que mi garganta está siendo apretada por una Boa.

Cuando llego a la puerta me impacta verlo sentado donde hace tan solo unas semanas se sentaba Chester. Él siempre me recibía con una sonrisa, al contrario de este tipo que pareciera que no tiene los músculos necesarios para formar una.

Blas Henderson Morris, el tipo de doble apellido, cuna de oro, cuchara de cristal, si mal no recuerdo, es uno de esos hombres corredores de bolsa, esos que le vendieron el alma al diablo hace mucho tiempo.

Cuando me ve parada como una estatua señala la silla con mala gana, ¿pensará que no la he visto?

Esa silla prácticamente tiene la forma de mi culo de todas las veces que estuve aquí, Dementor.

Está sentado como si el mundo entero le debiera algo, con ese traje negro ajustado que seguramente fue diseñado por algún genio malvado para resaltar brazos que parecen capaces de cargar problemas que ni siquiera son suyos. Su mirada es intensa, como si pudiera leer mis pensamientos… o, peor aún, mi historial de búsquedas en Google.

Una vez acomodada, suelta aire de sus pulmones, pregunta:

—Dime los cinco mejores empleados de este hotel.

Fácil.

Puedo con esto.

—Alice, Keala…

Mueve su mano para detenerme.

Cierro la boca.

—Ahora debes echar a tres de esa lista.

El corazón reacciona, no, no reacciona, se detiene por completo.

—¿Qué?

Sí, ahora, rápido, ¿quiénes crees que no son esenciales en el hotel?

¿Qué cojones?

No puedo, ¿cómo voy a echar a los mejores empleados?

—¿Por qué? Si ellos hacen un muy buen…

—Porque lo digo yo, ¿necesitas alguna otra razón? —Coge un bolígrafo del hotel y presiona el botón con el pulgar compulsivamente.

Sus ojos negros me miran fijamente, quiero deslizarme por el sillón y gatear hasta la puerta llamando a mi mamá.

¿Quién quiere ambición? Nadie, yo no, mejor me voy de aquí.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

Ese bolígrafo está a punto de volverme loca.

¡Loca, digo!

—Astrid Cooper. —Mi voz sale temblorosa, débil, asustada.

Por Dios, ¿en qué me he convertido?, ¿qué me hizo este tipo?

—Astrix —pronuncia mal mi nombre—, debo irme, puedes usar este despacho para hacer los despidos correspondientes.

Se levanta y automáticamente también lo hago yo.

—¿Irte? ¿Dónde? ¿Por qué? —*¡Quita esa desesperación de tu lengua, Astrid!*

El Dementor de doble apellido me mira de arriba a abajo, como si fuese menos que un ser humano, menos que la alfombra que pisa con sus zapatos de cuero (sin arrugas).

—Tengo un negocio que sacar a flote mientras vivo en este infierno. —Abrocha su traje a la altura del estómago.

—Pero… ¿No te presentarás con el resto del personal?

El Dementor suelta una risa cruel y profunda que hace que casi me mee los pantalones.

—No hay nadie que no me conozca aquí, excepto tú quizás, por eso te postulaste para este rol.

Cuando sale por la puerta, la deja abierta y todos los empleados que se asoman, me miran con odio.

¡Pero si todavía no hice nada!

Trago saliva una vez más.

Sip, la garganta sigue áspera.

—Alice, ¿puedes venir un momento?

Blas



Es una liliputiense.

Es tan pequeña que su mano apenas se ve entre las cabezas del resto del personal.

Pero, debo admitir que su coraje no tiene nada de chico. Es normal para una mujer joven como ella, esas que creen que pueden con cualquier tarea que les des.

Pobrecilla, no sabe lo que le espera.

Sé que no es fácil lidiar conmigo, o al menos eso dijeron las personas que trabajaron bajo mi mando.

Bueno, nadie la obligó, se presentó voluntaria.

Es que se ve demasiado joven para lidiar con el yunque que estoy a punto de arrojarle sobre sus brazos, pero ese no es mi problema.

Mis apuestas van a que renuncia en una semana, si no menos.

¿Cuánto debe medir?

Aunque para mí todos son unos enanos. Mido dos metros y, sí, en el colegio me decían «Jirafa» porque la creatividad murió hace muchos años.

Camina con determinación fingida, lo sé, porque se cruje los dedos nerviosamente y sus ojos verdes me miran analizando desesperadamente algo en mí que le hable de mi humor.

Quizás sea mi cara de pocos amigos. ¿O mis ojos negros? Varios han dicho que mis ojos suelen ser… ¿Cuál fue la palabra que usaron? Inhibidores.

Me gusta que sea así, de esa manera no tengo que lidiar con lastres.

La liliputiense tiene esa apariencia estereotipada de chica surfera, aunque lleva el uniforme del hotel, de pantalón negro y camisa blanca. Puedo ver unas buenas curvas. Esos muslos no creo que sean por estar sentada en una oficina todo el día. Aquí hay deporte, mi apuesta es al surf.

Lo que hay es una demanda en puerta si sigues mirando su cuerpo, me advierto. Por eso, giro sobre mis talones y camino de vuelta a esta odisea.

Entrar a este despacho no fue una tarea difícil, fue monumental, ya que nadie cambió nada desde la última vez que él estuvo aquí.

Mi abuelo, Chester Henderson Morris.

Empresario, padre de familia, conversador serial.

Su olor todavía persiste, tal y como lo recordaba, una mezcla de loción para afeitar y el perfume que tanto le gustaba, uno importado. Me siento en su sillón e intento ignorar la necesidad de mi cuerpo de salir disparado de aquí y subirme a un avión directo al aeropuerto internacional John F. Kennedy.

Donde está mi hogar.

Nueva York es predecible, fría y gris, así es como me gusta.

Esta pulga frente a mí es todo lo contrario, su pelo rubio parece estar de acuerdo con el sol, su piel es bronceada y puedo ver sus mejillas manchadas de pecas, probablemente por negligencia.

No es tan difícil usar protector solar, vamos.

Cuando entra al despacho, cierra la puerta con delicadeza y se queda parada ahí.

Ahí.

Tiesa.

Sin mover un pelo de su cabeza. ¿Espera una alfombra roja? ¿Que le prepare un Sex on the Beach?

Dios, dame fuerzas.

Señalo el sillón del otro lado del escritorio con irritación, los ritmos de esta isla tienen dos rangos caracol o perezoso; elige tu modo de juego.

Y este soy yo de buen humor, ya que despedir a Bertha fue una fantasía que tenía pendiente.

¿Fantasías sexuales? Pues, claro que no, el placer está en la venganza y echarla fue parte de un plan que tengo en mi mente desde hace mucho, esto es solo el comienzo.

¿Cruel yo? No, si la gente supiera lo que Bertha le hizo a mi familia, no me mirarían así, como me mira la liliputiense.

Con desprecio.

La pregunta que le hago la relaja, le parece fácil y simpática: ¿quiénes crees que son los mejores empleados? La respuesta es fácil, ninguno, todos son reemplazables, inclusive ella si sigue respondiendo mal a todas mis pruebas.

Comienza a balbucear nombres. Esto no es un jardín de infancia, lo que me falta es que tararee los nombres como una cancioncita, por eso la detengo y le demando lo que es realmente importante.

—Ahora debes echar a tres de esa lista.

Puedo ver cómo muere por dentro, lentamente su sonrisa se borra.

Pero ella tendría que saber que ser gerente de un hotel no es moco de pavo, hay decisiones que tomar, hay un presupuesto que cumplir para que las ganancias sean siderales y así poder venderlo de una vez.

Calma, Blas, paso a paso, o, mejor dicho, día a día hasta contar 365.

Esa fue la cláusula que puso mi abuelo en su testamento.

«Blas Henderson Morris, mi designado heredero, estará obligado a residir de manera continua en el Hotel Lani Vista, ubicado en la Isla de Maui, por un periodo mínimo de 365 días a partir de la fecha de mi fallecimiento. Durante este periodo de residencia, se espera que el heredero asuma todas las responsabilidades y costos asociados con la gestión y mantenimiento del hotel».

Gracias por nada, abuelo.

La liliputiense traga tan fuerte que me llama la atención su cuello, me pregunto si mi mano puede rodearlo. Con curiosidad y disimulo abro mi mano para ver el tamaño, sí, definitivamente podría.

¿Le gustará que la sujeten del…?

Detente Blas, ¿qué cojones te pasa?

—¿Por qué? Si ellos hacen un muy buen…

—Porque lo digo yo, ¿necesitas alguna otra razón? —Sujeto un bolígrafo y juego con el botón, lo que sea para que mi semierección desaparezca.

Rápido.

Esto me pasa por dejar pasar tanto tiempo desde la última vez que follé con alguien. ¿Cómo se llamaba? ¿Amy? ¿Abby?

¿Y esta liliputiense qué nombre tiene?

—¿Cómo te llamas?

—Astrid Cooper.

Astrid…

Buen nombre, le queda bien, como el uniforme.

Esto está fuera de control, vete de aquí, ahora. Ve a la habitación, date una buena ducha, libera esa tensión y luego vuelve al ruedo.

Anuncio mi retirada y ella parece flipar porque la dejo sola con esta tarea.

Así es esta vida querida. Sangre, sudor y lágrimas, de todas maneras, estoy seguro de que apreciarías mi retirada si escuchases mis pensamientos perversos.

Abrocho mi traje y salgo pitando de allí, por supuesto ignoro las miradas llenas de pánico de los empleados, aunque por dentro las disfruto inmensamente.

Astrid



Dormir dejó de ser una opción después de la tercera persona que tuve que despedir.

¿Qué me llamó a levantar la mano? No, la pregunta está mal formulada, no es qué, sino quién.

Mi madre.

Claro que sí, ¿quién más si no? Freud estaría orgulloso de mí.

Desde que renuncié a mi vida, mi prometido y mi trabajo en San Diego, necesitaba desesperadamente alguna noticia positiva para complacer a mi madre. Así que, tras limpiar mis lágrimas por haber tenido que echar a tres personas, la llamé y le dije que era la nueva gerente del Hotel Lani Vista.

Hace tres años que mi madre no soltaba una sonrisa cuando me veía por la cámara del móvil, hoy la situación fue distinta.

«Quizás no fue tan mala idea todo el escándalo que hiciste para irte».

El «escándalo» fue no haber perdonado a mi prometido después de que le metiera la salchicha a nuestra empleada doméstica.

Si mal no recuerdo, el consejo de mi madre fue «A veces es mejor mirar para otro lado, hija, te ahorras horas de terapia».

El problema fue que yo no pude mirar para otro lado, porque la furia me cegó por completo. En menos de una semana, había renunciado a mi puesto de trabajo en la compañía de mi padre, había cancelado mi boda y me subí a un avión sin avisarle a nadie.

Destino: donde pasaría mi luna de miel. La diferencia fue que vine dispuesta a trabajar más que a relajarme y fue en Lani Vista donde encontré un refugio.

Cuando vi el hotel por primera vez, sentí que estaba en el camino correcto, simplemente la fachada colonial ya me había deslumbrado con su grandeza y tradición. Las columnas blancas que sostenían el gran balcón contrastaban perfectamente con el cielo hawaiano y el verde del exuberante entorno tropical.

Lani Vista tiene una impronta tradicional, antigua y elegante, exactamente lo opuesto a los desbordes que solía tener mi vida en California.

Brindo por menos edificios modernos llenos de mármol gélido y más lugares con historia, tradición y encanto.

Y eso es todo lo que tiene Maui, aparte de la comida más rica que he probado y los paisajes espectaculares en cada rincón de la isla.

Bertha fue quien me contrató en aquel momento como su asistente y Chester apareció en mi vida como mi consejero. Los dos, con más de setenta años, eran un dúo imparable y en poco tiempo los adopté; no tuvieron mucha opción al respecto.

No solo aprendí cómo era la dinámica del hotel, sino que también aprendí la magia de la isla.

Maui es mi lugar en el mundo.

Aquí aprendí a surfear, a apreciar la naturaleza desde un punto de vista de conexión, aprendí sobre el significado del Aloha y cuán importante era en la vida diaria.

También aprendí que con este calor debía afeitarme las piernas todos los malditos días, lidiar con pelos encarnados y la importancia de la exfoliación.

La puerta de entrada del personal está abierta cuando llego. Liana está allí, con su móvil en la mano, y en el momento en que parece terminar de enviar el mensaje, suena el mío.

¿Los rumores son ciertos?

—¿El rumor sobre qué? —pregunto haciéndola saltar del susto.

Liana es oriunda de la isla, su pelo negro ondulado y su color bronceado delatan sus ancestros de la Polinesia.

—Joder, Astrid, casi me quedo seca, ¡sobre que despidieron a Bertha! —Liana sostiene su mochila cerca del cuerpo y cruza sus brazos, lista para escucharlo todo—. ¡Y a un montón de empleados más!

—No tengo mucha información y ella no responde mis llamadas —digo abriendo la puerta del hotel con mi tarjeta de acceso.

Trago duramente la culpa por haber provocado esto a al menos tres familias en la isla.

—Pero ¿quién será el nuevo gerente entonces? —cuestiona siguiendo mis pisadas rápidas.

Aún no puedo quitarme el ritmo de ciudad, inclusive después de tres años viviendo aquí la sensación de hacer todo rápido prevalece.

—Por el momento, yo. —Me detengo para ver su reacción.

Y no es exactamente la que formulé en mi imaginación, porque se rie.

Se ríe hasta que ve que yo no lo hago.

—¡¿Tú?! Pero…

—Pero ¿qué? *—¿No crees que esté preparada para el puesto? ¿Crees que soy muy joven para ser la gerente de todos los que trabajan aquí? ¿Que cometí una equivocación al postularme? ¿Que sería mejor renunciar antes de cometer un error? ¿Que debería revisarme la mancha que me salió en el brazo con un dermatólogo y no googlear los síntomas y asumir que tengo cáncer?*

Mi voz interna siempre es muy pesimista.

—Nada, te irá muy bien. —Sonríe tensamente y acaricia mi brazo —. Aunque dicen que el nuevo dueño es un…

Cubro su boca con mi mano y miro hacia ambos lados del corredor, estamos solas, pero nunca se sabe.

—Es un Dementor, ten cuidado con lo que dices, puede aparecer en cualquier momento.

—Entendido. —Se ríe por lo bajo y retomamos la caminata.

Entramos a la habitación de las taquillas, cada empleado tiene una designada y camino automáticamente a la mía, pero cuando saco mi llave me detengo.

—¿Te has dado cuenta de que ahora tienes despacho? —pregunta mordiendo sus labios para no reír.

—Sí…

Bertha tiene su despacho al lado del de Chester, bueno, ahora supongo que es el de Blas.

¿Puedo llamarle Blas? *O señor Dementor.* No lo creo, se le ve muy formal, quizás deba volver al «señor Henderson Morris».

Recuerdo el día en que llamé así a Chester, se enfadó conmigo, dijo que le hacía sentir viejo, me sonrío al recordarlo.

Mientras junto mis pertenencias y las pongo en una caja para trasladarme, pienso en el día en que ocurrió todo.

Puedo sentir mi respiración acelerarse y cuando miro mi reloj digital marca pulsaciones muy altas.

Respira.

Respira, vamos, inhala, exhala.

—¿Estás bien? —pregunta Liana acercándose.

Cierro los ojos un momento y cuando los abro le sonrío.

—Claro, ¿tienes muchas reservas hoy?

Liana es la masajista del spa, los huéspedes pueden reservar media hora con ella y salen como si estuvieran sedados. Tuve el privilegio de tener un masaje con ella una vez y me quedé dormida en la camilla, lo sé porque había un charco de baba bajo mi rostro.

—Muchas, de hecho, estoy llegando tarde a una, ¿nos vemos luego?

—¡Vale! —digo mientras la veo correr.

La caja es más pesada de lo que creí, lleva cuadernos de todo lo que me anoté el día que entré a trabajar, una agenda con proveedores, camisas extras porque sé que no puedo evitar una mancha, unas gafas de sol que creí haber perdido, la tarjeta de descuentos del supermercado y una foto con Chester. Lleva un sombrero de paja, gafas de sol envolventes y una camisa hawaiana, como siempre usaba. Uno pensaría que, siendo el dueño de la cadena hotelera, sería algo un poco más elegante y mostraría su riqueza (al menos así es mi padre), pero Chester amaba andar vestido como un oriundo, en chanclas y con las manos en los bolsillos.

Hanai es el término que usaba para él. Alguien que llega a tu vida y se siente como familia, eso era Chester para mí, familia.

—¿Astrid? —La voz hace que levante la mirada y me encuentre con Wally, él trabaja en mantenimiento—. ¿Necesitas ayuda con eso?

—Estoy bien, Wally, gracias. —Acomodo la caja usando mi barriga para sostenerla.

—¿Estás segura? No me cuesta.

—Estoy segura. De todas maneras, tengo que aprender a cargar con cosas pesadas a partir de ahora —me río.

Pero Wally arquea esa ceja peluda que tiene.

—¿Por qué?

—Oh, creí que lo sabías —creí que todos ya estaban hablando de lo que pasó ayer—, ahora soy la nueva gerente.

Wally se detiene y se ríe.

Se.

Ríe.

—¡Sí, claro! —Cuando ve que no me río, comienza a bajar la intensidad de la risa—. ¿Es en serio?

—Sí.

—Oh.

Silencio.

—Así que… —digo rodeándolo—, nos vemos luego.

—Adiós.

Y me pregunto cuántas veces más tendré que ver reacciones como esa el día de hoy.

Blas



Joder, detesto la arena, es intrusiva y traicionera, se cuela por todos lados.

TODOS LADOS.

Pero la que más me tiene al borde está en mi zapatilla, raspando dolorosamente mi talón con cada pisada que doy. Y lo peor es que fue mi idea, yo elegí correr por la playa esta mañana, soy el único culpable de este desastre.

Esta actividad era algo que hacía en Nueva York todos los días, donde había asfalto, no esta pesadilla en forma de isla tropical.

Y nadie tendrá el poder de alterar mi rutina, ni siquiera yo.

Miro el mar sobre mi lado derecho y recuerdo que no siempre odié este lugar con tanto fervor, solía sentirme a gusto aquí. Las palmeras llamaban mi atención siempre, no hay de estas en Manhattan y recuerdo ser pequeño e intentar treparlas como lo hacían los niños oriundos de la isla. Siempre me caía, pero mi abuelo insistía en que algún día podría llegar hasta donde llegaban ellos.

Otra mentira más de Chester Henderson Morris, supongo.

Esquivo a un pequeño que corre hacia su padre, quien hace un castillo de arena y se lo derrumba arrojándose sobre él. Recuerdo días como esos, la arena no me molestaba tanto como ahora y me pregunto si tiene que ver con la vejez que se asoma por mi hombro o simplemente porque soy sensible a estas incomodidades.

O a todo recuerdo relacionado con mi abuelo.

Solo un año, Blas.

En el momento que se cumpla ese plazo, adiós a esta isla, a este hotel y a esta puta arena.

Me detengo y saco mi zapatilla izquierda haciendo equilibrio y tirando toda esa maldita que se acumuló allí.

Reconozco la zona del hotel porque es la única que tiene sombrillas amarillas, por alguna razón mi abuelo creyó que eran de buen gusto cuando en realidad son una abominación y una falta de respeto a mis ojos.

Los huéspedes disfrutan del día, algunos toman el sol, otros leen un libro y yo camino entre ellos, examinando una vida lejana para mí, quizás, debo admitir, con un poco de envidia también.

Cuando venía a pasar mis veranos aquí, solía involucrarme en la vida de los huéspedes como lo hacía mi abuelo. Nunca fui tan conversador como él, pero intentaba seguirle el ritmo, escuchaba las historias como si fuesen interesantes e imitaba el interés que mi abuelo tenía por ellos.

Ninguno de nosotros es así. Me refiero a mis hermanos, quienes siguieron el negocio familiar hotelero.

Yo decidí que la amabilidad, el interés por el prójimo y el servicio no eran lo mío. ¿Ayudar al mundo? Nah, que lo intenten los que tienen paciencia y hacen yoga. Así que le di adiós a todo eso con un dramático movimiento de mano (bueno, en mi mente fue dramático) y me senté frente a un monitor. O, mejor dicho, varios monitores, porque uno no era suficiente para mi temperamento.

Desde mi oficina, empecé a jugar con la bolsa. Los números se multiplicaban como conejos en primavera, y yo solo me limitaba a observar cómo mi cuenta bancaria engordaba.

¿Lo mejor de todo? Logré juntar suficiente dinero para no depender de la herencia familiar. Porque, claro, si alguien va a construir mi imperio financiero, soy yo mismo, con un café en una mano y el ratón en la otra.

Atravieso la playa, la zona de la piscina llena de gente y el bar Tiki para finalmente entrar al hotel dejando que la arena se desprenda de mis zapatillas y caiga directamente sobre la alfombra floreada. De verdad, no hay que ser un genio para saber que no debes poner alfombra en la entrada y salida de la playa.

Niego con la cabeza para controlar mi frustración.

No es tu problema, no te involucres.

Un hombre subido a una escalera está cambiando una lamparita de luz del péndulo que cuelga del techo, me mira de reojo y con curiosidad, me tienta mostrarle los dientes como un perro sarnoso, pero me resisto y camino hacia la zona del personal, recordando que hay unos papeles que debo revisar en el despacho de mi abuelo.

Mi despacho, supongo.

Sin embargo, mi caminar se detiene cuando encuentro una puerta frente al despacho que dice «Altar de pensamientos».

—¿Qué mierda es eso? —susurro.

Este es mi hotel, por esa razón abro la puerta sin pedir permiso y… mis pies se niegan a moverse, como si estuvieran fundidos al suelo, cuando veo la imagen de mi abuelo grande y encuadrada con un marco lleno de flores frescas.

Es la primera vez que veo una imagen actualizada de él y mis ojos no pueden dejar de observarlo. Algo dentro de mí se quiebra, dejándome inmerso en un silencio gélido, por eso cierro la puerta tras de mí, no quiero que nadie vea esta reacción. Es la primera vez que lo veo después de años de negarle cualquier tipo de interacción.

En la imagen sonríe cálidamente, de su cuello cuelga un lei, el famoso collar de flores hawaianas, su piel bronceada resalta las arrugas en su frente y cerca de sus ojos.

Debajo dice en una placa dorada:

Chester Henderson Morris, filántropo, amigo, padre y abuelo.
A hui hou.
(Hasta que nos volvamos a encontrar).

La frase comprime mi garganta y para distraerme miro a mi alrededor, la habitación es pequeña, seguro que antes era algún tipo de armario para productos de limpieza, pero está iluminada, decorada con todas las flores preferidas de mi abuelo y sobre la

pared, una placa sobrecargada de mensajes escritos a mano y en pequeños papelitos de colores.

«Buen viaje, amigo mío»

«Aloha de mí para ti»

Algunos son más extensos, cartas enteras. Guau, mi abuelo realmente les vendió la imagen de hombre hecho y derecho a todos los empleados de este lugar.

Quiero reír por lo bajo, pero me distrae un papel, el único de color blanco dentro del mar de colores, está doblado por la mitad y no me deja ver qué demonios dice.

Miro sobre mi hombro y presto atención a los sonidos a mi alrededor, en caso de que alguien se acerque.

Cuando siento que me encuentro solo, le saco el alfiler que lo clava y lo abro.

La muerte no es el final, sino el umbral hacia verdades inexploradas.
Ethan Shadow.

Reconozco la frase inmediatamente, casi con posesión, ya que Ethan Shadow es mi personaje literario preferido y esta persona, este ser desconocido comparte la frase con mi abuelo, quien me introdujo a sus libros cuando era pequeño y aparentemente también comparte eso con este forastero, como si tuviera una conexión especial.

¡Ja! Nadie tuvo una conexión especial con mi abuelo, ni siquiera yo.

Y no puedo evitar sentirme rencoroso con esta persona. Mi perfil más mezquino toma control, coge un bolígrafo y escribe una respuesta sobre el mensaje.

Astrid



Ahora entiendo por qué Bertha tenía un tic incesante en el ojo izquierdo.

Yo percibía su estrés por el hecho de trabajar todo el día junto a ella, íbamos a las reuniones juntas y tratábamos con los huéspedes y proveedores, entre otras actividades; sin embargo, no sentía el peso del trabajo sobre mis hombros.

Siempre me pregunté por qué demonios Bertha no se jubilaba de una vez, ya era una mujer mayor, era momento de descansar, pero ahora quizás lo entiendo.

El puesto es apasionante, multifacético y nunca estoy aburrida o quieta.

Ella entendía sobre delegar, como entendía sobre TikTok, poco y nada. Por eso desarrollé la habilidad de observar todo lo que hacía para prepararme para este día.

Durante la semana contraté gente nueva, joven y ambiciosa, hablé con proveedores, con huéspedes, hasta conmigo misma para darme un poco de apoyo moral.

Mientras camino hacia la recepción, diferentes huéspedes me detienen para preguntar por Bertha y una y otra vez debo explicarles que ella ya no está con nosotros y que, si necesitan algo, pueden contar conmigo.

Algunos lo toman bien, otros no tanto, ¿pero mi sonrisa? Ah, mi sonrisa no se borra, está tatuada en mi rostro como el tatuaje que tengo en mi espalda.

El de la vergüenza, que me hice a los quince años.

La nueva recepcionista del turno mañana se llama Malia; lo que más me gustó de ella fue que tiene el carácter ideal para ser la cara del hotel. Sonríe ampliamente, es amable, organizada, y muy capaz. Por eso captó mi atención cuando llamó a mi despacho para que la ayudara a manejar una situación.

El huésped está acodado sobre el mostrador alto, una pierna se mueve frenéticamente y con sus uñas raspa la superficie de la madera dejando una marca. Lleva un sombrero tipo fedora y un lei con flores de plástico.

Quizás por eso Malia parece echar humo de sus orejas; a los hawaianos les hierve la sangre cuando ven lei falsos.

El tipo no debe tener menos de cincuenta, claramente adinerado, me recuerda un poco a mi padre por su actitud de superioridad y arrogancia que chorrea.

—¡Aloha! —sonrío y me deslizo detrás del mostrador, para estar al lado de Malia—. Señor Levinson, es un gusto conocerlo. Mi nombre es Astrid Cooper y soy la gerente de Lani Vista.

Guau, ¿puedes decirlo más fuerte? La gente de Japón no llegó a escucharte.

—No, necesito a la verdadera gerente, ¿dónde está?

Malia me da esa mirada de «te lo dije».

—Aquí, delante de usted, ¿en qué podemos ayudarle?

—Supongo que tendré que conformarme con la marca blanca de Bertha —susurra por lo bajo—. Dice que mi habitación no está reservada y eso es imposible, mi asistente me mostró la confirmación.

Malia señala con el dedo la búsqueda del huésped y no aparece una sola reserva bajo su nombre.

—Lo siento mucho, señor Levinson, pero aquí no hay ninguna reserva con su nombre y apellido, ¿quizás ella utilizó otro nombre?

Como «Imbécil» por ejemplo.

—Imposible, tengo la reserva impresa porque gente incompetente existe en todo el mundo. —Busca en su cartera de documentos rápidamente y desliza un papel sobre el mostrador.

Las dos nos inclinamos sobre el mismo para leerlo:

Hotel Lani Vista - Confirmación de Reserva

Nombre del Huésped:

Albert MeCreoMejorQueTodos Levinson.

Número de Confirmación: 456789ABCDFG

Periodo de Estancia:

20 de febrero de 2025 - 25 de marzo de 2025

Tipo de habitación:

Doble Estándar, como su moral.

Número de Huéspedes:

1, a veces.

Precio Total:

$850 USD

Incluido en el precio:

Desayuno continental, wifi, acceso al gimnasio, sesiones de terapia y colonoscopia.

Debo cubrir mi boca rápidamente para reprimir la risa que intenta escapar de mi garganta. La enmascaro con un carraspeo y, con mi cara más seria, digo:

—Señor Levinson, ¿puede ser que su asistente haya renunciado inmediatamente después de hacer esta reserva?

Malia pretende escribir en el ordenador, pero en la pantalla no hay caracteres ni movimiento, es pura desesperación para pretender que no ocurre nada.

—¿Cómo sabes eso?

Giro la hoja para que pueda verla desde su punto de vista y señalo las respuestas.

El señor Levinson comprime sus labios, probablemente intentando calmar la ira que enrojece sus orejas.

O la vergüenza.

—Malia, ¿puedes ver si tenemos una habitación disponible? —digo intentando evitar una escena.

—Claro.

—Quiero la mejor que tengan.

Malia pretende buscar, mueve el ratón y mira concentradamente el monitor, aunque no hay nada delante de ella.

—Déjame ver… —dice para incrementar su actuación—. Mmm, tenemos una habitación en la primera planta, sin balcón y con vistas a la ciudad.

—No, es inaceptable.

—Es lo único disponible —dice Malia sonriendo con satisfacción.

Con resignación, suspira y saca la tarjeta de crédito.

Es justo entonces cuando echo un vistazo a la pantalla para verificar las habitaciones disponibles y confirmo que la que él deseaba, efectivamente, está libre. Sin embargo, Malia, actuando como lo haría cualquier recepcionista en busca de revancha, decidió cobrar venganza por el maltrato recibido, demostrando que toda acción tiene su consecuencia.

Me gusta esta mujer.



Vuelvo a mi despacho con pasos apurados, por la ansiedad que cargo.

En menos de quince minutos tengo una reunión con el Dementor sexy y no sé si estoy lista para afrontarlo. Durante la última semana, su presencia se me apareció como un fantasma vagando por el hotel. Capté apenas destellos de su cabello negro y su espalda ancha en el rabillo del ojo, como visiones fugaces que desaparecían tan pronto como intentaba enfocarlas. Y yo estaba feliz con eso, hasta que llegó a mi correo una invitación para ir a su despacho.

Joder.

El altar de pensamientos está del otro lado del corredor. El espacio para conmemorar a Chester fue una propuesta de Bertha. Al principio le dije que no lo consideraba buena idea, no sabía si la gente se iba a prestar a exponer pensamientos tan abiertamente.

Sin embargo, la gente escribe. Lo sé porque he estado cambiando las flores todos los días desde que Bertha ya no está.

Al ver la puerta entreabierta, toco con prudencia para avisar a quien esté dentro de que estoy allí, pero nadie responde. Encuentro el altar vacío; me distraen algunas flores nuevas. La flor de hibisco nunca dura mucho y se ve toda marchita, por eso la retiro con cuidado.

Otra de las razones por la cual no me gustaba esta idea es porque no me gusta expresar mis sentimientos a viva voz. Prefiero pillarme los dedos con una puerta o que me pique una medusa a tener que abrirme ante extraños; sin embargo, el día que despidieron a Bertha, me vi aquí, confiándole mis pensamientos a Chester, implorando un poco de esa paciencia y confianza que él siempre demostraba tener en mí.

Algo más que teníamos en común era nuestro amor por Ethan Shadow, un personaje ficticio con el que crecí y viví mil aventuras cuando era pequeña. Como toda adolescente, en algún momento me enamoré de él, de su fuerza, de su inteligencia y astucia. Combatía a los nazis desde su amor por la arqueología, defendía la historia para que organizaciones secretas no pusieran sus manos sobre artefactos antiguos y místicos. Ethan Shadow fue mi inspiración y la palanca a un mundo imaginario infinito.

Tengo todos sus libros, en diferentes versiones, idiomas y hasta me atrevo a decir que he leído algunos fanfiction que andan dando vueltas por internet. Por eso elegí una de mis frases favoritas para colaborar con este altar de pensamientos.

Busco mi mensaje inconscientemente entre los miles que hay cuando detecto algo diferente. Alguien lo abrió y no solo lo abrió, sino que lo volvió a colgar, dejándole un agujero nuevo.

Indignada y sintiendo un poco de invasión, lo cojo y lo abro.

—¿Qué cojones es esto? —digo mirando cómo alguien se atrevió a invadir mi momento personal con Chester y no solo eso, sino que corrigió la frase.

En el corazón de la oscuridad más profunda, la muerte no es el final, sino el ~~umbral~~...

CAMINO HACIA VERDADES INEXPLORADAS. LUCHAMOS NO POR TEMOR A LA ÚLTIMA SOMBRA, SINO POR LA LUZ DE CONOCIMIENTO QUE ELLA CUSTODIA". SI VAS A CITAR A ETHAN SHADOW, AL MENOS MUESTRA RESPETO.

Arrugo el papel en mi mano con rabia y después de tres respiraciones profundas lo vuelvo a abrir, aliso las arrugas sobre el pequeño escritorio que hay debajo con papelitos y bolis y respondo el mensaje.

Astrid



El Dementor tiene cejas oscuras, colmadas y unidas en desaprobación, tan unidas que parece que están conspirando para formar un sindicato en su frente. Mira con una concentración intensa la pantalla de su portátil. Su gesto y energía hacen que, cuando entro al despacho, me detenga bajo el marco de la puerta y titubee un saludo.

—Señor Henderson Morris —llamo con la esperanza de que me eche de este despacho instantáneamente.

—¿Qué mierda es esto? —Señala su portátil, sus ojos nunca llegan a mí—. ¿Noche de estrellas y luna? ¿Fiesta tropical en la playa? ¿Campeonato de surf?

Asumo que esto fue su manera de invitarme, así que avanzo hasta el escritorio y entrelazo mis dedos sobre mi estómago, invocando la paciencia del Buda.

—Son los eventos del año, mucha gente viaja exclusivamente para…

—Son una pérdida de dinero, quítalos.

Muerdo mi labio inferior para no gritarle lo que pienso y ahí es cuando decide levantar su mirada y analizar mi gesto impaciente.

—¿No piensas sentarte? ¿Tienes que ir a algún lado?

—En absoluto —respondo sentándome frente a él, mis ojos viajan detrás, hacia la biblioteca de Chester donde entre los libros hay un portarretrato de él con sus tres nietos, me pregunto cuál de

todos esos niños sonrientes es el Dementor succionador de almas que tengo delante—. Como le decía, señor Henderson Morris…

—Blas —interrumpe con brusquedad—. El señor Henderson Morris es mi padre.

—Blas —imito con una sonrisa sin dientes y *muy* apretada—, el campeonato de surf es reconocido en la isla y es en las próximas dos semanas, cancelarlo ahora solo generaría pérdidas. Enero es uno de los meses más ventosos, las olas son realmente…

—Resume… —ladra, haciendo un gesto con las manos para que continúe.

Me pongo en 1.5x así no te aburro.

—Claro, la gente que viaja exclusivamente a ver el campeonato suele alojarse aquí en Maui, por eso nosotros hacemos un pequeño evento con los huéspedes. De hecho, mi amigo Kai es quien da las clases a los niños y adolescentes, y…

Me detengo en seco al ver una profunda repulsión en su rostro, como si mis ojos exudaran moco.

—¿Y…? —Sujeta el bolígrafo y comienza a apretar el botón otra vez.

El tiqui-tiqui del sonidito me está volviendo cucú-cucú.

—Es uno de los eventos más importantes del año, no estoy de acuerdo con que deba ser cancelado.

El Dementor «Blas» voltea su ordenador y señala una planilla repleta de números rojos y palabras malsonantes en negrita.

—Esta planilla me la dio la administración. ¿Ves este número? —Señala un número en rojo resaltado.

—Lo veo. —*Soy despistada, pero no ciega, maldito hijo de…*

—Esta es la pérdida que el hotel genera por año, es inaceptable y no entiendo cómo mi abuelo mantuvo este hotel a flote todos estos años, pero eso está a punto de cambiar, solo se celebrarán cuatro eventos al año, elígelos tú, si es que puedes tomar una decisión, si no, lo haré yo.

Bueno, alguien se levantó con un humor de perros, ¡qué suerte la mía!

—Entiendo, señor… —¡No le llames así! — Blas.

—Señor Blas —resopla acomodando el portátil frente a él—, fue una simple orden y ni eso…

¡Joder!

Comienza a escribir en su portátil con furia en la punta de sus dedos y yo estoy allí, sin saber qué hacer.

¿Qué decir?

¿Respiro?

¿Hago el pino puente?

—¡¿Y?!

—¿Y qué? —¿Acaso dijo algo y no lo escuché?

—¿Qué eventos planeas quedarte, ya que tu amigo Kai —dice con desprecio— está salvado por este año? El que viene no me interesa, ya no estaré aquí.

Su mandíbula me distrae con su contorno tan definido que imagino pasar un cuchillo por allí y sacarle filo.

Concéntrate, Astrid, deja de volar por las nubes. El tipo te está mirando fijamente, con esos ojos negros tan profundos que puede que salgan láseres de allí.

—¿Me permites? —digo levantándome para rodear el escritorio y abrir el primer cajón.

—¡¿Disculpa?!

—Solo necesito esto —digo recuperando el calendario que le regalé a Chester el año pasado, uno con imágenes de bomberos semidesnudos, obviamente era un chiste y Chester se rio durante días, pero no creo que su nieto lo encuentre entretenido—, es un calendario.

El Dementor arquea una ceja cuando atrapa mi pobre intento de ocultar la foto de un hombre con el torso desnudo y un cachorrito dálmata en su mano.

Vuelvo a mi silla y cojo un bolígrafo llevándolo a mis labios para pensar mi respuesta.

—Durante junio tenemos el día del rey Kamehameha y se organiza una exhibición de flores. Mucha gente viene a ver el desfile que la isla hace, por eso eligen este hotel. Yo no lo sacaría solo por el movimiento turístico que hay.

—¿Hay gente que viaja para ver… flores? —pregunta con desdén.

Levanto la mirada, pero debo bajarla otra vez cuando me encuentro con sus ojos. ¿Tiene pupilas? No las encuentro.

—Sí, es un día muy importante para los hawaianos. No solo viaja gente de todas partes del mundo, sino también de otras islas. Chester solía contribuir económicamente con el desfile todos los años, pero asumo que tú no querrás hacerlo.

—Asumes bien, siguiente.

AsUmEs BiEn, SiGuIeNtE…

—Durante el verano nos concentramos en ofrecer espectáculos todas las noches: bailes, hula, cuchillos con fuego y cursos de collares, no quitaría nada de eso, ya que los a huéspedes les encantan esas demostraciones y generalmente terminan en el bar Tiki gastando mucho dinero en cócteles tropicales.

Mis ojos se elevan del calendario, ignorando el siguiente bombero rodeado de llamas para enfocarme en el otro hombre en la habitación que está prendido fuego.

En más de un sentido.

Siento que le gusta lo que le estoy diciendo porque está recostado contra el sillón con su codo clavado en el apoyabrazos, jugando con ese maldito bolígrafo entre sus dedos. Es la primera vez que no veo una postura tiesa en su cuerpo.

Todavía lleva puesta una camisa con un traje y pantalón negros, haciéndole juego. A pesar de que el hotel está acondicionado, es raro ver a alguien vestido así, ni los políticos de esta isla usan trajes.

Es como un muñequito de pastel de boda.

—Finalmente, tenemos el avistamiento de ballenas, el preferido para muchos adultos mayores, ellos son los que copan el hotel en esas fechas. Esos son los eventos que yo mantendría, son los que más público atraen y los huéspedes que vuelven sienten un cariño especial por este lugar. Muchos dicen que se sienten en familia.

El Dementor larga una risa desalmada y rasposa por su garganta.

—¿Familia? Vaya, mi abuelo sí hizo un buen trabajo lavándoles el cerebro a todos.

¿Cómo puede ser este tipo nieto de Chester? Son totalmente opuestos. Chester era humano, amaba ayudar a la gente y hacerlos sentir en su casa y este hombre… probablemente sea de esos cripto-

idiotas que basan su felicidad en bienes acumulados, mujeres en su cama o coches importados.

—Así es como nos tratamos en esta isla —me atrevo a decir sintiendo una profunda necesidad de defender el lugar que me dio tanto apoyo.

Inmediatamente, puedo ver cómo le cambia el semblante.

—Puedes retirarte, Trid —gruñe inclinando su cuerpo sobre el escritorio, sus ojos pegados a la pantalla—. Mañana continuamos con los recortes.

Dios, menuda hostia lleva en la cara, a pesar de tener un rostro tan perfecto.

Blas



No encuentro un calzado más humillante que las chanclas.

Estéticamente desagradable, expone tus pies a bacterias y hongos, hacen ruido cuando caminas y normalmente son de colores chillones.

No importa que sean de alta costura, siguen siendo horrendas, por eso miro mis pies con decepción mientras estoy sentado en la cama, esperando que se caliente el agua de la ducha.

Esto no es un intento para encajar con la vestimenta de esta isla, esto es porque desde que vivo en el hotel no confío en las duchas y me baño todos los días con estas cosas horrendas en los pies.

No puedo entender cómo la gente sale con esto a la calle.

La gobernanta intentaba entrar todos los días a mi habitación, por supuesto que le expliqué, con todos los buenos términos que pude encontrar en mi vocabulario, que no quería que eso siguiera ocurriendo, con que pase una o dos veces a la semana era suficiente, y por supuesto que le aclaré que solo puede entrar si yo estoy en la habitación. En dos ocasiones, debido a que no respondí al tocar de la puerta, entró y me encontró duchándome.

Todavía recuerdo su cara de espanto.

Cuando el espejo del baño está empañado es cuando decido entrar al agua y eliminar toda la arena que tengo en las piernas por haber salido a correr.

Cuando salgo, encuentro mensajes de mis hermanos en el móvil.

Dylan:
¿Qué tal va esa vida tropical?

Jethro:
Mejor pregúntale si los empleados lo comieron vivo ya.

Blas: Dejad de regocijaros con mi desgracia.

Mis hermanos menores siguieron el legado familiar, ambos son los encargados de los hoteles que tenemos en la zona continental de Estados Unidos. Dylan tiene el hotel de Las Vegas y Jethro el de Nueva York. Fue un regalo de mi padre cuando cumplieron la mayoría de edad y los dos hacen un buen trabajo dándole prestigio al apellido Henderson Morris.

Yo soy el único de los tres que no tiene idea de cómo demonios administrar un hotel. Yo solo tengo una meta, hacerlo rentable y venderlo al mejor postor.

Dylan:
Imposible, años te has pasado riéndote de nosotros, ahora es tu momento.

Jethro:
¿Has hablado con la gobernanta ya? ¿Qué se sintió? ¿Te salió urticaria?

Blas:
La última vez que la vi fue cuando me vio desnudo en la ducha.

Jethro:
Demando más detalles.

Blas:
No escuché la puerta, creyó que no había nadie.

Dylan:
Mentira, lo primero que hacen es escuchar los sonidos en la habitación, esa mujer quería verte el miembro, probablemente a estas alturas todo el hotel sabe cuánto te mide.

Blas:
No lo creo, salió corriendo.

Dylan:
No había mucho que ver entonces.

Niego con la cabeza y dejo el móvil en la cómoda frente a mi cama para vestirme.

Jethro:
Regla número uno de los hoteles: siempre es preferible tener a los empleados de tu parte que en contra, especialmente si vives en el hotel.

Dylan:
Regla número dos: si no estás presente puede que ellos controlen el hotel y no tú, siempre debes hacerte ver.

Blas:
No os he pedido consejos.

Soy el hermano mayor, joder, no necesito que estos dos vengan con aires de grandeza.

Jethro:
Ya vendrás a llorar cuando todo se descontrole.

Miro mi reflejo en el espejo y me pregunto qué tan acertada es esta estrategia de no involucrarme demasiado en este hotel, después de los números que vi ayer, ya no estoy tan seguro de que funcione.

Y ni hablar de Astrid y su estado de pánico constante, esa mujer no puede llevar el hotel sobre sus hombros ella sola. Involucrarme no parece ser una opción, más bien un requerimiento. Por esa razón tomo la decisión de trasladar mi improvisada oficina al despacho de mi abuelo; eso hará que recorra el hotel con más frecuencia, «estar más presente», como dijo Dylan.

Una vez cambiado y preparado, decido usar las escaleras en vez del ascensor, intentando observar el hotel desde la perspectiva de un huésped.

Las paredes están vestidas con paneles de madera pintados de blanco. La luz que entra por las ventanas le aporta una sensación de luminosidad y amplitud. Recuerdo ser pequeño y bajar estas escaleras con pasos apurados, me parecían eternas y amplias y ahora son todo lo contrario. Bueno, no son angostas, de hecho, tengo que esquivar a una pareja sacándose fotos en el descanso, pero definitivamente no son lo que recordaba. La escalera de madera oscura contrasta con las paredes gracias al cuidado en los detalles en cada peldaño que piso. El pasamanos brilla y la barandilla torneada demuestra un meticuloso trabajo de carpintería. Desde los paneles, hasta las molduras, todo está cuidadosamente mantenido y me pregunto si el encargado de eso fue el hombre que vi cambiando la lamparita de luz hace unos días.

Mi abuelo compró este hotel antes de que yo naciera, y recuerdo que me dijo que lo que más le gustó fue la historia que cargaba. Por eso hay fotografías en blanco y negro y placas informativas que adornan las paredes, contando la historia del hotel y de la región. Me llama la atención una en particular, de un surfista posando para la foto, detrás de él una tabla con el nombre de DUKE, debajo aclara: «Conocido como "Gran Kahuna", fue un atleta hawaiano, considerado el inventor del surf moderno».

Cuando atravieso la puerta del personal camino con determinación al despacho que tanto evito. He pasado muchas horas allí dentro, esperando que mi abuelo se desocupara de sus tareas diarias para poder ir a la playa. Los libros que tenía allí podrían distraerme durante horas, jugábamos con puzles los días de

tormenta y ensayábamos escenas de Ethan Shadow a carcajadas. Ahora es una habitación silenciosa, llena de objetos inanimados.

Es hora de hacerlo mío, tomar control, y no porque sea algo que él quisiera que pasase, sino porque es algo que yo quiero.

Sin embargo, me detengo una vez más frente a la puerta del «Altar de los pensamientos» y encuentro a un hombre saliendo de allí, me sonríe y sigue su camino sin vergüenza de que lo haya visto haciendo algo tan personal.

Eso de sonreír en Nueva York es sinónimo de un loco que anda por la avenida, en esta isla supongo que es cortesía.

Al ver que deja la puerta entreabierta, doy un paso adentro, curioso por ver si sigue igual que la última vez que estuve aquí. Y la respuesta es sí. Las flores naturales parecen recién puestas, hay nuevos papelitos en la pared.

Roba mi atención el blanco que leí el otro día, cuando aparece todo arrugado, clavado violentamente en la placa.

La comisura de mis labios se eleva al abrirlo y leer lo que el desconocido puso.

Si te crees tan conocedor de Ethan Shadow, idiota, dime de qué libro es esa cita.

Una carcajada sale de mi estómago e inmediatamente agarro el bolígrafo para escribir mi respuesta.

¿Esa es la pregunta más difícil que pudiste pensar?
Aquí va la respuesta: El libro es Ethan Shadow y el Arca Perdida, escrito en 1972, aunque tuvo una reedición en 1978.
Ahora una pregunta para ti: ¿De dónde es esta cita?:
"Explorar es desvelar el alma del mundo, y en su vastedad, encontrarnos".

Veamos quién sabe más e Ethan Shadow ahora.

Astrid



La señora Kane es la dueña de una casa cercana a la playa Pa'ia, amante de los árboles, de la higuera de Bengala, de «The View», un programa de chismes, y del helado de piña. Su marido falleció hace cinco años y a pesar de pasar sus últimos años enfermo, le prometió que le dejaría formas de generar dinero para cuando él no estuviera. Por eso construyó una pequeña casita para alquilar dentro de su gran terreno selvático.

La fachada es de madera pintada en tonos de azul y blanco, los colores preferidos de la señora Kane. Al frente, hay un camino de piedras y tres escalones de madera que te llevan a la puerta principal. Agradezco al señor Kane por ponerle un pequeño techo sobre la entrada que me permite correr hacia el coche en los días de lluvia intensa, que es básicamente todos los días.

Las plantas alrededor de la casa son mi parte favorita: altas palmeras, un follaje rojizo a ras de suelo y flores de plumería de todos los colores que existen en esta isla.

El día que vi la casita por primera vez no solo me enamoré de ella instantáneamente, sino de la señora Kane también, quien me adoptó de alguna manera y según ella «la mantengo al día con el mundo», ya que de vez en cuando nos sentamos en el jardín a charlar.

El interior de la casa es claramente para un individuo, con un baño diminuto de azulejos verde agua, una habitación que también sirve como salón, donde tengo una televisión que solo enciendo

cuando quiero ver el clima, y una cocina con estantes en vez de armarios que me obliga a tener todo ordenado en todo momento. «Paredes blancas», según la señora Kane, cuando en realidad son de un amarillo suave, piso de cerámica beige y unas ventanas que me permiten ver su jardín desde mi cama.

Es acogedora y aunque los muebles son una recolección de ventas de garaje que fui encontrando en el barrio, los siento como míos.

Hay dos piezas de decoración: mi tabla de surf y una tortuga marina de cerámica que Chester me regaló en Navidad. Está colgada en la pared, justo sobre la puerta del baño.

El día que estacioné mi coche en la propiedad por primera vez, la señora Kane se acercó a la puerta y me entregó un bol de poke casero con una sonrisa cálida. Me dijo «Los hawaianos no solo queremos a la comida, la adoramos, y espero que tú puedas adorarla también».

Eso desató en mí una sensación de hogar que no había sentido nunca en mi vida.

La persona que era en San Diego no es la misma que soy hoy.

Y sí, ya no tengo tantos amigos como antes, menos aún amantes o compañeros, pero tengo una libertad que nunca conseguí en California. Estaba esposada a las apariencias, eventos de caridad, sonrisas falsas, percepciones erradas de mi cuerpo y la hipocresía absoluta de la alta sociedad de San Diego.

Aquí mis muslos no son «gordos», son ideales para surfear. Mis pecas no son una imperfección que debo esconder tras el maquillaje, son heridas de guerra por haber pasado largas horas en la playa.

Aquí no sonrío porque es obligatorio, sino porque quiero.

Y eso hago cuando me miro al espejo, y cuando veo mi uniforme impecable, me siento fuerte, grande y poderosa.



Todo se va a la mierda en el momento que entro a la zona del personal del hotel y escucho una conversación en el pasillo.

Wally está hablando con Kamea, la gobernanta. Los dos son conocidos por ser los encargados de llevar y traer chisme cuando hay uno disponible.

—¿Te sumas a la apuesta? Todos están involucrados —pregunta Wally.

Eso es lo que hace que me detenga en la esquina del corredor y ponga la oreja. En Hawái está prohibido apostar y no quiero generar ninguna situación tensa solo porque estoy en el momento y lugar equivocados.

—¿Qué apuesta? —susurra Kamea con interés.

—En cuánto tiempo echarán a Astrid, estamos poniendo todos cien dólares, no te quedes fuera.

El estómago se me cae a los pies y un cosquilleo se apodera de mi cuerpo de golpe. Sujeto mi mochila contra mi pecho por alguna razón.

Kamea se ríe haciendo que su risa haga eco por todo el corredor y perfore mi oído.

—Qué malos sois… —dice dejando que la risa se evapore sola—, ¿cuánto has apostado tú?

—Tres meses.

—¿Por qué tres?

—Es el tiempo en el que el nieto de Chester se aburrirá de follarla, estos tipos necesitan cambiar rápido, ya lo verás.

—¡Wally! ¿Estás diciendo que hay algo entre ellos?

—Claro que sí, ¿qué otra razón encuentras? Ella no está lista para el puesto, eso lo sabe hasta un ciego, me la juego que aquí hay un intercambio de favores.

—Mmm —escucho murmurar a Kamea—. ¿Sabes que nunca volvió a hablar con Bertha? La pobre mujer se siente muy traicionada.

¡¿Qué cojones?! ¡No me atiende las llamadas!

—Las nuevas generaciones son así, especialmente los haoles.

Me apoyo contra la pared y cierro los ojos para contener el dolor. Haole es un término peyorativo para los forasteros y no es para nada

agradable cuando llaman a uno así.

—¿Eso crees? Para mí la muchacha tiene mucha ambición, ten, aquí están mis cien —escucho el sonido del cierre de su bolso—, un año.

¡¿Un año?!

Bueno, al menos no fueron tres meses.

Su conversación cambia y es entonces cuando acomodo mi pelo, enderezo mi espalda y camino hacia ellos con la poca autoestima que quedó en mí.

Los dos me sonríen e intento devolver el gesto, pero casi que me duele la cara por dar una sonrisa falsa después de tres años.

—¿Crees que nos escuchó?

Cierro la puerta tras de mí y con pasos apurados camino directamente al altar de Chester.

Necesito tener unas palabras con él.



¿Esa es la pregunta más difícil que pudiste pensar? Aquí la va la respuesta: El libro es Ethan Shadow y el arca perdida, escrito en 1972, aunque tuvo una reedición en 1978. Aquí va una pregunta para ti: ¿De dónde es esta cita?: "Explorar es desvelar el alma del mundo, y en su vastedad, encontrarnos".

Por supuesto que estoy con el móvil en la mano en este momento, fijándome si esa información es correcta. Y a pesar de que quiero que sea errónea, encuentro que es verdad, lo cual hace que irradie más ira de mis poros.

¿Pero quién es este o esta y quién se cree que es?

Cojo un nuevo papel blanco y escribo:

La Calavera Embrujada, 1986. La frase es dicha cuando él se rehúsa a creer en la magia, pero no puede negar que existen cosas del pasado que no puede explicar. Esto le da un profundo sentido de humildad. Siguiente.

Clavo el papel contra la placa, giro sobre mis talones y me encierro en mi despacho.

En el momento que me siento y sostengo mi cabeza con mis dos manos, suelto aire profundamente.

No llores, Astrid, no se te ocurra llorar.

No pensé que fuera a comenzar así mi día.

Nunca creí tener que lidiar con rumores como esos. ¿Y ahora qué hago? ¿Cómo les demuestro a todos que no estoy en este puesto porque Blas me debe favores? ¿Ni soy ese tipo de persona?

¿Y por qué demonios tengo que andar dando explicaciones?

La puerta se abre de golpe, y quienquiera que sea deja claro que no entiende lo que significa la cortesía humana, irrumpiendo en mi despacho como si fuera el dueño.

Un momento, lo es.

—Señor… —¡joder! — Blas.

—¿Por qué estás escondida en este despacho? —dice mirando alrededor el espacio, no hace falta que le pregunte si es de su agrado, su rostro lo dice todo.

Lo que me faltaba.

—No estoy escondida, acabo de llegar y tengo emails que responder. —Señalo el portátil frente a mí.

Se sienta desplomándose frente a mi escritorio y entrelaza sus dedos sobre su estómago.

—Tenemos que hablar.

Y lo primero que hago es empezar a comerme las uñas otra vez.

Blas



Inmediatamente puedo darme cuenta de que algo no está bien y no solo porque se coma las uñas compulsivamente. Son sus ojos verdes, están demasiado brillantes y hay una sutil acumulación de lágrimas que disimula muy mal.

Podría preguntarle qué le pasa, pero no me importa lo suficiente.

—¿Sobre qué necesitas hablar? —pregunta con ese tono de terapeuta hippie que usa a veces.

—A partir de hoy comenzaré a involucrarme en el día a día del hotel.

Endereza su postura y entrelaza sus dedos sobre el escritorio.

Quiero reír al verla contener cuánto le incomoda esta decisión. Mis hermanos no estaban tan equivocados entonces, si no te involucras, pierdes el poder.

—Me gustaría saber, ¿cuál es el motivo específico detrás de esta decisión? ¿Existe, acaso, algún aspecto de mi gestión de decisiones en el hotel que hayas encontrado insatisfactorio o cuestionable hasta ahora?

Arqueo una ceja y la comisura derecha de mis labios se eleva.

Me inclino hacia delante y apoyo mis codos sobre el escritorio que nos separa.

—¿Hay algo que debería saber?

Este pequeño despacho se ve tan antiguo como el de mi abuelo, asumo que es el de Bertha, ya que hay unas imágenes enmarcadas de Hawái que ya no tienen color ni vida, como ella. Las paredes

están un poco más desgastadas que las mías y la alfombra tiene la marca de los muebles y pisadas de la gente que pasaba tiempo aquí.

No quiero pensar en quiénes.

—Eso fue lo que yo pregunté —insiste en pretender ser una mujer de negocios. Pobrecilla, no tiene idea de que está tratando con un lobo más de Wall Street.

—Nada en particular —cedo un poco en esta tensión, para hacerle sentir una pequeña victoria—, quiero reflotar este hotel que está destinado al hundimiento, si es que seguimos así, así que trabajaremos codo con codo. Necesito que me expliques algunas cosas que desconozco.

—¿Por ejemplo? —pregunta con astucia.

Su rostro poblado de pecas se regocija con esta situación, mis ojos recorren su cuello de vuelta.

—Por ejemplo —comienzo acariciando mis labios con mi dedo incide, sus ojos viajan directamente allí y observa el movimiento con atención—, mañana comenzaremos con tu rutina diaria, ven a mi despacho cuando llegues. —Me levanto y abrocho el traje—. Soy de los que aprenden mejor observando.

Camino hasta la puerta y sin mirarla repito:

—Mañana, Astro. —Suena más a amenaza que a recordatorio.

Al salir del despacho camino directamente hacia el altar. Cuando recordé qué tipo de mensaje dejé allí la última vez, la intriga se apoderó de mí, por eso me fui rápido.

Efectivamente hay respuesta.

La Calavera Embrujada, 1986, la frase es dicha cuando él se rehúsa a creer en la magia, pero no puede negar que existen cosas del pasado que no puede explicar. Esto le da un profundo sentido de humildad. Siguiente.

Sí, definitivamente es una mujer, los hombres no tienen una letra tan bonita como esa. Las curvas son sutiles y adorables.

Nosotros mantenemos la misma letra que desarrollamos a los cuatro años y así nos quedamos para toda la vida.

Respondo debajo:

Nunca conocí a alguien que supiera tanto de Ethan Shadow. Dime algo, ¿cuál es tu libro preferido? ¿Y por qué?

Es divertido, al menos es lo más entretenido que me ha pasado hasta el momento en esta puta isla.



Mi habitación es una de las mejores que el hotel posee, y no, no la tengo gratis, reservé esta habitación yo mismo por un año exacto desde la comodidad de mi piso en Manhattan.

Aparte de tener los mejores muebles y amplitud que no todo el mundo puede disfrutar, tengo un balcón que me permite ver el turquesa del mar, oír los pájaros y las olas rompiendo en la orilla.

Pero mientras contemplo la vista, acodado sobre la barandilla, caigo en cuenta de que este no es el mejor lugar, ni la mejor vista.

Chester Henderson Morris era muchas cosas, pero humilde no era una de ellas, por eso construyó sobre la azotea del hotel una pequeña casa colonial. Sí, hay una casa sobre el hotel solo para él.

Una vez me contó que la inspiración provino de una historia que leyó años atrás, sobre un inmigrante español que vivía en Buenos Aires; el tipo tenía un edificio donde vendía muebles y, como no quería viajar hasta su casa para almorzar y dormir la siesta, se construyó una casa sobre su tienda para ahorrarse las horas de viaje. Recuerdo a mi abuelo reír mientras contaba esto y explicar: «Si yo ocupaba una habitación era menos dinero para el hotel, por eso, en cuanto lo compré, decidí llamar al arquitecto para que

imitara lo que hizo ese español. No todo el mundo puede decir que tiene una casa en un hotel».

De hecho, al concluir la obra, la residencia de mi abuelo se convirtió en el centro de atención, acaparando las primeras planas de todos los periódicos de aquel tiempo.

Por esa razón sé que la mejor vista no está en esta habitación y que ningún huésped puede obtenerla.

Miro en la palma de mi mano la llave que encontré en el cajón derecho de su escritorio, es dorada y tiene grabada una flor de hibisco en el mango.

Extiendo mi mano para arrojarla por el balcón, probablemente termine enterrada entre la arena. Comienzo a inclinar la mano, mirando cómo lentamente se desliza. Pero en el último segundo, la atrapo antes de que caiga.

Es irresponsable de mi parte deshacerme de ella, podría haber papeles importantes en esa casa, contratos, no lo sé, algo de valor para la familia.

Joder, lo que menos quiero hacer es entrar en esa maldita casa y ver la habitación que mi abuelo tenía guardada para sus nietos. No estoy listo para encontrarme con todos esos recuerdos, ya tengo suficiente con su despacho.

Guardo la llave otra vez y quema tanto en mi bolsillo que siento que está perforando la tela de mi pantalón.

Me acomodo en una de las tumbonas del balcón y suelto todo el aire que no sabía que estaba acumulando en mis pulmones. Miro el cielo celeste y brillante, y ambos lados de mi cerebro pelean por el protagonismo.

El lado derecho quiere que ignore la casa, sería como abrir una caja de Pandora llena de mierda, y evitar sentirme así ha sido mi especialidad desde hace muchos años. Por otro lado, mi lado izquierdo quiere que vaya, que investigue si efectivamente hay algo que pueda servirle a mi padre y hermanos para sus negocios, quizás fotografías que quieran recuperar.

Joder, normalmente soy bueno tomando decisiones.

También está mi intuición, impulsándome a avanzar, a cerrar un capítulo concluido. Después de todo, mi abuelo ya no camina entre

nosotros. Sin embargo, ¿quién podría haber imaginado que, incluso desde el más allá, los que ya no están pueden ejercer tal influencia sobre los vivos?



Para llegar a la casa hay que subir hasta el último piso, caminar por el extenso corredor lleno de puertas y al final, hay una que no tiene ninguna indicación, no dice «salida», ni «solo personal autorizado» es simplemente una puerta más. Siempre creí que era una aventura llegar a su residencia, casi al estilo de Ethan Shadow, descubriendo nuevos mundos tras puertas normales y corrientes.

Todas las puertas tienen lectores de tarjetas, sin embargo, esta tiene una cerradura, donde introduzco la llave. Tras la puerta hay una escalera de cemento angosta y expuesta al clima. Recuerdo escucharlo refunfuñar cada vez que la subía, diciendo que a sus rodillas ya no les gustaban esta cantidad de escalones.

Lo primero que siento al llegar a la azotea es el viento, siempre fue ventoso este lugar, ya que nada refugia la casa, ni las palmeras más altas llegan hasta aquí.

La vista panorámica es arrebatadora, eso es innegable, delante de la casa, la infinidad del mar, y detrás, las montañas cubiertas por la vegetación tropical de la isla.

La casita sigue tal y como la recordaba, con el techo de tejas terracota que se divide a dos aguas, para ayudar con las tormentas tropicales. El blanco de las paredes de madera está un poco avejentado, pero la pintura sigue en su lugar. Las ventanas, con marcos de madera blancos, y la puerta sigue siendo roja, con una aldaba dorada con forma de mano. Así se describe en las historias de Ethan Shadow la puerta de su casa, por eso mi abuelo y yo la pintamos de ese color. Me apunto mentalmente el dato para seguir poniendo a prueba a mi nueva amiga por correspondencia.

La rodean plantas tropicales un poco descontroladas, algo que ocurre a menudo si no estás encima de la naturaleza hawaiana. Sin embargo, la casa sigue transmitiendo serenidad y simplicidad hogareña, un pequeño oasis en medio de la excentricidad del hotel.

Finalmente entro y lo primero que mis sentidos captan es la humedad.

«Debes aprender a convivir con la humedad, Blas, después de todo, nosotros estamos en ella, no ella en nosotros».

Sus palabras vuelven cuando estoy a punto de quejarme del olor, que probablemente esté resaltado por el encierro que sufrió esta casa todos estos meses después de su ausencia.

Abro las ventanas y la brisa de mar entra inmediatamente.

La cocina parece antigua ahora en comparación a cómo la recordaba, supongo que me acostumbré a los blancos impolutos y al mármol fresco de la modernidad, y ver los armarios oscuros y las encimeras de madera me choca un poco.

Eso es lo primero que te encuentras tras la puerta, la cocina con una mesa redonda bajo la ventana, donde solía desayunar y cenar todos los días, los almuerzos eran en el restaurante del hotel.

Hay un plato vacío con dos cubiertos cruzados sobre él, indicando que terminó de comer, mi abuelo nunca pudo eliminar todos los modales y protocolos que sus padres le enseñaron cuando era niño.

No puedo creer que nadie haya entrado aquí, que Bertha no lo haya hecho, me sorprende.

Recojo la vajilla y la dejo en el fregadero con un poco de agua, después podría pedirle a Astrid que envíe a alguna de las gobernantas a encargarse de este lugar.

La otra puerta en la cocina te lleva a un pequeño salón. Puedo imaginarme que el sillón de ratán en los ochenta estaba muy de moda. La mesa de café de superficie de cristal tiene apilados algunos juegos de mesa, los mismos con los que jugábamos cuando era pequeño, y en la pared cuelga una televisión que contrasta con su modernidad en la habitación.

También abro las ventanas de allí.

Definitivamente mi abuelo comenzó a acumular mucho más de lo que recordaba. En los rincones del salón hay pilas de libros y documentos, bolsas de supermercado con papeles y cosas que no identifico, pero de las que tendré que encargarme eventualmente.

El vacío en el estómago vuelve, esa sensación de vacuidad que sentí desde el día que me llamó mi padre para decirme que habían encontrado a mi abuelo durmiendo plácidamente en su cama para no despertar nunca más.

Quizás por eso me cuesta avanzar a su habitación y encontrar el último lugar donde estuvo con vida.

Su dormitorio está igual de desbordada que el salón, su pasión por la lectura se extendió de la biblioteca al suelo y toda superficie disponible.

Gracias a Dios por los pequeños milagros, ya que su cama no está. Me pregunto quién tuvo la amabilidad de dejar todo en orden tras encontrarlo así.

Frente al espacio vacío de la cama hay un escritorio, uno de madera antigua con pequeños cajones, sobre el mismo hay más libros y la papelería que reconozco muy bien.

A mi abuelo le fascinaba enviar cartas, nunca pudo adaptarse a eso del correo electrónico a menos que fuera estrictamente necesario para sus negocios.

Papel de carta, sobres y bolígrafos se desparraman por todo el escritorio.

Paso las puntas de mis dedos por el papel, reconociéndolo bien.

Todas las cartas que mi abuelo me había enviado los últimos años fueron rechazadas por mí porque no podía soportar leer lo que tenía para decirme.

El dolor y la culpa eran demasiado y siempre me resultó más fácil ignorar las cosas que despertaran algo negativo en mí.

Al sentir cómo mis ojos se humedecen, tomo aire y despejo mi mente.

Es hora de revisar este lugar.

Con un latido acelerado en el pecho, mis dedos se deslizan hacia el cajón derecho, ese lugar donde mi abuelo confiaba sus tesoros más preciados. Es un impulso, un anhelo de conexión, quizás, lo que

me lleva a abrirlo. Mientras el cajón cede ante la presión, un suspiro escapa de mis labios.

Ante mis ojos, un fajo de cartas, *mis cartas*, las que en su momento rechacé con desdén, yacen prolijamente organizadas, un testimonio mudo de las palabras que nunca quise escuchar.

El mundo, mi mundo, se tambalea sobre su eje, y me invade una angustia que me corta la respiración.

La frase «qué hubiera pasado si» ahora susurra con el peso de un pasado inalterable.

Querido Blas:

Qué curioso es el enojo, es un sentimiento que despierta con potencia y pierde su fuerza con el paso del tiempo. Puedo confirmar que los Henderson Morris solemos enfadarnos fácilmente, por esa razón entiendo que el enfado te está cegando, ya que esta es la segunda carta que te envío sin respuesta.

Una de las tantas cosas que me dio Hawái es justamente poder manejar el enojo. Ya no controla la temperatura de mi sangre como antes, pero de vez en cuando me da una rabieta casi parecida a las que tenías tú cuando eras un niño. ¿Recuerdas aquella vez que estuviste de mal humor durante todo un día porque unos niños te ganaron en las carreras de palmeras? Me acuerdo de tu expresión de odio y me río solo.

Espero que tu enfado conmigo se calme lo suficiente como para que podamos conversar como antes. No dudes en

pasar tu verano aquí, si es lo que quieres. Sabes que tienes un lugar en esta isla, siempre.

Un abrazo.

Tu abuelo.

Astrid



Mis ojos están abiertos antes de que la alarma suene furiosamente.

Fue mi cerebro el encargado de despertarme con sueños tortuosos, donde llego desnuda al hotel y todos se ríen de mí, o el anterior, que era sobre olas gigantes hundiendo la isla.

Todo muy sereno y normal.

Como lo hago de lunes a sábados, me pongo el uniforme perfectamente planchado, me miro al espejo una vez (solo para confirmar que sí llevo ropa puesta) y salgo en busca de mi coche.

La diferencia con el resto de los días es que hoy mi energía está agotada. Solo imaginarme llegando y enfrentando al Dementor y a todos los rumores, drena cada gota de mi energía.

¿Qué pasa si renuncio en este momento? ¿Qué pasa si directamente me subo a un avión y vuelvo a San Diego?

No estás pensando con coherencia, me digo a mí misma colgando la bolsa en mi hombro.

Nada es peor que San Diego.

Deslizo mis zapatos que esperan por mí en la puerta (en Hawái es costumbre dejar el calzado fuera de casa). Al bajar los escalones, veo de soslayo una figura que se mueve entre las plantas. Podría ser un espíritu de la tierra, pero no, bueno, casi, es la señora Kane con las rodillas sobre el césped y el culo apuntando al cielo.

A ella le encanta la jardinería y comienza temprano porque es una señora mayor y la madrugada es su hábitat natural.

—¡Buenos días, señora Kane! —digo abriendo a «chiquito», así le digo a mi coche escarabajo amarillo.

Ella mira hacia atrás y baja el culo para sentarse sobre sus talones. No sé exactamente cuántos años tiene, pero su flexibilidad es envidiable.

—¿Ya te vas a trabajar, Astrid? —Se levanta del suelo con gracia y quita sus guantes de jardinería. Su pelo liso y gris cae sobre sus hombros, sus ojos marrones me sonríen.

—Sí... —digo soltando aire de mis pulmones.

Ella entrecierra los ojos y camina hacia mí, sus rodillas están llenas de tierra y sus pies descalzos. Siempre lleva shorts de lino blanco y encima una camiseta, a veces muy colorida, otras veces no. La de hoy es verde chillón y tiene el dibujo de una tortuga marina en el pecho.

—¿Qué ocurre, niña?

—Nada. —Sonrío—. ¿Por qué?

—La última vez que vi esa cara fue cuando perdiste la competición de surf hace dos años.

—Eso es porque me convencí de que tenía probabilidades de ganar. —Cruzo mis brazos y apoyo mi cadera sobre la puerta del coche.

Ella sujeta mi barbilla y mueve mi cara hacia ambos lados, inspeccionando algo con sospecha.

—Alguien te está consumiendo la energía —suelta mirando profundamente mis ojos—, ten cuidado.

Me río por lo bajo.

—Las cosas andan complicadas en el hotel, tengo un jefe nuevo, un puesto nuevo y todos los que solían ser mis amigos ya no lo son.

—Mmm —dice pensativamente, las patas de gallo se resaltan cuando está muchas horas bajo el sol—. Si te dieron la espalda con tanta facilidad, quizás no eran tan amigos como creías.

La realización hace que me corra frío por la espalda. A veces me da miedo idealizar esta isla. Fue mi salvavidas después de una tormenta furiosa.

—Sí, quizás tengas razón.

—Lo sé. —Sonríe y retrocede hacia donde estaba trabajando—. Los amigos falsos pueden ser como las malas hierbas. Mi niña, quizás al principio no los notes, pero cuando toman control del jardín y ahogan las plantas, debemos arrancarlos de raíz cuanto antes.

Asiento pensativamente y le sonrío.

—¡Gracias, señora Kane! Lo tendré en cuenta hoy.

El camino al hotel es directo por la carretera, en sí mismo es una atracción que puedo ver todos los días, ya que de un lado están las montañas verdes y del otro los árboles Koa le dan sombra al camino.

En un día normal escucho la radio, pero hoy voy en silencio, meditando de alguna manera para prepararme.

Nunca padecí tanto ir a trabajar y es en estos días que extraño a Chester enormemente.

Al llegar, atravieso el corredor del personal, por suerte esta vez no hay gente intercambiando chismes, pero sí me cruzo con Kash, el muchacho de recursos humanos, haciéndose un café en la cocina.

—¡Aloha, Astrid! —dice alegremente—, ¿quieres un café?

—No, gracias, Kash, ya tomé uno en casa. Si tomo dos, me vuelvo una amenaza para la sociedad.

Kash se ríe y asiente.

—Lo entiendo, oye, cuando tengas un hueco la semana que viene me gustaría tener una reunión.

—Me fijaré en el calendario —contesto retomando el paso, pero luego me detengo, replanteando y analizando cada cosa que hago, por eso vuelvo y le explico—: Es que hoy tengo el día ocupado; estoy segura de que podremos sentarnos a hablar el lunes próximo.

Kash arquea una ceja.

—Ey, por mí bien, solo quería avisarte para que me reserves un hueco.

Sonrío y sigo caminando, regañándome por ser tan idiota.

Ni se te ocurra complacer a todo el mundo para ahogar esos rumores.



El Dementor camina a mi lado, alto, silencioso y emanando energía siniestra.

Me pidió hacer el recorrido que hago todos los días y me esfuerzo por llenar el silencio pesado entre los dos. Hoy tiene un día particularmente oscuro, supongo que es algo que tenemos en común.

—Malia es nuestra recepcionista del turno mañana —digo llegando al vestíbulo—, ella es la nueva integrante en la familia Lani Vista.

Resopla por lo bajo.

—Familia… ¿De verdad mi abuelo os convenció de eso o solo quieres quedar bien conmigo?

—Él definitivamente era familia para mí —susurro por lo bajo.

—¿Qué has dicho, Aster? —Arquea una ceja y cruza sus brazos sobre el pecho, haciendo que la tela del traje se estire lo suficiente como para hacerme dudar de si sobrevivirá a un desgarre inminente o no.

—Nada. —Sonrío—. Normalmente, vengo aquí todas las mañanas. Malia puede hacerme preguntas si así lo necesita y también puedo interactuar con los huéspedes.

—¿Y para qué pierdes tiempo con…?

Una mujer que reconozco por ser una huésped habitual camina hacia nosotros con su traje de baño diminuto y un pareo transparente atado a su cadera.

Tanto Malia como yo le sonreímos ampliamente, mientras que Blas no quita la mirada fastidiosa.

—Buenos días, señorita Donovan —Saluda Malia.

La mujer mira a Blas de reojo, pero lo ignora tanto como a mí.

—Necesito hablar con Bertha, urgentemente.

Carraspeo la garganta y doy un paso al frente.

—Señorita Donovan, mi nombre es…

La mujer levanta la mano, pidiéndome que me silencie como una adolescente rebelde. Lentamente puedo sentir mis mejillas entrando en calor.

—Bertha ya no es parte de Lani Vista, señorita —explica Malia con paciencia—, por suerte aquí está Astrid que es la nueva gerente, ella podrá ayudarla con lo que necesite.

La mujer me mira de pies a cabeza, haciendo que instintivamente ponga una coraza sobre mí.

—¿*Tú* eres la nueva gerente? —Se ríe con crueldad.

No delante de él, por Dios, todos menos el jefe.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarla? —Doy un paso al frente y Blas, por alguna razón, me sigue; debe querer ver este espectáculo en primera fila.

—Dudo que puedas ayudarme, ¿qué pasó con Bertha? Era una mujer muy capaz, ¿acaso este hotel está empecinado a perder los mejores empleados?

Su tono hostil hace que varios huéspedes giren su cabeza hacia nosotros, intrigados por esta interacción tan tensa.

—Fue despedida —interviene Blas rudamente—. La nueva gerente es Astrid.

¿Dijo mi nombre bien? ¿Escuché Astrid?

La señorita Donovan le regala una mirada, pero esta está cargada de deseo y miro al suelo para que no vean mi incomodidad.

—¿Y tú eres…?

—El nuevo dueño.

—¡Oh! ¡Tú eres Blas! —Los ojos parecen brillantes, de golpe, aunque no engaña a nadie. Todos aquí sabemos que ella conocía esa información antes de comenzar esta charla. Extiende su mano, pero Blas la mira con desprecio y no se mueve, simplemente me señala con el pulgar y repite:

—Astrid es la nueva gerente, hable con ella.

Yo sonrío con tanta tensión que mis labios desaparecen de mi rostro.

—¿En qué puedo ayudarla?

Rendida, dice:

—Mi habitación no está en buenas condiciones, esto no pasaba cuando Bertha inspeccionaba todo.

—¿Cuál sería el problema puntualmente?

—Encontré un pelo en mi baño.

—Oh, lamento mucho escuchar eso, no se preocupe, enseguida enviamos a la gobernanta a repasarlo. —Miro a Malia y ella asiente, levantando el teléfono para comunicarse con el personal de limpieza.

—No, exijo que me cambien de habitación y que me den una mejor.

Blas da un paso adelante, pero sujeto su brazo instintivamente, deteniéndolo; él no parece estar a gusto con lo que acabo de hacer.

—Lamento informarle que no hay habitaciones disponibles en este momento, estamos completamente reservados, señorita Donovan, pero como le dije, Malia está hablando con…

—No me interesa tu solución mediocre.

—Pues es la única que obtendrá por parte del hotel, ¿no le gusta? Hay al menos cuarenta hoteles más en la isla, estoy seguro de que alguno de ellos no tendrá un pelo, suerte en su búsqueda. Vamos, Astrid, no quiero perder el tiempo con estas estupideces de diva divorciada.

Mi mandíbula prácticamente se desprende de mi cráneo al escuchar la respuesta.

Malia tiene el mismo gesto de pánico.

—Malia puedes…

—Ya estoy en ello —dice mientras me alejo de la situación; la señorita Donovan nos sigue con la mirada incendiada.

Ya puedo imaginar la reseña de una estrella: "El servicio es como el dueño del hotel, frio y asesino, no vengan. 1 de 10".

¡Joder!

—Blas… —digo por lo bajo.

—No puedo creer que esta «pómulos de tiranosaurio rex» venga con exigencias estúpidas.

Muerdo mi lengua para no reírme, él parece muy enfadado y no estoy lista para ponerlo a prueba.

—Estas situaciones son normales, hay que ser amable con...

Se detiene en los escalones.

—No lo son, y que te hayas dejado pisotear así, solo demuestra que tu carácter es débil, no amable.

—¡Yo no…!

—No me importa, vayamos a la siguiente área.



Cada rincón es una queja, cada minuto que comparto con un huésped es un bufido. Por eso para el mediodía, los dos separamos caminos, él se fue a su habitación y yo a mi despacho, para respirar mejor, aunque podría ir a la playa un rato, quizás con la excusa de ver a los huéspedes, podría escuchar el mar, respirar aire puro.

Sí, eso suena como un buen plan.

Sin embargo, cuando salgo de mi despacho, recuerdo el intercambio misterioso que tengo en el altar de pensamientos y con sigilo me meto en la salita.

Nunca conocí a alguien que sepa tanto de Ethan Shadow, dime algo, ¿cuál es tu libro preferido? ¿Y por qué?

Nunca me pregunté cuál era mi preferido, la saga tiene al menos diez libros y todos me obsesionaron a un nivel poco saludable.

Así que pienso bien mi respuesta.

Ethan Shadow y la Calaca de Hierro. Ha sido una decisión complicada, pero te diré por qué es mi preferido, aunque probablemente tu opinión sobre mí cambie a partir de ahora. En este libro Ethan se encuentra con María, quien se transforma en su gran amor a lo largo de cinco libros más.

Cuando lo leí tenía apenas dieciocho años y aún era una adolescente inmadura, así que me hizo suspirar de amor más de una vez al leerlo. ¿Cuál es el tuyo?

Blas



María definitivamente le trajo un condimento nuevo a la saga y un cambio fundamental a Ethan. No te juzgo, una historia para que sea completa debe tener una pizca de amor, aunque sea. ¿Te gustó la actriz que la interpretó en el cine?

El mío es el tomo de "Los Piratas del Fin del Mundo". No sé bien por qué, no puedo analizarme tanto como tú, pero recuerdo sentir la aventura en mi estómago cuando leía los giros de la historia. En ese momento, ser pirata era mi sueño y meta en este mundo.

¿Quién no soñó con ser pirata alguna vez? Una vez en una fiesta de disfraces me disfracé de pirata, nunca me sentí tan poderosa.

Me alegra que estés de acuerdo con respecto a María, y sí, la actriz que la interpretó hizo un buen trabajo, ¿sabías que quieren hacer una nueva versión? No sé tú, pero yo firmé

la petición para que no vuelvan a hacerla. Es un clásico, producirla otra vez no tiene sentido.

Me río al leer su indignación y fanatismo. Durante el sábado me escapé del recorrido con Astrid solo para venir a ver la respuesta.

Más de una vez miré hacia este corredor solo para ver quién entraba y salía, pero no tuve suerte, esta mujer se me escapa y la intriga me consume lentamente.

A estas alturas quiero saber quién es, cómo es y hasta descubrir el tono de su voz.

¿Es una de esas voces quejosas que chillan sin cesar? ¿O es más grave al estilo locutora?

Joder, no recuerdo cuándo fue la última vez que me dieron ganas de conversar con alguien extensamente.

¿Podrías decirme dónde firmar esa petición? O mejor aún, ¿quisieras decírmelo en persona?

¿Arriesgado? Sí, pero no sería quien soy, si no fuese un hombre que no le da muchas vueltas a estas cosas.

Dejo el mensaje en la pared y salgo a caminar por el hotel. Entiendo que Astrid no está en su despacho porque ya pasé por allí y lo encontré vacío, por eso doy vueltas y paso por el bar, esquivando niños que corren sin control, padres ignorándolos como si fuese un deporte olímpico y mujeres que creen que el hotel es una pasarela de moda constante. Finalmente, y con mucho mal humor, la encuentro en el comedor de empleados, comiendo sola en una mesa, mientras que en la mesa más alejada hay un grupo de mujeres y hombres conversando alegremente.

La imagen es triste y me molesta un poco, no porque esté sola, soy el primero que defiende que no hay nada mejor que la soledad, pero por lo poco que conozco de Astrid esto no es algo bueno, ella es una persona irritantemente social.

Uno mis cejas al apreciar que pretende no verme.

Los otros empleados me miran pasar de soslayo y murmuran entre ellos a medida que mis zapatos hacen eco en el comedor casi vacío.

—Astrid —llamo a un lado de la mesa.

Ella levanta la mirada de su móvil y pretende sorprenderse. Actuación nivel cero, luego mira a los otros empleados, analizando sus expresiones con agitación.

Aquí pasa algo raro.

Durante toda la mañana tuve sospechas con respecto a la popularidad de Astrid. Especialmente cuando me presentó al encargado de mantenimiento, uno llamado Wally. El tipo intentó conversar conmigo, dándole la espalda a ella como si no estuviera allí. Digo «intentó» porque no le di ni un poco de pie a que crea que puede hablarme como si fuésemos amigos.

Luego la desagradable de los pómulos afilados en la recepción con esa actitud despectiva y aires de superioridad. Tuve que contenerme para no echarla del hotel, pocas veces sentí tanta ira con respecto a alguien.

«Si te afecta es porque te importa» y a mí no me importa nadie, pero me enfadé cuando Astrid no mostró ni un poco de imposición ante alguien tan maleducado.

—Blas, ¿estás listo para seguir? —Su plato de comida está casi lleno y lo coge para levantarse.

La sujeto del hombro y la vuelvo a sentar. Si se dio el lujo de agarrar mi brazo esta mañana, entonces yo también.

—No has terminado de comer —digo sentándome frente a ella, miro su plato y lo señalo con mi barbilla—, termina.

—No, no te preocupes, ya había terminado.

—No has comido nada, termina el plato, Astrid —insisto.

Ella mira a sus compañeros y luego se enfoca en la comida.

Cuando volteo, todos ellos pretenden hacer otras cosas.

No le preguntes qué sucede, no es tu problema.

Pero por la tensión en su cuerpo y cómo guarda su pelo tras la oreja, deduzco que mi presencia está empeorando la situación.

Carraspeo la garganta una vez.

—¿Hoy hay un evento? —*Dios, ¿por qué no me diste el don de la comunicación?*

—Sí, esta noche tenemos baile de cuchillos, es una típica demostración hawaiana —explica moviendo comida de un lado a otro, creyendo que está engañándome—, a los huéspedes les gusta mucho.

Observo cómo el arroz y el pollo viajan de un extremo al otro del plato y cuando levanta la mirada, encuentra la mía muy enfadada, por eso lleva el tenedor a la boca y mastica con énfasis.

—¿Dónde se hace? —pregunto mirando su rostro detenidamente, ya que ella evita mi mirada, yo pienso abusar del poder que tengo en estos momentos.

—En la playa —responde llevando un mechón rubio tras la oreja otra vez, tiene unos aretes dorados que combinan muy bien con su tono de piel.

Me pregunto si en otras circunstancias la hubiera invitado a salir. Definitivamente hubiera intentado algo. No es mi tipo de mujer, pero roba mi atención, quizás el hecho de que se sienta tan… hermética.

¿Cómo será su sonrisa? Desde que la conozco siempre la veo seria.

—¿Tú presencias ese tipo de eventos?

Levanta la mirada, sus ojos verdes brillan ansiosos por explicármelo todo y yo ya me arrepentí de hacerle la pregunta.

—Claro, es el mejor momento para conversar con la gente, todo el mundo está muy relajado y es fácil que te den su opinión más sincera. —Vuelve a llevarse el tenedor a la boca, sus labios lo rodean y me distraen por un segundo—. A Chester le gustaba mucho participar, él me enseñó a leer a la gente, dijo que cuando las personas están llenas de dopamina, suelen estar más predispuestas a dar reseñas si uno se lo pide.

—Mi abuelo siempre supo manipular los sentimientos de las personas —digo uniendo mis manos sobre la mesa, miro sobre mi hombro una vez más, ese grupo de gente se codean entre ellos para disimular.

Me estoy enfadando, ¿qué demonios miran?

—Yo no lo veo así —dice ella trayéndome a esta mesa otra vez.

—¿Hacer dinero con eso, crees que no es manipulación?

Ella niega con la cabeza y se levanta de golpe.

—Terminé, ¿vamos? —Camina hasta el cubo de basura apresuradamente y limpia todo en el fregadero.

Yo avanzo hacia la mesa de los empleados con una calma que no engaña a nadie. La conversación se detiene en seco, y los ojos de todos me siguen como si acabaran de ser sorprendidos con las manos en la masa.

—¿Hay algún problema aquí? —miro a cada uno de ellos, sosteniendo la mirada un poco más de lo necesario.

Wally, ese que reconocí de esta mañana, es el primero en reaccionar, aunque su voz tiembla apenas al responder.

—No, señor Henderson Morris.

Mi ceja se arquea, dejando claro que no estoy convencido. Antes de que pueda seguir, Astrid aparece a mi lado, rápida como un relámpago.

—Qué gran momento para presentarlos, Blas. Ellos son Kamea, la gobernanta; Wally, que ya conoces; Simón, el recepcionista del turno noche que reemplaza a Malia solo por hoy; y Liana, encargada del spa.

Cada uno levanta la mano con un saludo forzado, pero sus movimientos son tensos, mecánicos como los robots de Disney. Saben que estoy observando cada detalle, cada tic nervioso.

Miro mi reloj lentamente, dejando que el sonido del segundero se convierta en un martillo invisible. Luego fijo la mirada en Simón, el que más cuchicheaba antes de mi llegada.

—¿A qué hora empieza tu turno? —pregunto, dejando que el tono bajo y firme de mi voz pese en el aire.

Simón traga saliva y, como si estuviera calculando la respuesta, echa un vistazo al reloj de la pared detrás de mí. Su silla cruje cuando se pone de pie de golpe, demasiado apresurado.

—Justo ahora, señor —dice con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Con su permiso.

Lo sigo con la mirada hasta que desaparece, y luego bajo la vista hacia Astrid. Como siempre, su menuda figura me obliga a inclinarme un poco para verla.

—¿Vamos?

Ella asiente, pero no puedo evitar notar cómo su mirada se queda fija unos segundos más en los otros empleados, como si supiera algo que yo todavía no.

Astrid



«¿Podrías decirme dónde firmar esa petición? O mejor aún, ¿quisieras decírmelo en persona?»

No sé por qué me duele el estómago cuando leo eso.

Estoy en el entretiempo entre mi descanso y la presentación de Kai que es en quince minutos.

Bertha solía cambiarse de ropa cuando presenciaba eventos, en aquel momento no entendía por qué, pero lo terminé adoptando como costumbre. Por eso, me cambié rápidamente en mi despacho para ponerme algo más acorde a la playa, pero aún manteniendo la prolijidad del hotel.

Hoy realmente fue un día de mucha conversación con este Desconocido y, si lo pienso bien, me gusta ese anonimato. Me siento cómoda en él, claramente es alguien del hotel y si mi ansiedad está en lo correcto diciendo que todos apostaron contra mí, en el momento en que la persona sepa quién soy, se sentirá desilusionado y querrá cortar la comunicación. Por eso pretendo no haber visto el mensaje y me escapo de allí.

De camino a la playa, me cruzo con los huéspedes que, emocionados, caminan en familia a ver el espectáculo.

Mis sandalias se adaptan a la perfección al cálido tacto de la arena, que aún guarda el calor del día. El vestido negro, que se extiende hasta mis muslos con su corte acampanado, me da

comodidad, permitiéndome deambular con soltura por la playa, lejos de las ataduras del uniforme.

La gente se reúne en la arena con mantas y sillas para los mayores y yo camino entre ellos en la tenuidad de la playa, saludando, deseándoles una buena noche y que disfruten el espectáculo.

Todos sonríen con emoción y hasta algunos me saludan por mi nombre, algo que no solía ocurrir antes cuando era «la asistente de Bertha».

—¡Oye Astrid! —llama Kai apartado de la gente.

Kai es el encargado de estos espectáculos, él es el tercero en su generación en ganar premios y es famoso por ser uno de los mejores (y más guapos). Él tiene la belleza oriunda, con tatuajes típicos de la isla y definición perfecta en cada músculo de su cuerpo. Su sonrisa es amplia y siempre me roba el aliento.

—¡Aloha Kai! —sonrío—. ¿Estás listo?

—Sí, hoy hay mucha gente —dice mirando hacia los espectadores ansiosos.

—Todos vienen a verte.

Lleva un lava-lava, una falda tradicional hawaiana, que ondea suavemente con la brisa del océano detrás de él. En sus tobillos, brazaletes hechos de hojas y fibras naturales, y en su cuello, un hueso en forma de medialuna.

Lo que más me gusta del espectáculo es que Kai abandona su sonrisa y personalidad brillante para convertirse en un guerrero que manipula el fuego como si fuese una extensión de él.

Es increíble de ver.

—Mmm, hay más de un baboso que no me está mirando a mí, sino a ti —dice mirando mi vestido—. ¿A qué se debe este aspecto tan arreglado?

—Hoy es sábado, me merezco cambiarme de ropa.

—No me estoy quejando, te queda muy bien, ¿haces algo después del trabajo? —Cruza sus brazos sobre el pecho desnudo e intento no mirar toda esa virilidad aceitada que suscitan sus pectorales.

—Probablemente compre algo preparado y me siente a leer un libro, esta semana fue agotadora.

—Lo entiendo, ¿mañana irás a montar olas? ¿Todavía estás en Pa'ia?

—Sí, aunque están todos practicando para la competición, demasiada gente, ¿te presentarás este año?

—Es lo que digo siempre, por eso me escapo a algunas más solitarias y con respecto a la competición, no lo sé, el tiempo para inscribirse termina el lunes y no me siento muy inspirado, ¿qué tal tú? —Inesperadamente toca mi pelo—. Tenías algo.

—Gracias, no, este año no, estoy sobrepasada de trabajo.

—Ya me enteré de tu ascenso, felicidades, ¿qué tal el nuevo jefe?

Como si me llamara a la distancia, encuentro a Blas mirándome con detenimiento entre la gente. Está con un vaso de algo naranja en su mano, una camisa de lino blanca y unos pantalones fluidos negros.

Casi me atraganto al verlo.

Está acodado en la barandilla de la escalera que baja a la playa.

—Es… —*sexy, seductor, alto, intimidante y me mira de una manera que no entiendo si es que quiere comerme o matarme*— un poco estricto, pero por ahora soportable.

—Espero que no te lo esté poniendo difícil.

Miro de vuelta, joder, sus ojos siguen en mí, oscuros e inamovibles.

—Nah, yo puedo con todo.

—¡Kai! ¡Comienzas en cinco! —grita el sonidista y Kai asiente.

—Okay, te veo mañana, entonces. —Deja un beso en mi mejilla y sale corriendo para ubicarse frente a la gente.

Kai coge el cuchillo de fuego, sus hojas impregnadas con un líquido inflamable que, al encenderse, transforma el aire a su alrededor y lo iluminan misteriosamente en la oscuridad de la playa. Las llamas danzan alrededor del cuchillo, reflejándose en los ojos de Kai, añadiendo un matiz sobrenatural a su presencia.

—Imponente el muchacho —dice su voz formal detrás de mí.

Su vaso está casi vacío y mueve el líquido restante circularmente. El fuego se refleja en su rostro cincelado y casi me pierdo el

espectáculo de Kai por mirarlo.

—Kai es el mejor de la isla, somos muy afortunados de tenerlo.

El baile comienza lento, cada giro y cada vuelta es un preludio de la intensidad que está a punto de ocurrir.

La gente suelta sonidos de conmoción cuando los movimientos se vuelven más audaces, más rápidos. El cuchillo gira en el aire, dibujando arcos de luz, mientras Kai ejecuta saltos y giros que desafían la gravedad.

—Puedo verlo —dice sin mucho entusiasmo, debe ser el único de todo este montón que no está deslumbrado—, ¿este es el que da las clases de surf?

«Este»

—Sí —devuelvo mirándolo de soslayo, no me atrevo a verlo entero otra vez, cuando sus ojos hacen que quiera morderme los labios—. Es muy bueno instruyendo, de hecho, él fue quien me enseñó.

Blas asiente y mira su vaso ahora vacío con detenimiento en vez del espectáculo de fuego delante de nosotros.

—Deberías probar alguna vez —sugiero mientras el ritmo de los tambores se vuelve frenético y atronador—, es una gran experiencia.

—No, gracias —responde fríamente.

A medida que el baile alcanza su clímax, Kai arroja el cuchillo al aire, capturándolo con precisión, dándole fin a su baile y el público erupciona en un aplauso ensordecedor.

Kai me mira y me guiña un ojo con una sonrisa brillante, y yo se la devuelvo con orgullo hasta que miro a Blas a mi lado, serio e inafectado.

—¿Tienes planes para mañana? —pregunto, y al instante quiero morder mi lengua. ¿Por qué le pregunté eso?

—¿No vienes mañana?

—No, los domingos no trabajo a menos que haya un evento, como la semana que viene, que tenemos el campeonato de surf —digo despreocupadamente—. ¿Por qué? ¿Me necesitas para algo?

Se toma unos buenos tres segundos en responder mientras sus ojos navegan por mi rostro.

—No, Astrid, nos vemos el lunes a primera hora. —Gira sobre sus talones y desaparece entre la gente. Cuando miro sus pies, veo que aún lleva zapatos, solo que son náuticos en vez de cuero.

¿Alguna vez se relaja este hombre?

Blas



Es mi segundo vaso de algo colorido y amigable, pero que pega como un yunque en la cabeza.

Las escaleras hacia la casa de mi abuelo son difíciles de subir con este mareo. Sin embargo, estando en esta ebriedad era la única manera de seguir leyendo sus cartas que tanto espacio ocupan en mi mente desde la primera que leí.

Y también debo admitir que la falta de respuesta de mi «amiga corresponsal» me ha irritado más que las picaduras de las medusas de aquí.

Era lo único entretenido que tenía y ahora está arruinado.

Quizás fui demasiado directo al estilo Manhattan, que todo es rápido y brusco. En esta isla los ritmos son lentos y serenos, por eso no puedo adaptarme.

Al salir a la azotea, el viento del mar casi me derriba; sin embargo, lo ignoro como vengo haciendo con todo desde que me mudé aquí.

El olor a cerrado permanece a pesar de haber aireado la casa; aun así, es menos impactante que antes.

Está todo en el mismo lugar, no obstante, eso no me impide tropezar con libros y objetos en el suelo hasta que llego al escritorio de su habitación y apoyo el culo en la misma silla donde escribió estas cartas.

Abro la siguiente.

Querido Blas:

Recuerdo que tu visión del mundo es en blanco o negro, tu padre hizo lo posible para que lo vieras con esas lentes y me entristece no haber tenido la oportunidad de explicarte que lo que viste aquel día no era la catástrofe que tanto te angustió.

La decisión impulsiva de mudarme a esta isla se tomó una noche donde tu abuela Ángela se había ido con sus amigas a cenar. Recuerdo que la última vez que hablamos había sido hace tres semanas y sus palabras habían sido hirientes.

Algo que nadie sabía, era que Ángela fue perdiendo interés en nuestra relación hace muchos años y eso me hizo sentir solo.

La soledad, como bien sabes, no siempre es mala, pero cuando eliges un compañero de vida, su presencia nunca debería ser un problema. Más bien lo contrario, debería sumar, complementar y mejorar a uno.

Pero a veces hay un ruido insoportable cuando solo lo que buscas es el silencio.

Me fui de la casa, y ella no notó mi ausencia hasta cuatro días después.

Ojalá que tu compañera de vida te acompañe en todos los momentos, no solo los alegres, como pasó conmigo.

Me gustaría saber si has encontrado a alguien ya.

Los mejores años para encontrar a tu compañero es ahora, en mis épocas debíamos depender de las clases, las reglas impuestas por nuestros ancestros y la presión social.

Tú eres libre de elegir y espero de todo corazón que encuentres a alguien perfecto para ti.

Con cariño,

Tu abuelo.



El domingo, a pesar de tener una resaca palpitante, salgo a correr como todos los días. La diferencia es que hoy no uso auriculares y el sonido de las olas rompiendo en la orilla me persigue todo el recorrido. No se lo admitiría a nadie, pero el sonido no está nada mal.

Soy un hombre rutinario, por eso siempre uso cascos para tapar los ruidos de la ciudad, pero estoy en Maui, esos sonidos no existen.

Maui es el cielo según muchos.

El infierno para Blas.

Una de las cosas que mi abuelo más admiraba de esta isla era que las playas son públicas, algo que no se da en el resto del país, aquí puedes tener la mejor mansión con vistas al mar, pero la playa nunca te pertenece.

Troto por diferentes hoteles hasta que llego a las zonas más campestres de Maui donde los oriundos pasan el día. Me cruzo con gente pasando su domingo en familia o jóvenes esperando las mejores olas para montar con los pies llenos de arena, sentados

sobre sus tablas de surf, hablando sobre la vida, no teniendo un solo problema en su cabeza.

Eso me lleva a pensar en cosas que no entiendo de la gente, ejemplo número uno: los que miran al mar y sienten un colapso mental y profundo inventando una conexión con un cúmulo de agua; ejemplo número dos: las mujeres que se acobardan y no responden los mensajes.

Deja de pensar en esa desconocida.

Antes de regresar al hotel, me detengo a recuperar el aliento y me siento en una cerca de troncos que limitan la playa. Mis pies detestan correr por la arena, definitivamente es diferente a la dureza del asfalto.

Los hombres y mujeres pasan a mi lado con las tablas de surf e inmediatamente me hace recordar a Astrid, sugiriendo que debería aprender.

Cuando era pequeño lo intenté muchas veces, hasta lo disfruté, pero no quiero darle ni un poco de mi placer a esta isla.

Me niego.

Eso no quita que observe a estas personas pasar un buen rato y recuerde la conversación que tuvo Astrid con el tipo que daba el espectáculo, ¿cómo dijo que se llamaba?, ¿Kai? ¿Koi? Lo que sea, probablemente estén pasando un excelente día juntos.

Porque indudablemente tienen un romance y no los culpo, los dos son demasiado atractivos, es natural que ocurra.

Excepto que, por alguna razón, me irrita.

Astrid



Estoy sentada sobre mi tabla de surf en la arena, mirando el atardecer mientras sujeto mis piernas cerca del pecho. Mi traje de baño sigue mojado después de pasar horas en el mar. Mis músculos fatigados tras muchas olas conquistadas.

Esto era exactamente lo que necesitaba, olvidarme de todo, conectar con la naturaleza y respirar aire salado.

El sol se hunde poco a poco en el horizonte y me envuelve una paleta de colores que desdibuja los límites entre el cielo y el mar. Naranjas, rosas y morados se funden tan mágicamente que nadie puede resistirse a sacar fotos.

Las palmeras sobre mi cabeza se mueven al ritmo cálido de una brisa que trae consigo el aroma fresco del mar.

Respiro hondo y el aire salado llena mis pulmones, revitalizándome, prometiendo que mañana no será un día cargado de estrés y miradas despectivas.

Estos últimos días, con Blas de acá para allá, no ayudó a calmar el rumor. Si hizo algo fue alimentarlo, porque hasta Liana me mira raro, mi única amiga real en ese hotel.

Kai podría entrar en esa categoría también, si no sintiera que a veces busca algo más que una amistad, pero nunca intentó nada, así que quizás estoy viendo cosas donde no las hay. Hoy pasó tiempo conmigo, pero luego se fue con sus amigos a buscar olas más grandes y violentas, yo no estaba lista para ese tipo de reto hoy.

Yo vine a calmarme y eso fue lo que logré.



Toda esa paz y armonía se va a la mierda en el momento que pongo un pie en el hotel y hay una catástrofe ocurriendo.

Uno de los huéspedes tuvo un paro cardiaco durante las primeras horas de la madrugada y Simón intenta resolver la situación con la misma tranquilidad que un testigo falso.

—¡¿Dónde estabas?! —grita con su móvil en la mano—. ¡Llevo llamándote desde hace horas!

Miro el móvil y su primera llamada perdida fue hace media hora.

—No uso el móvil mientras conduzco —explico—, y me llamaste hace media hora, Simón.

—¡Ah! —dice dramáticamente—, ¿no eras la gerente? ¡Actúa como una!

Simón es de Florida, se mudó a Maui hace un año, exactamente porque su novio vive aquí y creyó que la vida era fácil y sin estrés. Su pelo es extrovertido, con un flequillo que le llega a la mitad de la frente y un corte muy ochentero, tipo mullet, que combina perfectamente con el bigote piramidal sobre su boca.

Nunca pudimos congeniar, siempre hay una tensión extraña entre los dos y su falta de respeto no es nueva en situaciones como esta.

—Lo soy, pero durante la noche tú eres el encargado —susurro para que ningún huésped que camine por el vestíbulo pueda escucharme—, y lo has resuelto, los médicos llegaron a tiempo.

—Porque tuve suerte, en esta maldita isla no hay médicos.

—Bienvenido a Maui —respondo sin una gota de alegría.

Uno de los problemas más criticables con Hawái es que no hay suficiente personal médico y por eso las emergencias a veces no llegan a tiempo.

Cuando me alejo escucho detrás de mí:

—Debe ser fácil ser gerente cuando eres la amante de un Henderson Morris.

Mi estómago da un vuelco al escucharlo. Cuando volteo y abro la boca para defenderme, un huésped se acerca al mostrador de recepción, haciendo que Simón lo use para escaparse.

—Astrid, no lo escuches —dice Adrián, el botones del hotel con una sonrisa amable—, es grosero con todos.

Adrián lleva el uniforme a la perfección, él es el encargado de ayudar a los huéspedes con el equipaje y su buena predisposición siempre le deja buenas propinas. Es un tipo bastante adulto ya, de unos cincuenta años, y con la edad supongo que viene un poco de sabiduría cuando se trata de situaciones como estas.

—¿Contigo también? —pregunto cruzando mis brazos y mirando al suelo.

La vergüenza se apodera de mí y no estoy pudiendo manejarla. No solo porque mi reputación es muy importante para mí, sino porque temo por el día en que estos rumores lleguen a los oídos de Blas. ¿Qué pasa si cree que yo los comencé?

—No, porque yo lo puse en su lugar el primer día que llegó y me trató como si fuese su sirvienta. Debes ser imponente con tipos como él, marcar límites, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí, y no eres el único que me ha dado ese consejo últimamente.

Y como si lo hubiera invocado, Blas camina por el vestíbulo con su ropa deportiva de la mañana. Su piel comienza a broncearse cada día un poco más, acentuando su rostro afilado. Viene hacia mí y me saluda levantando la barbilla.

—Astrid —dice, pero no me mira a mí, sino a Adrián, que tienen casi la misma altura, haciéndome sentir un pitufo entre los dos.

—Buenos días, Blas, ¿conoces a Adrián? Él es nuestro botones.

Adrián le sonríe con esa amabilidad que lleva siempre y estira su mano.

—Un placer conocerlo, señor Henderson Morris, en lo que necesite, puede contar conmigo.

Blas estrecha la mano con él y asiente una vez y con firmeza.

—Lo tendré en cuenta —responde, y seguidamente se enfoca en mí—. Iré a cambiarme y luego podemos comenzar.

—Claro, estaré en mi despacho —contesto con toda la nerviosidad que este hombre me produce.

Quizás sea gracias al sudor en su estómago que adhiere la camiseta a su piel, resaltando sus abdominales, o su altura imponente.

¿O son los hombros que cualquier guerrero envidiaría?



¿Podrías decirme dónde firmar esa petición? O mejor aún, ¿quisieras decírmelo en persona?

El mensaje todavía me espera y después de haber meditado todo el domingo, tengo una respuesta.

Estoy bien así, no quisiera arruinar la magia de este intercambio, ¿qué pasa si eres un asesino?

Cruzo el pasillo y me siento en mi escritorio, hay proveedores con los que tengo que conversar, y sé que Blas aparecerá por esa puerta en cualquier momento con su traje impecable y sus zapatos de cuero.

El hombre no quiere adaptarse a la isla, eso es tan innegable como el mal gusto del tatuaje en mi espalda. A veces pienso que se resiste a sentirse cómodo aquí, a absorber la cultura y las tradiciones.

No lo digo solo por la manera despectiva con la que miraba a Kai el sábado, sino porque hay algo en su porte irradia aversión tajante y me pregunto si tengo el poder de cambiar eso.

Imagino que sería algo que Chester quisiera de mí si viera a su nieto hoy.

Porque alguna explicación debe haber detrás de la herencia y por qué eligió a Blas para heredar y no a algún otro nieto, que, por lo que Chester me dijo, ellos dirigen hoteles en otras partes del país.

Esto es un misterio para Ethan Shadow.

Blas



Me río al leerla, pero tiene razón. ¿Cómo sabe si se puede fiar de mí o no? Debería trabajar en esa confianza antes de intentarlo de nuevo.

Estoy bien así, no quisiera arruinar la magia de este intercambio, ¿qué pasa si eres un asesino?

¿ME ESTÁS DICIENDO QUE EN ESTE HOTEL NO HACEN UNA VERIFICACIÓN DE ANTECEDENTES ANTES DE CONTRATAR A LOS EMPLEADOS? ¿DEBERÍA APRENDER DEFENSA PERSONAL?

Con una sonrisa reprimida en mi rostro, cierro la puerta del altar y camino directamente al otro lado del corredor, al despacho de Astrid, donde dijo que iba a estar.

La encuentro caminando con su móvil en la mano, hablando con mucha concentración sobre el servicio de paisajismo, asumo que tendrá que ver con toda la flora del hotel.

Ella me ve y señala la silla dándome «permiso» para sentarme. Es casi adorable que crea que lo necesito, este es mi maldito hotel. Pero lo hago sin hacer un escándalo para no ser siempre la «parca

que discute todo» (según mi padre). Me siento y saco el móvil como hago cada vez que no tengo con qué ocupar mi cabeza.

El doomscrolling es una salvación, no vaya a ser que piense.

—La higuera de Bengala no se toca, a menos que sea por la seguridad de los huéspedes —dice, y presto atención a su intercambio, por más que esté abriendo y cerrando emails llegados a este punto—, es un árbol ancestral y es una de las atracciones más grandes que tiene Lani Vista.

Debe estar hablando del árbol gigantesco que está a un lado de la piscina y cerca del bar, ese árbol que chorrea sus raíces hasta el suelo desde grandes ramas que se expanden hacia los laterales, mi abuelo lo amaba y recuerdo explorar el poco espacio entre las raíces cuando mi cuerpo aún cabía allí.

—Exacto, también necesitamos refuerzos en la entrada, hay algunas plantas con hongos que me gustaría que revisarais.

¿Cómo demonios ve esas cosas?

De pronto, gira con brusquedad, como si buscara algo con urgencia. Sobre su escritorio, coge rápidamente un Post-it naranja y un bolígrafo, mientras sostiene con dificultad el móvil entre el hombro y la barbilla.

—Cada quince días, comenzando el uno de marzo, está bien —repite mientras anota el Post-it y lo pega en el borde del monitor de su ordenador.

Cuando se da la vuelta, mis ojos la inspeccionan, su puño en la cadera y el vaivén de sus pies me entretiene.

Bueno, su culo también si soy honesto.

Hasta que me distrae el Post-it que, como si tuviera vida propia, se despega y cae lentamente al suelo. Me levanto para recogerlo, con un gesto automático.

Quince días. Uno de marzo.

Lo sostengo entre los dedos, pero algo en esas palabras me hace detenerme antes de volverlo a pegar. Mi mirada se queda atrapada en la tinta, en la letra que es delicada y muy… femenina.

Levanto la vista, buscando alguna explicación, pero ella aún me da la espalda. Habla por teléfono, intercambiando unos «aha» y «mhm» sin emoción, mientras yo siento que mi pecho empieza a apretarse. Mis ojos regresan al papel, a las curvas de esas letras que parecen gritarme algo imposible.

No puede ser.

No.

Es… ¿Es ella? Pero… no tiene sentido. ¡No puede ser ella!

La cabeza me da vueltas mientras intento encontrar aire, coherencia, algo. Pero no hay tiempo para pensar, porque de repente ella gira y se acerca al escritorio. Toma otro Post-it con una calma que contrasta brutalmente con mi caos, y empieza a escribir.

Buscar alternativas

Me atraganto con algo que no es saliva. Quizás sea pura sorpresa, o el peso del descubrimiento bloqueando cada hemisferio de mi cerebro, mis cuerdas vocales y hasta mis músculos.

Astrid me lanza una mirada extrañada. Le devuelvo el papel, casi con reverencia, y mientras mis dedos lo sueltan, mis ojos se clavan en su rostro, ahora con una claridad brutal. Su nariz salpicada de pecas, sus ojos verdes que brillan como si guardaran secretos, su cabello ondulado cayendo con una despreocupación que parece ensayada.

Finalmente puedo unir las piezas. Ponerle una cara a esa letra. Y, joder, cómo me gusta lo que veo.

Por un segundo, quiero reír. Al fin he desvelado este misterio que me había robado noches de sueño. Pero la risa se congela en mi garganta cuando una voz, fría y firme, me golpea: esto está mal. Esto es una aberración. Esto no puede pasar.

Ella es la gerente del hotel. La gerente.

El peso de esa revelación me empuja hacia el sillón al otro lado del escritorio. Mis piernas apenas responden, y cuando finalmente logro alzar la vista, ahí está ella. Imperturbable, como si todo siguiera igual.

Me llevo la mano a la boca, tratando de ahogar el torbellino que me consume.

Joder.

¿Es ella?

—¿Estás bien? —pregunta al terminar la llamada.

¿Bien? No, la verdad es que no, pero no estoy bien desde hace años y esto ahora acaba de arruinar todos los planes que tenía.

—Sí, sí, claro —miento mientras acomodo mi traje para distraerme un poco de la sacudida que acabo de sentir por todo el cuerpo—. ¿Con quién…?

No termino la pregunta para dejar que ella asuma cuál quiero hacerle y que desarrolle una respuesta lo suficientemente larga para poder darme tiempo a calmarme.

A volver en mí y que no se me note el shock.

—Oh, ese era el encargado de…

Dejo de escucharla porque por dentro grito.

Por supuesto que es ella.

¿Con mi suerte? ¡Claro! ¡La única mujer en esta isla que conoce a Ethan Shadow tiene que ser mi gerente!

Y con tanta tecnología sobre nuestras vidas, es normal que no haya visto nunca su letra a pesar de haber pasado tantas horas con ella últimamente.

Joderrrrr.

—Blas, ¿seguro que estás bien?

—Claro que sí. —Me enderezo poniendo una máscara fría sobre mi rostro—. Ya que mencionaste ese árbol, me gustaría recorrer el exterior, tengo algunas preguntas.

Ella se levanta antes de responder y mis ojos recorren su cuerpo descaradamente.

En la intimidad quizás haya fantaseado con alguien como ella al otro lado del papel, alguien que me atraiga, que me guste mirar, porque yo no soy de esos que dicen que «lo importante es lo de dentro», eso son estupideces, debes sentirte atraído sexualmente por alguien para tener… Ese tipo de fantasías.

Sentirme atraído físicamente a ella ya era un problema, pero ahora debo sumarle que me gusta su estúpido cerebro y eso agrava

todo.

—Claro, vamos —responde, pero puedo ver que me observa con sospecha.

Sin mucha emoción en mi rostro abro la puerta y espero a que ella pase primero, dejando un rastro a perfume de coco al pasar.



Mientras caminamos por el hotel, explica al detalle todo lo que nos cruzamos, y yo miro hacia abajo, al movimiento de sus manos mientras relata el organigrama.

Esas manos fueron las que me llamaron idiota hace solo una semana, quiero reír con ese pensamiento, pero no puedo sin tener que dar explicaciones, esas son las que me confesaron que se enamoró de un personaje ficticio cuando era adolescente, las que escribieron las respuestas a mis preguntas, joder, todavía no puedo creerlo.

Astrid Cooper es mi amiga corresponsal.

Qué suerte que se negó a conocerme, sería demasiado incómodo trabajar juntos si los dos conociéramos esta información.

Cuando bajamos por las escalinatas que dan al exterior, nos encontramos con un mundo de gente rodeando la piscina, los niños gritan y juegan con el agua.

Poco a poco voy identificando rostros, huéspedes que se presentaron antes o se hicieron notar como la de pómulos de tiranosaurio rex que toma sol como un lagarto, conmemorando a sus antepasados originarios.

Aún me hierve la piel cuando recuerdo cómo le habló a Astrid y me pongo peor al ver cómo Astrid reaccionó sumisamente ante semejante mujer petulante.

Enfrentar a las personas no es su mejor cualidad, definitivamente.

—¿Por qué hablabas del árbol? —pregunto mirando la frondosidad del árbol a un lado de la piscina, hay una fila de gente para sacarse una foto allí.

—Oh, porque los paisajistas me recomendaron cortarlo porque está dando sombra a un sector de la piscina. Les dije que ese árbol no se tocaba, Chester lo amaba.

—Lo recuerdo —digo pensativamente mientras nos acercamos a él, esas raíces son raras y ásperas.

Astrid lo acaricia como si fuese una mascota y me dan ganas de poner los ojos en blanco. Detesto todo eso de la espiritualidad y la conexión con la naturaleza, todo son inventos para mentes débiles si me lo preguntas.

—En Hawái se valora mucho la naturaleza y siempre se le da prioridad por sobre la conveniencia del hombre.

—Hasta que mate a alguien —digo por lo bajo.

El sol me da en la cara, haciendo difícil verla claramente, pero creo que se rio por lo bajo.

—Por eso le dije que no tiene sentido, a menos que sea un riesgo para el hotel. Aparte, es el recuerdo más presente de Chester, no estoy lista para que lo modifiquen.

El recuerdo más presente de mi abuelo es su puta casa a unos metros para arriba y todas esas malditas cartas que eliminaron mi sueño por completo.

Quito mi traje al sentir cómo mi espalda comienza a sudar y ella me mira con una sonrisa extraña.

—No tienes que vestirte de traje aquí si no quieres.

Avanzamos hacia la playa y me detengo en el borde entre la arena y el suelo firme.

Estos zapatos son demasiado caros como para arruinarlos así.

—¿Quién te ha dicho que no quiero?

—Tu incomodidad —suelta una mini risa pícaramente—, el sudor en tu frente, las gotitas que transparentan tu camisa —carraspea su garganta, recordando que soy el dueño del hotel y no un amigo con el que puede bromear—, con todo respeto lo digo.

Arqueo una ceja y no por sentirme ofendido, sino porque alguien estuvo prestándome atención.

Quizás no sea el único que siente atracción física.

—Qué observadora, Astrid —suelto mirando su rostro una vez más, es simétrico y eso me gusta.

Es normal, el hombre siempre busca la simetría en todo.

—Es el Na'au, lo tengo afinado.

—¿Qué demonios es eso? —pregunto apoyando mi traje en el interior mi brazo con cuidado.

Pasamos por el bar Tiki y ella saluda con entusiasmo al joven detrás de la barra. Él parece saludarla amablemente, pero nos observa con detenimiento y ella baja la mirada.

Me irrita que haga eso, que baje la cabeza constantemente.

—El Na'au es como tu instinto, lo que hace que observes tu alrededor y prestes atención a todo.

—Podrías haber dicho instinto simplemente —devuelvo queriendo molestarla.

No sé por qué.

—Sí, es que al convivir con hawaianos uno comienza a incorporar palabras o costumbres —se detiene frente a las mesas exteriores del restaurante—, Hawái eventualmente te llega al alma.

—Si es que tienes una.

Se ríe expulsando aire por su nariz, aún no logro ver su sonrisa completa y no creo que lo haga nunca, la comedia nunca fue lo mío.

—Este es el restaurante, nuestro chef se llama Óscar y…

Ella sigue con su parloteo, pero no tiene idea de que dentro de mi cabeza solo escucho una cosa.

Es ella.

Es ella y es lo único que me mantiene cuerdo en esta isla. Pero sé que ella no me soporta, solo está pasando tiempo conmigo porque yo se lo pedí.

¿Y qué haría? ¿Confesarle quién soy? ¿Y después?

Cometería los mismos errores que mi abuelo cometió y eso me convertiría en un hipócrita.

A menos que siga en el estado platónico.

Y eso me da una gran idea.



La habitación se baña en los últimos rayos dorados del atardecer, que se cuelan a través de la ventana entreabierta, las cortinas blancas se mueven lentamente. Me pregunto si mi abuelo admiraba el atardecer desde su escritorio como lo estoy haciendo ahora.

¿Lo vería todos los días o ya se habría acostumbrado a la saturación en el cielo?

En Manhattan los edificios son tan altos que el sol se puede ver por unas horas nada más.

Estoy sentado en la sólida silla de cuero y continúo con la tortura que representa leer sus últimas palabras dirigidas hacia mí.

No sé si lo hago por curioso o por masoquista a estas alturas.

Querido nieto:

Tu enfado es persistente y fuerte, como tu carácter, pero mi esperanza y perseverancia lo son más, por eso vuelvo a enviarte una carta.

Nunca tuve la oportunidad de decirte por qué esta isla es tan importante para mí. Aquí el tiempo tiene otra velocidad, parece cambiar de formato y desvela algo nuevo todos los días.

También me di cuenta de que mis prioridades estuvieron mal definidas durante mucho tiempo de mi juventud, me enfoqué tanto en proporcionar un futuro asegurado a tu

padre y, en consecuencia, a tus hermanos y a ti, que olvidé que también me necesitabais a mí.

Suena obvio ahora que soy viejo, pero en ese momento era más importante una reunión de negocios que una cena con mi hijo y esposa.

Por eso no me sorprende que tu padre no esté interesado en venir a visitarme, no lo culpo, somos prácticamente desconocidos.

Si alguna vez vuelves a esta isla, recuerda esto que estoy escribiendo cuando elijas seguir tu ritmo neoyorquino. No malgastes tus minutos en acumular poder y fortuna, úsalos en enriquecerte con experiencias, buscando nuevas perspectivas, sabores nunca probados. Eso me recuerda que, si alguna vez vuelves a Maui, hay un restaurante muy pequeño cerca de las playas de Pa'ia, se llama «Good Vibes».

Volviendo a lo que más me importa en esta carta...

Bertha me explicó que Maui es el lugar de las segundas oportunidades, y puedo asegurarte de que eso es lo que ocurre aquí.

Al menos ella me hizo ver la vida tecnicolor cuando vivía en grises.

Todos los días rezo porque encuentres a alguien así y que ese gran amor te proporcione hijos que adorarás.

O perros.

O gatos.

A veces es difícil seguirle el ritmo a este mundo.

Sé que yo intenté compensar mis errores de padre con mi nuevo papel de abuelo, por eso sigo escribiéndote. Algún día leerás estas cartas y espero poder seguir enseñándote cosas desde el más allá.

Aunque tengo fe en volver a verte antes de que eso ocurra.

Un abrazo.

Tu abuelo.

La fe es lo último que se pierde, según dijo alguien de por ahí, pero sí fue lo que se perdió en mi abuelo en el momento en que su corazón dejó de latir.

Combato el remordimiento en mi pecho e intento ahogarlo con todas mis fuerzas mientras abro la siguiente carta.

Querido Blas:

Quizás desde tus ojos tú fuiste el portador de un cambio drástico en la familia, pero quiero que sepas que no fue así.

Si hubo algún culpable, fui yo por no haber sido honesto contigo y con los demás, tampoco podría culpar a Bertha. ¿Cómo podría hacerlo si ella me demostró que el amor no

termina cuando eres viejo? Solo que se vive de manera diferente.

Algún día conocerás a alguien que te arrebate el aliento y cuando sientas lo que yo siento por ella, podrás entenderme, quizás, por qué hice lo que hice.

Estamos en época de huracanes, no hay muchos huéspedes ni movimiento, por eso paso mucho tiempo con los empleados, conocerlos siempre le da un factor humano a una relación jefe-empleado, espero que tengas esto en mente el día que te conviertas en uno.

Sin ir más lejos, hay una niña que comenzó a trabajar aquí hace apenas unos días. Me dijo Bertha que tuvo malas experiencias y que vino a Maui a cambiar el destino nefasto al cual se dirigía su vida.

Tuve la suerte de poder conocerla gracias a la quietud. Como verás, eso no siempre es malo y te da oportunidades nuevas.

Cuando vengas quisiera que la conocieras, es una chica muy amable.

Hasta la próxima carta.

Tu abuelo.

Astrid



Me río en voz alta y cubro mi boca rápidamente. Si alguien me ve riendo en el altar de pensamientos con la imagen de Chester frente a mí, pensarán que terminé de perder todos los tornillos que tenía sueltos en la cabeza.

Después de un día largo de pasear a Blas por todos lados, y pretender ser una guía turística, finalmente puedo ver la respuesta de mi amigo corresponsal, y a pesar de imaginarme diferentes versiones durante el día, esta es la menos esperada.

Es liviana, no se enfadó por negarme a revelar mi identidad, hasta hizo un chiste que me hizo reír y no recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice.

Siempre me sentí segura en esta isla, pero no quiero tentar a la suerte poniéndome en situaciones raras, ejemplo A: esta conversación con un extraño.



Al pasar por recepción, encuentro que Malia está sobrepasada de trabajo, haciendo check-in a una fila de huéspedes recién llegados a

la isla para presenciar el festival de surf.

Sin dudarlo, rodeo el mostrador y le pido al siguiente huésped que dé un paso al frente.

Malia sonríe en agradecimiento y entre las dos terminamos con la tarea rápidamente.

—Gracias —dice después del último huésped—, ya estaba escuchando algunos bufidos.

—Es la batiseñal para el mal humor —me río cerrando el sistema en el ordenador.

Malia suelta una carcajada y saca una botella de debajo del mostrador para darle un sorbo.

—No tuve oportunidad de agradecerte el cambio de horario el otro día.

—Oh, no hay problema, tuvimos suerte de que Simón estaba disponible, perdón por preguntar, pero ¿está todo bien?

Malia niega con la cabeza.

—Es mi madre, tiene algunos problemas de salud y cuando por fin conseguimos una cita para la cirugía, ninguno de mis primos podía acompañarla.

—Malia… —Cubro mi boca—. Debes contar con el hotel en días como esos, no hace falta que me des las gracias, ¿cómo está ella?

—Bien —asiente y escribe algo en el monitor para evitar que note sus ojos mojados—, es su corazón, pero todo indica que está recuperándose con éxito.

—Me alegra mucho saberlo. —Me acerco con cuidado y apoyo una mano en su espalda—. Cuenta conmigo para lo que necesites. ¿Quieres ir al baño? Yo te cubro.

Parece aliviada de golpe.

—Gracias, vuelvo lo más rápido posible, hoy hay mucha gente.

—Tómate tu tiempo.

Le sonrío a un huésped que se acerca; es un hombre mayor que camina lentamente con un bastón y una camisa floreada. Su imagen de golpe me recuerda a Chester y ese hueco en mi estómago parece despertar; sin embargo, le sonrió con calidez, ya que él no tiene la culpa de que yo me sienta así.

—Disculpe, señorita, ¿dónde está el restaurante del hotel?

—Mire, si continúa por el vestíbulo, se encontrará con una puerta que dice Kalo, ese es el nombre del restaurante. —Malia vuelve, dándome la oportunidad de irme—. ¿Quiere que lo acompañe?

—Oh, eso sería estupendo, hace mucho que no llevo una mujer hermosa del brazo.

Caminamos lentamente hacia el restaurante, el hombre relata que solía venir todos los veranos a Maui y este sería su último viaje, ya que su médico le recomendó dejar de montar en avión. Yo lo escucho con atención hasta que siento una presencia oscura sobre mi costado derecho.

Blas camina hacia mí, pero se detiene de golpe al verme acompañada.

Le hago un gesto para que espere cuando le pido a la recepcionista del restaurante si puede acompañarlo hasta su mesa.

—Que tenga un excelente almuerzo, señor Daly, y gracias por elegir Lani Vista para culminar su viaje.

Después de intercambiar algunas palabras, me encuentro con Blas detrás de mí, mirando la interacción con curiosidad.

—¿Ya has almorzado? —pregunta mirando hacia donde el señor Daly se dirige.

Aprovecho para notar que ha cambiado su camisa por una más fresca, pero igual de formal.

—No —digo mirando la hora, cuando levanto la mirada, sus ojos negros están sobre mí y el terror aprieta mi garganta.

Espero que no piense…

—Bien, iremos a comer por ahí —gira sobre sus talones y comienza a caminar—, necesito salir de este maldito hotel.

Blas



Astrid camina detrás de mí con pasos inseguros mientras le pido al valet que me traiga el Maserati. Es hora de meterle algunos kilómetros al coche que llevo esperando desde hace semanas.

Los ritmos de Hawái van a matarme.

—¿Qué pasa, Astrid? —pregunto con un tono irritado al ver sus labios presionados, también evita la mirada como si tuviera una deformidad al estilo Cuasimodo.

—¿No quieres comer aquí? Estoy segura de que Óscar puede hacerte lo que quieras. —Señala detrás de ella.

Entrecierro los ojos con sospecha, observando todo lo que su cuerpo transmite, no es solo inseguridad, es vergüenza.

—No, me apetece salir, llevo semanas metido aquí dentro y necesito cambiar el escenario. Sin mencionar que tenemos que hablar sobre algunas cosas y no hay mejor momento que ahora —digo colocando mis gafas de sol. El día está completamente despejado y el brillo está aniquilándome.

—Te entiendo, solo que hay tanto que hacer, ya sabes, el evento…

Doy un paso más cerca de ella y la miro por encima de las gafas.

—¿Tan difícil te resulta almorzar conmigo?

Sus ojos se mueven por detrás, los valet y el botones, Adrián, pretenden no estar pendientes, pero sé que lo están.

En ese momento llega mi coche y el valet abre la puerta para que ella entre.

La presión la supera y sonríe tensamente mientras se sienta.

Mientras conduzco por las calles, mi visión periférica está pendiente de ella; es imposible no hacerlo, ya que su cuerpo emana tanta tensión que mis propios hombros se convirtieron en garrotes. Sin mencionar sus manos enterradas entre sus piernas, como si fuera una plegaria invertida.

Por esta razón debo mantener mi identidad oculta.

—¿Por qué no quieres ser vista conmigo en público? —pregunto francamente, una mano en el volante, la otra descansa en el espacio entre los dos.

Astrid voltea con pánico en su mirada, sus ojos están muy abiertos y con una inhalación brusca, dice:

—Oh, no, Blas, no es eso en absoluto.

—Sí, lo es. —Me río con saña—. ¿Qué pasa? ¿No es guay andar con el jefe de acá para allá? Creí que eso era lo que hacías con mi abuelo.

—Es que Chester era…

—Viejo.

—Sí, bueno, algo así, no quisiera que el resto de los empleados malinterpretara nada.

—Ese es tu problema, Astrid —digo mirando hacia la carretera—. Te importa lo que dicen los demás, cuanto menos atención le prestes, menos te afectará. Todo el mundo es imbécil de todas maneras, para qué preocuparse.

Una risita se escapa entre sus labios y no alcanzo a verla porque justo estoy doblando donde me indica el maldito GPS.

Cuando la vi caminar con ese anciano, casi pude visualizarla haciendo lo mismo con mi abuelo hace tan solo unos meses atrás, una mezcla de envidia y alivio corrieron por mi cuerpo al pensar que mi abuelo no estuvo solo estos años.

El impulso de invitarla fue ineludible.

—No creo que sean todos imbéciles —susurra mirando por la ventanilla.

—Tarde o temprano lo demostrarán —digo, dejando que mi cinismo (o experiencias) se meta entre mis dientes.

Al llegar al restaurante, escojo una mesa al lado de un ventanal, Astrid mira hacia las palmeras y el mar turquesa al otro lado del cristal con ojos asombrados y me pregunto si no se cansa de ver siempre lo mismo.

El restaurante es opuesto a lo que estoy acostumbrado en Nueva York, donde el lujo y la prolijidad son estandartes en todos los restaurantes decentes.

Este es de estilo rústico y tropical. El techo, en vez de estar adornado con imponentes candelabros de cristal, está adornado con cañas y estructuras de bambú, y las lámparas colgantes parecen tejidas a mano.

¿En qué pensaba mi abuelo cuando recomendó este lugar?

Astrid cubre su boca y se ríe por lo bajo.

—¿Qué? —pregunto defensivamente.

—Nada, es solo que, puedo ver que no estás acostumbrado a esto.

—La verdad, no, pero dicen que es uno de los mejores lugares de la isla —digo cogiendo el menú.

El restaurante bulle de vida; grupos de comensales se reparten entre las mesas de madera robusta, las sillas de respaldos altos son sorpresivamente cómodas.

—Es un atrapa-turistas —dice por lo bajo.

—Ah, ¿sí? Y yo que creí que las plantas de plástico y las piedras falsas con un altavoz dentro eran lo que solían destilar aquí.

—No —dice, mis ojos navegan por su pequeña sonrisa—, puedo recomendarte algunos lugares si quieres probar la gastronomía de la isla.

Qué lista Astrid, al decir «recomendar» inmediatamente se aleja de mí.

—Podemos ir cuando quieras.

Puedo ver cómo traga con dificultad y eso me hace sentir victorioso.



Según el Google Maps, hay una tienda al otro lado de la calle que vende móviles y cosas tecnológicas, allí es donde necesito estar, pero no sé qué hacer para distraerla y que no note mi huida.

—¿Quieres postre? —pregunto, no porque quiera, sino porque necesito hacer tiempo.

—Estoy llena, gracias.

Joderrr.

—¿Puedes pedir por mí entonces? —digo, levantándome—, iré al baño.

—Pero ¿qué te pido? —pregunta con apuro al verme la espalda.

—Lo que sea, no me importa. Pero que sea para llevar.

Camino hacia el baño, pretendiendo saber hacia dónde voy, lo encuentro al fondo del lugar, una puerta negra un poco tétrica; sin embargo, antes de meterme, espío sobre mi hombro a Astrid señalando algo del menú al camarero y en ese momento me desvío y salgo del restaurante.

Con pasos apurados camino hacia la esquina y espero impacientemente a que el semáforo cambie de color.

Verde.

Comienzo a trotar como lo hago todas las mañanas, solo que con zapatos de vestir es un poco difícil y me viene la voz de Astrid sugiriendo que me vista más acorde a la isla. Si cree que me verá usando chanclas, está absolutamente equivocada.

Entro a una tienda estancada en el pasado, donde la madera oscura estaba de moda, los paneles son del color «aquí se fumó por años» y el suelo de unas baldosas de cerámicas desgastadas con el paso de los clientes. Tengo dos personas delante de mí. El vendedor detrás del mostrador se mueve y habla al ritmo hawaiano y el golpecito de mi zapato contra el suelo lo disturba.

Ya llevo tres minutos en «el baño».

Aquí no solo venden móviles, también los reparan; por eso el viejo siendo atendido pregunta:

—¿Y cómo uso la cámara delantera?

—Oh, por Dios… —digo por lo bajo—, no tengo tiempo.

Todos voltean y me lanzan la misma mirada que me dan los isleños, esa mezcla de gesto despectivo con pena.

—Estoy en una emergencia —miento entre mis dientes—, solo necesito un móvil con una línea nueva.

—¿Necesita llamar al 911? —pregunta el dependiente apoyando sus manos en el borde del mostrador, sus dedos están tatuados, sus brazos también y de su cuello cuelga un collar de coco.

—No, solo necesito un móvil.

Sería una estupidez darle mi número. Astrid me tiene guardado, probablemente como «el nieto antipático de Chester», por eso estoy comprando un móvil nuevo únicamente para seguir esta comunicación extraña que tenemos.

La joven delante de mí se aleja un paso.

—Puedes pasar en mi lugar.

—Gracias —digo abriendo mi cartera y entregándola cien dólares. Ella los mira y arquea una ceja.

—No quiero tu dinero.

—Okay, tú te lo pierdes.

—¿Y cómo le envío la foto a mis nietos? —pregunta el viejo.

Joder, ¿por qué me tienen que tocar los lastres hoy?

Una mujer sale del fondo del local y se acerca a mí.

—¿En qué le puedo…?

—Móvil, el último, con una línea, rápido —digo, mirando sobre mi hombro hacia el restaurante. No puedo verla desde aquí, pero puedo imaginarla inquieta por dejar de estar en presencia del neoyorquino malhumorado.

Una vez que lo tengo en mano, corro hacia el coche y lo lanzo bruscamente en el maletero, luego corro hacia el restaurante y camino de vuelta a la mesa.

Llego agitado y sudado.

Astrid me mira con preocupación.

—¿Estás bien?

Oh, joder, seguro que piensa que me pasé quince minutos con una diarrea explosiva o algo así, escatológico.

—Sí. —Me siento y levanto la mano para que el camarero me cobre—. ¿Qué elegiste?

—Ahora no estoy muy segura de que debas comerlo… —dice acercando la caja hacia mí, parece una porción de pastel de coco.

—Tienes razón, llévatelo tú.

La dignidad la recuperaré en otra batalla, una a través del móvil, si es que acepta mi invitación.

Astrid



Su respuesta a la mía dice lo siguiente:

> Podría dejar de ser un extraño, si me lo permites. Veo que eres una persona precavida, por eso te invito a continuar nuestra comunicación de manera segura y a través de algo un poco más moderno que la tinta y el papel. No sé si has escuchado alguna vez hablar del teléfono móvil, es muy eficiente desde un punto de vista comunicativo y mantiene el anonimato. Si decides esconderte detrás de una pantalla, este es mi número: +1 (808)-989-7543.

En el instante en que mis ojos se posaron sobre su número, mi primera reacción fue arrancar el papel con brusquedad y ocultarlo en el bolsillo de mi pantalón, casi como si se tratara de un tesoro secreto, vedado a las miradas ajenas. Ahora, mientras el asfalto se desliza bajo las ruedas de mi coche, puedo sentir cómo el papel quema contra mi pierna, irradiando un calor intenso, como si el mismísimo sol hubiera sido confinado allí y ahora debo lidiar con él.

No sé por qué me tiene tan nerviosa, las manos en el volante comienzan a sudar cuando imagino una conversación directa con

este anónimo. Miro por el espejo retrovisor y puedo ver el manto de unas nubes negras desarrollándose detrás de mí. Tengo que darme prisa si no quiero que me atrape en la carretera.

Detesto conducir con lluvia o de noche, ah y cargar gasolina también.

Dos calles antes de llegar a mi casa, se desprende un diluvio terrible sobre mí, es tan densa la lluvia que apenas puedo ver a un metro de distancia y cuando subo a la entrada, encuentro a la señora Kane sacando macetas que estaban guardadas en su casa para que tomen agua.

Bajo del coche corriendo y me uno a su misión, entrando y saliendo de su casa.

—¡Astrid! ¡Ve adentro! —grita por sobre los truenos.

—¡Vamos, trabajo en equipo es mejor! —Aunque tiene un ejército de plantas. Esto puede llevarnos un rato.

Cuando terminamos, tengo el pelo pegado a mi cráneo, mi uniforme completamente empapado.

—Ya que estás aquí, ven —dice llevándome a su cocina—. Hice poke, sé cuánto te gusta.

—Hubieras empezado por ahí, seguro que me movía más rápido —bromeo, haciéndola reír.

—¡Solo tú encuentras humor en momentos como este!



Arranco mi uniforme empapado para dejarlo colgado en el baño cuando alguien llama a mi móvil.

«MAMÁ», dice en la pantalla.

—Joder —gruño poniéndome una camiseta extragrande por la cabeza mientras busco unos shorts como parte de abajo.

Mi madre siempre me llama con la cámara, aunque después se pasa toda la charla mirándose a ella misma en la pantalla.

—Hola, mamá —sonrío y me acomodo en mi cama rápidamente para tener el mejor ángulo.

—¿Dónde estabas? —pregunta mirando detrás de mí, buscando algún rastro de esa persona con la que estaba revolcándome en la cama, como la salvaje que cree que soy.

Solo ve el cabezal de caña de bambú.

Si supiera que no tengo sexo desde que me mudé aquí, no estaría tan obsesionada con el tema. Para ella, que me hayan traicionado no es un asunto tan traumático como lo fue para mí.

—Acabo de llegar del trabajo, ha caído una tormenta que…

—¿Y por qué tienes el pijama puesto?

Porque estoy en mi casa y me visto como me da la gana, ¿es tan difícil de entender?

—Mi ropa se ha mojado, justo estaba colgándola en el baño cuando llamaste, tuve que ponerme lo primero que encontré. Hola, madre, ¿cómo estás?

Siempre soy buena desviando temas de conversación. Es un superpoder que heredé de mi padre, especialmente cuando mi madre le preguntaba con quién hablaba por el móvil.

Apoyo el móvil contra un cojín frente a mí en la cama e intento enfocarme en sonreír.

—Yo bien, ya lo sabes, como siempre —dice mirándose en la cámara para acomodar su cabello rubio—, hoy estoy agotada, la clase de tenis fue terrible.

—Me alegra que te esté gustando.

—¿Gustarme? Oh, no, lo hago porque tu padre tuvo la brillante idea de remarcar un pozo de celulitis en mi culo y ahora tengo que correr tras una pelotita como un labrador.

—No tienes que complacerlo en todo, mamá.

—Oh, bueno, ya sabes cómo son los hombres… —*Sí que lo sé*—. Dime algo, hija, ¿cuándo te mudarás de esa casucha?

No hay lugar en el mundo donde me sienta más en paz que aquí, en mi casita de Maui. Es un santuario personal, un escape de la cotidianidad y el ajetreo del mundo exterior. El aire está saturado con el aroma fresco de la lluvia, mezclado con el salado del mar

cercano. A pesar de su tamaño, la casita se siente infinitamente espaciosa para mí sola. Amo cada pedazo de ella.

—Todavía tengo un año más aquí de alquiler, tengo tiempo de pensarlo.

Llevo diciendo eso desde que me mudé aquí hace tres años. Lo que pasa es que mi madre no comprende la dicha en lo acogedor, ella solo encuentra comodidad en el lujo.

—¿Recuerdas a tu amiga Brittany? —Asiento tragando duramente —. Bueno, ¡su madre me dijo en el Clubhouse que tiene fecha para casarse dentro de dos meses! ¿No es maravilloso?

—Oh, qué bueno, me alegro mucho. —Lo digo de verdad, aunque por dentro sienta una pinza retorciendo mis tripas. Brit no tiene la culpa de que todo mi mundo se haya caído en un instante.

Y tampoco la culpo por no contarme nada después de lo que pasó, ya que su novio era el mejor amigo del infeliz que tenía como prometido.

Las palabras de Blas de hoy resuenan en mi cerebro:

«Tarde o temprano lo demostrarán».

Cuando todo salió a la luz, ella tomó partido y simplemente dejó de hablarme.

—Me preguntó qué era de tu vida, le dije que eres la brillante gerente del hotel, ¡se le cayó la mandíbula al suelo!

Me río, no suelo darle muchas noticias para que esté orgullosa de mí, lo sé porque nunca me lo dijo.

El síndrome del impostor es real y creo que se me pegó, porque cuando dijo que era la gerente, por dentro lo primero que hice fue disminuir la importancia del papel.

¿Gerente? No es taaannn importante, es como algo que tengo que hacer, para que todo funcione, pero nada más.

¿Cómo no hacerlo si todo el mundo piensa que me gané ese puesto solo por estar acostándome con el jefe?

Jefe, que, dicho sea de paso, tengo pegado a la chepa todo el maldito día, haciendo que los rumores se cementen. El tipo no tiene la culpa, él quiere aprender sobre el negocio, pero no ve cómo me está afectando constantemente con los empleados.

Bueno, no todos, paradójicamente los nuevos son los que menos me juzgan, como Malia, por ejemplo.

Creo que he pasado más tiempo con ella desde que tomé el puesto que con Liana, y eso que antes éramos inseparables.

Ahora que lo pienso bien, quizás ya no me quedan amigas con quien pasar el rato, con quien compartir un café.

Se siente mucho más intenso desde la pérdida de Chester.

Joder, aquí viene el duelo otra vez.

—¿Vendrás a visitarme? —pregunto sin pensarlo bien.

Solo quiero ver un rostro familiar, alguien que me conozca y desee pasar tiempo conmigo.

—No lo sé, cariño, déjame hablar con tu padre, ¿quizás podamos ir una semana durante el verano? No hago ninguna promesa.

—No te preocupes —respondo—, de todas maneras, estoy muy ocupada, no podría pasar mucho tiempo con vosotros. Oye, mamá, tengo que prepararme para mañana.

Traducción: quiero terminar esta llamada antes de que notes las lágrimas en mis ojos.

—Bueno, te llamaré pronto entonces, o podrías llamarme tú también, soy tu madre, ¿sabías?

—Lo sé, te prometo que lo haré —respondo con el dedo sobre el botón rojo, lista para desconectar la llamada—. ¡Adiós!

En cuanto la cara de mi madre desaparece, me desplomo sobre el colchón y suelto todo el aire que tenía retenido.



Después de una cena sanadora, gracias a la señora Kane, encuentro mi uniforme en el baño; había olvidado completamente que lo había dejado allí. Y no solo eso, sino que del bolsillo delantero se asoma el mensaje que tanto quemaba mi piel.

Ahora la tinta está corrida, pero los números todavía son legibles.

Releo todo, sintiendo cómo esa pesadez que dejó la charla con mi madre abandona mi cuerpo poco a poco.

Chester decía que había que abrirse a nuevas experiencias y, de alguna manera, parece un mensaje enviado por él, por eso cojo el móvil y agrego el número.

Aparte, ¿qué me puede pasar? Si la situación se pone difícil, simplemente lo bloqueo. Si averiguo qué empleado es, pues lo bloqueo; si es un baboso, pues lo bloqueo.

Bloquear es el arma más poderosa que tenemos en estos tiempos, ¿cuál es la otra opción? ¿Enfrentar situaciones como un adulto? Nadie tiene tiempo para eso.

Me siento en la cama en bragas y una camiseta larga y estirada, abrí la ventana para dejar que la brisa de la tormenta traiga el olor a lluvia y tomo aire profundamente.

Allá vamos.

¿Siempre le das tu número a desconocidas?

Nunca. Pero tú no eres una desconocida cualquiera.

Eso suena peligroso… o interesante.

Tal vez un poco de ambos. ¿Por qué decidiste escribirme?

Porque hay algo en ti que no encaja… pero no puedo dejar de querer entenderlo.

¿Y si te dijera que no soy lo que esperas?

¿Eso es una advertencia o un reto?

Depende. ¿Estás dispuesta a descubrirlo?

¿Prometes no llamarme nunca?

Buen primer intercambio; cobarde, temeroso, gran demostración de personalidad, Astrid.

Segundos después llega una respuesta.

Supongo que te perderás el oír esta hermosa voz.

Lo prometo, simplemente prefiero que mis mensajes sean instantáneos. No vivimos en el 1800.

Pero es innegable que la tinta y el papel son elegantes.

Quizás tu letra los haga elegantes, la mía es similar a un jeroglífico, aún estoy sorprendido de que me hayas entendido.

Me río cubriendo mi boca y me siento más erguida, con una sonrisa devuelvo el mensaje.

Tu letra no es ilegible.

Es letra de varón, eso es todo lo que puedo decir.

Eso dicen todas, dime algo, ¿qué hizo que finalmente te hayas animado a hablarme?

Tomo aire profundamente y…: *Fue un impulso natural por sentir que no tengo amigos ni personas con las que contar, quizás el hecho de que mi madre me traiga siempre cosas de un pasado que aún no cerré. Dolores nuevos y viejos y la desesperación por tener contacto con alguien.*

Borrar.

Borrar.

Borrar.

En cambio, escribo:

Pues, me di cuenta de que, si eres un psicópata, puedo bloquearte.

Puedes ponerme a prueba, venga, tira una pregunta.

Cuando lees, ¿usas un marcapáginas o doblas la punta de la hoja?

Marcapáginas.

¿Tu biblioteca está ordenada alfabéticamente o por color?

Por año de edición.

Interesante, creo que estás pasando la prueba.

¿Y qué tal si tú las respondes? Mi seguridad es importante también.

Yo doblo la punta de la hoja, escribo en los libros con diferentes colores y los ordeno por color.

Eres una salvaje, hice bien en mantener distancia entonces.

Ja, ja. Mis libros de Ethan Shadow están detrás de una vitrina, son un tesoro.

Aunque están en mi vieja habitación, en la casa de mis padres y no los veo desde hace tres años, quizás ya no estén allí, pero cuantos menos detalles mejor.

¿Libro físico o digital?

Físico.

Creo que podríamos llevarnos muy bien tú y yo. ¿No es muy tarde para ti?

¿Eres mi madre ahora?

Gracias a Dios no.

Tienes razón, debería irme a dormir, mañana es un día de mucho trabajo y con estas lluvias puede que no llegue a tiempo. ¡Buenas noches!

Buenas noches.

Blas



Esta es la última vez que se celebrará el campeonato de surf entre los huéspedes y el hotel parece sentirlo por la conmoción que hay en el aire.

Cuando salí a correr esta mañana vi al personal organizar unos mostradores en la playa y el del bar estaba aprovisionando las bebidas. Todos parecían nerviosos y ocupados.

Aún falta un día para el campeonato, ¿por qué tanto escándalo?

Astrid está perdida en acción. Normalmente, la encuentro en su despacho temprano por la mañana, irritablemente emocionada por decirme todas las cosas positivas de este hotel y esta isla; sin embargo, hoy parece esconderse de mí.

Espero que no haya sospechado nada anoche cuando comenzamos una conversación.

Disimuladamente, saco el segundo móvil de mi bolsillo y disparo un mensaje.

> “Es en el caos que a veces encontramos armonía”,
> Ethan Shadow.

Atravieso el hotel y al pasar por el vestíbulo, Malia, la recepcionista, me sonríe como si fuésemos amigos. Aunque ahora que la observo de cerca, parece ser una sonrisa temerosa más que amable.

Nada nuevo en mi vida.

—¿Has visto a Astrid? —pregunto mirando el móvil detenidamente.

—Está en la playa, señor Henderson Morris, están haciendo la prueba de sonido.

—¿De sonido?

Astrid responde:

> Ethan en ese momento no tenía que lidiar con un trabajo que requiere interacción humana, era fácil para él cuando lo único que tenía que hacer era escarbar piezas en la tierra.

Alguien está de mal humor.

—Sí, el evento comienza mañana, y necesitan sonido para el locutor.

—Aha… —Me alejo del mostrador y ella me sigue con la mirada como si fuese un extra en un videojuego, joder, me da miedo—. Gracias, Malia —agrego con cautela y un poco de cuidado.

—De nada, señor Hender…

—Blas —interrumpo—, mi apellido es muy largo.

En cuanto digo eso, me detengo mentalmente, recordando que mi abuelo decía exactamente la misma frase. Espero algún comentario de Malia, pero ella solo asiente y aprovecho que no se está dando cuenta de mi colapso mental para irme rápidamente.

¿Me estoy convirtiendo en él? ¿Es esta isla la que te hace eso? Me corre un escalofrío al pensar eso como una posibilidad.

Al bajar los escalones, me detengo en el último. Cuando la encuentro con su pantalón arremangado a la altura de sus tobillos y sus pies descalzos sobre la arena está con Kai, el muchacho ese que le sonríe como si Astrid fuese un lingote de oro, y resisto la necesidad de poner los ojos en blanco.

Ese tipo me pone de mal humor, es demasiado positivo y alegre y le sonríe constantemente como si tuviera la sonrisa tatuada en su rostro.

Nadie es así naturalmente, por eso desconfío de él.

Por lo que leí en algunas cartas de mi abuelo, el campeonato es algo que les apasiona a muchos de los huéspedes que no son profesionales necesariamente, por eso en estas costas, que son más seguras que donde se realiza el campeonato, se hacen espectáculos y competiciones entre niños, adolescentes y adultos.

Supongo que Kai está involucrado porque es el «instructor», lo vi un par de veces por la mañana enseñando a los más pequeños.

> Si imaginas a los humanos como piezas antiguas,
> puede que sobrevivas el día de trabajo.

Tengo la suerte de verla detener lo que estaba haciendo para mirar su móvil y sonreírle a la pantalla.

Al fin, una sonrisa.

Sin embargo, cuando levanta la mirada de la pantalla y me encuentra de pie en la escalinata, esa sonrisa comienza a borrarse y deja todo para venir corriendo hacia mí.

No con entusiasmo, su rostro lo dice todo, no soy «buenas noticias».

—Blas, ¿querías revisar algo? Estamos ultimando detalles para mañana.

—Se supone que debes supervisar, no ponerte a montar mostradores, Astrid, eres la gerente —le recuerdo, parece que es algo que olvida constantemente.

Ella cubre el sol con la mano para poder verme mejor, presumo que está analizando si mi rostro coincide con el tono de mierda que acabo de usar.

—Oh… Lo sé, es que Kai se vio abrumado porque…

—Si se abruma por montar un mostrador, entonces no sirve para un ambiente como este.

El tipo me saluda a la distancia y yo levanto mi barbilla con mis manos en los bolsillos.

Jódete, idiota.

—Tienes razón, no debería involucrarme en los detalles, es costumbre porque el año pasado fui la encargada, pero tienes razón,

le diré a Wally que lo ayude. —Saca el móvil del bolsillo trasero y puedo ver cómo borra mi mensaje de la pantalla rápidamente.

Pretendiendo mirar mi móvil y espío su conversación con Wally.

Astrid:
Oye, ¿puedes ayudar a Kai en la playa? Está montando los mostradores para los jueces.

Wally:
¿No puedes hacerlo tú? Estoy ocupado.

¿Qué coño? ¿Así permite que le hable?

Astrid levanta la mirada, atrapándome en pleno acto.

—Es un poco gruñón —justifica—. Lo resolveré, no te preocupes.

—¿Le respondía a Bertha de la misma manera?

Piensa un minuto y suelta esa risita nerviosa que me da en ocasiones.

—A veces.

—Mientes —digo negando con la cabeza—, te espero en mi despacho.

—Está bien, Blas, iré en unos segundos.

Esquivo huéspedes como si fuesen las siete plagas de Egipto, pero mágicamente, encuentro a Wally sentado a las afueras de la piscina, entre unos arbustos, mirando el móvil con una sonrisa, claramente viendo un vídeo.

Camino directo hacia él, mis pasos firmes resonando contra las losetas junto al agua. No necesito levantar la voz para que el aire a mi alrededor se tense; incluso las hojas de los arbustos parecen inclinarse al verme llegar. Mi sombra recae sobre Wally lentamente. Al principio parece molesto con quien se atreve a darle sombra, pero en cuanto me ve, sus ojos se agrandan y se levanta de inmediato, el móvil casi resbalándose de sus manos.

—Señor Henderson Morris —dice, intentando acomodar su cabello rizado con movimientos torpes—. ¿En qué puedo ayudarle?

Lo observo en silencio por un momento, inclinando apenas la cabeza como evaluándolo. Su incomodidad crece.

—¿Estás en tu hora de almuerzo?

—No, ya terminé.

Idiota.

—Astrid necesita ayuda en la playa —digo con voz baja pero afilada, sin un gramo de gracia en mi rostro.

—Oh, no lo sabía, iré en su búsqueda. —Comienza a moverse, nervioso, pero me adelanto y me coloco en su camino.

—Recuerdas que Astrid es la gerente de este hotel, ¿verdad?

—Sí, claro. —Fuerza una sonrisa, como si fuese obvio, aunque su risa suena débil, quebrada.

—Es que me da la sensación de que por momentos te olvidas.

Dejo que mis palabras floten en el aire unos segundos, observándolo fijamente. Su mirada vacila, intentando encontrar en mi rostro algún indicio de indulgencia. No hay nada.

—No, no me he olvidado —balbucea.

—Bien. —Doy un paso al costado, pero antes de dejarlo ir, añado —. Ahora ve y ayuda a Kai, que aparentemente cuatro pedazos de caña superan su coeficiente intelectual.

Wally asiente rápidamente, pero cuando empieza a moverse, lo detengo una vez más, inclinándome apenas hacia él para que solo me escuche.

—Y, Wally... no hagas que vuelva a encontrarte entre arbustos. No te gustará la próxima conversación.

Con un último vistazo, giro sobre mis talones y me alejo. Mi espalda recta, mis pasos firmes, y la certeza de que Wally no olvidará esta interacción en mucho tiempo.

Astrid



No debo dejarme pisotear.

No debo dejarme pisotear.

No tienes que caerle bien a la gente para que deje de hablar mal de ti, simplemente haz tu trabajo y ya.

Esas son las palabras que me digo frente al espejo, en el baño de empleados, con mis manos sobre la encimera. Mis ojos fijos en mí.

Con la suerte que llevo últimamente, era casi obvio que Blas iba a leer el mensaje de Wally haciéndome quedar como una mujer sin poder en este mar de hostilidad.

Cuando la puerta se abre, Liana entra con su bolso colgando del hombro.

—Hola. —Sonrío al verla, realmente la extraño y me gustaría sentir, aunque sea, el apoyo de una amiga en estos momentos. Mi nuevo rol hizo estragos en nuestra amistad.

—Hola, gerente. —Guiña un ojo y apoya el bolso sobre el mostrador, aquí es donde se cambia para ponerse el uniforme de masajista—. ¿Qué tal van los preparativos para el campeonato?

—Bien, espero que salga bien.

—Yo también —devuelve mordiéndose los labios—, están todos tan tensos que estoy repartiendo masajes gratis por todo el hotel. Están todos llorando por Bertha como si fuesen bebés.

Uno mis cejas.

—¿Por qué?

—Oh, bueno, ya sabes que se sienten extraños sin ella en el primer evento del año, no te preocupes, harás un excelente trabajo —agrega mirándose al espejo para recoger su cabello.

—Lo sé —devuelvo pretendiendo convicción.

Ella me mira por el reflejo del espejo con dudas.

—Claro, me encanta esa confianza, ¡arriba las mujeres!

Un cosquilleo corre por mi cuerpo cuando la escucho decir esas palabras que quizás eran las que necesitaba escuchar, pero sé que no vienen de corazón.

Cruzo mis brazos y muerdo mis labios para no decir lo que pienso.

¿Arriba las mujeres? ¿Cómo puede decir eso si ella apostó contra mí?

Niego con la cabeza, resistiendo el impulso de plantarme aquí y ahora.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta volteando—. Te ves muy tensa tú también, ¿el trabajo te está superando?

Sus manos intentan tocar mi brazo y las alejo de un manotazo sintiendo rechazo absoluto.

Mi única amiga en la isla.

—¿Cuánto dinero has apostado? —pregunto mirándola directamente a los ojos marrones.

En un microsegundo puedo ver alarma en ellos.

—No sé de qué hablas.

—Ya… —devuelvo saliendo del baño, empujando la puerta con fuerza.

¡Dios! ¡Estoy tan cabreada! ¡Alguien que me dé un respiro! ¿Acaso los hombres de este hotel tuvieron que dar explicaciones sobre cómo llegaron a su puesto? ¡Nadie sujetó su collar de perlas ofuscado cuando todos nos enteramos de que Óscar tuvo algo con una camarera!

Camino con pasos furiosos por el corredor de empleados, mis pies hacen eco y mis gritos internos me aturden.

Debería ir en busca de Blas y repasar esos números eternos que tanto quiere, pero necesito tomarme un segundo, respirar antes de lidiar con ello.

Sin pensarlo saco el móvil del bolsillo antes de sentarme en el sillón de mi despacho y escribo:

Mi descubrimiento de hoy ha sido darme cuenta de que la gente es cruel en todas partes del mundo, ¿cuál es el tuyo?

Que correr con arena en las zapatillas es la tortura más desestimada de los tiempos modernos.

Me río de golpe, arrojando mi cabeza hacia atrás, la pata de elefante que caía sobre mi pecho se levanta un poco, dejándome respirar otra vez.

Debes correr descalzo, el pie se adapta mejor a las irregularidades de la arena. 🏃‍♂️

Lo tendré en cuenta, ¿qué ha pasado para que estés tan desilusionada con la gente?

Hipocresía en personas con las que tenía confianza.

Oh, el clásico Julio César, puñalada por la espalda.

Así es. Llámame colador, porque la cantidad de agujeros es tremenda.

No permitas que la gente se aproveche de tu amabilidad, y para seguir en el tema de los libros; puedes ser Caperucita y el Lobo el mismo día; bajo ninguna circunstancia estás obligada a ser uno u otro.

Guau, esa frase me gusta.

No me veo mostrando los dientes.

Yo sí, para comerte mejor. 😈

La puerta se abre de golpe y el rostro enfadado de Blas aparece.

¡Oh joder! Olvidé por completo que tenía que ir.

Joder, joder, joder.

—Asumo que ahora tendré que perseguirte por todo el maldito hotel.

—Oh, no, lo siento, estaba a punto de ir, solo que me distraje leyendo… unos e-mails.

Él me mira con una ceja arqueada como lo hace siempre y se retira. Yo corro detrás de él y, cuando llego a su despacho, encuentro la puerta entreabierta.

Una vez dentro, antes de darme cuenta de que lo estoy haciendo, la cierro en la cara de alguien, por eso la abro inmediatamente.

—¡Oh, Charlotte, lo siento mucho!

La encargada de la administración sonríe falsamente y empuja la puerta del todo para entrar, detrás de ella viene Kash con su sonrisa tímida.

—Hola, Astrid.

—Hola —devuelvo mirándolo con detenimiento.

¿Podría ser él? Digo, no es tan descabellado pensar que el chico de recursos humanos es quien está detrás de los mensajes. El tipo parece alguien centrado, para nada del estilo de Kai con el «síndrome del flirteador serial».

Blas está detrás de su escritorio, con los brazos cruzados, esperando que todos nos sentemos.

Charlotte lo hace sin problemas, cruzando sus piernas como si fuese Sharon Stone, mientras que Kash señala la silla para que me siente.

—Oh, no, siéntate tú —insisto dando un paso hacia atrás.

—Siéntate, Astrid —dice Blas con su voz de ultratumba.

El mal humor hoy es fuerte.

—Os he reunido aquí hoy porque necesito que repasemos los números del año pasado. Charlotte parece ser la única en este hotel que entiende que debemos abaratar costes.

Charlotte sonríe con suficiencia y resisto las ganas de poner un gesto muy infantil, pero honestamente gracioso.

—Ya reducimos personal —digo confundida— y cancelamos más de la mitad de los eventos de este año.

—No es suficiente —dice Blas—, el hotel no tiene rentabilidad y tiene que ser atractivo para los futuros inversionistas.

El estómago se me cae a los pies al escuchar esas palabras.

Blas me observa con cuidado.

—¿Tú no serás…?

—Por supuesto que no, mi trabajo está en Nueva York, mi vida completa está allí, ¿por qué querría un hotel en Maui? —la última parte la dice con gracia.

Pero no es gracioso…más bien lo contrario.

—¿Y tus hermanos? Ellos tienen la franquicia, quizás estén interesados.

—No lo están —dice con firmeza, pero sospecho que hay algo más detrás—. Charlotte, comienza.

La administradora del hotel suelta ideas de cómo reducir los gastos y a mí me cuesta seguirle el ritmo, habla rápido, usa términos que desconozco, pero Blas parece estar encantado con ella.

Kash está de pie detrás, escribiendo en su portátil con dedos frenéticos todo lo que ella dice.

Escucho cómo están asfixiando la esencia del hotel, puedo imaginar a Chester revolcándose en su tumba al reducir este lugar a estadísticas y números.

Blas suspira con irritación e inclina su silla para hablarme directamente.

—Dilo, Astrid, ¿qué ronda tu mente? —Sus palabras son de ánimo, pero su tono es afilado como su mandíbula.

—Entiendo que el hotel no está dando los números que tú esperabas ver, pero reducirlo a un hotel más en la isla solo hará que pierda valor.

Blas apoya su espalda en el respaldo de la silla y cruza sus brazos.

—Explάyate.

Tres pares de ojos me miran fijamente y repito las frases que me dije en el espejo hace un rato.

—Los huéspedes eligen este hotel porque aquí encuentran la esencia hawaiana, no somos una cadena más con leis de plástico y fotografías de Elvis por los pasillos. No hay otro hotel que haga campeonatos de surf o clases de lei o hula gratis. La gente cuando viene a Hawái no ve solo mar y playa, aquí la cultura es rica, nuestro menú es un ochenta por ciento comida local, en nuestros pasillos hay imágenes de la historia de Hawái y sus reyes. Reducirlo a un hotel más no hará que ganes más dinero, hará que pierdas relevancia.

Blas asiente lentamente y con su dedo índice toca su labio inferior en un pensamiento profundo.

—Lo que tú propones es lo que se venía haciendo y tampoco ha dado más dinero —agrega Charlotte.

—Es verdad que Chester no se adaptó a los tiempos modernos, a Bertha tampoco le gustaba la idea de hacer algunos cambios, pero creo fervientemente que si nos adaptamos al mercado de hoy…

Kash asiente con una sonrisa y escribe todo lo que digo.

—Y ¿qué cambios harías? —pregunta Blas. Sus ojos negros parecen estar enfocados en mí y, en vez de bajar la mirada, la mantengo firme.

—Actualizaría el sistema de reserva, mejoraría las suites presidenciales, me enfocaría en ser un hotel de vanguardia en temas de reciclaje y reducción de contaminación, políticas modernas y tecnología, eso es lo que la gente busca. Sin mencionar que debemos exponernos más, invitar a influencers a que muestren lo que tenemos aquí, ubicarnos en el mapa.

Blas asiente pensativamente y baja la mirada durante unos segundos mientras mira cómo juega con el bolígrafo entre sus dedos, hasta que la levanta y la conecta conmigo.

Me retraigo en la silla, lista para escuchar lo mucho que aborrece la idea, que debería mantenerme en silencio, que me ocupe de mi trabajo y nada más, sin embargo…

—Hagámoslo.



¿Cuál es la conclusión del día?

No terminó tan mal como empezó. El evento nos tiene a todos al borde de la locura. ¿Te toca trabajar mañana?

No, tengo el día libre. ¿En qué sector estarás tú?

No seas fisgón, no diré nada que revele mi identidad.

Está bien, ¿qué has cenado? Busco ideas e inspiración, Pinterest no está ayudando.

Lamento informarte que estoy comiendo sobras del restaurante del hotel como un perro de la calle. Nada muy apetecible como para recomendar.

¿Sigues en el hotel?

Sí, esta noche me quedaré a dormir aquí para poder comenzar bien temprano mañana.

Oh, buena idea. Supongo que seguiré leyendo y comeré una ensalada quemada por el frío de la nevera. Que salga todo bien mañana.

¡Gracias!

Blas



Apoyo el segundo móvil sobre el escritorio de mi abuelo, mis dedos juegan sobre la madera mientras mi mente se tambalea entre lo que quiero hacer y lo que debería hacer.

Miro al vacío.

Ella está en el restaurante, probablemente sola. Igual que aquel día. La imagen es nítida: sentada bajo las luces cálidas, perdida entre un mundo que parece ignorarla. Y yo aquí, sofocado por el peso de las cartas y el maldito escritorio.

—A la mierda. —La decisión sale de mis labios antes de que la piense realmente. Me levanto, casi derribando la silla, y meto el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

El hotel está casi en silencio a esta hora. Mis pasos retumban en los pasillos, y cada uno parece una pregunta que no quiero responder. Camino hacia el ascensor, pero no aprieto el botón de mi piso. Ni siquiera sé qué estoy haciendo, solo sé que no puedo quedarme ahí, ahogándome.

Cuando llego al restaurante, me detengo en seco frente a la puerta de cristal. Por un momento, me quedo quieto, con la mano suspendida a centímetros del marco. ¿Por qué estoy aquí? No tengo respuesta.

A través del cristal, la veo. Sentada en una mesa grande, vacía excepto por ella. La misma soledad, la misma expresión distraída mientras juega con su tenedor. El restaurante está casi desierto; a esta hora, la mayoría de las familias ya se han ido.

No lo pienso.

Avanzo.

Ella levanta la mirada justo cuando me acerco. Está masticando, pero al verme, se atraganta, sus ojos abriéndose de golpe como si acabara de ver un fantasma.

—Blas —dice sorprendida, coge un vaso de agua para bajar lo que sea que la ahogó.

—¿Qué haces aquí? —Sujeto la silla frente a ella y me siento.

—Eh… Estoy cenando —responde limpiando las comisuras de su boca con una servilleta de tela.

—¿Por qué tan tarde?

—Perdí la noción del tiempo, estaba en el despacho y cuando me di cuenta ya era muy tarde para volver, me quedaré aquí esta noche.

La camarera pasa caminando a mi lado y levanto mi mano para llamar su atención.

—Dos copas de vino.

—Sí, señor Henderson Morris.

Al ver su cara de «quiero desaparecer» agrego:

—Tranquila, Astrid, ya no estamos en horario laboral. ¿O es que no te gusta el vino?

—Bueno, no soy muy devota, pero Chester me obligaba a probar algo nuevo todas las semanas, esto podría ser algo como eso.

—¿Estabais muy unidos? —pregunto mientras juego con los cubiertos que hay sobre la mesa.

—Sí —dice sonriendo tímidamente—. Chester era un ser excepcional, me ayudó mucho a adaptarme a la isla cuando llegué.

—¿Y cómo lo logró?

Hablar de Hawái parece que siempre la entusiasma y todo ese pánico que transmitió cuando me senté en la mesa con ella, se desvanece.

—Primero me enseñó muchas cosas de la cultura, me dijo que aprender la mentalidad de aquí iba a abrirme muchas puertas. Una vez que el hawaiano te acepta, eres parte de la familia.

—¿Eso es lo que crees que mi abuelo hizo?

La camarera deja las copas y se retira, quizás no dice nada, pero sus ojos nos investigan con cuidado.

La gente chismosa es aberrante.

—Sin duda, Chester hizo de este lugar un refugio para muchos, no soy la única que le tiene tanto cariño. Cuando llegué no conocía a nadie y tener a alguien a quien preguntarle algunas cosas hizo todo más fácil.

—¿Qué cosas? —insisto mientras muevo la copa para airear el vino.

Astrid me observa e imita el movimiento, quiero sonreír, pero mantengo mis ojos en sus manos, que me distraen.

—Dónde comer, qué playas evitar, cuál es el mejor lugar de sushi, lo básico para encontrarte a ti mismo en esta isla. Cuando haces un cambio así de drástico, debes adaptar una parte de ti a una nueva rutina, nuevos sabores y olores. Es más fácil cuando alguien te guía que ir cometiendo un error tras otro.

—El error te enseña —digo mirándola con cuidado. Su expresión cambia, se ríe.

—Sí, pero si puedes evitarlos…

Inclino mi cuerpo sobre la mesa y susurro.

—No puedes evitar los errores, y cuanto antes los asimiles mejor, esto es solo un consejo, ya que tu nuevo puesto estará lleno de ellos.

Solo se aplica a tu trabajo, a las decisiones humanas no. Un error como el de mi abuelo es imperdonable, no importa cómo lo mires.

—Yo no…

—Y es normal —interrumpo—, no estoy esperando que ocurran, eres alguien competente, solo quiero que cuando lleguen no te abrumen al punto de no poder convivir con ellos en tu mente.

Ella bebe de su copa y aprieta los ojos cuando saborea el líquido.

—Oh, esto es fuerte…

—¿No tomas alcohol?

—Normalmente no, quizás no deba seguir, necesito descansar bien esta noche.

Yo levanto la copa y la llevo a mis labios, no es tan fuerte como ella cree.

—¿Has terminado? —digo mirando su plato.

—Sí.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación. —Me levanto y arrastro un poco su silla para que se ponga en pie.

A medida que caminamos por el hotel, suelta:

—Tienes puestos unos vaqueros. —Una media sonrisa se desparrama por su rostro.

Miro hacia mis piernas.

—Sí. ¿Y eso es malo?

—Al contrario, es bueno, ya era hora de que le dieras un respiro a tu traje. —Parece contenta con mi decisión—. El día que te vea con una camisa hawaiana marcaré como completada mi misión de adaptarte a la isla.

Oprimo el botón del ascensor y las puertas se abren inmediatamente.

Ella marca su piso, solo uno más abajo que el mío.

—El día que use una camisa hawaiana, pégame un tiro en la frente, porque alguien invadió mi cuerpo y comenzó a tomar decisiones cuestionables por mí.

Me sorprende su carcajada, es bonita, natural y cruda. Y me pierdo mirándola con curiosidad, sintiendo cierta victoria por haberlo logrado como Blas y no como su amigo anónimo.

—Astrid…

El ascensor se detiene y se apagan las luces.

Astrid



De repente, un chirrido agudo interrumpe algo que Blas estaba a punto de decir, seguido de una sacudida que nos hace perder brevemente el equilibrio. Mi corazón se acelera cuando el ascensor se detiene con un gemido metálico, dejándonos suspendidos entre dos plantas.

Blas y yo intercambiamos una mirada de desconcierto, sus ojos negros reflejan un atisbo de preocupación que intenta ocultar.

—Debe ser un fallo momentáneo —murmura más para sí mismo que para mí, tratando de disipar la tensión con un tono de voz que pretende ser calmado.

Inmediatamente, miro el cartel con la firma de inspección; la última fue hace quince días.

—Los ascensores son un problema continuo —me quejo—. No puede ser…

—Oye, no eres claustrofóbica, ¿no? —Da un paso más cerca de mí y sostiene mi brazo.

—No, no, pero esto no me agrada ni un poco… —Camino al panel y pulso el botón de emergencia, una alarma suena por fuera del ascensor y a medida que los segundos pasan sin respuesta, mi confianza genera un nudo de ansiedad en mi estómago.

Cuando vuelvo a tocar el botón, mis manos tiemblan ligeramente, presionándolo más veces de las necesarias.

—Ya vendrán, Astrid, no te ofusques —dice

Intento mantener la compostura, aunque mi mente corre desbocada por escenarios poco alentadores.

—¿Y si no nos rescatan pronto? ¿Y si el ascensor…? El evento…

—Estaremos bien —reafirma—. Intenta llamar a recepción.

Inmediatamente busco el móvil en mi bolsillo y marco. Atiende Simón.

—Hotel Lani Vi….

—Simón, soy Astrid, estoy atascada en el ascensor.

—¿Astrid? —repite—. No te escucho bien, ¿qué has dicho?

Blas arranca el móvil de mi mano.

—Ascensor —dice con su voz gruesa y clara—. Astrid y yo estamos en el ascensor, llama a los putos bomberos.

—¿Señor Henderson Mo…?

—Sí, llama a los bomberos…

—Y a la compañía de ascensores —agrego acercándome al móvil.

—Sí, ya voy. ¿Estáis bien?

—Sí, solo sácanos de aquí —gruñe Blas, terminando la llamada.

Cuando me devuelve el dispositivo, su mirada se cruza con la mía y, por un instante, la barrera habitual de jerarquía entre jefe y empleada se desvanece, reemplazada por una vulnerabilidad compartida.

—No te preocupes, en poco tiempo estarás durmiendo.

—¿Por la falta de oxígeno? —bromeo con nerviosismo.

Reprime su sonrisa y camina hacia el extremo del ascensor.

—Vamos Astrid —dice apoyando su espalda y cruzando sus brazos—, cuéntame algo que te distraiga.

Me siento con las piernas cruzadas y exhalo todo el aire acumulado.

—No sé qué contar —digo mirando mis manos, estoy sonando mis dedos uno por uno.

—Háblame de mi abuelo, —Su voz es más suave esta vez, como si eligiera las palabras con cuidado— ¿Qué hacía al final del día?

Levanto la vista, sorprendida por su pregunta. Me gusta que quiera saber sobre Chester; sé que las cosas entre ellos no estaban bien, y su interés me conmueve.

—Los jueves solíamos sentarnos a jugar al póker. —Una sonrisa involuntaria cruza mi rostro mientras lo recuerdo—. Me enseñó porque decía que no tenía con quién jugar.

Blas asiente lentamente, y algo en su mirada cambia. Sus ojos, antes tensos, se pierden en un recuerdo que parece envolverlo.

—Hacía trampa, ¿no?

Exploto en una carcajada tan liberadora que me inclino hacia adelante.

—¡Todo el tiempo! ¡Pensé que era conmigo nada más!

Blas se desliza hasta sentarse en el suelo conmigo, sus codos descansando en las rodillas mientras su nuca se apoya contra la pared. Por primera vez, su postura rígida parece relajarse.

—No, conmigo también lo hacía —dice con una sonrisa pequeña pero auténtica—, y con mi padre; odiaba perder.

—Ni siquiera disimulaba —agrego riendo de nuevo.

—En absoluto, —dice, su voz contagiándose de mi risa—. Y encima se reía cuando lo atrapabas, como si fuera parte del juego.

—¡Sí! —río, recordándolo—, pero bueno, los días que no hacía eso se iba a su casa, decía que le gustaba escribir cartas a su familia y se recluía allí hasta el día siguiente.

Blas se queda en silencio, mirándome como si tratara de atrapar cada palabra. Sus ojos son una mezcla de curiosidad y algo más profundo, más vulnerable. Finalmente, baja la mirada, sus manos juguetean con el borde de su pantalón.

—¿Alguna… —traga saliva y acomoda su garganta—, alguna vez me mencionó a mí o a mis hermanos?

Mi corazón se estruja al verlo pelear consigo mismo por hacerme esa pregunta. Puedo ver la duda, el miedo a la respuesta.

—¡Pfff! Todo el tiempo —explico con firmeza, sin dudar. Mi sonrisa se suaviza, y mi voz también—, siempre hablaba de sus nietos con mucho orgullo, las pocas cosas que sé sobre ti las sé por él.

Con una media sonrisa engreída que, por algún motivo, hace que me olvide de respirar por un instante, pregunta:

—¿Qué sabes sobre mí, Astrid?

Oh, joder. Si me sigue mirando así, no sé si seré capaz de formar una frase completa sin tartamudear. Trago saliva y fuerzo una expresión neutral.

—Que trabajas en la bolsa de Nueva York, que disfrutabas mucho esta isla, que eras gruñón… —Dejo caer la última parte con intencionalidad, como tanteando el terreno.

Él ríe entre dientes, un sonido bajo que hace que mi pecho se contraiga de formas inesperadas. Sabe perfectamente que me lo acabo de inventar.

—No me gusta estar aquí.

Su tono cambia, su sinceridad cayendo como una piedra pesada en el silencio entre nosotros.

—Lo sé. Siento mucho que tengas que pasar por esto, no debe ser fácil. —Mis palabras salen suaves, queriendo ser algo más que un cumplido vacío.

Sus ojos negros me atraviesan, fijos en mí con una intensidad que me hace sentir expuesta.

—No lo es.

El silencio que sigue no es incómodo, pero está cargado de algo que no puedo nombrar. Nos quedamos ahí, en una pausa donde sus pensamientos parecen viajar lejos mientras los míos giran en torno a él. Finalmente, me atrevo a romperlo, impulsada por una mezcla de curiosidad y una necesidad inexplicable de acercarme más a esta versión vulnerable de Blas.

—Si sirve de algo, Chester siempre te recordaba con mucho cariño. Una vez me dijo que tenía más cercanía contigo que con tus hermanos porque eras el mayor y el más parecido a él.

Blas sonríe, y algo en su rostro cambia. La seriedad habitual se quiebra, dejando entrever una calidez que no le había visto antes.

Joder, ¿cómo puede ser tan guapo?

—Solía ser como él. Ya no.

—¿Por qué? —La pregunta sale antes de que pueda detenerme, suave pero directa, y él se toma su tiempo para responder.

—Pasaron cosas en la familia, situaciones que cambiaron todo de la noche a la mañana.

—Sé de lo que hablas. —Lo digo sin pensar demasiado, dejándome llevar por una empatía sincera—. La vida tiene maneras curiosas de recordarnos que no podemos controlarlo todo.

Sus ojos se encuentran con los míos, y hay algo nuevo en ellos, un brillo que nunca había notado. Es profundo, íntimo, como si acabara de permitirme asomarme a un rincón de sí mismo que mantiene cuidadosamente oculto.

—Así es.

De repente, un zumbido hace que me sobresalte. La luz del panel del ascensor se enciende y, con una sacudida suave, el ascensor comienza a moverse nuevamente.

Blas se pone de pie y camina hacia mí para ayudarme a levantarme. Sus manos tibias contrastan con las mías frías y sus ojos, ya no tan displicentes como siempre, observan los míos con detenimiento.

—Un placer haber pasado este tiempo contigo —dice soltándome lentamente.

Las puertas se abren finalmente al vestíbulo de la planta baja, revelando dos bomberos, Simón detrás, mirando sobre los hombros de ellos y el hombre encargado de los ascensores del hotel.

Nos miramos, conscientes de que este inusual interludio ha terminado.

—Gracias por la charla —digo perdida en sus ojos infinitos.

—Hasta mañana, Astrid.



¡No sabes lo que me pasó!

👀

El ascensor se trabó y me encerró con mi jefe dentro.

Los peores minutos de tu vida.

¿Cómo sabes que fueron minutos y no horas?

Los ascensores nunca tardan tanto en repararse, eso pasa en las pelis nada más. ¿Estás bien?

Sí, es más, no fue tan malo, es un hueso duro de roer, pero tengo fe de que algún día lo lograré.

Estoy seguro de que él quiere lo mismo.

Blas



Estoy sintiendo algo que nunca sentí en mi vida.

Nervios.

No soy de esos tipos que lo sientan. No soy de sentir, punto. Mi actitud en esta vida siempre fue simple: en una situación crítica, si las cosas no salen como quiero, a la mierda.

Yo no pierdo el tiempo persiguiendo cosas que no quieren estar en mi vida.

Claro que no siempre me sale todo como yo quiero, y cuando ha sido así, solo encojo mis hombros y apunto al siguiente objetivo, la siguiente meta, la siguiente acción de la bolsa que me hará un poco más rico o tener el nuevo coche del que todos hablan.

Hoy me siento nervioso por otra cosa, *por alguien*, mejor dicho.

Anoche me quedé hablando con ella hasta tarde y desvelé algunas cosas que sospechaba:

No puedo dormir, este evento me tiene nerviosa.

Por supuesto, después de eso, yo no podía dormir, así que le respondí.

¿Por qué, desconocida?

Tiene que salir bien, esto es una prueba y si no la paso puede que me vaya a la mierda y deba cambiar de trabajo.

¿Tanto así? ¿Por qué tanta presión?

No puedo explicártelo sin que te des cuenta de quién soy, pero necesito demostrarle a un grupo de gente en particular que puedo hacer un buen trabajo.

¿Por qué no suenas convencida?

Tanta critica hace que dude de mí, a veces me planteo seriamente si estoy lista para esto o debería irme.

Que se vaya no es una opción, necesito una gerente sí o sí, por eso le respondí:

Mañana debes dar todo de ti, si para el resto no es suficiente, al menos sabes que lo has dado todo. Confío en ti, Desconocida, lo harás genial.

Sin embargo, esta mañana me desperté con una sensación poco placentera en mi estómago. Supongo que a esto es a lo que llaman los mortales «nudo en la barriga», así que, en vez de ponerme mi ropa deportiva para correr, opto por el traje y bajo por las escaleras para compensar la falta de ejercicio.

¿A qué bajo? No lo sé todavía, a algo.

A medida que me cruzo con el personal, intento averiguar a quién se refería con «grupo de gente» y por qué le importa tanto su opinión.

¿Quizás la juzgan por haber tomado el puesto? Sería una estupidez, ya que me encargué de saber quién era y ella fue la asistente de Bertha durante tres años. Está que claro que si alguien sabe cómo se maneja el hotel, es ella, joder.

¿Desde cuándo hay que dar explicaciones?

Obviamente, no está en su despacho. Astrid es de culo inquieto y debo rastrearla como un sabueso a su presa por todo el maldito hotel. La encuentro recibiendo gente en el vestíbulo. A los mayores los ayuda a movilizarse para bajar los escalones que llevan a la

playa, con los jóvenes choca el puño y los anima como si fuese uno más.

Me detengo a contemplarla unos minutos, no como jefe, sino como su amigo desconocido. No parece tan nerviosa como sonaba anoche, o sabe fingir o es muy exagerada cuando cuenta sus cosas.

Ayer, cuando estuvimos encerrados en el ascensor, por un segundo pude sentir lo que es estar del lado de aquellos que pueden disfrutarla como amiga, aquellos que tienen derecho a verla reír, hablar de cosas de la vida, oír sus confesiones... Malditos afortunados.

Apoyo una mano en su espalda suavemente para llamar su atención y ella voltea, soltando un gritito de susto.

—¡Ah! Blas —dice con una mano en el pecho—, estás aquí.

Está demasiado nerviosa y mi presencia está empeorando todo.

¿Me importa? Claro que no.

Ignoro su reacción metiendo las manos en los bolsillos y miro a mi alrededor, ya que mirarla a los ojos se está volviendo difícil.

—Sí… —El movimiento de gente es tres veces más que un día normal—. ¿Cómo estás llevando esto?

—Bien —sujeta mi brazo y me aparta de la gente—, como te dije, vienen de otros hoteles a ver la competición, algunos medios locales también, es una buena manera de promocionar el hotel. Ah, una de las periodistas me preguntó si podía entrevistarte, dije que iba a consultarte primero.

—Absolutamente no —respondo secamente—, ¿qué harás tú?

Mi pregunta parece desorientarla, y me examina con meticulosa atención con sus ojos verdes.

—Yo estaré supervisando los diferentes sectores, pero tú no te preocupes, disfruta del día.

Eso no me sirve, no te desharás de mí, Astrid.

No te dejaré sola en un día tan importante para ti, joder.

—Quiero… Quiero ver lo que haces —digo cruzando mis brazos sobre mi pecho—. Sigue haciendo lo que sea que estabas haciendo, yo seré un observador nada más.

—¿Estás seguro? —dice mirando mi ropa—. El evento es en la playa, quizás debas…

—No te preocupes por mí. Solo quiero ver de qué se trata.

Y cerciorarme de que todo salga bien, para que no te vayas, digo, para que no renuncies.

Astrid me lleva hacia la playa, mis zapatos sobre la arena son la imagen más dolorosa que vi después de las chanclas con calcetines, pero pretendo que no me importa, a pesar de que tenga que tirarlos a la basura hoy mismo.

Las sillas están dispuestas meticulosamente en filas para aquellos que prefieren la comodidad de estar sentados, contrastando con la mayoría que opta por organizar su espacio de manera más informal, extendiendo mantas coloridas sobre la arena y colocando sombrillas que los resguardan de un sol que no perdona a gente de traje. Alrededor, los carteles de patrocinadores ondean con el viento, proclamando el apoyo de comercios locales; entre ellos se encuentra un escritorio improvisado, equipado con tres sillas y micrófonos, montado a la perfección por Astrid para compensar el cerebro tamaño hormiga de ese tal Kai.

—Los participantes vienen con sus familias, por eso hay tanta gente —explica.

Hay niños que corretean entre nuestras piernas apartándonos un poco y chisto por lo bajo.

—¿Has participado alguna vez? —pregunto caminando a su lado.

—Aquí no —se ríe—, aunque Chester insistió en que lo hiciera.

—¿Por qué no?

Me intriga verla surfear, no puedo imaginarla sobre una tabla, necesito verlo con mis propios ojos.

—Bueno, siempre tuve que trabajar si soy honesta, no me estoy quejando, me gustan estos eventos, me hacen sentir más cerca de la comunidad.

Resisto la urgencia de quitarme el traje; el calor está ofuscándome.

Los puestos de comida y bebida son atendidos por personal del hotel, más de una cara me resulta familiar y me saludan al pasar a su lado. Hay bocadillos y bebidas refrescantes, cada puesto me ofrece una tentadora pausa del sol que hoy está particularmente empecinado con freírme.

—Yo creo que deberías intentarlo —suelto haciendo que ella me mire con gracia y una pequeña sonrisa.

Al principio solía mirarme con pánico, y hasta lo disfrutaba un poco, pero ahora… Creo que me gusta más esta expresión, qué curioso.

—Y, ¿quién supervisa todo? —cuestiona.

—No creo que se necesite, mira, todo el mundo está en su puesto, todo funciona.

—¡Pero el evento no ha comenzado aún! —Se ríe y me mira como si estuviera totalmente loco.

Quizás lo esté, pero no por las razones que ella cree.

Dos hombres y una mujer se acercan a nosotros, interrumpiendo la conversación por completo, Astrid nos presenta, diciendo que son los jueces, como si a mí me importara una mierda, y proceden a sentarse.

Cuando una voz masculina aparece por los altavoces, todo el mundo estalla en gritos y aplausos. La energía que envuelve el evento es palpable, chispeante y contagiosa, imposible de ignorar, como la sonrisa de Astrid.

—¿Estás seguro de que no quieres cambiarte? —dice mirando mi pecho.

Cuando bajo la mirada encuentro que la camisa tiene manchas de transpiración, resaltando mis pectorales.

Joder.

Sin embargo, Astrid no parece asqueada, me atrevo a decir que es todo lo contrario.

Quito mi traje dejándolo a un lado en una silla y me arremango la camisa hasta mi antebrazo.

—No te emociones, no pienso quitarme nada más.

Ella se ríe y se enfoca en su evento.

La competición en sí es un espectáculo de habilidad y gracia, con surfistas desafiando las olas, sus siluetas recortadas contra el brillante telón de fondo del océano.

El público, una mezcla de visitantes y huéspedes, se une en un aplauso cada vez que un surfista ejecuta una maniobra particularmente impresionante.

Yo lo hago también y Astrid sonríe al verme impresionado.

Durante la tarde habla con los empleados de diferentes puestos, les pregunta cómo va su inventario y si necesitan asistencia, pero todos parecen tener todo bajo control.

Lo bueno de estar a su lado, aparte de verificar que el evento salga como ella quiere, es que Kai mantiene distancia, siendo el profesor de muchos de los que están aquí, supervisa y hace de socorrista, exhibiendo su cuerpo esculpido por pasar varias horas sobre las olas o revoleando cuchillos como un cocinero en un ataque de histeria.

Todas las muchachas pelean por llamar su atención, pero él no parece notarlo. Lo que sí nota es a Astrid y la sombra tenebrosa que cae sobre ella, ergo, yo.

Los jueces hablan entre ellos, acordando un puntaje y, a pesar de que algunos ya van perdiendo, Astrid los felicita y les da una pequeña medalla.

—El año que viene podrás mostrarles a todos lo talentoso que eres, Dan —dice poniendo la medalla sobre los hombros de un adolescente.

—Sí, tuve mala suerte, las olas en esta playa no duran mucho, oye, ¿quién es este?

Levanto una ceja con desdén y lo observo desde arriba, permitiendo que mi mirada se entremezcle con una sombra de aburrimiento y desaprobación.

—Blas Henderson Morris —digo extendiendo mi mano y arrepintiéndome inmediatamente, ya que el muchacho tiene la mano mojada y con arena—. Soy el dueño del hotel.

—¿Eres el hijo de Chester? —pregunta apretando mi mano para no dejarme ir.

—El nieto —respondo.

Dan me mira de arriba a abajo.

—No os parecéis en nada.

—Y me alegro por ello —respondo con una mirada desafiante y un apretón de manos un poco desmedido para un adolescente.

—Dan, ve a buscar un refresco, diles que yo te envié —dice Astrid apartándonos. Cuando finalmente nos soltamos, Dan se aleja

y se va corriendo—. Lo siento, algunos pueden ser…

—Estoy acostumbrado —devuelvo. Astrid hace aparecer una pequeña toalla y la pone sobre mis manos—. Gracias.

Para mi sorpresa ella las seca meticulosamente. Mis ojos rondan por su rostro, admirando su belleza, la curva de su nariz, las pecas en su frente…Sus labios me atrapan, simplemente no puedo evitarlo. Se ven suaves, con ese tono perfecto que parece invitarte a acercarte.

Ella sigue con mucha concentración el proceso y verifica que no me haya quedado arena, hasta que algo parece decirle que está lavando mis manos frente a todo el maldito hotel, porque se detiene de golpe y deja que termine el trabajo.

¿Qué fue eso? ¿Y por qué lo he disfrutado tanto?

Mientras el sol comienza a descender, tiñendo el cielo de tonos de oro y rosa, el evento se da por finalizado, los tres ganadores están en un podio y se sacan fotos con los medios de la isla, festejando el triunfo.

Astrid sonríe y aplaude. Habla con los empleados abriendo la fiesta donde comenzará a servirse alcohol y música en una playa iluminada con antorchas.

—Esta es la última parte —dice—, en unas horas todo el mundo se dispersará.

—Has hecho un buen trabajo, Astrid —digo caminando por la playa, lentamente volvemos al hotel.

—Gracias, hay algunas cosas que mejorar, para el año que viene, ya verás que será mucho mejor.

—No estaré aquí el año que viene —digo bruscamente y sin pensar. Me detengo y me corrijo—, pero estoy seguro de que lo harás bien.

Nuestras miradas conectan unos segundos, sus ojos me transmiten algo que no puedo leer y me desespero por hacerlo, hasta que Kai se acerca.

Maravilloso.

Mis ojos, cargados de una indiferencia calculada, recorren su figura, transmitiendo una clara señal de descontento. Hay una pausa deliberada, un silencio incómodo, pero cuyo mensaje es claro:

Piérdete.

—¡Gran trabajo, As! ¡Ven, vamos a celebrarlo! —dice. Astrid me mira, pero yo no la estoy mirando a ella, sino al idiota—. Oh, bueno, si es que puedes.

—Si es que quiere —corrijo.

—Claro, claro —suelta el hawaiano.

Cuando mis ojos recaen en ella tiene sus cejas bien arriba y una sonrisa.

—¿Quieres venir, Blas?

Sí.

No.

No puedo seguir encima de ti por un minuto mas.

—No, ve tú, diviértete, has tenido un día agotador.

—Gracias, nos vemos mañana entonces.

Los dos caminan hacia uno de los puestos de bebidas y yo la observo irse con cierto anhelo, pero elimino la sensación rápido y miro hacia la azotea del hotel, tengo cosas que hacer allí.



Querido Blas:

Quizás deba dejar de hablar como si estuviera caminando sobre cristales contigo e ir de frente.

Creo que es más acorde a tu personalidad. Visto y considerando que mis cartas vuelven al remitente, no pierdo nada.

Como te dije en otras ocasiones, la soledad en diferentes niveles puede afectar en desiguales maneras, hay una

soledad anhelada por muchos, algunas horas o minutos de reflexión, de convivencia con uno mismo, eso siempre es sano y hasta revelador.

Luego está la soledad extendida, la de largas horas de silencio, la del eco sin retorno que comienza a volvernos un poco vacíos.

Por último, tenemos la soledad profunda, un espacio donde no encuentras el calor de otro humano, donde tu familia te desconoce, tu mujer no habla contigo, tu hijo está tan enfocado en su vida que pasas a ser un objeto más en la escenografía.

Esa soledad fue la que me tocó el corazón y créeme cuando digo que no es un lugar bonito.

Todo parecía insalvable, mi espíritu, mi relación, mi felicidad.

Busqué todas las maneras posibles de salir a la superficie, le propuse a tu abuela hacer terapia, no quiso, si mal no recuerdo, dijo textualmente: «Lo nuestro está acabado porque nunca fue algo». Me pidió que no me divorciara de ella porque tenía una reputación importante en la sociedad y en aquel momento creí que era todo lo que debía hacer por la madre de mi hijo.

Tú ya sabes esto, pero, en caso de no ser así, te lo cuento: a mí me gusta transitar por los hoteles, vivir como

un huésped, encontrar defectos y virtudes del establecimiento y comencé a hacerlo cada vez más seguido por toda esa soledad que te comentaba al principio de esta carta.

Sin embargo, de todos los hoteles, fue en Lani Vista donde encontré que ese vacío profundo y frío, se llenaba de la tibieza de la isla.

No solo de la isla, también de ella.

No estoy listo para leer lo que sigue, normalmente las cartas son de una hoja, pero esta tiene dos y media.

Aún escucho el sonido de la música de la playa, algunas voces y risas suben hasta esta casa y me levanto de la silla para caminar por la azotea y echar un vistazo hacia abajo.

Uno mis cejas en confusión al ver a Astrid sentada en la mesa de los jueces, con su móvil en la mano.

¿A quién puede estar enviando un mensaje a esta hora?

¡Oh, joder!

Vuelvo a la casa con apuro desmedido y lo busco en el traje que dejé sobre la silla de mi abuelo.

Todo salió increíble, mi jefe está satisfecho con mi trabajo.

Me alegra oírlo, sabía que harías un buen trabajo, la única que dudaba eras tú.

Está en mi gen femenino, siempre creemos que no somos suficiente.

Eres suficiente para mí.

Gracias, Desconocido, creo que es la primera vez que alguien me dice eso.

Deja de rodearte de idiotas y lo escucharás mucho más seguido. ¿Quién te hizo creer que no eres suficiente?

En mi otra vida tenía prometido, una carrera en una compañía y mucho dinero. El prometido colaboró en la tarea de hacerme sentir insignificante acostándose con la empleada doméstica unos días antes de mi boda. Fue todo muy dramático y digno de un Óscar.

Mis dedos se detienen frente a la pantalla y observo el mensaje, el cursor esperando escribir una respuesta y, sin embargo…

No tengo ninguna.

Solo tengo algo dentro de mí: furia.

¿Te espanté? Demasiada confianza de golpe, lo siento.

No es eso, simplemente estoy buscando tipos de respiraciones en internet para no cometer un asesinato. Sin éxito por el momento. ¿Cómo hago para no matarlo a golpes ahora?

Gracias por toda esta demostración de macho alfa, era justo lo que necesitaba.

No seas dura conmigo, puede que me considere un hombre que está al día con la nueva sociedad, pero no puedes ahogar mi lado más primitivo, y ese está pidiendo a gritos salir.

Dile que se vaya a leer «Ethan Shadow y La Comarca del Tiempo», ahí hablan sobre cómo controlar tus sentimientos.

«Los sentimientos son como ríos salvajes: guiarlos con sabiduría nos lleva a mares de serenidad; dejarlos sin rumbo, a océanos de caos».

¡Exacto! Me alegra saber que alguien sabe tanto de Ethan como yo.

¿Qué pasó con el prometido?

Estoy al tanto de su vida porque mi madre me llama para contarme los detalles, creo que ahora está en Europa, los padres lo enviaron allí tras el escándalo y ahora trabaja en una de las sucursales del padre. Lejos de aquí.

Imagino que tus padres están orgullosos de ti por haber terminado una relación destinada al fracaso.

¡Ja! ¡Ja! No tienes idea de qué clase de humanos son mis padres, no, no están orgullosos, mi padre aún no me habla por haber dejado el matrimonio y el puesto. ¿Tus padres están orgullosos de ti?

Mientras haga dinero, sí. Supongo que hay cosas que todavía no cambian, ¿no?

¿Tienes un pasado dramático?

Podría decir que sí, pero no quiero quitarte el momento de fama de tu Óscar, ¿vale? ¿Ya estás en tu casa?

No, sigo en el hotel, hasta que la fiesta no termine no me iré.

¿Te quedarás hoy también?

No me gusta pensar que volverá de noche a su casa, las carreteras en esta isla son una boca de lobo.

Tengo muchas ganas de estar en mi casa ya.

Es tarde, Desconocida, duerme en el hotel, mañana puedes volver temprano, estoy seguro de que tu jefe te dejará.

No lo creo, pero hoy estuvo todo el día conmigo, supervisando, quizás ya se hartó de mí y me envíe a mi casa. Buscaré alguna habitación disponible. ¡Buenas noches!

Buenas noches, Desconocida.

Dejo el móvil sobre el escritorio y armándome de coraje, vuelvo a sujetar la carta inspirando aire profundamente.

Allá vamos...

Bertha traía la alegría de la isla en cada conversación e interacción que teníamos.

Era amable conmigo, me hacía sentir cuidado, querido, valorado por alguien. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que estaba huérfano de sentimientos y que estaba desesperado por el contacto humano.

En aquel momento no era un viejo como ahora y tenía la seguridad que solemos tener los Henderson Morris, la tenía mi padre y el tuyo también.

Una noche nos quedamos trabajando hasta tarde, era la fiesta de fin de año y muchos huéspedes se quedan hasta las doce de la noche en la playa para recibir el año nuevo viendo los fuegos artificiales sobre el mar.

Los vimos juntos y con valentía tomé su mano. En aquellos tiempos fue algo impensado, sabiendo que me arriesgaba a ser rechazado por ella, pero Bertha sujetó con fuerza la mía y sonrió.

Algún día, cuando esa persona especial te mire a los ojos y te sonría genuinamente, sentirás lo mismo que sentí esa noche. Fue como si una puerta se abriera y dejara entrar todo lo que ella me prometía sin palabras.

Joder, nieto mío, deseo que algún día sientas eso con la intensidad de mil soles.

Esa noche me atreví a besarla y ella me confesó sentir cosas por mí que no quería decir, porque yo tenía una esposa y temía perder su trabajo, su reputación aquí.

Yo le dije que, a pesar de ser un hombre casado, no llevaba mi alianza y que era libre de explorar nuevas sensaciones.

Estuve mal, porque tendría que haberlo hablado con tu abuela y no lo hice.

Cuando el amor hacia ella se volvió algo incontenible le pregunté si quería dar un paso más, pero ella me hizo prometer que debíamos mantener nuestra relación en secreto, por respeto a Ángela y la familia, pero también por ella, su trabajo era la pasión más grande que sentía y no quería que la gente dejara de verla con los mismos ojos y asumiera cosas solo por tener algo con su jefe.

Le juré mantener en secreto todo y así fue hasta que nos encontraste en mi despacho.

Cuando venías a visitarme, ella solía distanciarse para darnos espacio a los dos, pero la extrañaba tanto, que no resistí la tentación y la besé con pasión.

Tú abriste la puerta y nos miraste con asco.

Con decepción.

Nunca olvidaré ese momento, Blas.

Nunca me perdonaré por haberte hecho pasar un momento así.

Joder.

Astrid



—Astrid —llaman detrás de mí.

Ahí viene Míster Dementor Musculoso de su maratón diario, luciendo esa ropa deportiva como si fuera la pasarela del gimnasio.

¿Quién se ve tan bien después de correr?

Cuando yo termino cualquier actividad física parece que pasé una semana perdida en el Amazonas y este tipo es la perfección personificada.

Con cada paso que da hacia mí, puedo jurar que la banda sonora de «Magic Mike» está sonando de fondo. Es como si su sudor viniera con un filtro de brillo, tipo los de Instagram. Y esos músculos, vaya, ¿qué comen en Nueva York que está tan esculpido?

Francamente, es difícil no sentirse explosivamente atraída. —Blas, buenos días —digo aclarando la garganta.

No le mires el cuerpo, joder, no se lo mires. Es tu jefe, la razón por la cual todos creen que tienes el puesto injustificadamente.

Pero es que hoy tiene un día particular, su cabello negro está desordenado al estilo Edward. Y esas cejas, anchas y oscuras, enmarcan su mirada juzgadora de «acabo de correr 10 kilómetros, ¿qué has hecho tú esta mañana?», con una precisión que ningún lápiz de cejas podría lograr.

—¿Conoces un restaurante que se llama Aloha? —pregunta rascando su barba. Es la clase de barba que le sube diez niveles en virilidad a un hombre.

Me río tan alto que miro a mi alrededor para verificar que nadie me haya escuchado. Estamos en el corredor de la última planta, acabo de hacer una ronda de inspección de las habitaciones y sé que él duerme en la habitación 199, por eso no entré.

Él me observa reír, entre confundido y entretenido por mi reacción.

—Casi todos los restaurantes se llaman así en esta isla —aclaro —, dime algo más específico.

Saca el móvil y busca entre unas notas.

—Aloha, hacen poke. —Señala su pantalla y puedo espiar algo que rompe mi alma.

No, no la rompe, la despedaza.

El título de la nota dice: Recomendaciones del abuelo.

Debo tragar el nudo en mi garganta para no soltar todas las lágrimas e inundar esta planta, que digo, el hotel entero.

—Oh, sí, es un pequeño lugar cerca de donde vivo, de hecho, Chester solía ir allí a menudo.

Guarda el móvil en el bolsillo de su pantalón corto, levanta su barbilla y cruza sus brazos.

—Llévame a conocerlo —indica, es más una orden que una propuesta.

—¿A… ahora? —pregunto mirando el reloj—. Está un poco lejos para ir y volver antes de que acabe mi turno…

Unos cuarenta minutos para ser exactos.

—Sí, muéstrame ese lugar, puedes tomarte el resto del día libre, sé que quieres ir a tu casa.

—¿Cómo sabes eso?

Toda su postura cambia, de golpe parece ponerse nervioso, especialmente cuando descruza los brazos y los vuelve a cruzar inmediatamente.

—No hay que ser un genio para suponerlo, hace dos noches que duermes aquí, ¿no tienes plantas o una mascota?

—No, las únicas plantas son de la dueña de donde vivo y ya me dijo que si las toco, me enviará una maldición.

Abre la boca, presiento que es para hacer más preguntas, pero luego la cierra.

—Pasaré a por ti en una hora. —Camina a mi alrededor para dirigirse a su habitación.

—Pero, mi trabajo…

—No estoy preguntando, Astrid.



Conducir por la carretera y ver a mi jefe en el espejo retrovisor al volante justo detrás de mí, es una escena que se grabará en mi memoria para siempre. Sus gafas de sol están reflejando el resplandor del día, la ventanilla bajada dejando entrar el aire fresco, y su brazo casualmente apoyado en el marco.

No es solo el acto de conducir; es la atmósfera de libertad que es inusual en Blas. Lleva una camisa de lino blanca con los primeros tres botones abiertos, la misma se mueve con el viento que entra en su coche como si fuese una publicidad de algún perfume masculino.

—Mira hacia delante, joder —me digo a mí misma.

No sé qué está ocurriendo, bueno, en realidad sí, creo que Blas intenta acercarse a su abuelo y la única manera de hacerlo es siguiendo recomendaciones que haya escuchado alguna vez. Y me alegra poder colaborar a pesar de haber visto las miradas de los empleados cuando nos vieron caminar juntos para irnos.

Chester mencionó repetidas veces que había decepcionado a su nieto, sin embargo, nunca dijo por qué y Blas no parece tenerle mucha estima.

Al menos de boca para fuera.

Y estoy dispuesta a sanar esa relación, por más que Chester ya no esté entre nosotros, siento que es algo que debo hacer.

Al aparcar, busco mi móvil rápido en la mochila y disparo un mensaje.

Tenías razón, mi jefe me dio el resto del día libre.

Miro a mi alrededor a ver si veo a Blas acercarse a mi coche, pero la respuesta del Desconocido me distrae.

Es buen tipo o intenta quedar bien contigo, alguna de las dos opciones.

Creo que muy en el fondo es buena persona, solo que le cuesta demostrarlo.

Blas toca la ventanilla y bajo rápidamente.

—Llegamos —dice guardando sus manos en los bolsillos de su pantalón corto náutico.

Mientras caminamos por el estacionamiento rodeado de montañas verdes, palmeras y árboles Koa, un viento se levanta de golpe y cuando alzo la mirada, encuentro a Blas mirándome.

—No te cansas de este lugar, ¿no, Astrid? —pregunta con una curiosidad genuina.

—No —respondo entrando a la zona de recepción del Aloha.

Hay muchas palmeras alrededor que se mecen suavemente con la brisa. La entrada tiene un gran letrero de madera que parece una tabla de surf, y dice que aquí sirven desde desayunos hasta cócteles, pero que el poke es su especialidad. Todo el lugar está abierto, con sombrillas de paja que dan sombra a las mesas. El sol brilla y todo parece invitar a tomar un descanso y disfrutar de la comida con la suave música que viene desde alguna parte.

La mano de Blas se apoya en mi espalda baja y me guía hacia la mesa más alejada, detrás de mí el mar y una de las palmeras más cercanas a nuestra mesa tiene una campana de hierro que dice «Alerta de ballenas».

—¿Por qué no te aburre? —pregunta sentándose frente a mí, quita sus gafas de sol y las cuelga en su camisa blanca en un movimiento refinado.

—Cada rincón de estas montañas parece mágico con ese verde intenso y la neblina en la cima, cuando las miro me pregunto qué estará pasando allí, qué animales viven en ese ecosistema. Y lo

mejor de todo, no importa dónde estés, en que carretera o tienda, donde mires hay belleza a tu alrededor.

—Definitivamente —dice perforándome con sus ojos negros.

Me alegra que pueda ver lo mismo que yo.

La música que flota en el aire es suave, con un ritmo tranquilo que se mezcla con el sonido de la gente charlando y las risas. Parece música hawaiana, con el sonido del ukelele.

La camarera llega para tomar nuestro pedido y Blas espera a que le diga cuál era el preferido de su abuelo; lo pide sin dudarlo.

—¿Cómo te sientes con el nuevo puesto? Ya llevas algunos meses… —pregunta al recibir dos vasos de cócteles tropicales.

—Oh, me siento muy entusiasmada y comprometida con mi nuevo rol. Estoy apreciando la oportunidad de aprender y crecer profesionalmente, así como de contribuir positivamente al equipo y a los objetivos del hotel…

Blas levanta la mano para silenciarme.

—No quiero la respuesta del ChatGPT, quiero la respuesta que le darías a un amigo.

Y eso quiebra mi cerebro completamente.

Me quedo en silencio, mirándolo fijo, sin saber qué articular.

Probando, probando, uno, dos, tres, habla o muere aquí, Astrid.

—Ehh… —digo tontamente.

—Puedes decirme la verdad, para empezar.

—Bueno… —Sujeto la copa y la llevo a mi boca.

—Lo que hablemos aquí, muere aquí, Astrid —insiste.

La tensión en mis hombros parece agarrotarse lentamente y masajeo mi cuello esperando que milagrosamente se calme.

—No es que me cueste… —suelto con precaución—, es que el ambiente en estos momentos no es el mejor, algunos empleados no están contentos con mi puesto, ni con las acciones que tomé los primeros días, ya sabes, los despidos y todo eso.

—¿Quienes?

—No daré nombres, no me hagas eso otra vez.

Blas suelta una risa profunda y se acomoda en la silla, mostrándose relajado y estúpidamente sexy.

Es como si su presencia dijera «¿alguna voluntaria para abanicarme?».

Katniss levantaría la mano, seguramente.

—No lo haré, aunque me gustaría saber quién tiene el tupé de desmerecer tu trabajo, sólo porque has tenido que tomar decisiones muy difíciles.

Suspiro profundamente y juego con la servilleta de papel frente a mí.

—No lo sé, quizás no pueden desprenderse de la imagen de Bertha, ella nunca despidió a nadie. Sé que tú no la quieres mucho por alguna razón, pero ella era muy buena con todos, sus reseñas de rendimiento así lo demostraban porque como jefa era bondadosa, empática y…

—Lo entiendo, pero eso no significa que no puedan darte una oportunidad.

—Me ven muy joven y hambrienta de poder.

—¿Y desde cuándo eso está mal?

—¿En un hombre? Nunca… En una mujer, por otro lado…

La camarera llega con los dos boles de poke, una colorida combinación de sabores y texturas frescas.

Blas mira el plato con confusión, por eso paso a señalar todo lo que tiene frente a él.

—Estos son dados de atún crudo, son jugosos y tiernos, te aviso para que la textura no sea una sorpresa. Están espolvoreados con semillas de sésamo que le añaden un toque crujiente. —Blas asiente y mira con atención donde señala mi tenedor—. Estas son rodajas de pepino y aguacate. Huevas de pescado, que el color naranja brillante no te espante, estallan al morderlas, son muy divertidas. —Me río, Blas, levanta la mirada y observa mi risa—. Debajo tienes arroz blanco y se mezcla todo con estas algas verdes que se llaman wakame. Buen provecho.

Sujeta su tenedor con cuidado y analiza el plato.

—¿Y dices que mi abuelo comía esto?

—Todos los viernes —explico mezclando los ingredientes, él me imita segundos después.

—Volvamos a lo que dijiste antes, ¿a qué te refieres con que con una mujer es diferente? —Pincha un pedazo de atún y se lo lleva a la boca con cuidado, lo saborea lentamente.

—¿No lo has notado? A las mujeres que se enfocan en su trabajo y que tienen hambre de poder se las considera una especie aparte. Una mujer en busca de poder puede ser percibida como agresiva o ambiciosa de manera negativa, mientras que estas mismas cualidades en un hombre a menudo se ven como algo positivo. ¿Nunca has escuchado a los medios cuestionar cuánto tiempo les dedican a sus hijos las CEOs más conocidas?

—Ahora que lo mencionas, sí —responde pensativamente—. ¿Crees que, si hubiese puesto un hombre de tu misma edad en el cargo, nadie lo cuestionaría?

—No se harían las mismas preguntas que se hacen ahora.

—¿Y cuáles son…?

Oh, mierda.

No se lo digas.

Lleno mi boca con poke y hago señas de que no puedo hablar ahora. Los ojos de Blas me contemplan, esperando su respuesta.

—Seguro que te haces una idea, Blas, no me hagas decirlo.

—No entiendo.

Limpio la comisura de mis labios, buscando cuál es la manera más suave para explicárselo, pero Blas es de Manhattan y está acostumbrado a lo directo, sin vueltas, sin cobardía.

—Creen que, porque soy una mujer, obtuve el puesto porque… Tú y yo…

Blas se ahoga de golpe y se lleva el vaso a la boca, bebiendo desesperadamente. Cuando lo apoya, lo hace con fuerza y se toma unos segundos para decir:

—¡¿Los empleados piensan que tú has conseguido el puesto por eso?!

—Algunos de ellos.

—Joder —murmura, mirando lejos de nosotros—. ¿Por qué no hicieron lo mismo con Bertha?

—Porque la relación de Bertha y Chester era demasiado profesional, nadie podría pensar que…

—No lo era.

Ahora yo me atraganto, la diferencia entre él y yo es que él lo hizo con gracia, yo pierdo el control de la mandíbula y escupo todo el arroz en el espacio entre los dos.

Blas



Se escapó de mi boca.

No tendría que haber dicho nada, especialmente después de la reacción de mi empleada.

—¡¿Ellos…?!

—Sí, hace muchos años.

Astrid deja caer su espalda contra el respaldo de la silla y parece desinflarse de golpe ante la inesperada noticia.

—Nunca lo había notado.

—Eran buenos ocultándolo. —Escarbo la comida con el tenedor, mis ojos fijos en el movimiento—. De todas maneras, es aberrante que la gente asuma esas cosas.

Esas cosas que están en mi mente, pero que no pienso verbalizar, nunca.

—Las mujeres siempre jugamos en modo difícil, estamos acostumbradas —responde soltando aire de sus pulmones al final, mira hacia el mar y pierde la mirada allí.

Recuerdo aquello que le dijo a su amigo desconocido sobre su ex y me pregunto cómo hace esta mujer para seguir tan fresca y sonriente después de tantos golpes.

—¿Por qué tienen esa impresión? —cuestiono entrando en una persecución palpable.

Quizás alguien me vio mirarla, o quizás le hablo diferente al resto y no lo he notado.

Me estoy volviendo paranoico.

Si bien recuerdo la conversación, Astrid dijo que la relación de mi abuelo con Bertha era demasiado profesional, ¿eso significa que la nuestra no lo es?

Bueno, no lo es, pero ella no sabe eso todavía.

—No te persigas —aclara apoyando los codos sobre la mesa, si mi madre la viera, puede que pusiera los ojos en blanco—. Cuando la gente cree que el mérito no existe, suele asumir que la vida se mueve a través de favores y contactos.

Dejo pasar el tema porque creo que le avergüenza demasiado, no la culpo, acaba de decirme a la cara que los empleados piensan que follamos y que por eso la mantengo cerca.

Dios, si me das esos nombres, prometo no ser tan cruel con la gente, simplemente psicótico.

—¿Tú vives por aquí entonces? —suelto.

—Sí, a cinco minutos, esta es la playa a la que vengo todos los domingos o cada vez que puedo —responde llevando el tenedor a su boca.

—¿Y qué haces aparte de surfear?

Pareciera que de golpe cae en cuenta que le estoy haciendo preguntas personales, que estamos solos y almorzando en un restaurante con vistas al mar.

¿Es una cita?

Puede que sí, pero ella no lo sabía, hasta este momento.

—No lo sé, estoy allí, me llevo un libro.

—¿Sola?

—Sí —ríe—. No me molesta estar sola, Chester decía que…

—La soledad era algo bueno —respondo por ella.

—Exacto.

Excepto que la soledad de mi abuelo pasó a ser su peor enemigo, porque lo hizo tomar decisiones que terminaron arruinando la vida del resto.

—No le encuentro atractivo a la playa, es incómoda —refunfuño, mis ojos navegan sobre el mar, me enfoco en el ruido, el olor a sal.

—Sin embargo, Chester decía que disfrutabas tanto la playa que no podía sacarte de allí.

El conocimiento que ella tiene sobre mí provoca una sensación inusual, una nunca antes vivida. Además, el hecho de que mi abuelo compartiera detalles de mi vida con alguien que, aunque no era una extraña para él, sí lo es para mí, intensifica esa anomalía.

—A todos los niños les gusta la playa —combato.

—No a todos, he visto familias que han tenido que irse antes de su estadía porque los niños detestaban la arena y le tenían miedo al mar. Yo creo que asocias la playa con Chester y eso es lo que te incomoda.

Una media sonrisa se curva en mi rostro.

—Freud ha entrado al chat.

—Lo siento, no quise…

—Está bien Astrid, puede que tengas un poco de razón —admito.

—¿Algún día sabré qué pasó entre vosotros? —pregunta escarbando el bol para comer lo último del poke.

Uno que ya terminé hace rato.

—Te propongo algo —digo con complicidad e inclinándome sobre la mesa—, muéstrame un lado nuevo de la playa y yo te digo lo que ocurrió entre nosotros.

Los ojos de Astrid destellan con emoción y extiende la mano sobre la mesa.

—¿Eso significa que voy a verte sin el traje?

—Así es.

—Hay trato.

Las estrechamos con fuerza, y me doy el gusto de sentir su piel sobre la mía, parece que estoy hiperconsciente de cada centímetro y no quiero soltarla.

Cuando llega la camarera con la cuenta, los dos la sujetamos al mismo tiempo, dándome el lujo de tocarla una vez más.

—Yo pago —digo sin soltarle la mano.

—No, yo pago, tú pagaste la última vez. —Ella sujeta el papel con más fuerza y yo intento quitárselo.

—Astrid… —amenazo—. Suelta el ticket.

Ella se ríe, mordiendo su labio inferior y mis ojos rondan furtivamente por allí.

—No quiero.

Algo en su forma de hablarme, se siente como un flechazo en mi pecho, desesperadamente intento ahogar la sensación y decido tomar esto como una derrota.

—Está bien, has ganado.



¿Qué tal tu día de descanso?

Envío el mensaje en cuanto cierro la puerta de la casa de mi abuelo, tanto hablar de él, hizo que tenga la necesidad de volver a las cartas.

Hace mucho que no tenía uno, se siente extraño. ¿Qué tal tú?

Miro a mi alrededor, la casa de mi abuelo está en silencio, excepto por el ruido de las olas que entran por las ventanas que acabo de abrir.

Con los días encuentro este lugar menos tétrico y más acogedor.

Necesito un jefe como el tuyo.

No todos somos afortunados.

Yo sí, te conocí a ti.

¿Qué planes tienes para hoy?

Libro y cama, puede que hasta me pida comida, así como en la cama, solo para hacer todo lo opuesto a lo que ordenaba mi madre.

Oh, la belleza de la independencia.

Cuando me fui a vivir solo por primera vez, lo primero que hice fue llenar mi nevera con comida chatarra, solo para enfurecer a la mía, que es una mujer obsesivamente consciente de lo que come.

De hecho, tendría que llamarla; lo pondré en el calendario para hacerlo.

La mía también, ¿crees que se conocen? Probablemente sigan a las mismas «Influencers Fit».

De solamente imaginarlo, quiero poner mis ojos en blanco. ¿Haces deporte?

El surf cuenta como deporte, creo, aunque no lo hago con ese propósito, solo me parece algo muy divertido. Mañana me dedicaré a convencer a alguien de que le guste también. Deséame suerte.

¿Es normal que sienta envidia?

¿Quieres que te enseñe a surfear?

¿Aceptarías encontrarte conmigo?

No lo sé, no creo que sea una buena idea.

Entonces envidia será.

¿Cómo puedo ayudarte a que no te sientas así?

Ese comentario es tan Astrid…

Estás caminando en territorio enemigo.

No le tengo miedo a nada, dispara.

Puedes responder esto: ¿que llevas puesto?

Tres minutos se toma en responder.
Tres tortuosos minutos.

Una camiseta con un arcoíris y unos shorts rosas, ¿esperabas algo sexy?

¿Cómo sabes que eso no es sexy para mí?

Maldición.

Te dije que era un territorio complicado.

Está bien, has ganado, ¿qué llevas puesto tú?

Miro hacia abajo, tengo la misma ropa que usé cuando fuimos a comer.

El uniforme. Sabes que este hotel no es muy creativo.

¡Buu! Cuando llegues a tu casa y te cambies, cuéntame.

Apoyo el móvil en el escritorio con una sonrisa en mi boca, esta mujer está penetrando lentamente en mi sistema y no puedo detenerlo.

Esto no era lo que tenía planeado cuando comencé a enviarle mensajes, eso no fue lo que quería hacer cuando llegué a este maldito hotel.

Pero esta muchacha, joder, no sé qué es lo que tiene, pero lo tiene, en grandes cantidades.

Abro la siguiente carta de mi abuelo con cuidado, usando el set que tiene sobre su escritorio para abrirlas. Me pregunto si alguna vez imaginó que iba a leerlas donde él las escribió.

Hola, Blas:

Hola, nadie.

Nadie lee estas cartas, pero son una gran terapia, leí por ahí que tener un diario personal es una de las maneras

más modernas de desprenderse de los pensamientos que rondan en el cerebro de uno, y debo admitir que los días que escribo duermo mejor.

Y soy un viejo, dormir muchas veces no está en el menú.

Por suerte tengo entretenimiento y el sonido del mar me acompaña cuando las noches se vuelven difíciles.

Ahora que ya sabes mi historia con Bertha, me gustaría escuchar la tuya, nieto mío. Si de casualidad tú tampoco puedes dormir bien, te invito a responderme y contarme lo que quieras.

¿Cómo te está yendo en los negocios? ¿Cómo están tus padres y hermanos? ¿Tu madre sigue con ese proyecto?

¿Quién te despierta sentimientos nuevos? ¿Sientes que eres capaz de amar? ¿Qué buscas en una mujer?

Te quiero.

Tu abuelo.

Apoyo la carta sobre la mesa con un maldito hueco en el pecho y cuando me doy cuenta, tengo una hoja en limpio y un bolígrafo en mi mano.

—¿Qué estoy haciendo? —chisto por lo bajo, pero acomodo el bolígrafo sujetándolo de la punta, y comienzo a escribir.

QUERIDO ABUELO:

Las cosas están bien, normales, considerando que ahora soy el dueño de un hotel que no quiero.

Gracias por eso.

Mis padres están bien, ocupados y millonarios aún; mis hermanos creo que también, no hablamos mucho.

Sí, ya sé, me has dicho varias veces que debo estar presente en la vida de ellos porque soy el mayor, pero no es tan fácil cuando los tres vivimos en rincones opuestos del país.

Estoy en una isla por el amor de dios.

Aislado, pero no solo.

Conocí a alguien aquí, compartimos el amor por Ethan Shadow, y conversamos sobre eso y algunos temas más.

Me divierte hablar con ella, es una de las pocas cosas que puedo hacer aquí, ya que admirar el mar y los arcoíris diarios no son una opción.

Mañana intentará convencerme de que la playa es lo más hermoso que hay, estoy listo para demostrarle cuán equivocada está.

Yo soy un hombre de ciudad, esta vida en cámara lenta no es para mí.

A veces me pregunto cómo sería ver la vida a través de sus ojos, parece una persona que se entusiasma por las cosas más mundanas que existen.

Supongo que el gris de Nueva York te quita eso, porque recuerdo tener sensaciones similares cuando venía a visitarte a la isla.

¿Me preguntas si creo que soy capaz de amar? Bueno, la respuesta es no. Para amar debes ser altruista, debes querer estar con la otra persona, aprender cada detalle de su personalidad como un mapa, desear tocar su piel y perderte en sus ojos.

A mí no me pasa nada de eso, con nadie, y lo prefiero así. El amor es finito, tú me has demostrado eso con tus elecciones de vida.

Y toda esa confesión sobre Bertha no me ha movido un pelo, espero que dejes de intentarlo.

Saludos cordiales.
Blas Henderson Morris.

Astrid



Estoy tensa.

Me doy cuenta porque por alguna razón empujo mis dientes delanteros con la lengua, sueno mis dedos a pesar de no tener que hacerlo y mis uñas están comidas hasta donde era humanamente posible.

Mientras cargo la tabla de surf al techo del coche, pienso en que veré a Blas fuera del horario laboral y no sé qué esperar.

Y, honestamente, estoy preocupada por su piel de porcelana.

Por un lado, siento un poco de terror, ¿qué pasa si nos ve alguien? Con eso los rumores terminarán de cementarse y no me gusta ni un poco.

Por el otro, me entusiasma poder ayudar a Chester a reconciliar a su nieto con la isla. Estoy segura de que todo este rechazo viene del dolor, pero no hay nada que Maui no pueda curar.

La señora Kane camina por la entrada de la casa, volviendo de su caminata matutina y moviéndose como lo hacen las señoras de su edad, donde el torso parece ir más rápido que las piernas.

—¡Buenos días, señora Kane! —saludo ajustando las sogas.

—¡Oh! ¡Astrid! ¡No sabes lo que me ha pasado!

Detengo todo y camino hacia ella.

—¿Estás bien?

—¡Claro! Es que comenzó a caer una lluvia torrencial y olvidé mi poncho, pero un señor muy amable detuvo su coche y me dijo que entrara para no mojarme.

Oh no…

Mi estómago se frunce.

—¡¿Y qué pasó?! —Escaneo su cuerpo buscando algo, no sé qué, pero algo.

—¡Me ha invitado a cenar!

Uff, debo abortar el paro cardíaco.

—¡Señora Kane! ¡Eso es… fantástico!

Sujeta mi antebrazo y murmura con complicidad.

—Hace cinco años que no tengo una cita con un hombre.

Me río cubriendo mi boca.

—¡Bueno, ya era hora entonces! ¿Cuándo?

—¡Hoy! Tienes que enseñármelo todo.

—¿Qué cosas? —pregunto liada.

¿Qué consejo le puedo dar a esta mujer si yo renuncié de tener contacto con los hombres hace años?

—¡De qué se habla hoy en día! ¿Debo dejar que me pague la cuenta o debemos pagar a medias? ¿Siguen siendo algunos temas tabúes? ¡Ayúdame!

Me río cubriendo mi rostro, nunca la vi tan alterada, suele ser una mujer muy zen.

—Bueno, supongo que depende de lo que quieras, ¿quieres que te paguen la cena?

—No, yo pago mi propia cena desde hace mucho.

—Bueno, ahí tenemos una respuesta.

—¿Y qué me pongo? —Mira hacia mi coche—. Oh, te vas a la playa, está bien, cuando vuelvas podemos seguir hablando.

—Lo siento, es que quedé con alguien hoy. —*Mi jefe, el Dementor sexy, ese con el que todo el mundo asume que tengo algo, lo cité en la playa y probablemente lo vea en bañador y es lo único que pienso desde que acordamos el encuentro.*

—Entonces tú también tienes una cita.

—Ehh…

—¡Te entiendo, después me lo cuentas todo! ¡Mira mi pelo! ¡Todo humedad! —Se va hablando sola y me doy cuenta de que me siento mucho más tranquila ahora.

La señora Kane tiene ese poder.



Una vez que descargo el equivalente a provisiones para un ejército a la playa, me instalo bajo una palmera.

Lo he pensado todo, tengo sillas, bebida, comida, toallas, la tabla, gafas de buceo y snacks.

Haré lo que sea necesario para que Blas se enamore otra vez, lo juro, tendrá el mejor día de playa que haya experimentado jamás.

Busco el móvil en mi mochila y tecleo:

Plan activado, hoy haré que una persona antiplaya se enamore otra vez.

Preparo todo, y hasta lo miro desde lejos para ver que se vea acogedor, incitante y, segundos después, vuelvo al móvil.

¿De ti o de la playa?

¡De la playa!

Ten cuidado.

¿De qué?

No vaya a ser que te salga todo al revés.

No te sigo.

¿Crees en el amor todavía?

Me siento en la silla y observo el mar turquesa furioso mientras analizo mi respuesta.

Cuando Clayton (el ex) hizo lo que hizo, lo primero que sentí fue una traición a mi persona, pero curiosamente lo siguiente que sentí

fue alivio.

Pues claro, yo no me quería casar.

Y no estaba enamorada, por ende, no tuve el corazón roto, lo único que tuve fue un ego dañado.

Sujeto el móvil, lista para compartir mis pensamientos con el desconocido.

¿Cómo dejar de creer en algo que nunca experimenté?

¿Nunca has amado?

Creo que no, me niego a creer que lo que viví hasta ahora fue amor, tengo la sensación de que ahí fuera hay algo más grande que espera por mí.

Creo que sé de qué hablas.

¿Tú has amado?

Nunca. Pero me gusta tu idea de buscar, ¿quieres que lo busquemos juntos?

Mi estómago da un vuelco de golpe, ochocientos millones de mariposas comienzan a aletear allí dentro, generando un zumbido agudo.

Mis ojos están clavados en la pantalla del móvil.

¿Acaso estoy sintiendo algo por el tipo?

Una sombra recae sobre mí, abarcadora y sólida, y sé que no son las palmeras.

—Me ofende que hayas elegido el lugar con más sombra de la playa, no hacía falta recordarme lo pálido que soy.

Cuando miro hacia arriba, encuentro a Blas vestido con un atuendo informal pero refinado, como todo lo que se pone. Lleva una camisa de botones a rayas en tonos azul claro, desabotonada en la parte superior. Puedo espiar su pecho formado y trago saliva que se siente como toda la arena de la playa.

—Te estoy ahorrando burlas a tus espaldas por parte de los empleados —respondo señalando la silla a mi lado.

Trae un bolso de cuero negro en la mano y lo apoya cuidadosamente sobre la arena. Complementando la camisa, lleva unos shorts blancos que caen por encima de la rodilla.

—Creo que es muy tarde para eso —apoya los codos sobre el apoyabrazos cómodamente. Es raro verlo en un escenario tan silvestre y opuesto al hotel—, sé que les debo parecer un extraterrestre.

Blas, sentado en una silla de playa, es como ver un rinoceronte sentándose en un banquillo, le queda diminuta, y busca acomodarse para no estar a la merced de la madera gastada.

—El traje definitivamente resalta en un mar de camisas hawaianas. —Sus ojos recorren mi cuerpo, o, mejor dicho, mi vestimenta.

Tengo unos shorts de lino y una camiseta extragrande que dice: «Eddie would go».

Intento resistir los picos de ansiedad que me genera ponerme un traje de baño en la playa. Mi mente sigue corrompida por los estándares irreales de belleza que me inculcó mi madre y el Photoshop.

Quizás no tenga el abdomen marcado, pero ¿qué tal mi infancia?

Aquí en Hawái a nadie le importa tu cuerpo, tus michelines, estrías, celulitis o manchas.

Aquí lo único que importa es que respetes la naturaleza del lugar, que apoyes a la comunidad y que disfrutes de este paraíso.

Pero, teniendo a Blas sentado a mi lado, pareciendo un modelo de Dolce & Gabbana, mirando con sus cejas fruncidas el mar y la gente que nos rodea, hace que esté hiperconsciente de que, eventualmente, tendré que meterme al mar y estar casi desnuda frente a mi jefe.

MI JEFE.

Joder.

¡Y eso no es todo, verá mi tatuaje!

¡¿POR QUÉ NO LO PENSÉ ANTES?!

Oye, no reacciones, respira, pretende no entrar en crisis ahora, sonríe y asiente, sonríe y asiente, Astrid Cooper.

—Ya sé qué regalarte para tu cumpleaños entonces —digo intentando sacar mi cabeza de la espiral tóxica.

Los ojos negros de Blas reposan en mí y es como tener todo su peso sobre mi cuerpo.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —pregunta.

—El cinco de enero.

Chista por lo bajo, inclinando su cuerpo hacia delante y apoyando sus antebrazos sobre las rodillas.

—Perdí la oportunidad de devolverte ese favor. —Tiene un reloj plateado grande en su muñeca izquierda, no puedo identificar qué marca es, pero se ve caro y completamente fuera de lugar en una playa. Sus gafas de sol están despreocupadamente colgadas en la abertura de la camisa.

Suelto una risa por lo bajo y sostengo mi cabeza apoyando mi mano en la barbilla.

—¿Zapatillas deportivas blancas para la playa, Blas? —Miro sus pies.

Inmediatamente, él mira los míos y los hundo en la arena; mis uñas mal pintadas de blanco se asoman entre los granitos. Siempre termino pintando la piel.

—¿Vine a que me hicieran bullying o a explorar esta playa?

—Lo siento. ¿Le tienes asco a la arena?

—No, a las chanclas.

—Yo no llevo unas, puedes disfrutar de la arena sin caer en tus fobias fashionistas.

A regañadientes se quita las zapatillas y los calcetines, lo cual lo hace más gracioso todavía y miro hacia otro lado para que no se sienta inhibido.

Solo Dios sabe lo complicados que pueden ser los pies hoy en día en caso de que haya una cámara cerca. Aunque no creo que Blas tenga esa capacidad, nunca vi un tipo con tanta autoconfianza.

—¿Qué planes tienes para mí?

—Bueno… —Señalo la neverita—. Tengo comida, bebida fría, libros, internet…

—Todo eso está en el hotel también.

Joder.

—Está bien, en eso tienes razón… Dime algo, ¿recuerdas qué era lo que más te gustaba hacer en la playa?

Blas se rasca la nuca y luego pasa una mano por su pelo negro, todo vuelve a su lugar de origen cuando termina.

—¿Quieres hacer castillos de arena conmigo, Astrid?

¿Por qué eso acaba de sonar sexual? Tengo el cerebro tan sucio.

—Bueno, si eso hará que disfrutes de este lugar… —Pretendo tirarme al suelo, pero Blas me retiene sujetándome del codo.

—Siéntate ahí, mujer —refunfuña—. No lo sé, no recuerdo mucho más que estar sentado todo el día, jugando en el mar y odiando a los muchachos que hacían competiciones a ver quién escalaba más alto la palmera.

Asiento pensativamente.

—¿Has visto un coral alguna vez?

—No.

—Bueno, es tu día de suerte, hoy verás uno.

—No tengo el equipo.

Sonrío con suficiencia, y Blas maldice por lo bajo.

Blas



—¿Qué es esta cosa? —pregunto mirando el objeto en mi mano.

Por supuesto que sé que es, solo quiero enfadarla, porque logrando eso puedo ver un lado diferente de Astrid. Deja de ser la gerente hippie y alegre que es todos los días, para ser… Ella.

Cuando se enfada sus cachetes se ponen rojos y su nariz se arruga un poco.

Es horrorosamente adorable.

La máscara de esnórquel cubre todo mi rostro, por encima sale el tubo para respirar.

Sé que me veo ridículo con esto, pero Astrid no hace uso de mi ridiculez. Ella directamente no me mira a los ojos desde que me quité la camisa.

Ella se despojó de su ropa con una rapidez inhumana, visualmente incómoda por estar con tanta piel al aire delante de su jefe.

NO ME ESTOY QUEJANDO.

Pero sí me estoy esforzando por no mirarla inapropiadamente, a pesar de querer hacerlo como nunca quise nada en esta maldita vida. También vi una mancha en su espalda baja que parece un tatuaje viejo que muero por espiar.

—Esta cosa hará que puedas ver debajo del agua sin perder el oxígeno de tus pulmones —explica acomodando la máscara sobre mi rostro.

Ella se coloca una igual, solo que un poco más pequeña y hace señas al mar.

El agua es tibia en Hawái, lo había olvidado completamente y, a medida que sumerjo los pies, acechan recuerdos de estar en el mar con mi abuelo, como una película en cámara rápida.

Sus arrugas solían resaltar cuando pasaba muchas horas bajo el sol y su bañador siempre tenía un elástico arrugado en la cintura.

Siento la brisa marina tocar mi piel mientras me detengo en el borde del mar. La arena es fina y cálida, sorprendentemente familiar.

La salinidad del aire se mezcla con el aroma dulce del protector solar que Astrid me dio y que tengo mal esparcido por el cuerpo. El perfume me transporta instantáneamente a mi juventud, cuando pasaba el día entero en el exterior.

Astrid se para a mi lado y me sonríe. Ella también se ve ridícula con la máscara, pero me gusta.

La primera ola que roza mis pies es más cálida de lo esperado. Con cada paso que doy, me lleva más adentro.

—Cuidado con las piedras —dice con una voz enlatada detrás de la máscara.

—¿Qué pied…? —Pongo todo el peso de mi cuerpo sobre el pie derecho y debajo siento una superficie áspera y rocosa.

Pierdo el equilibrio y Astrid sujeta mi brazo con fuerza para no caerme. Es como ver a un ratón sostener un león.

—Te tengo —sonríe segura de ella misma—. Es solo un metro o dos, luego es suave.

En el siguiente paso, ella es quien pierde el equilibrio y agarro su mano inmediatamente, envolviéndola con la mía.

Nos miramos por un segundo a través de la máscara, con complicidad y un poco de algo nuevo.

Algo que creo reconocer, pero el nombre se me va de la mente.

A medida que nos sumergimos completamente, el mundo exterior se desvanece, reemplazado por el silencio acuático, salvo por el distante y amortiguado crujir de las olas en la superficie. La luz del sol se filtra a través del agua, creando patrones sobre mi piel.

«Blas, siempre debes tenerle respeto al mar, sé que sabes nadar, pero las corrientes pueden ser engañosas». Las palabras de mi

abuelo resuenan en mi mente en el momento en que Astrid intenta soltar mi mano.

Me aferro con más fuerza.

Cuando salimos a la superficie, la encuentro mirándome con cuidado.

—Lo siento —grito bajo la máscara—, creí que te ibas.

Estúpido, estúpido, Blas.

—No te preocupes, aquí las corrientes son tranquilas, y si avanzamos unos metros más encontraremos los corales. Pero ten en cuenta que no puedes pisarlos, así que en cuanto se te cansen las piernas, puedes hacerme señas para que volvamos aquí, ¿vale?

—Sí, capitán —respondo haciéndola sonreír.

Puedo ver que disfruta con esto y muero por darle la satisfacción de sentirse victoriosa, solo que no sé cómo.

—¡Vamos!

Bajo el agua, el tiempo parece detenerse. La gravedad pierde su firmeza, permitiéndome flotar y moverme con una libertad que había olvidado que era posible. Cada movimiento es fluido, cada momento es un reencuentro con el niño que había dejado atrás en estas mismas aguas. Aquel niño que se sorprendía por cada rincón del mar, por los sonidos y el movimiento.

Miro hacia Astrid y ella ondula su cuerpo con un movimiento etéreo, haciendo que olvide por completo dónde estoy y a qué vine aquí. Me atrapa mirándola y levanta el pulgar para preguntarme si estoy bien.

¿Estoy bien? ¿O estoy perdiendo la jodida cabeza lentamente con esta mujer?

Levanto el pulgar en respuesta y ella señala hacia delante. Estaba tan distraído con ella que no noté el espectáculo que me corta la respiración: un vibrante jardín de coral se extiende ante mí, lleno de colores y formas que nunca había visto.

¿Cómo es posible que mi abuelo nunca me trajera aquí?

Astrid toca mi brazo, haciendo que voltee, su pelo dorado se mueve místicamente alrededor de su rostro, parece un ángel y este demonio está absolutamente desesperado por poseerla.

Sujeto su antebrazo, casi acariciándolo sin pensar, y ella hace señas para que no lo haga.

Joder.

Quito la mano inmediatamente, sintiéndome un completo idiota.

Cuando de repente, una sombra pasa a mi lado. Al girar, me encuentro cara a cara con una tortuga marina, su mirada tranquila y sabia.

Vuelvo a ojear a Astrid y ella sonríe y vuelve a hacer la seña de que no la toque.

Claro, no hablaba de ella, sino de la tortuga que se muestra completamente indiferente ante mi presencia y continúa su camino.

Joder, eso fue… Estoy tan asombrado que no tengo palabras.

La sensación de estar rodeado por este ecosistema, tan lleno de vida y color, es abrumadora y me hace sentir profundamente humilde.

Y eso es nuevo en mí.

Me siento conectado a algo mucho más grande que yo mismo y creo comprender cuando Astrid dice que la belleza de la isla está en todos los rincones.

Pero no es solo la isla, ¿no?

Es ella, quien a través de sus ojos me muestra algo que no tenía idea que existía, conexión humana.

Joder… Esta epifanía bajo el agua no me ahoga, me preocupa.

Avanzamos un poco más y mientras me cruzo con los peces más coloridos que vi jamás, pienso que quizás mi forma tan estricta de ver la vida no sea tan apropiada como creía.

Y las cartas de mi abuelo resurgen en mi mente, recordando sus palabras sobre la sensación de pertenencia, de conexión con un ser humano.

No con cualquier ser humano, con Astrid Cooper.

La gerente de mi hotel.

La historia se repite.



Al resurgir una hora después, quito la máscara y tomo una profunda bocanada de aire fresco. El contraste entre el calor del sol en mi rostro y la frescura del océano es una sensación increíble. Los sonidos del mundo regresan, los niños riendo, el susurro de las palmeras al compás del viento, pero ahora, todo parece más vivo, más vibrante.

—Blas —escucho detrás de mí. Astrid tiene la máscara colgada de su codo y mueve sus brazos para nadar a mi lado—. ¿Qué te ha parecido?

—Joder, eso fue increíble —digo, mi voz extrañamente emocionada, hace mucho que no la escucho así—. Esa tortuga…

—¡Lo sé! Son extraordinarias, te decía que no la tocaras, no les gusta y por respeto.

Creí que tú tenías esa petición, Desconocida.

Cuando le presto atención, encuentro entre su pelo pedazos de coral enredados allí y me río al verla con esa decoración. Sin pensarlo, la atraigo hacia mí y escarbo el pedazo de vida de su cabello.

Astrid al principio parece sorprenderse y luego se ríe conmigo.

—Vamos —digo llegando a la orilla.

Con el cuerpo empapado caminamos hasta las sillas de Astrid. Ella sujeta una toalla y la arroja hacia mí para que la atrape. Solo seco mi rostro y mis brazos y me siento en la silla, desplomándome por completo.

—Eso es mucho más intenso que ir a correr —digo con cansancio en mi voz.

Ella envuelve su cuerpo con la toalla y se sienta a mi lado, su pelo mojado está hacia atrás y una vez más miro su cuello.

¿Qué es lo que tiene ese cuello? Puedo visualizar mi mano acariciándolo, rodeándolo lentamente para atraerla hacia mí.

—¿Hace cuánto corres? —pregunta abriendo una pequeña nevera entre los dos, saca dos botellas de agua helada y me entrega una.

—Desde que mi abuelo murió —respondo sin filtro.

Joder, ¿por qué tuve que decir eso? La falta de oxígeno, seguro.

—Oh… ¿Fue un mecanismo de afrontamiento?

Llevo la botella a mis labios para pensar bien la respuesta antes de soltarla de golpe.

—Me ayuda, tengo la irritante tendencia de pensar demasiado.

—Sí, te entiendo, fui así en algún momento.

La miro de soslayo, sus ojos verdes puestos en el turquesa del mar me recuerdan a todo lo que vi bajo el agua hace unos minutos.

Veo más pedazos de coral enredados en su pelo, pero no los menciono. Los veo como una continuación del mar en la mujer que tengo adelante, algo vibrante y lleno de vida.

—¿Y cómo dejaste de hacerlo?

Astrid descansa su brazo en la silla y apoya la cabeza en su mano, claramente agotada como yo.

—Esta isla me cicatrizó. Solía venir de…, bueno, de una familia adinerada, las reglas con las que nos movíamos no eran las normales de la sociedad.

Asiento, entendiendo perfectamente a qué se refiere.

—¿Qué hay aquí que no exista allá?

—Eso que has sentido bajo el agua —responde mirándome—, esa conexión con la naturaleza, los colores del viento, la lluvia sanadora. En San Diego todo era frívolo y material, apariencias y el deseo constante de generar dinero. Aquí no debo preocuparme por eso.

—Sin embargo, tu ambiente laboral… —digo arrepintiéndome inmediatamente.

—No solía ser así —susurra mirando cómo sus pies juegan con la arena—, yo sentía que pertenecía, pero quizás donde pertenecía era con personas que ya no están aquí.

—¿Extrañas a mi abuelo?

Se ríe por lo bajo como si mi pregunta hubiese sido la estupidez más grande del mundo.

—Extrañarlo es poco.

Sé a lo que te refieres, Desconocida.

—¿Cómo fue cuando te enteraste de que había fallecido? —pregunto con una voz medida, sensible e íntima.

Poco a poco me animo a hacer estas preguntas que a veces no me dejan dormir. Saber que falleció solo es algo que me retuerce el estómago y la culpa no me deja respirar.

Astrid me mira y abre los ojos con preocupación.

—¿No lo sabes?

—No, ¿qué?

—Yo fui quien lo encontró.

Astrid

PASADO



—Astrid, querida, sé buena y ve a buscar a Chester —dice Bertha detrás de su escritorio. Su pelo rubio batido y sus muchos collares colgados sobre su pecho siempre me llaman la atención por el sonidito que hacen.

—Claro, ¿y qué le digo? —pregunto guardando el móvil en el bolsillo. No voy a ningún lado sin él, no ahora que logré que Bertha aprendiera a enviarme mensajes en vez de llamarme por algo que se podía resumir en una frase o en un email.

—Dile que lo estoy llamando desde temprano, que el abogado está a punto de llegar.

—¿Abogado? —pregunto en la puerta—. ¿Está todo bien?

—No lo sé, mi niña. —Levanta la mirada del monitor, me observa por encima de sus gafas de marco rojo—. Sabes que Chester puede ser sigiloso cuando quiere.

Me río por lo bajo y abro la puerta.

—Vendré en unos minutos, si me necesitas, tengo el móvil conmigo.

Ir a la casa de Chester se siente como una misión. Cuando me explicó cómo llegar hace algunos años, miró hacia un lado y luego al otro, como si fuese un detective de incógnito, y murmuró: «Ascensor hasta el último piso, caminas hacia la derecha a la puerta que no tiene ni número de habitación ni cartel de salida, ábrela y sube por las escaleras, una vez que estés en la azotea, dobla hacia la

izquierda y verás mi casa, toca tres veces seguidas, luego dos, luego cuatro y sabré que eres tú».

Me sonrío al recordar el día que me dio acceso a su espacio más privado.

Pocos en Maui pueden darse el lujo de tener estas vistas, el océano se ve vasto y tentador y me tomo unos minutos para asomarme por la azotea y apreciar todo, a pesar de recibir el murmullo de los huéspedes que descansan en la piscina.

Chester, me recuerdo, has venido a buscar a Chester.

Camino hacia la casa, tiene tres escalones blancos y una puerta de madera roja y rústica. Toco de la manera que él me pidió que lo hiciera y espero.

No hay respuesta y me asomo por la ventana de la cocina, a ver si lo atrapo viendo la televisión en el salón, siempre pone el volumen altísimo.

—¡Chester! —llamo tocando la ventana con mis nudillos—. ¡Bertha te está buscando y sabes cómo se pone si no la atiendes en los primeros tres segundos!

No hay respuesta.

De pronto algo se deposita en mi estómago y mi mano se apoya en el picaporte.

Toco una vez más.

—¡Chester! Si no respondes, entraré y, sinceramente, no quisiera verte desnudo… *Otra vez*. —Ya me ha pasado que Bertha me mandó a buscarlo y lo encontré saliendo de la ducha, gracias a Dios llevaba una toalla en la cintura.

Conociéndome, puedo escuchar la tensión en mis cuerdas vocales y cuando el estómago comienza a doler, empujo el manillar de la entrada y doy un paso adentro.

El silencio es peor que la televisión a todo volumen.

Camino toscamente con el único propósito de despertarlo en caso de que duerma.

Parece que en la cocina acaba de pasar un torbellino, los platos y vasos acumulados rebasan el fregadero. Siempre fue un poco perezoso con los quehaceres diarios. Continúo mi caminar hasta

llegar al salón, las ventanas están abiertas y la brisa de fuera entra suavemente.

El problema está cuando camino hacia su habitación.

Y lo sé, sin acercarme, lo sé.

—Chester… —susurro, mi voz entrecortada—. Chester —repito con más fuerza.

Él duerme plácidamente, de costado, con sus manos abrazando la almohada.

Doy pasos lentos hacia él, mis manos tiemblan e intento controlarlas.

—¡Chester! —grito, y cuando todo parece irreal, apoyo mi mano sobre su brazo, solo para quitarla inmediatamente.

Su tibieza no está.

Retrocedo tropezándome con los libros que suele dejar en el suelo y busco el móvil en mi bolsillo, torpemente se me cae y cuando lo recojo llamo al 911.

—Hotel Lani Vista, ¡es urgente!



Blas me escucha atentamente, tiene la decencia de ignorar las lágrimas que caen y borro con rapidez de mis mejillas.

—No lo sabía, Astrid, siento mucho que hayas pasado por eso.

Asiento mirando mis pies.

—En algún rincón de mi mente, creo que fue mejor que lo encontrase yo y no Bertha. Se veía tan pacífico, casi un niño, por cómo era su posición.

—¿Y qué pasó cuando llamaste al 911? —pregunta, intenta controlar su necesidad de saberlo todo, pero yo puedo verlo, cuánto precisa entender qué ocurrió ese día.

—Entraron los paramédicos e hicieron todo lo posible, pero ya había pasado mucho tiempo, suponen que su corazón dejó de latir

entre las cuatro y las cinco de la madrugada, yo estuve allí a las nueve.

—¿Y Bertha?

—Bertha fue internada ese día, supongo que su corazón no aguantó tampoco y tuvo un pequeño infarto, por suerte tiene una hija en la isla que pudo cuidar de ella, porque yo no pude ayudarla. Estaba tan petrificada, fue como si el tiempo se parara de golpe, por momentos se sentía todo una pesadilla, luego volvía a la realidad y… —Cubro mi rostro con las dos manos, avergonzada por alguna razón de llorar delante de mi jefe.

—No tienes que seguir si no quieres —susurra Blas apoyando una mano tibia en mi espalda, su voz está mucho más cerca que antes y cuando limpio mis lágrimas, noto que acercó su silla a la mía.

—Lo siento, es que revivirlo todo…

—Te entiendo.

—Pero quiero que sepas, *necesito* que sepas, que nunca estuvo solo, no me moví de su lado hasta que se lo llevaron e intenté dejar la casa en orden. Ya sabes, por si alguno de vosotros venía, no quería que vierais cómo terminó después de los intentos de los médicos.

—Te lo agradezco —dice pensativamente—. Aunque me fijé que había unos platos usados en la mesa de la cocina, ¿tienes idea de qué se podría tratar?

—Imagino que fue Bertha, algunos días iba a la casa y almorzaba allí, ahora que me dices que había algo entre ellos, todo tiene más sentido. Ella estaba destruida, Blas, verdaderamente destruida, creí que había perdido un amigo, pero ahora creo que lo que en realidad perdió fue un gran amor.

Blas me mira tan directo a los ojos que por un segundo me siento desnuda, recuerdo que antes no podía mirarlo fijamente, pero ahora…

Su mano limpia mis lágrimas.

—Me gustan tus ojos mojados, son del tono de las montañas —murmura mientras acaricia mi mejilla, siento que la misma sube de temperatura rápidamente.

—¿Por qué no viniste al funeral? —Mi voz aún entrecortada, sus ojos que recorren mi rostro, miran mis labios.

—No estaba listo —susurra.

—¿No querías despedirte?

—No.

—Lo entiendo. —Quiero cerrar los ojos ante su contacto, permitirme sentirlo sin pensar en que es mi jefe, ni en la otra persona detrás del móvil que, por alguna razón, aparece en mi mente en este momento lleno de duelo.

Su mano se aleja de mí, pero su cercanía es la misma.

—Te hice una promesa, Astrid Cooper, y soy un hombre de palabra, te diré qué es lo que ocurrió entre mi abuelo y yo.

Blas

PASADO



—¡Te dije que llamaras a tu madre! —grita mi padre al otro lado del teléfono—. Está muy preocupada por ti.

¿Y tú no? Quiero preguntar, en cambio, digo:

—¿Qué puede pasarme? Estoy todo el día con el abuelo, literalmente sobre una de las superficies más suaves que tiene el planeta Tierra, la arena.

Hombre, nadie puede sacarme de la playa.

—Me importa un bledo, Blas Henderson Morris, tu madre pide que la llames, y la llamas, fin de la discusión.

¡Ah! ¿Por qué es tan imbécil?

¿Por qué mi padre no pudo heredar la personalidad de mi abuelo? Chester Henderson Morris es gracioso y conocedor, me trata como un adulto y no solo eso, es un hombre exitoso, jefe de familia, seguro de sí mismo.

Mi padre, en cambio, es recio, altanero e intratable; lo único que le importa es el dinero y acumularlo y a la mierda la familia, los hijos y la esposa.

Sí, es verdad que tendría que haber llamado a mi madre, pero ella también podría buscar un hobby o enfocarse en mis hermanos menores.

Este será quizás el último verano en Maui, al menos no voy a poder quedarme tanto tiempo cuando comience la universidad.

—Ahora la llamo —respondo con resignación.

Estoy en la casa de mi abuelo, aún chorreo agua de mar sobre la cerámica terracota.

Pero mi abuelo nunca me regaña, él disfruta de que esté aquí y le encanta que viva la isla como él la vive todos los días.

Es innegable que cuando me retire, probablemente siga los pasos de él y me mude aquí. Este lugar es demasiado guay como para ignorarlo y resignarme a vivir en la jungla de cemento.

—Bien —responde mi padre tajante y corta la llamada.

Dejo el teléfono sobre la mesa siendo más brusco de lo que debería.

Odio a mi familia.

Antes de llamar a mi madre, me meto en la ducha para calmarme, pero parece que termino teniendo el efecto contrario, porque lo único que ocurre es que me enfurezco más y más.

Al salir, miro por la ventana y me dejo rodear por todo lo que veo delante de mí, el verde intenso de las montañas que me fascina, el turquesa del mar, las flores de colores furiosos que mi abuelo cuida en esta azotea.

¿Quién no querría vivir en el paraíso?

Cojo el teléfono una vez más y marco el número de mi madre.

—¡Oh! ¡Alguien se ha acordado de que existo, milagro!

Mis ojos se ponen en blanco inmediatamente.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo.

Silencio.

—¿Necesitabas algo? —pregunto mirando mi reflejo en el espejo más cercano, mis mejillas están al rojo vivo, igual que mi frente.

—Oh, bueno, ya sabes, lo normal, saber si sigues vivo o no.

—¿De verdad crees que, si algo me pasara, el abuelo no levantaría el teléfono para avisarte inmediatamente?

—¿Es un pecado querer escuchar tu voz? —dice con irritación—. Hace dos meses que no te veo.

¿Ya hace dos meses? Joder el tiempo pasa muy rápido aquí.

—Estoy bien, estoy con el abuelo.

Mi abuela Ángela sigue viviendo en Nueva York. Según mi abuelo, decidieron que iban a vivir separados, ya que este hotel

necesitaba la atención de mi abuelo mucho más que los otros.

Creo que a mi abuela no le gusta estar aquí. La escuché hablar de que su peinado se dañaba más veces de las que puedo contar.

—Me alegro de que lo estés pasando bien, tus hermanos te mandan un saludo.

—Oye, mamá, tengo que irme, pero luego te llamo, ¿vale? —No puedo estar encerrado en esta casa durante mucho tiempo.

Necesito estar fuera, antes de estar obligado a regalarle mi tiempo a la universidad y a los libros infinitos que tengo que leer.

—Sí, sí, claro. ¡Te veo en unas semanas!

—¡Adiós!

Me pongo las chanclas y salgo de la casa a toda velocidad.

Mi abuelo dijo que hoy tenía pensado jugar conmigo por cien dólares y estoy muy emocionado por quitarle todo su dinero.

¿Engreído? No, seguro de mí mismo, señores.

Mientras camino por el vestíbulo, no puedo evitar soltar una sonrisa ante la singular galería de personajes. A la izquierda, hay un señor de bigote espeso y camisa floral abierta hasta el tercer botón, parece confundido con el mapa de la isla, girándolo repetidas veces; su expresión de perplejidad es digna de un dibujo animado. Más adelante, una pareja intenta desesperadamente tomar la foto perfecta con una imagen histórica de fondo y fallan terriblemente. Al fondo, un niño vestido de surfista practica sus movimientos de tabla sobre el mármol pulido.

Yo llevo una camisa floreada, con un collar de cáscaras de coco, mi short negro y el pelo recogido. Estoy intentando dejarlo más largo, todos los chicos de mi edad lo llevan así aquí y no me parece mala idea.

—Hola, Blas, ¿buscas a tu abuelo? —pregunta un hombre que pasa a mi lado.

Lleva un uniforme de chef, asumo que lo es.

—Sí, ¿sabes dónde está?

—La última vez que lo vi, estaba en su despacho.

Una vez que atravieso la puerta que dice que es solo para el personal, camino por el corredor hasta llegar a su despacho.

—¿Listo para perder, viejo? —pregunto cuando abro la puerta.

Me detengo bajo el marco, petrificado al ver la imagen de mi abuelo besándose con Bertha, la gerente del hotel.

Se sueltan rápidamente, pero yo pude ver cómo sostenía su rostro con las dos manos y la cercanía asquerosa de sus cuerpos.

—Blas… —se ríe mi abuelo enmascarando su incomodidad.

Se ríe.

Bertha retrocede y se aleja, cubriendo su rostro con vergüenza.

Antes de dejarlo hablar, increpo.

—Qué asco —digo levantando mi labio superior—, qué decepcionante.

A mi abuelo se le borra la sonrisa cuando mis palabras atraviesan su pecho y lo primero que hace es caminar hacia mí.

Pero mis piernas retroceden, me llevan lejos de esta escena, corren y corren.

Nada de lo que está a mi alrededor es relevante ya, solo quiero irme de su proximidad.

Mi abuelo, mi héroe, engañando a mi abuela, arrastrando su reputación por el suelo, ¿por quién? ¡¿Bertha?!

Y yo creí que mi padre era un ser humano despreciable. ¿No hay un solo hombre en este mundo que sea digno de admirar?

En cuanto llego a la casa, levanto el teléfono y llamo a mi madre.

—Ok, esto me está asustando, dos llamadas en el mismo día…

—Necesito un vuelo a Nueva York, ¿puedes ayudarme? —la urgencia en mi voz inquieta a mi madre.

—Blas, ¿qué ha pasado?

—Nada, quiero volver, ¿puedes hacerlo o no?

—Sí, déjame llamar a la agencia, ¿estás bien?

—Sí, me iré al aeropuerto, espero el número de confirmación.

Termino la llamada y me dedico a guardar todas mis pertenencias sin demasiado cuidado en la maleta.

La ropa limpia y sucia termina enredada y apretada con zapatillas y chanclas.

Escucho que la puerta se abre en el momento que la cremallera de la maleta ya dio toda la vuelta.

—Blas… —llama mi abuelo, su tono de confusión hace que me enfade más aún.

¿No entiende lo que está pasando? ¿No ve cómo la decepción toma control en mí?

Siento repulsión al verlo.

Arrastro la maleta por el suelo, las ruedas hacen ruido con la cerámica y le paso por al lado para esquivarlo.

—Permiso… —bramo.

—Blas, déjame explicarte.

—¡¿A mí?! —volteo—. A mí no me debes ninguna explicación, es a la abuela a quien le debes decir que tienes algo con otra mujer. —Lo miro de arriba a abajo, midiéndolo con desprecio—. ¿Crees que es apropiado para alguien de tu edad?

El rostro de mi abuelo es de desconcierto, no lo culpo, yo tampoco reconozco mis palabras.

—No hay edad para el amor, Blas.

—Amor… —refunfuño por lo bajo, arrastro la maleta hasta abrir la puerta—. No existe el amor.

—¿A dónde vas? Quédate, déjame explicarte qué es lo que viste.

Su voz queda atrás y, a medida que bajo las escaleras, escucho sus pasos apurados, sé que no puede seguirme el ritmo y me alegra que esté lejos, si no estaría escuchando cómo mi corazón se está rompiendo.

Todo lo que yo creía de mi familia, el orgullo que llevaba tatuado en mi pecho por llamarme un Henderson Morris acaba de morir.

Todo es una falacia.

Como el matrimonio de mis padres.

Como el de mis abuelos.

Lo único que rescato de todo esto, es que acabo de aprender una lección de vida extremadamente valiosa.

El amor es desilusión; la lealtad, un ideal reservado únicamente para aquellos caballeros de armaduras resplandecientes.

Mejor vivir en un mundo frío que absorber una tibieza falsa.

Astrid



Blas acarrea sus recuerdos pesados y angustiados, mientras mira fijamente y con añoranza el océano. De sus cejas y las puntas de su pelo negro caen gotas de agua hasta que pasa su mano para eliminarlas.

—Ese fue el último día que lo vi. —Suelta todo el aire en sus pulmones de golpe, como si lo hubiera retenido allí por años.

—¿Nunca intentó ponerse en contacto contigo? —pregunto.

—Sí, muchísimas veces, pero yo simplemente no pude volver a mirarle a los ojos.

Observo el contorno de su rostro cincelado, intentando comprender con todas mis fuerzas por qué este hombre carga con tanta culpa.

¿Y cómo no lo noté antes?

—¿Por qué?

Blas gira su rostro para mirarme, listo para descargar la otra parte de la historia.

—En cuanto llegué a Manhattan fui a hablar con mi abuela, estaba convencido de que él debía pagar por sus actos, lo que no pensé fue que mi abuela no estaba bien de salud y que la noticia iba a causarle muchísimo estrés. Fue eso lo que hizo que su cuerpo no aguantara y se desmayase frente a mí. Como un estúpido, fui cruel con las palabras y no pensé que ella era una señora de salud frágil. Ángela tuvo un paro cardíaco ese mismo día y murió.

Cada músculo de mi cuerpo se endurece como una piedra, y siento que mi garganta se obstruye, atrapando mis emociones.

—Blas… —susurro apoyando mi mano en su brazo—, espero que no estés culpándote por eso…

—Claro que lo hago. —Se ríe sin gracia mientras sus ojos analizan mi mano apoyada en su brazo—. Todos los días recuerdo que por mi culpa se vino abajo la familia. Mi padre dejó de hablar con mi abuelo también y se volvió un hombre de negocios, tomando control de todo lo que nos daba dinero. Todo ese clan, que yo consideraba impenetrable y longevo, se desplomó como si fuese un dominó de papel. No es necesario que me convenzas de lo contrario, Astrid, sé que fue mi culpa.

—Eras un muchacho muy joven, ¿cómo ibas a saber que pasaría algo así? —Se me rompe el corazón por este hombre frente a mí, puedo ver cómo se esfuerza sobremanera para no derramar lágrimas delante de mí, me gustaría poder recordarle que conmigo puede mostrarse abiertamente—. ¿Crees que una familia tan fuerte como tú la describes pueda romperse tan fácilmente?

—Yo tendría que haber cerrado la puta boca, dejar de jugar al juez en toda esa historia.

—¿Has probado a decírselo alguna vez?

Blas levanta la mirada, una ceja arqueada.

—No sé si lo has notado, querida Astrid, pero mi abuelo murió hace varios meses.

Lo empujo con cuidado, reprimiendo la risa que me produce su humor negro.

—Escribir muchas veces permite liberar los pensamientos que uno tiene atrapados en el pecho, te ayuda a seguir adelante sin rumiar en el pasado.

—Cuánta sabiduría —se burla revolviendo mi pelo y quitando más pedazos de coral que, de alguna manera, se han enredado en mi pelo—, dime qué libros leer para adquirirla.

Por un momento mi mente planta una idea, no puedo identificar bien por qué, pero… Mi amigo desconocido…

Nah, ¿Blas? Imposible.

—Hay un personaje que a Chester le gustaba mucho, quizás has escuchado algo sobre él, se llama Ethan Shadow —digo mirándolo fijamente, esperando una reacción, algo que confirme mi teoría, pero el rostro de Blas está completamente estoico—. Él dice: «El desamor y la traición son como arenas movedizas; cuanto más luchas contra ellos, más te atrapan. Pero, así como el sabio aprende a caminar sobre ellas, el corazón valiente aprende a cruzarlas, no deteniéndose ante el dolor, sino transformándolo en un puente hacia nuevos horizontes».

Sus ojos negros recorren mi rostro meticulosamente y me sorprendo cuando una mano se acerca a mí; sin embargo, se desvía a mi pelo y otra pieza de coral aparece.

—No bromeaba cuando dije que tenías sabiduría, *Coral*.

Su mano llega a mi cuello, ligera pero firme, y descansa allí como si marcara un territorio que nunca antes había sido reclamado.

Mi corazón late con tanta fuerza que estoy segura de que él puede sentirlo a través de mi piel.

Estoy atrapada.

Hipnotizada por la intensidad de sus ojos, por los secretos oscuros y vulnerables que parecen ocultarse detrás de sus pupilas dilatadas. Un millón de advertencias revolotean en mi mente, pero ninguna tiene fuerza suficiente para salvarme de esto. Soy demasiado sensible, demasiado frágil en este momento para luchar contra la ola que me arrastra hacia él.

Él inclina el rostro, lento pero decidido, y en el segundo antes de que nuestros labios se encuentren, sé que ya estoy perdida.

Cuando me besa, el mundo entero se disuelve en un silencio absoluto. Las olas dejan de rugir, las risas de los niños desaparecen, incluso el viento parece sostener la respiración. Todo lo que existe es él. Sus labios, suaves como la brisa pero con un propósito que me desarma, y el roce cuidadoso de su lengua, que explora, prueba, pregunta.

La humedad y el calor se mezclan con la presión de su mano que ahora sube para abarcar mi mandíbula, profundizando el beso como si tratara de grabarlo en mi alma.

Dios mío.

Esto no es un beso. Es un descubrimiento, una revelación. Es como si nunca hubiera sido besada antes, como si nadie más hubiera sabido cómo tocarme de esta manera.

Un gemido traicionero escapa de mi garganta y, como respuesta, él sujeta mi nuca con más fuerza, negándose a dejarme ir. Me estremezco al sentir su determinación, su control, y entonces la realidad choca contra mí como un balde de agua fría.

¿Qué estamos haciendo?

No.

¿Qué *estoy* haciendo?

Mi mente grita mi nombre con urgencia:

ASTRID.

Jefe.

Jefe.

Jefe.

Es mi jefe.

El pánico es instantáneo. El aire parece volver a llenarse de ruido: las olas chocan, las voces se alzan, el viento vuelve a soplar, y todo eso se combina con el martilleo implacable de mi conciencia.

Me aparto bruscamente, mis manos volando para cubrir mis labios hinchados. El espacio entre nosotros es insuficiente, pero al menos es algo.

—¡Blas! —susurro con la voz temblorosa, el corazón todavía latiendo a destiempo.

Él no dice nada. Sus ojos me miran con algo que podría ser culpa… o deseo. O ambas cosas.

Mis pensamientos se enredan en una tormenta de miedo y arrepentimiento. Si alguien nos vio, si alguien lo sabe…

Ellos tenían razón.

Ellos tenían razón.

Él no parece asustado como yo.

—Lo sé, lo siento, no debí hacer eso. —Se incorpora y aleja la silla de mí como si generar distancia cambiara la situación.

Me levanto y me visto rápidamente.

Blas me mira con una mirada aburrida.

—No puede volver a pasar.

—Estoy de acuerdo —dice, pero no lo veo tan consternado como yo—. Por favor, siéntate, prometo no volver a besarte.

Me acerco y cubro su boca con las dos manos, eso parece suavizar las cejas unidas en el medio de su frente.

—No digas esa palabra, eres mi jefe, ¡qué dirán de mí si…!

Baja mis manos lentamente.

—Nadie se enterará, lo prometo.

Cubro mi frente con la mano y miro a mi alrededor, de golpe inquieta, por la posibilidad de encontrarme a alguien.

—¡Joder, joder!

—Astrid… —llama desde la silla, cuando volteo lo encuentro sentado cómodamente, sus piernas exageradamente abiertas, su torso desnudo y definido.

¡Deja de mirarlo como si fuese un helado!

—¡Qué!

—Nadie nos vio, nadie se enteró y, si alguien lo hizo, me ocuparé de que desaparezca.

—Es un chiste, ¿verdad?

Blas encoge sus hombros.

—Me debes horas de playa, tengo hambre, ¿tienes algo para alimentarme?

Sí, yo.

¿Qué?

¡No, yo no, joder, Astrid, contrólate!



El atardecer comienza a caer en el horizonte, los colores púrpuras y rosas se reflejan en el mar y creo que lo atrapé sacándole fotos al océano más de una vez.

Estamos haciendo un excelentísimo trabajo al no mencionar nuestro intercambio de saliva y conversamos de cosas más livianas y tribales.

¿Cuántas veces vienes a la playa durante la semana? O, ¿es verdad que no puedes llevarte rocas y conchas de la isla?

Respuestas: Dos y sí, es verdad, si te llevas algo, te caerá la maldición de Pelé y tu vida será un caos.

Blas chista por lo bajo al ver un grupo de personas sentadas alrededor de una fogata recién montada, uno de los hombres toca con el ukelele la canción «Three Little Birds» de Bob Marley con mucha concentración.

La canción le da un gran final a un día increíble.

Su irritación ante una situación tan pacífica me hace sonreír.

—¿Qué te enfada, Blas? —suelto mirándolo de soslayo.

Bufa y señala hacia el grupo de gente a solo unos metros de nosotros.

—¿Qué es lo que le pasa a la gente, que ve fuego y un instrumento acústico y de golpe tienen una retrospectiva espiritual?

Cuando miro al grupo, veo a una muchacha con la mirada perdida en la llama que baila nerviosamente y una pareja se abraza y se mece con el sonido del ukelele.

Cubro mi boca para no reír.

—Bueno, quizás sea el momento preciso del día donde pueden conectar con ellos mismos.

—¿Para pensar en qué? ¿En los traumas del pasado?, ¿la lista de la compra? Nah, así estoy bien, gracias. La vida es simple, Astrid, no necesitas retrospectivas, vive el maldito momento sin darle tantas vueltas.

Ojalá escuchara su propio consejo y no se culpara tanto por lo que ocurrió en su familia.

—¿Siempre fuiste tan cascarrabias? —pregunto reprimiendo una carcajada, apoyo mi nuca en la silla de playa, dejando que la canción me relaje.

Blas me observa unos segundos y confiesa:

—No…

Por un segundo creo ver vergüenza en su mirada.

—¿Quieres cambiar?

—Solo si me ayudas tú.

Por segunda vez en el día, el estómago reacciona por mí, excepto que esta vez es por una persona totalmente diferente.

—Claro que te ayudaré, pero primero ayúdame tú a llevar todo al coche.

Una vez todo cargado, Blas limpia sus manos en sus piernas.

Yo me recuesto sobre la puerta del conductor con mis brazos cruzados mientras él analiza mi coche.

No es la primera vez que lo ve y me da la sensación de que solo está buscando charla.

—Volkswagen, Escarabajo —dice apoyando su mano en el coche. Su altura hace que mire para arriba y me esfuerzo por no sentirme arrinconada por este coloso.

—Chiquito —corrijo—, su nombre es Chiquito.

Le doy unas palmaditas al coche amarillo y la sonrisa de Blas se expande por su rostro.

—Chiquito, ¿eh? Bueno, supongo que va acorde con tu tamaño.

—Oye, ¡¿qué quiere decir eso?!

—Que eres chiquita —devuelve dándole un toque a mi nariz—. Gracias por este día, Coral —dice retrocediendo, supongo que a su coche—. A pesar de mi esperanza de que fuera desastroso, ha sido inolvidable, y no hablo solo del beso.

—¡Blas! Dijiste que no íbamos a volver a mencionar el tema.

Acomoda su bolso en su mano izquierda y sonríe con maldad cuando gira y se aleja de mí.

—¡No llegues tarde mañana! —grita sobre su hombro.

—¡Nunca he llegado tarde en mi vida! —grito, completamente irritada.

Solo escucho una risa y mi suspiro segundos después.

Blas



Me despierta un trueno ensordecedor.

Astrid mencionó algo sobre unas lluvias para esta semana y cómo el hotel debía dar servicios y entretenimiento a los huéspedes en días como estos.

Honestamente, me importa un bledo, porque lo único que perdura en mi cerebro son pensamientos intrusivos del día que tuve ayer, sensaciones abrumadoras que no puedo eliminar de mi sistema y que no me dejaron dormir.

El cansancio en mi cuerpo lo demuestra y refriego mis ojos en la oscuridad de la habitación intentando despertar.

Todavía puedo sentir sus labios sobre los míos, joder.

Fueron sus malditas palabras lo que terminó de destruir todas las barreras mentales que había puesto entre los dos. Sus ojos mojados después de hablar de mi abuelo como si fuese parte esencial de su familia, la vulnerabilidad en ella y en mí.

Su cuerpo bajo el agua.

Fue una batalla perdida.

Game over para Blas.

La besé y no me arrepiento ni un poco. Y si no fuese porque ella entró en pánico, no sé hasta dónde hubiese llegado.

Hasta donde ella me lo hubiese permitido, seguramente.

Estaba tan arrebatado por todos los descubrimientos que tuve ayer que cuando llegué, que subí las escaleras a la casa de mi

abuelo más rápido que la luz y repasé todas las cartas que había leído hasta ahora.

Con otros ojos.

Con otra visión.

Una que incluye sentimientos nunca antes explorados por mí y lo más impensado de todo: empatía.

Puaj, parezco una de esas personas de internet vendiendo cursos de autoayuda.

Pero es que ahora lo entiendo, finalmente mi mente rompió el misterio.

Mi abuelo estaba enamorado de una mujer que temía por su reputación en su trabajo y por eso mantuvo en secreto la relación. Porque la valoraba tanto que hizo todo lo que ella le pidió para conservar ese sentimiento que había olvidado gracias a la frialdad de mi abuela.

Me siento un idiota al decir amor, pero es el nombre que lleva y no puedo cambiarlo a estas alturas.

Me siento en la cama, gimiendo por el dolor de todos los músculos de mi cuerpo y escucho la lluvia torrencial golpear contra las ventanas, no me doy cuenta de algo más hasta que me levanto y siento cada centímetro de piel al rojo vivo.

Los hombros están rojos, mi espalda caliente y puedo sentir ampollas cuando acaricio la superficie.

Astrid se va a reír cuando me vea y no puedo esperar a que eso ocurra.

Primero busco el móvil secreto, no hay mensajes de Astrid aún y me pregunto a qué se debe su silencio, ya que hablamos todas las mañanas, religiosamente, y luego miro el móvil personal.

Treinta y dos mensajes sin leer en el grupo de mis hermanos.

Miro por encima la conversación solo para cerciorarme de que no haya muerto nadie.

Dylan:
Es lo que siempre decía el abuelo, si Blas está callado, es porque algo trama.

Jethro:
O simplemente está ocupado… Disfrutando de la playa.

Blas:
Nada de eso, mucho trabajo.

Dylan:
¡Oh mira quién apareció! ¡Buenos días, princesa!

Blas:
¿Hay algo que necesitéis? Tengo que darme una ducha fría.

Jethro:
Alguien te sube la temperatura, veo.

Chisto por lo bajo por haber caído en mi propia trampa.

Por supuesto que alguien me sube la temperatura, pero no es precisamente por ella por lo que debo darme una, es mi piel que está prendida fuego.

Blas:
Cometí el error de pensar que el sol era mi aliado.

Dylan:
Esa piel no está acostumbrada a tanta vitamina D.

Jethro:
¿Conoces algo llamado protector solar?

Blas:
¡Me puse! Factor 30.

Dylan:
Oh, dulce inocencia, tú necesitas algo más, como una sombrilla.

Blas:
Ese era el que usaba cuando venía en los veranos.

Jethro:
¿Te refieres a la época donde salías al mundo exterior? Pasaste muchos años encerrado en tu piso en Park Avenue, por supuesto que 30 no es suficiente. Ve a buscar algo mejor, o podrías adaptarte a la isla.

Dylan:
Nos debes la foto con la camisa floreada.

Blas:
Adiós, día largo.



Me siento prácticamente desnudo al caminar por el hotel con una camisa de manga corta y unos shorts.

La humedad es palpable, puedo respirarla, sentirla sobre mi ropa, mi piel, es un poco incómodo considerando que parezco un camarón.

Quedarme a cubierto es lo mejor que puedo hacer, aunque me encuentro en las escalinatas que dan a la piscina, observando la lluvia caer. El susurro constante de las gotas que estrellan contra las hojas anchas de las palmeras es tranquilizante. En la distancia, el retumbar ocasional del trueno se mezcla con el canto de las ranas y los insectos.

Obviamente, la piscina está vacía y, por lo que puedo ver, la playa también. Respiro profundamente y me lleno de los olores que ascienden con la humedad. La tierra mojada libera un aroma terroso, el famoso petricor. Toda la vegetación parece potenciada por

un verde rabioso, como si la isla tuviese un filtro excesivo de Instagram.

Maldita isla imposible de odiar.

Giro sobre mis talones y vuelvo a la protección del hotel.

Buscar a Astrid es mi prioridad, inventar alguna excusa para llevarla a mi despacho y acaparar su atención y tiempo como vengo haciendo inconscientemente desde que llegué hace dos meses.

El vestíbulo del hotel está atestado de gente que espera pacientemente que cese la lluvia: familias y parejas sentadas en los sillones de espera, mirando el móvil con ojos aburridos, bostezando o esperando al coche que pase a por ellos para ir a explorar otros aspectos de la isla.

—Disculpe —dice una señora con gafas gruesas y un sombrero de paja—, ¿sabe dónde puedo encontrar al conserje?

Antes de responder, miro hacia el escritorio donde debería estar Gabriel, el tipo que le sonríe a todos como si fuese una competición por ver quién tiene más dientes y les dice qué actividades hacer en la isla.

—Gabriel es tu hombre, pero puedo ver que no está en su puesto de trabajo —respondo con ojos entrecerrados—. No te preocupes, Malia podrá ayudarte.

Estiro mi brazo y la señora sonríe como lo haría la abuela de Caperucita, y la acompaño hasta el mostrador de la recepción.

—Malia, la señora está buscando a Gabriel y no puede encontrarlo, ¿puedes ayudarla mientras lo busco? —*Y parto su cuello con mi mano, ya que estoy.*

Malia es una de las pocas personas que me cae bien en este hotel, no solo porque se lleva bien con Astrid, sino porque se nota que su amabilidad proviene de la honestidad y no de la sed de propinas, como más de uno me da la sensación aquí. Durante estos meses ha intentado ayudarme, conversar conmigo y ser proactiva, y eso lo valoro.

Y ya no me da desconfianza como antes.

—¡Claro! Señora Hopkins, ¿en qué puedo ayudarla? —Malia me mira dándome a entender que ella resolverá la situación y me doy la vuelta en busca de este idiota.

Mi instinto dice que vaya directamente al comedor de los empleados y hago bien en escucharlo, ya que encuentro a un grupo rodeando una mesa, todos mirando algo en el centro.

Ninguno me ve acercarme, pero puedo identificar algunas espaldas, principalmente la de Gabriel, Kamea, que es la gobernanta, Wally el perezoso, Liana la masajista y Charlotte, la única que creí que no era chismosa como el resto.

Puedo asomarme por encima de sus espaldas, todos miran el móvil que Gabriel sostiene y le hace zoom a una imagen donde una pareja une sus manos sobre la mesa de un bar o algo así.

Cruzo mis brazos sobre mi pecho y escucho los comentarios.

—Son ellos, mi prima que trabaja allí los reconoció, dijo que no pararon de tontear.

—No puedo creerlo —dice la masajista— y eso que le tiré de la lengua y no me dijo nada.

Gabriel aleja el zoom y puedo ver la imagen completa.

MIERDA.

La imagen de Astrid y yo cuando fuimos a almorzar al restaurante preferido de mi abuelo y nos peleábamos por la cuenta.

Joderrrrr.

Astrid tendrá un síncope si ve eso.

Carraspeo la garganta haciendo que todos salten en el lugar, Gabriel esconde el móvil detrás de él.

—Señor Henderson Mo…

—¿Cuál es tu horario de trabajo, Gabriel? —pregunto con un tono iracundo.

—De diez de la mañana a cuatro de la tarde, señor.

Miro el horario en mi Rolex lentamente y luego levanto la mirada.

—Son las diez y media, ¿qué haces aquí? ¿Aparte de fisgonear con tus compañeros?

Los demás tienen todos la mirada pegada al suelo, supongo que creen que si no se mueven entonces el ogro no los detectará.

—Estaba tomando un descanso.

—¿Media hora después de haber comenzado la jornada?

No se escapará tan rápido.

—Yo…

Levanto la mano, silenciando.

—Esta es la primera advertencia, normalmente son tres, pero yo solo permito dos. A la próxima, estás despedido. —Cuando termino con él, miro al resto—. Esa foto está sacada fuera de contexto, sí, nuestras manos se tocan y es porque Astrid peleaba por pagar la cuenta. No es que tenga que explicaros una mierda, pero la razón por la cual estábamos allí es porque Astrid quería agasajaros con una comida en ese lugar después del gran trabajo que hicisteis el día del evento —esto se llama manipulación, algo que aprendí de mi padre, ahora los estoy haciendo sentir como idiotas y lo disfruto muchísimo— y yo no estaba seguro de la calidad. Ahora vuestro fisgoneo acaba de arruinar una sorpresa en la que Astrid estaba poniendo un gran empeño, espero que estéis satisfechos.

Cruzan la mirada entre ellos, la culpa y el remordimiento de ellos me alimentan.

—Lo sentimos, señor Henderson Morris —dice Kamea.

—Más os vale, —amenazo mirándolos uno por uno—. Ahora, desapareced.

Todos se dispersan y cojo aire profundamente para calmarme.

Y ahora encima tengo que planear una comida para estos chismosos.

Astrid



Cuando Münch pensó en el famoso cuadro «El grito» fue porque vio a alguien que pasó muchas horas bajo el sol de Maui.

Bueno, quizás me lo haya inventado, pero el gesto en mi rostro definitivamente coincide con el que pintó el famoso artista noruego.

—Ni una palabra, Astrid Cooper —amenaza Blas desde el otro lado del escritorio.

Está tan rojo como un tomate y creo que su piel le duele cuando habla.

—¡Pero si te vi ponerte protector solar!

—Antes de meterme al mar.

—¡¿Y no te pusiste otra vez después?!

—Evidentemente no. —Se cruza de brazos y los descruza rápido, con una mueca de dolor.

Cubro mi boca para no reírme en su cara, es que se ve adorable con las mejillas rojas, resaltan sus ojos negros más que nunca.

Rodeo el escritorio y apoyo mi mano en su frente. Estoy segura de que la barrera del contacto físico se rompió en el momento en que me metió la lengua en la boca.

¿Qué es una mano en la frente en comparación?

—¡Tienes fiebre! —exclamo con inquietud.

El rostro de Blas se mantiene estoico, hasta diría que tirando un poco hacia el mal humor.

—No tengo fiebre, joder.

Giro sobre mis talones y grito «¡espera aquí!», mientras salgo de su despacho para entrar al mío y coger el botiquín de primeros auxilios. Bertha siempre guardaba un termómetro allí, ya que a Chester se le solía elevar la temperatura con rapidez cuando enfermaba.

Veo que la manzana no cayó lejos del árbol.

Al volver a su despacho, mira aburridamente la pantalla delante de él. Cuando rodeo el escritorio, espío solo para ver unos gráficos con flechas verdes que van hacia arriba.

Apoyo el termómetro en su frente y me devuelve el número en rojo.

—¡Te lo dije! —digo mostrándole la pantalla.

—Me siento bien —responde poniendo los ojos en blanco, pero antes de que siga dejo una pastilla de ibuprofeno sobre su mano—. ¿Qué me estás dando?

—Viagra. ¡Qué va a ser! Algo para que baje la fiebre, iré a la cocina a buscar agua.

—¡Espera! Astrid… —Se levanta de su silla y me detiene sosteniendo mi brazo—. Tengo que decirte algo.

—Seguro puede esperar, primero debes…

Lleva la pastilla a la boca y la traga duramente.

—Listo, tomada, siéntate.

Su tono serio me pone en alerta, por supuesto que lo primero que pienso es que estoy despedida, porque ese es el razonamiento más catastrófico que mi cerebro puede encontrar. ¡Claro, el tipo me besó! Obviamente no voy a permanecer en este hotel ni un segundo más y…

Oh, joder, mis pulsaciones suenan en mi oído como un tema de Daft Punk.

Me siento en el mismo lugar de siempre, solo que esta vez, Blas descansa sobre el escritorio frente a mí y se sostiene del borde, apoyando las palmas de sus manos, me pregunto si es el único lugar del cuerpo que no está rojo.

—Estoy despedida, ¿verdad?

El rostro de Blas se transforma.

—¿Qué? ¡No! ¿De dónde sacas esas cosas?

Cubro mi rostro con las dos manos.

—¡No lo sé! Estás más serio que de costumbre, y ayer me besaste y yo…

—*Nos* besamos, Coral —corrige.

—¡No digas eso! —refunfuño mirándolo a los ojos.

Blas se ríe, pero luego se le borra.

—Hay una foto dando vueltas… —Me levanto inmediatamente de la silla, pero Blas sostiene mi cuerpo para que no comience a caminar sin sentido—. No es del beso.

—¡¿Qué foto?!

—Una de nosotros en el restaurante al que fuimos, por cómo está tomada la foto, pareciera que estamos cogidos de las manos.

—¡¿QUÉ?!

—¡Ya lo solucioné! Joder, ¡quédate quieta o te ato a la silla! —Me sienta otra vez y se pone de cuclillas frente a mí.

Ahí es cuando noto la ropa que lleva puesta.

—¿Qué quieres decir con que lo solucionaste?

—Encontré a un grupo en el comedor, estaba buscándote y asumí que estarías allí…

—¡Dímelo ya!

—¡Está bien! Joder, estaban hablando de la foto, no me vieron y pude ver que éramos nosotros, por eso los interrumpí y les dije que no estábamos cogiéndonos la mano, que estábamos peleando por la cuenta.

—¡¿Y se lo creyeron?!

—¡No es una mentira! —me recuerda—. En fin, les dije que estábamos allí porque tú querías darles una cena de agradecimiento por haber colaborado tan bien en el evento y que yo quería probar el lugar primero.

—¡¿Y se lo creyeron?!

—Joder, deja de repetir las preguntas, ¡me estás sacando de quicio!

—Lo siento —susurro.

—Sí, se lo creyeron, al menos esa fue la sensación que tuve. El problema ahora es que debemos invitarles a comer allí, si no todo se viene abajo.

—¿A todos?

—Sí.

Miro por encima de su hombro, intentando computar toda la información.

—Pero es mucho dinero.

—Lo es.

—Y tú eres antigastar dinero.

—No —corrige—. Yo quiero que el hotel dé ganancias, que es muy diferente. ¡Y no pienses que no me di cuenta de que me has llamado tacaño!

—¡Pero es la verdad! Y si no quieres gastar el dinero del hotel, entonces…

—Yo me haré cargo de la cena —se levanta y rodea el escritorio —, tu encárgate de hacer la reserva.

—¡Pero Blas…! —*¡Es muucho dinero!*

—Yo te dije que, si algo se prestaba para la confusión, yo me encargaría de que desapareciera, y soy un hombre de palabra. Solo necesito que lo organices. Ah, y les dije que era tu idea y que era una sorpresa, así que, si alguien dice algo, ya sabes, actúa acorde.

El gesto de «El grito» permanece en mí.

—Llevas una camisa de manga corta y un short —suelto como si fuese un comentario absolutamente normal en una conversación como la que acabamos de tener.

—Llevas un tatuaje muy cliché en tu cintura.

—¡Oye!

—¿Qué? Pensé que estábamos diciendo obviedades.

—¡Sabes a lo que me refiero! Tú no usas esa ropa en el hotel.

Blas sabe que me está molestando, una sonrisa maligna se desparrama por su rostro, mientras gira su silla de un lado a otro.

—Las circunstancias han cambiado, como bien sabes, tengo fiebre.

—¡Tú no sabías que tenías fiebre hasta hace cinco minutos!

Se levanta y desabrocha botón por botón.

Mi primer impulso es detenerlo, pero mi boca está sellada.

—Mírame. —Señala su pecho rojo con las manos—. Apenas resisto esto sobre mi piel.

Eso es lo que intento no hacer, jefe, cúbrete eso, por el amor de Dios.

—El caso es que esa ropa te queda mejor que el traje.

—Imposible —refunfuña por lo bajo abrochando todo otra vez.

Alguien golpea la puerta y es Malia quien aparece cuando Blas le da paso.

—Astrid, ha llegado la señora de la clase de hoy, me pediste que te avisara cuando estuviera aquí.

—¡Oh, claro! Gracias, Malia, ya voy en su búsqueda.

—Perfecto —responde dándonos una sonrisa a los dos. Gracias a Dios no entró cuando Blas me mostraba su pecho.

Su rostro dice lo mismo.

Unos segundos de silencio se desparraman en el despacho, nuestras miradas fijas.

—Gracias por no despedirlos a todos en el momento, sé que ese fue tu primer impulso.

Blas baja la mirada, perdiendo la batalla que estábamos teniendo.

—De nada, Astrid.

—Me tengo que ir, vuelve a tomarte la fiebre en media hora, ya debería hacer efecto.

—Sí, doctora —responde con voz de aburrimiento, pero yo veo la media sonrisa en su rostro cuando cierro la puerta.



¿La lluvia te pone melancólica?

No, donde vivía antes era un gran acontecimiento, pero la lluvia tropical no puede deprimirte.

¿Por qué no?

Porque es lo que alimenta la isla, sin la lluvia no tendríamos este paraíso verde y sin la lluvia no apreciaríamos los días de sol.

De donde soy oriundo, la lluvia con un día de frío es más deprimente que un viejo divorciado en descapotable.

Mira por la ventana, Desconocido. La lluvia potencia los colores, los sonidos y olores; la isla parece cobrar vida de golpe.

Me gusta ver el mundo a través de tus ojos, Desconocida. Me gusta mucho.



Malia está en su descanso y yo tomo control de la recepción.

Me gusta hacerlo, me saca de mi zona de confort, me obliga a conocer a los huéspedes de manera más directa.

O las problemáticas que puedan tener.

A pesar de mi buena voluntad, sigo pensando en lo que dijo Blas y en lo que hizo para proteger mi imagen.

¿Quién iba a decir que el Dementor sexy iba a tener actitudes tan benevolentes con los mortales como yo? ¿Quién iba a decir que el jefe me iba a dejar hecha un charco de agua después de un beso?

Mierda, no pienses en eso ahora.

Puedo sentir mis mejillas prenderse fuego.

—Disculpe, joven —pregunta una señora, su hija a su lado—. ¿Dónde está el curso de lei?

—¡Oh, la puerta de flores, a espaldas de usted, diviértanse!

Las dos caminan con entusiasmo, los días como estos es fundamental ofrecer entretenimiento a los huéspedes.

Malia vuelve renovada después de un rato, su energía siempre encaja a la perfección con la mía, por eso me detengo a charlar con ella cuando tengo tiempo.

—Oye, Astrid, hay algo que quería decirte. —*Oh, no, oh, no*—. ¿Están hablando de una cena? ¿Es verdad?

¡Gracias, Blas!

—Quería agasajaros, pero se arruinó la sorpresa.

—Quizás, pero quiero que sepas que es de lo que hablan todos. Dicen que la gerente anterior no tenía esos detalles con el personal, ¡están todos muy contentos, yo inclusive!

Oh…

Qué interesante. Creo que, sin querer, Blas ha limpiado mi imagen.

—Sí, siempre que se pueda, claro.

—Claro, solo quería decirte que es genial y ya sé que eres mi jefa y todo eso, pero si algún día de estos quieres salir a tomar algo, cuenta conmigo.

Sonrío ampliamente.

—¡Me encantaría!

Blas



En una semana, Astrid tenía la reserva hecha. El personal, casi en su totalidad, está invitado a una cena en el restaurante Aloha, que, aparentemente, todos sabían que era el restaurante favorito de mi abuelo y eso me crispa un poco.

Por supuesto, el personal de la noche queda completamente fuera de este plan y eso me agrada, Simón me cae pesado como collar de melones y disfruté verle la cara de rencor cuando pasé por recepción con una media sonrisa.

El restaurante organizó todo para que haya una larga mesa en el patio, dejando que el sonido del mar ambiente esta reunión que, por cierto, detesto con cada célula de mi cuerpo.

Las cosas que hago por ella.

Las cosas que quiero *hacerle* a ella.

Y las cosas que me sorprende que quiero hacer con ella.

Durante toda la semana estuvo muy ocupada, o al menos eso me dijo cada vez que iba en su búsqueda con alguna excusa inmadura como: «¿Dónde está el informe que pedí?», o «Necesito conocer tu estrategia para este año». Astrid cuando más brilla es cuando interactúa con la gente, o cuando lleva a cabo eventos para entretener a estas pobres almas que viajaron a la isla en la peor semana de este mes. Sin embargo, tengo la suerte de que el «Desconocido» puede charlar con ella en cualquier momento y hacerle las preguntas más profundas y significativas que no me atrevo a hacerle en persona.

Poco a poco Astrid me muestra una faceta diferente, un pensamiento nunca escuchado, un muro más que se derriba para mostrarme quién es.

Mi abuelo sigue mencionando en las cartas a una muchacha en el hotel y cada día estoy más seguro de que se trata de ella.

La observo charlar con Malia a una velocidad inhumana sobre la última serie que vio y de la cual, aparentemente, Malia es una gran fan.

El resto está en su mundo, los de siempre ríen y conversan y por dentro siento un poco de resentimiento.

No puedo evitarlo.

Astrid les está dando demasiadas oportunidades, como siempre. Yo habría cerrado la puerta en sus narices sin pensarlo dos veces, pero supongo que eso es lo que más me fascina de ella. Es luz donde yo soy sombra, paciencia donde yo soy furia. Su incondicionalidad desarma mi escepticismo, y su alma fresca y risueña me atrae como si buscara curar las grietas de la mía, endurecida y sombría.

Sostengo mi cabeza entre mi dedo pulgar e índice, estoy sentado en la cabecera de la larga mesa y la observo impunemente hasta que me encuentra con la mirada y modula: «Gracias».

Niego con la cabeza y alejo la mirada, no por lo que acaba de decirme, sino por lo absolutamente cagado que estoy.

Ni mirarla puedo, joder.

—¡Quisiera proponer un brindis! —dice Adrián levantando su vaso con Coca-Cola—. Por Astrid, nuestra increíble gerente, por darnos este agasajo…

Yo levanto mi copa de vino y todos siguen el movimiento.

—¡Por Astrid! —dicen todos al unísono.

—Y también quiero agradecer al señor Henderson Morris, por demostrarnos que la bondad corre en su sangre y en su familia.

Por alguna razón miro a Astrid y ella sonríe cómplice conmigo y levanta su vaso hacia mí.

—¡Por Blas! —dice ella, aunque todos los demás dicen mi apellido.

Levanto la copa y bebo de ella hasta el final, para calmar la agitación dentro de mí.

Las emociones que inundan mi cuerpo son muchas, algunas las experimento por primera vez en este momento… Pero la que más me sofoca es la que la involucra a ella y a mi deseo de hacerla mía.



Astrid me encuentra de pie sobre la arena fría, me rodea la oscuridad de la playa, lo poco que veo del mar, lo hago gracias a la luna sobre mi cabeza y noto, en ese momento, que esta acumulación de agua ya no es un extraño para mí, es quizás un reflejo de mi persona.

De mis pensamientos.

—¿Ya se fueron todos? —pregunto mirando fijamente al mar.

Me quedé a esperarla solo porque quiero asegurarme de que llegue bien a su casa, son más de las diez y aunque sé que esta isla es segura, no puedo borrar algunas costumbres de Manhattan.

—Sí —responde colocándose delante de mí, yo bajo la mirada y encuentro una emoción en su rostro que no puedo identificar.

—¿Qué ocurre? —Descruzo los brazos y doy un paso adelante.

Mientras intento descifrarla como si fuera el puzle más difícil que he hecho, Astrid se pone de puntillas y de golpe tengo su boca sobre la mía.

Inmediatamente reacciono envolviéndola contra mi cuerpo y ella rodea mi cuello para demandar un beso voraz.

Aún estoy liado, pero estaría mintiendo si dijera que no estuve deseando esto sin parar desde la última vez que ocurrió.

No sé qué hice para merecerlo, pero siempre fui alguien que supo aprovechar la buena suerte.

Mi cabeza se inclina para ahondar el beso y mis manos rodean su cintura con fuerza. Sentirla cerca de mí, sobre mí, dentro de mí,

hace que pierda el control y demande un beso no apto para menores de dieciocho años.

Su lengua contra la mía.

Sus manos acariciando mi rostro.

El pequeño sonido que sale de su garganta mientras la beso.

Yo sujetando su nuca, su pelo en mi puño.

Joder.

No sé cuánto tiempo nos besamos, pero cuando ella baja sus talones a la arena y aleja sus labios de los míos, siento que no fue suficiente.

Que, si no tengo más en este momento, moriré.

—Gracias —susurra.

Uno mis cejas en desconcierto absoluto, *¿gracias? ¿Por qué?*

—No entiendo nada, Coral —susurro mirando sus labios, balanceándome cerca para tentarla a besarme más.

—Todo lo que hiciste por mí, esta idea —señala detrás de mí. El restaurante aún tiene algunos comensales, pero muy pocos. Ninguno del hotel, si no, no estaría tan cerca de mí—, ayudarme a posicionarme entre los empleados, pagar esta fortuna en comida y bebida para personas que sé que no te caen bien.

Excepto tú.

Y ese es el problema, aquí, ¿no es así?

—¿Y ese beso fue mi recompensa?

—No lo sé, fue la única manera en que el cuerpo me dijo que expresara las gracias.

¿Qué quiere decir? ¿Es algo pasajero? ¿No volveré a besarla? Joder, ¿desde cuándo no entiendo nada cuando se trata de mujeres?

—Dijiste que no iba a volver a ocurrir —le recuerdo como un idiota, ¡¿por qué le reviviría eso?!

—Bueno, ahora sí es el último.

—En ese caso… —La beso una vez más, suave y profundo, disfrutando cada centímetro de su boca tibia, de su sabor en la mía, de la suavidad de sus labios, sus palabras.

Joder, la quiero mía.

—Te llevaré a tu casa —murmuro sobre sus labios.

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—Estoy a solo unos minutos, hasta mañana, Blas.

La veo irse con sus zapatos en la mano, su pelo ondulado cayendo sobre su espalda y tomo aire profundamente.

Cojo el móvil y disparo un mensaje.

Dime algo extraordinario de ti.

Estoy feliz en este momento.



A las dos de la mañana todavía me encuentro en el escritorio de mi abuelo, leyendo una de las tantas cartas donde habla de Bertha y cuánto desea que pueda perdonarlo para también conocerla a ella y que entienda por qué se enamoró tan perdidamente.

Doy la vuelta a la carta y respondo:

Querido abuelo:

Debo reconocer que hay sentimientos y experiencias que hasta que uno no los vive en carne propia no logra comprender. Honestamente, pensé que lo que tenías con Bertha era un capricho, una crisis de la mediana edad.

Pero abuelo, hoy descubrí lo que realmente significa estar enamorado... y ahora entiendo por qué tú lo supiste antes que yo.

Me siento un idiota por haber escuchado mi soberbia y asumir que el que se estaba equivocando eras tú.

Astrid, la chica que sigues nombrando en todas tus cartas, está haciendo de mí un tipo sin cerebro, que lo único que hago es pensar en ella, desearla y lamentarme por las circunstancias en las que me encuentro.

Ella no sabe que le envío mensajes de texto, cree que soy alguien del personal que simplemente conversa con ella.

Pero es mucho más que eso, abuelo.

Mucho más.

Daría mi fortuna por escuchar tu consejo.

Tu nieto, Blas.

Astrid



Gabriel, el conserje, ha conseguido entradas para un tour de avistamiento de ballenas para el domingo. No sé a qué se debe el regalo, pero lo recibí con alegría, porque ya lo hice una vez y no lo olvidaré en mi vida.

Invité a Malia a hacerlo conmigo, cuando le propuse la salida estaba más emocionada que yo, tenemos todo planeado para pasar un día increíble.

Me despierto antes de que suene la alarma y descalza camino hasta el baño para prepararme.

El tour comienza temprano y tengo que viajar hasta el puerto de Maui.

El cepillo de dientes está en mi boca, me miro en el espejo de un lado y luego del otro, encontrando pecas nuevas, algún grano formándose y pelos en el entrecejo que debería arrancar, pero hoy no pienso enfocarme en esas cosas.

¡Hoy es día de chicas! Lo necesito desesperadamente.

El móvil comienza a sonar y sonrío al ver su nombre en la pantalla; su ansiedad debe estar tan alta como la mía.

—Astrid. —Su voz no está radiante como esperaba, y escupo el dentífrico para responder.

—¿Qué pasó?

—No podré ir, lo lamento muchísimo, es mi madre, anoche tuvo un episodio, estamos en el hospital, ella está bien, pero mi hermano trabaja hoy y no puedo…

—No te preocupes —respondo mirando mis pies sobre el suelo frío—, Malia, enfócate en tu madre.

—Gracias, no sabes cuánto quería ir…

—El año que viene iremos, será increíble, ya lo verás.

—¡Eso espero, pero tú ve!, no te lo pierdas por mí, júrame que irás.

¿Ir sola?

—Lo juro —río y muerdo mis labios—. Te enviaré fotos si veo alguna.

—¡Sí! Mi madre quiere verlas también, te manda un saludo.

—Mándale otro de mi parte.

—Adiós, Astrid, una vez más, siento mucho cancelar a último momento.

—No te preocupes.

Cuando la llamada se corta, miro mi reflejo en el espejo, mi rostro está indudablemente decepcionado, Malia no tiene la culpa, pero realmente quería pasar el día con ella. Sin embargo, una idea acaba de formarse en mi mente.



Mientras camino por el puerto, la brisa suave de la mañana juega con mi cabello y lleva consigo el aroma salado del océano. Mis ojos buscan entre los muelles y las personas que me rodean, hasta que finalmente lo veo: allí está él, esperando. La luz del sol destaca su figura relajada, apoyada casualmente en los troncos que bordean el muelle.

Blas siempre encuentra el equilibrio entre una elegancia sutil y ropa adecuada que va en perfecta sintonía con la vibra isleña. Ya no va de traje y zapatos como hacía cuando llegó a la isla, ahora puedo ver una camisa de lino, blanca y liviana, abierta en el cuello, que permite que la brisa marina acaricie su brillante piel bronceada. Hay que reconocer que el moreno le queda de muerte. Sus bermudas de

algodón se acomodan suavemente sobre sus muslos anchos, en un tono de caqui que recuerda a la vestimenta de padre ochentero, pero en él queda moderna y sexy y sí, en los pies unas chanclas de tiras, que tienen estilo, pero son chanclas, al fin y al cabo.

La isla siempre gana.

Noto que me encuentra entre la gente cuando levanta ambas comisuras de sus labios y descruza sus brazos para acercarse a mí.

—¿Te he hecho madrugar? —pregunto cuando me detengo frente a él.

Todavía no puedo acostumbrarme lo alto que es.

—Estaba desayunando cuando llamaste —responde sacando sus gafas de sol para dejarlas colgadas en su camisa—. ¿Qué ocurrió con Malia?

—Su madre, está en el hospital otra vez —suspiro—. Me llamó esta mañana y se me ocurrió que podría ser una gran experiencia para ti.

—Así que soy el plan B. —Sonríe arqueando una ceja.

—Oh, ¡no, Blas! —corrijo—. Perdona si dio esa impresión, solo pensé que si…

—Oye, Astrid, cálmate —dice apoyando sus manos sobre mis hombros—. Estaba bromeando, es un honor que me hayas considerado como segunda opción, este tema ya lo trabajé en terapia.

Se ríe abiertamente al verme sufrir y yo lo empujo, pretendiendo estar enfadada, por supuesto no se lo cree e ignora mi berrinche.

—Vamos, estamos llegando tarde.

Caminamos por el muelle hasta donde vemos un grupo de personas esperando pacientemente delante de un catamarán, dos hombres con gorras y gafas envolventes comienzan a llamar los nombres de las reservas, llegamos en el momento justo en el que dicen el mío.

—¿Astrid Cooper y Malia Hale?

—¡Aquí! —Levanto la mano para que me vean entre las personas —. Hubo un cambio de planes, es Blas Henderson Morris quien me acompaña.

El tipo con la carpeta en la mano se baja las gafas y le da una mirada de arriba a abajo a Blas. Mi acompañante, por supuesto, cruza sus brazos a la defensiva.

—Henderson Morris, ¿eh? —dice—. ¿Por casualidad eres pariente de Chester?

Los hombros de Blas parecen relajarse, nada malo viene después de esa pregunta.

—El nieto —responde.

El tipo sonríe y estrecha la mano con él.

—Cualquier pariente de Chester es amigo mío, bienvenido a bordo.

Blas me ayuda a subir al catamarán, sosteniendo mi mano con fuerza cuando salto y los dos nos sentamos en la proa para esperar pacientemente a que todos se suban.

—¿Crees que veremos alguna ballena?

—¿No es el propósito de este tour acaso? —responde apoyando su brazo en la barandilla de metal. De alguna manera ha logrado rodearme y no entiendo cómo.

—Sí, pero ya estamos a finales de abril, sería normal no ver tantas. ¿Te has puesto protector solar?

—No —responde poniéndose sus gafas otra vez, en el reflejo puedo verme uniendo las cejas.

—Blas…

—Traje una gorra, mira. —De su bolsillo trasero, saca una blanca y la coloca sobre su pelo negro—. Y, ¿qué hay de ti?

—Yo me tomo muy en serio lo del protector, me lo eché antes de salir de casa —digo con suficiencia.

Lo que olvide es el protector anti-Blas, porque está penetrando mi piel sin ninguna restricción.

Para mi sorpresa, desliza su dedo índice por el puente de mi nariz y siente la crema en sus dedos.

—Qué responsable eres, Coral, si tan solo fueses así de responsable con la administración de tu tiempo…

—¡Oye! —me quejo—. Yo soy organizada.

—Sí, claro —Mira a las personas abordar por un segundo y luego vuelve a mí—. Hace dos semanas que no tenemos ninguna reunión,

cualquiera pensaría que estás evitándome.

Todo el calor del sol se deposita en mis mejillas.

Puede que tenga un poco de razón.

Esta es la verdad, ¿vale? Me gusta Blas. ¡Boom! Lo dije. Lo sé, no es ninguna sorpresa. Pero aquí viene la verdadera bomba: también me gusta el Desconocido. Cada vez que hablamos, siento un nudo en el estómago por las cosas que me dice, como si conociera partes de mí que ni siquiera yo entiendo. Y sí, me siento culpable por Blas. Porque, cuando él me hace derretirme en un charco de agua, vapor y tormenta, no puedo evitar pensar en el Desconocido. Es un círculo vicioso, como si cada uno de ellos reclamara una parte distinta de mí.

Lo sé, es un conflicto lleno de peros.

Pero al Desconocido no lo conocerás jamás.

Pero Blas es tu jefe.

Pero estás luchando para que tus empleados te vean como una figura de autoridad y no una cazafortunas.

Pero Blas me gusta más de lo que debería gustarme mi jefe.

—No estoy evitándote, solo que… —*Estoy evitándote*—. Hay mucho trabajo. Aparte, estoy aquí, invitándote a una de las mejores experiencias que vivirás en la isla.

—Eso dices con todo —murmura mirando hacia el horizonte.

—¡Mentira!

—Dijiste lo mismo con los restaurantes, la playa, el coral, el hotel…

—¡El coral te fascinó!

Blas me mira explorando mi rostro.

—Eso es innegable, el coral es lo que más me gusta de este lugar.

Los motores del barco se encienden al mismo tiempo que mi cuerpo.

La vibración se siente en las superficies y todos lo celebran con entusiasmo, aplaudiendo y soltando algunos vítores. Yo también me dejo contagiar por la emoción de los tripulantes y aplaudo fuertemente hasta que encuentro mi reflejo en sus gafas. Puedo sentir sus ojos negros sobre mí y me pregunto si hice bien en

encerrarme en un barco con el mismísimo Blas Henderson Morris, el tipo de doble apellido.

Blas



Nuestro catamarán se desliza suavemente por el mar esmeralda. El aire se siente más fresco y vivo aquí, con cada bocanada siento la salinidad del océano en mi lengua. El sol, implacable, calienta mi piel, pero estoy protegido gracias al protector solar que Astrid me obligó a ponerme, uno con perfume a coco que indudablemente relacionaré con ella por el resto de mi vida.

Me apoyo en la barandilla, cerca de ella. A pesar de llevar gafas, entrecierro los ojos al toparme con el resplandor del sol reflejado en el océano, y Astrid eventualmente se pone las suyas también. Nunca la había visto con gafas puestas, le sientan bien, y fomentan esa imagen de chica surfera que tanto me pone.

El sonido del viento zumba a través de las cuerdas y se combina con el ocasional chapoteo del agua contra el casco. Las risas y conversaciones de los otros turistas se sienten distantes, como si estuviera solo aquí con ella, envueltos en una burbuja íntima.

Todo en mí está alerta, esperando el momento en que las criaturas que hemos venido a ver se revelen. Obviamente, no he demostrado ni un gramo de anticipación; por una razón, si lo hago, puede que me moldee a la perfección con ella y me abandone completamente en la sensación.

¿Y cómo no me pasaría? Si irradia contento y una vibra que me atrae como polilla a la luz.

Tengo que reprimir los intentos de tocarla, puedo verme besando su cuello bajo el sol, envolviéndola con mis brazos.

Joder, esto está fuera de control.

De repente, el guía a bordo señala hacia el horizonte. «¡Allí, a babor!» Su voz corta el murmullo constante de fondo, disparando una descarga de adrenalina a través de mi cuerpo. Sigo la dirección de su mano extendida, ajustando mi posición, mi corazón latiendo con fuerza.

—¡Allí! —señala Astrid tirando de mi camisa, instintivamente me coloco detrás de ella y observo hacia la zona.

Entonces las veo. Primero, un vapor de agua que se eleva en el aire, seguido por la majestuosa aparición de una ballena jorobada que emerge lentamente del agua. Su enorme cuerpo negro contrasta impresionantemente con el azul profundo del océano, y cuando su aleta golpea el agua, el sonido retumba a través del espacio como un trueno distante.

—¡Guau! —exclama Astrid—. ¡Blas! ¡Mira!

—Estoy mirando —susurro sobre su hombro, mis manos apoyadas allí—. Es…majestuosa.

El tiempo parece detenerse mientras la ballena y su cría juguetean cerca del catamarán. La madre tiene movimientos sorprendentemente gráciles para su tamaño. Cada movimiento provoca una serie de exclamaciones emocionadas de los espectadores.

Astrid coge su móvil y comienza a sacar fotos y a grabar.

Yo simplemente no puedo despegar los ojos de las ballenas, nunca creí ver un animal tan enorme y sensible cerca de mí.

—Blas, sonríe —dice Astrid, sacándome del trance. Nos colocamos a espaldas de la ballena, mis manos rodean sus hombros y la atraigo hacia mí. Mágicamente, sonreímos los dos a la cámara con la aleta detrás de nosotros que parece que saluda.

Compartir esto con ella se siente mucho más importante de lo que creí.

Todo el mundo parece conmocionado, pero verla a ella sonreír y estirar la mano para acariciar la aleta me da tanto placer como besarla.

¿Eso es normal?

Joder, no creo que lo sea.

Sé que este momento se grabará en mi memoria para siempre y eso me aterra.



Algunos tripulantes están un poco mareados por el movimiento del barco o por el alcohol que vendían en la cabina. Por eso lentamente bajamos del catamarán y me atrevo a sujetar a Astrid de su cintura para atraerla al muelle.

—Gracias —murmura mirando hacia abajo.

—¡Henderson Morris! —grita uno de los guías mientras camina hacia mí con su mano extendida para estrecharla conmigo—. Espero que hayáis disfrutado la experiencia.

—Ha sido inolvidable —admito mientras suelto su mano y la otra la apoyo en el hombro de Astrid—. Ella es Astrid Cooper, la gerente de Lani Vista.

El hombre estrecha la mano con ella también.

—Un gusto, Astrid, soy Kamohai.

—Un placer, ¡la experiencia fue increíble! —exclama—. El hotel definitivamente recomendará este tour.

—De eso quería hablaros. Chester era un gran amigo, por eso me gustaría ofrecer descuentos a los huéspedes de Lani Vista que contraten un tour con mi compañía, si es que estáis interesados.

Intercambio la mirada con Astrid, pero deduzco que ella me está dejando tomar la decisión en este momento.

—¿De dónde conocías a mi abuelo? —preguntó en vez de responder.

El hawaiano parece llenarse de orgullo en el pecho cuando comienza a hablar y su sonrisa hace que yo la refleje.

—Oh, Chester era un cliente regular, al menos una vez al mes venía a ver a esas bestias hermosas —dice mirando hacia el mar—. Eventualmente le invité a que lo hiciera gratis, o cuando teníamos alguna expedición que llevar. Chester siempre nos apoyó desde el

comienzo, cuando no éramos conocidos y la gente no confiaba en nosotros.

» Él no solo me ayudó económicamente, también fue mi guía sobre los negocios. Yo solo quería navegar mi catamarán y ver las ballenas y Chester me hizo entender que estaba tratando de sacar adelante un negocio, por eso quiero hacer esto, él significa mucho para mí.

—Suena como él —se ríe Astrid, mi mano sigue en su hombro, por cierto, y no planeo quitarla de allí hasta que me lo pida.

—Quizás puedas pasarte por el hotel durante la semana —suelto —, puedes hablar con Astrid y planear una reunión.

—¡Perfecto! —dice Kamohai y espera a Astrid, que le saca una tarjeta de su bolso—. Estaremos en contacto entonces, ¡que disfrutéis del día!

—Gracias, lo haremos —digo estrechando su mano, el tipo tiene un apretón fuerte.

Mientras caminamos por el muelle, Astrid me sonríe abiertamente.

—¡Eso es genial! Podríamos organizar excursiones con los huéspedes.

—Así es —digo mirando hacia abajo, a ella—, seguro que la gente estará muy entusiasmada. Considerando que es temporada baja, podríamos reavivar el turismo con paquetes exclusivos de avistamiento de ballenas.

Astrid se detiene, haciendo que mi mano caiga de su hombro.

—¿Te has dado cuenta?

—¿Qué? *—¿Que mi mano ya no está sobre ti? Claro que me di cuenta, lo aborrezco.*

—¡Que estás involucrándote en el hotel! ¡Aleluya, hermanos! —grita levantando sus manos en el aire.

Yo se las bajo mirando hacia ambos lados del muelle, por suerte ya no hay tanta gente.

—Silencio, Coral —susurro dando un paso más cerca de ella, invadiendo su espacio personal—. Trata de no ser adorable en público.

—¿Por qué no? —Su sonrisa se borra.

—Porque tendré que besarte si no.



—¿Qué hacemos ahora? —pregunto mientras busco su coche amarillo por el estacionamiento.

"Chiquito"

—¿Ahora? ¿Ahora, ya?

—Claro, tiempo presente, ¿tienes planes para el resto del domingo?

—Bueno, no, supongo que no.

—Perfecto —sujeto su brazo y cambio de dirección—, iremos de paseo.

En el coche suena una radio que encontré hace una semana, transmite reggae veinticuatro horas y creo que el que suena es Bob Marley. Astrid abraza su bolso cerca de su pecho, mira por la ventanilla y tararea la canción.

No iba a perder la oportunidad de pasar el día con ella, creo que no es una opción después de todo lo que me pasó en ese barco.

Intento no usar ese razonamiento que me llevó a tener una vida organizada, lógica y pulcra. Es que, con ella a mi lado, me dan ganas de hacer cosas que no pensé que fueran posibles.

Como ir a explorar la isla.

Como querer escuchar su voz.

Mi abuelo me recomendó en varias de sus cartas subir una montaña en particular, dijo que era como estar en el cielo porque su altura te hacía ver la inmensidad del mundo. Creo que mi abuelo estaba borracho cuando lo escribió, pero no mentiré y objetaré que disparó un poco de intriga en mí.

—¿Has venido por aquí alguna vez? —pregunto mirando la carretera estrecha. Ambos lados del camino están sobrepasados de plantas, enredaderas y árboles Koa que se unen sobre nuestras cabezas, dándonos sombra densa.

—No, es la primera vez —responde—, dicen que la cima de la montaña es bellísima, pero solo lo vi en fotos.

—¿Por qué no has venido antes?

Astrid encoge los hombros.

—No lo sé, me enfoqué mucho en el surf, y el poco tiempo que tenía libre lo dedicaba a mejorar para las competiciones. —Toma aire y lo suelta lentamente—. Quedé tercera —confiesa—, pero era algo de mi lista de cosas por hacer.

—Me gusta el número tres, es mucho más valioso quedar tercero que segundo.

Eso capta su atención y su cuerpo se inclina apuntando hacia mí.

—¿Y eso por qué?

—Pues, porque el segundo está amargado porque estuvo cerca de ser primero, pero el tercero ha logrado estar en el podio y eso te permite ser más feliz que el segundo, que está frustrado.

Apoya su barbilla sobre la palma de su mano y me mira fijamente unos minutos.

—Nunca lo había visto de esa manera, recuerdo decirme a mí misma que estaba feliz por haber llegado hasta ahí con tan poco tiempo de entrenamiento. ¿Has quedado tercero alguna vez?

—No, siempre primero —respondo con una media sonrisa engreída.

Astrid se ríe y me empuja juguetonamente del brazo.

—Eres un presumido.

—Sí, pero ganador, no te olvides.



Astrid clava su codo en mi brazo.

—¿Rascacielos o esto? —pregunta con una media sonrisa orgullosa.

La vista es realmente arrebatadora.

Supongo que mi abuelo no estaba exagerando cuando hablaba de la inmensidad del mundo, pero no por su altura, quizás, sino por la extensión infinita de agua frente a nosotros.

—Tú sabes la respuesta —respondo, aspirando profundamente.

Hay personas a nuestro alrededor, sacando fotos y pasando el rato en este pico de montaña. El camino sigue hacia más arriba, pero algo me dijo que parara aquí.

Astrid apoya su mano en mi hombro y le da palmaditas.

—Chester estaría orgulloso de esa respuesta —revela con una mirada de suficiencia.

—Mi abuelo hablaba de ti —confieso.

—¡¿Lo hacía?! —Todo en ella brilla de golpe.

Me cruzo de brazos y me enfoco en observarla.

—Solía enviarme cartas —digo, evitando deliberadamente la parte donde nunca las acepté, ni contesté. Nadie sabe que paso largas horas en su casa, creo—, nombraba a una joven que él admiraba mucho y que estaba seguro de que me caería bien. Todo parece indicar que eras tú.

—¡¿Te caigo bien?! —dice con su mano en el pecho—. Bien bien o bien más o menos.

—Bien más o menos —respondo—. No tengo otra opción, necesitaba una gerente.

—No hay nadie como yo en la isla —declara con orgullo.

—Eso no te lo niego —replico con un tono más serio—. Gracias por invitarme a ver las ballenas, estoy seguro de que no olvidaré este día, Coral.

Sonríe con satisfacción.

—Me alegra poder ser tu guía, Blas.

Eres más que eso, quiero gritar; sin embargo, trago mis palabras y miro el suelo rocoso, odiándome con todo mi corazón.

Pocas veces quise algo con tanto fuego como quiero a Astrid en mi vida, me siento una decepción por no hablar de mis sentimientos con la única persona que los ha despertado.

—Astrid… —digo levantando la mirada.

Ella la conecta conmigo, pero se distrae rápidamente cuando una pareja se acerca y le pide que les tome una foto. Ella obviamente

acepta con su amabilidad irritante y vuelve segundos después.

—¿Qué querías decirme?

—¿Quieres ir a comer algo? Estoy hambriento.

Qué valiente, Blas, qué valiente.



El mal humor que cargo tiene un único culpable: yo.

Mientras descendemos la montaña, mi voz interna se convierte en un juez implacable, lanzándome acusaciones sin piedad: Cobarde. Miedoso. Imbécil. Mentiroso. Cada palabra es como un latigazo, y lo peor es que sé que son ciertas.

Intento concentrarme en el camino, en el ruido constante de los neumáticos sobre el asfalto, pero es inútil. Todo en mí está en conflicto. ¿Cómo voy a seguir con esta farsa? Siento que estoy perdiendo el control, como un gato que mira un pez en la pecera. Lo quiere, lo necesita, pero retrocede cada vez que moja una pata, aterrorizado por lo que podría significar sumergirse por completo.

—¡Oh! —dice mirando por la ventanilla—. ¡Aparca aquí!

El volantazo que doy es brusco, y el coche se detiene con un chirrido en una curva solitaria. Antes de que pueda procesarlo, Astrid baja corriendo, sus pies golpeando el asfalto con fuerza. La sigo como un idiota, con el corazón latiendo en mi garganta, hasta que la veo.

En el borde.

Casi al borde del acantilado.

Mi corazón late con tanta fuerza que apenas puedo escuchar otra cosa. Sus pies están peligrosamente cerca del borde, y todo en mí grita que la aleje de allí. Cuando la sujeto, su resistencia es un recordatorio de lo terca que puede ser, pero no me importa. Necesito sentir que está segura. Necesito sentirla

—¿Estás loca? ¡¿Cómo te vas a asomar así?!

—¡Pero si no estoy cerca! —Ella me mira con esos ojos grandes y brillantes, desafiándome, y siento que algo dentro de mí se rompe. Antes de darme cuenta, mis manos están en su rostro, y mis labios buscan los suyos con una urgencia que no puedo controlar. No sé cómo decirle lo que siento, cómo mostrarle que me importa... así que hago esto.

Sujeto su rostro y la empujo contra el coche para estampar mis labios contra los de ella.

El beso comienza torpe, una batalla de emociones reprimidas, pero pronto cambia. Su boca se amolda a la mía, y lo que era rabia se transforma en deseo puro. Mis manos se deslizan por su cintura, reclamándola, y cuando aprieto su cuerpo contra el coche, siento cómo su aliento se quiebra. Su calor me envuelve, su piel bajo mis dedos es un incendio que no quiero apagar.

—No… deberíamos —dice cuando cambia la inclinación de su cabeza, no hay convicción en su voz.

—No me importa —respondo sobre sus labios, ahora mi mano acaricia su pecho y ella deja caer su cabeza hacia atrás, golpeando su nuca con el techo del coche. Eso me da acceso a su cuello y lo beso como lo fantaseé durante meses.

—Joder… —solloza y mi control se quiebra.

—Entra al coche, Astrid, ahora.

Astrid



Abro la puerta del conductor con total inocencia, pero Blas tiene otros planes.

Con un movimiento rápido, la cierra de golpe, su mirada encendida clavándose en la mía. Antes de que pueda procesarlo, abre la puerta trasera y, con manos firmes y una determinación que hace temblar mis rodillas, me guía hacia dentro. Su cuerpo me sigue de inmediato, cerrando la puerta tras nosotros. Su mano derecha encuentra mi cintura, atrayéndome contra él con una urgencia casi feroz, mientras la otra se apoya en la puerta para mantener el equilibrio. Estoy atrapada entre su fuerza y el estrecho espacio del coche, y en ese momento sé que no hay escapatoria... ni quiero que la haya.

Nadie tiene que saberlo, me recuerdo. Esto puede ser algo de una vez, lo sacas de tu sistema y vuelves a tu vida normal. Quizás no sientas conexión, o quizás sea tan malo en el sexo que huyes despavorida.

¿Quién sabe? Tal vez tengo suerte y no siento nada.

—Convénceme de que me detenga —implora con su boca en mi cuello. La tibieza de sus palabras hace que corra adrenalina por la superficie de mi piel.

—No tengo control, Blas —respondo temblorosa, pero estoy siendo honesta, *quiero esto*, y ahora mismo no me importa nada más, lo que sienta después es problema de la Astrid del futuro.

—Gracias a Dios que quieres esto tanto como yo… —gruñe aliviado y me sienta sobre su regazo, sus manos firmes me atraen hacia él, como si quisiera borrar cualquier distancia entre nosotros estrujando con dominio mi culo. Su erección presiona contra mí con tanta intensidad que todo mi ser parece reducirse al contacto de nuestros cuerpos.

No puedo pensar; solo siento.

Clavo mis rodillas con firmeza en el estrecho espacio del coche e intento sentirlo allí, donde lo necesito, parece que Blas capta la idea inmediatamente, porque comenzamos a frotarnos como si estuviéramos desnudos.

Como si no tuviéramos una pizca de censura extra en nuestra voluntad.

Creo que Sean Paul suena en la radio, con «I'm Still in Love With You», los cristales cerrados, el aire acondicionado apagado y la temperatura sofocante.

Todo el calor de mi cuerpo se concentra entre medias de mis piernas, así que cuando Blas desliza su mano allí, despego mis labios y gimo abiertamente en el coche liberando la tensión que sentía, la desesperación por sentirlo allí.

—Joder, estás tan lista para mí que me está volviendo loco —Su mano aparta capas de ropa, hasta tocar mis pliegues y jugar con ellos. Mientras sus ojos se clavan en mi boca y muerde su labio inferior, agrega suavemente—: Monta mis dedos, Astrid.

Mezo mi cuerpo, siguiendo el ritmo de su mano, puedo sentir sus dedos penetrarme lentamente, colmándome.

Dios, dime que el resto es malo, porque si logra esto solo con las manos… Madre mía lo que me espera.

No puedo reprimir mis gimoteos y Blas lame mi garganta sin pudor alguno cada vez que los oye como si fuese algo que lo eleva, que lo alimenta.

El sudor recorre la curva de mi cuello y la parte baja de mi espalda, haciendo que mi camiseta se adhiera a mi piel, a él no parece importarle. Sin embargo, la arranco y la hago desaparecer.

El cuero del asiento está caliente contra mi piel desnuda, y cada movimiento que hago produce un ligero chirrido que parece

amplificar el sofoco del ambiente. Las gotitas de sudor resbalan por el rostro de Blas mientras su camisa abierta deja ver su torso firme, brillante por la humedad.

—No es justo —lloriqueo deslizando las puntas de mis dedos por su pecho.

—¿El qué, Coral? —susurra.

—Que estés tan bueno —me quejo y dejo que mi pecho vibre con su risa profunda cuando encierro su cuello con mis brazos.

Nunca creí que Blas pudiera mirarme así, *sostenerme así*, con un cariño que casi asusta pero que hace que mi corazón se acelere. Tal vez siempre estuvo ahí y yo fui demasiado ciega para verlo, pero ahora me consume como un incendio lento y no quiero apagarlo.

—Lo mismo digo de ti. —En un movimiento que no alcanzo a procesar, su mano hábil desliza mi sujetador y lo arroja a un lado, dejándome expuesta ante él. Sus dedos firmes se cierran alrededor de mi pecho, su boca encuentra mi pezón con hambre y devoción al mismo tiempo. Cada beso y cada lamida es como una corriente eléctrica directa a mi entrepierna, y su cuerpo sigue presionando contra el mío, provocándome, tentándome. La fricción es deliciosa, como si nuestros cuerpos estuvieran diseñados para encajar así, y estoy perdiendo la cabeza.

La presión que crece en mi interior se convierte en una tormenta, acumulándose en la base de mi estómago con una fuerza imparable. Mi cuerpo se mueve por puro instinto, buscando desesperadamente el ritmo que necesito para liberar toda esa tensión. Mis manos se aferran al techo del coche, buscando un ancla mientras el calor estalla dentro de mí como una ola que arrasa con todo. Mi cabeza cae hacia atrás, mis labios se abren y un grito de placer puro llena el espacio sofocante del coche. No soy dueña de mí misma, y, por un momento, no existe nada más que esta explosión de energía que me consume por completo.

—Blas —ruego, haciendo que sus ojos negros se enfoquen en mí, cuando lo hacen están pesados de lujuria, descontrolados—. Quítate la bermuda.

Nunca creí despertar tanto deseo en él. Salta a la vista, en la pesadez de sus párpados, la sed de sus labios al besarme y eso me

hace sentir segura de mí misma, poderosa, inclusive.

Dándole espacio, le permito hacerlo hasta que puedo ver la silueta de su polla erecta y furiosa bajo sus calzones negros de Ralph Lauren que descansan justo por debajo de la v que tanto observe aquel día de playa. Mi cuerpo parece reaccionar sin control, porque cuando me quiero dar cuenta, alejo el asiento del conductor hacia delante y me arrodillo frente a él, rasándole a este espécimen perfecto.

Cuando mi boca lo envuelve, un gemido grave, casi animal, sale de lo más profundo de su pecho. Es el sonido más instintivo y vulnerable que jamás le he oído, y hace que mi pecho se hinche de orgullo. Me concentro en cada movimiento, disfrutando de cómo su cuerpo se rinde bajo mis labios.

—Mierda… —brama, sus manos encuentran mi rostro, acariciándolo con una ternura inesperada, mientras sus ojos, oscurecidos por el placer, se clavan en los míos como si estuviera grabando este momento para siempre—. Astrid, tu boca es mi ruina, pero móntame de una vez —ordena, mirándome como nunca me ha mirado antes, con devoción, y cuando me siento sobre sus piernas anchas, desnuda y vulnerable, acaricia mi rostro con su pulgar, observando cada centímetro de él, cada peca e imperfección. —¡Protección! —exclama.

Blas cubre su rostro y grita en frustración. Sin embargo, cojo sus manos y las alejo.

—Blas —beso su mejilla, despacio—, tomo pastillas.

Abre sus ojos inmediatamente.

—¿Estás completamente segura? Nunca estuve con nadie sin protección, pero confío en ti.

—Yo tampoco y si me dices que…

—Nunca, Astrid. —Sus manos sostienen mi rostro y me atrae hacia él, dándome un beso insoportablemente lento.

Sensual.

Pornográfico.

Y antes de entender lo que ocurre, su polla entra en mí y me colma por completo.

Debo tomar aire profundamente y acostumbrarme a su tamaño.

—¿Estás bien? —susurra. Su rostro parece lleno de dolor, pero es puro placer.

Asiento, maldiciendo por dentro a la Astrid del pasado por creer que esta experiencia no sería un antes y un después en mi vida.

—Eres grande.

Se sonríe con arrogancia, hasta que me embiste y los dos gemimos al mismo tiempo.

—Eres perfecta —murmura contra mi piel, como si esas palabras fueran una verdad que él mismo acaba de descubrir. Algo en su tono me hace temblar, porque no solo lo dice, *lo siente.*

Con cada movimiento de su cuerpo una ola lenta pero devastadora toma control y hace que me muerda los labios y entrecierre los ojos, tomando todo el placer que este hombre me da.

Blas deja caer su cabeza, gimiendo y controlando el ritmo entre los dos, pero cuando deslizo la punta de mi lengua sobre sus labios algo cambia.

Sus ojos negros se abren, brillando con un fuego que me devora. Sus dedos se clavan en mi piel, su control tambaleándose por completo.

Poseerlo.

El beso que sigue es voraz, y sus embestidas se vuelven más rápidas, más intensas, hasta el punto de hacerme gemir con cada movimiento. Sus gruñidos, graves y rasposos, calientan mi oreja mientras su cuerpo se mueve con precisión despiadada, llevándome al borde una vez más.

—¡Blas!

—Di mi nombre otra vez —suplica, su tono cargado de deseo.

—¡Blas!

—¿Estás cerca, Coral? —Su voz es un gruñido, pero hay una ternura escondida ahí, como si mi respuesta fuera todo lo que importa.

—¡Sí!

Mi segundo orgasmo explota y contrae mi cuerpo, aferrándome a sus hombros, mi rostro escondido en su cuello y segundos después, Blas detiene sus embestidas para colmarme y sujetarme con fuerza.

Sus convulsiones me enorgullecen, sus gemidos son eróticos y varoniles, su lado más descontrolado y básico toma control de él y observo su mirada de placer cuando se corre dentro de mí, diciendo mi nombre entre sus dientes.

Los cristales del coche están absolutamente empañados, nuestros cuerpos cubiertos de sudor y resbaladizos, la música vuelve, la realidad.

La sonrisa que me da es preciosa, relajada y auténtica.

Una que hace que me atragante.

—Este ha sido el polvo más asombroso que he tenido en mi puta vida —confiesa, buscando aire en sus pulmones, me da un beso rápido en los labios y acomoda su cuello para descansarlo en el asiento—. Eres increíble, Coral.

Blas



—Hermosa mañana —digo, respirando el aire puro de Maui desde mi balcón. Inflo mi pecho mientras estiro mis brazos por sobre mi cabeza.

El ruido del mar y la suave brisa hacen que quiera sonreír.

¿Qué? ¿Uno no puede estar de buen humor?

Abrocho mi camisa de manga corta mientras miro mi reflejo en el espejo de mi habitación, luego el cinturón negro en mis bermudas, pero primero…

¿Cuándo te diste cuenta de que tus gustos literarios cambiaron?

El día que estaba leyendo juvenil y, en lugar de disfrutar la aventura, me pregunté seriamente dónde demonios estaban los padres de esos adolescentes que luchaban contra dragones en el patio de su casa. ¿Nadie se preocupó por el pasto? ¿Por el ruido? Ahí supe que algo en mí ya no era lo mismo.

Suelto una carcajada y antes de abrir la puerta, respondo:

¿Algún libro que desees leer?

Hay uno que me interesa, se llama «Cartas de amor a un desconocido», dicen que es prometedor.

Podríamos comenzar un club de lectura, ¿qué te parece?

¡Sí! En cuanto lo tenga en mis manos, te lo haré saber.

No te preocupes, Astrid, haré lo posible para que lo tengas en tus manos cuanto antes.

Mientras el ascensor baja, silbo una canción que quedó clavada en mi mente. Sonaba mientras sentía el cuerpo desnudo de Astrid sobre el mío, en mi coche, en medio de una montaña.

Juro que no olvidaré esa canción en mi vida, era «I'm Still in Love With You» de Sean Paul y Sasha, lo sé porque la busqué anoche cuando volví al hotel y, joder, aún puedo sentir sus movimientos sudados y lentos con esa canción de fondo.

Lo más fascinante que vi en mi puta vida.

Golpeo mi frente contra las puertas del ascensor tres veces antes de que se abran y ponga un rostro un poco más serio del que tenía reflejado en la puerta del aparato.

Ayer la ayudé a vestirse y, a pesar de no estar listo para dejarla ir, conduje hasta el puerto de vuelta para dejarla cerca de Chiquito. Nos saludamos con un beso lento y tortuoso y nos dijimos adiós.

En cuanto llegué al hotel, corrí hasta la casa de mi abuelo y leí una carta más:

Querido Blas:

¿Sabías que no hay carteles publicitarios en Hawái? Está absolutamente prohibido invadir el campo visual de los ciudadanos, ¿no es eso genial?

Me enorgullece ser parte de esta comunidad, todos buscan preservar las islas por sobre todo lo demás, por sobre la codicia y el ego.

Por esa razón el cartel de Lani Vista es apenas visible, lo suficiente para que los huéspedes nos encuentren, pero no para publicitarnos, el edificio no lo necesita de todas maneras, es impactante y bello por sí solo.

Espero que cuando seas dueño de Lani, entiendas lo importante que es este lugar para la isla, para los huéspedes; quizás no te hagas millonario aquí, pero obtendrás algo de mucho más valor, felicidad.

Con los años me pongo cada vez más sensible, lo sé, lo siento.

¿Cómo estás tú? Háblame de tu vida.

Tu abuelo.

Y como venía haciendo estas últimas semanas, le di la vuelta al papel y escribí una respuesta:

ABUELO:

VEO QUE MI DESTINO ESTABA SELLADO MUCHO ANTES DE QUE LO SUPIERA, ¿PLANEABAS DEJARME EL HOTEL DESDE SIEMPRE? PERO ESO NO ES LO IMPORTANTE AHORA.

LO RELEVANTE ES QUE HOY HA SIDO UN DÍA INOLVIDABLE.

FINALMENTE, ESTUVE CON ELLA, Y CON <<ESTUVE>> YA SABES A LO QUE ME REFIERO, JODER. EL EFECTO POST-ASTRID ES COMO UN BALAZO EN LA CABEZA, NO ESTUVE NI CERCA DE ESQUIVAR LO QUE ME PROVOCA ESTA MUJER, PERO CREO QUE ESTOY LISTO PARA DECIRLE QUE LO QUE SIENTO NO ES PASAJERO NI SUPERFICIAL.

Es como esos cangrejos que aprietan sus pinzas con fuerza, así tiene Astrid sujetado mi corazón. Tenías razón cuando hablabas de ella.

Me detesto por no haberla conocido antes y en circunstancias mejores.

Ah, también vi ballenas, fue fantástico, hablé con Kamohai y haremos negocios para la siguiente temporada.

Te extraño.

Blas.



La escucho antes de verla, riendo con Malia en la recepción, mirando su móvil. Como si fuese un púber, mi estómago da un vuelco al poner mis ojos sobre ella.

—Buenos días —digo apoyando mis codos sobre el mostrador.

Las dos levantan la mirada y cuando se encuentran conmigo, recibo dos reacciones.

Malia se endereza y pierde la sonrisa, para simular ser seria y profesional. Pero Astrid reprime una sonrisa, aunque sus mejillas se encienden inmediatamente, haciendo que sus pecas se pierdan un poco.

—Señor Henderson Morris, buenos días —dice Malia—. ¿Hay algo en lo que le pueda ayudar?

¿Puedes decirle a la criatura a tu lado que me tiene agarrado de las pelotas?

—Buscaba a Astrid —digo enderezándome, mis ojos caen sobre ella, empeorando toda esta situación, ya que baja la mirada.

—Sí, claro, dame solo un segundo que quiero enseñarle algo a Malia. —Astrid señala la pantalla y comienza a explicarle cómo solucionar un error del sistema de reservas.

Obligándome a mirar hacia otro lado, me enfoco en las personas que entran y salen del vestíbulo y me río por lo bajo al ver entrar a una mujer rubia, con un sombrero gigante de playa sobre su cabeza y cara de oler mierda.

—¿Qué ocurre? —susurra Astrid por lo bajo, tiene una media sonrisa, sabe que algo me ha hecho gracia.

Me coloco de espaldas a la señora y susurro haciendo señas con mi cabeza.

—La rubia tiene las hemorroides muy inflamadas, si no, no me explico por qué tiene esa cara de…

—¡¿MAMÁ?! —grita Astrid.

¡¿Qué coño?!

La rubia suelta sus bolsos que caen en el suelo de mármol y levanta los brazos en el aire, pegando un grito tan agudo que debo verificar que mis oídos no sangren.

—¡Sorpresa! —dice la señora.

Astrid rodea el mostrador y se funde en un abrazo fuerte con su (aparentemente y bajo mis brillantes deducciones) madre.

—¡¿Qué haces aquí?!

—Bueno, dije que lo intentaría, ¿o no? —Su madre sujeta los hombros de Astrid—. ¡Oh, hija! ¡Has olvidado el protector solar! ¡Mira las pecas que tienes!

Malia cubre su boca para opacar su risa, pero yo no entiendo de qué se ríe, las mejillas adornadas de Astrid son hermosas.

—¡No empieces! —se queja Astrid y le marca el camino hasta la recepción—. ¿Te hospedarás aquí?

—Por supuesto, es lo más cercano a un lugar decente que tiene esta isla. —La mujer levanta la mirada, inspecciona a Malia rápidamente y luego a mí.

—Mamá, él es mi jefe, Blas Henderson Morris, es el nieto de Chester.

No me gusta cómo sus ojos se arrastran por mi cuerpo, pero hago el esfuerzo de estirar mi mano y saludarla como mi madre me

ha enseñado.

—Señora Cooper, un placer conocerla.

—Oh, nada de Cooper, he mantenido mi apellido de soltera y una cuenta de banco aparte para cuando deba fugarme, soy Margaret Brooks, encantada. —Estrechamos la mano cordialmente.

—Gracias por elegir Lani Vista, señora Brooks —digo con una sonrisa apretada.

—Gracias por hacer a mi hija la gerente —responde sin soltar mi mano, sus ojos me miran fijamente, los mismos ojos verdes de Astrid.

—Mamá… —Astrid interviene soltando las manos de los dos—, no me avergüences delante de mi jefe.

¿Jefe? Mis dedos estuvieron dentro de ti hace menos de veinticuatro horas, Astrid.

Ella parece escuchar mis pensamientos, porque aleja la mirada y me hace querer sonreír.

—Oh, no puedes culpar a una madre por sentirse orgullosa. —Sus ojos cambian hacia Malia y la saluda inmediatamente con una gran sonrisa.

—Bienvenida a Maui, señora Brooks —dice con sus manos enlazadas en su espalda—. ¿Quiere que le haga el check-in?

—Eso sería maravilloso. —Prácticamente gime y mira a su hija—. Tu padre se llevó el avión, tuve que viajar en aerolínea. ¿Desde cuándo la primera clase es tan… básica?

Astrid parece querer que la trague la tierra, pero responde amablemente igual.

—Estoy segura de que no ha sido tan malo —dice incómodamente.

Conozco este prototipo de mujer, la conozco muy bien, mi madre podría ser el calco de ella, es posible que vayan al mismo cirujano plástico.

—¡Oh! Hija, no tienes una idea, en fin… —Mira a Malia esperando algo de ella y la recepcionista le desliza dos tarjetas para el ingreso a la habitación.

—Aquí tiene señora Brooks, con esto también tiene acceso a la piscina y a la playa.

—Magnífico, gracias, querida. —Mira hacia abajo, buscando sus bolsos, cuando aparece Adrián cargándolos.

—No tienes que hacer eso, Adrián —dice Astrid intentando quitárselos.

—Es mi trabajo y estoy encantado de poder ayudar a tu madre —dice guiñándole un ojo.

Me incomoda que lo haga, pero Adrián es uno de los pocos que trata a Astrid con amabilidad.

Los dos se dirigen hacia el ascensor y Astrid corre tras su madre, hasta que parece recordar que estoy parado allí.

—¿Era urgente lo que…?

—No, ve, después hablamos —digo—. Tengo cosas que hacer de todas maneras. —*Mentira*.

Ella sonríe abiertamente y la observo hasta que las puertas del ascensor se cierran, es ahí cuando escucho un carraspeo.

Malia sonríe tímidamente y siento que me ha agarrado con las manos en la masa o, mejor dicho, los ojos sobre la presa.

—Que tengas buenos días, Malia —digo formalmente y me alejo de allí.



Jethro:
Adivina quién estuvo preguntando por ti.

Blas:
¿El Fantasma de las Navidades Pasadas?☠️

Jethro:
Casi, papá estuvo preguntando cómo van las cosas en Lani Vista.

Dylan:
Bajo el mar, probablemente. ¿A cuántas personas has dejado sin trabajo?

Blas:
Solo tres. ¿Y qué le has dicho?

Jethro:
Que si quería saberlo que te llame.

Blas:
Gracias, idiota.

Jethro:
De nada 😘

Astrid



En el momento en que Adrián se retira de la habitación, rechazando la propina que mi madre le ofreció, ella gira sobre sus talones y me mira tan firmemente que siento que estoy clavada en los pies de la cama.

—¡¿Y no me has dicho que ese era tu jefe?! ¡Ese Adonis! ¡Esa imponente, magnífica y elegante bestia!

—¡Mamá! —grito levantándome de golpe, casi cubro su boca—. Por favor, no grites eso, aquí las paredes tienen oídos.

—Bueno, si es así, deberíais hacer algo para mejorar la insonorización. Su padre es un buen mozo, ¿pero el hijo? Dios, esa familia tiene los genes de oro.

¡Lo sé! Y tú no le has visto la…

—¿Puedes concentrarte en tu hija? —cuestiono apoyando mis manos sobre sus hombros.

Mi madre parece soltar todo el aire de sus pulmones y me da una pequeña sonrisa.

—Sí, tengo todo planeado, iremos a la playa en unas horas y…

—¡Mamá! ¿Recuerdas que tengo un trabajo que cumplir? No puedo ir a la playa ahora, tendrás que esperar a que termine mi horario laboral, ¿y papá?

—Intentará llegar el viernes, dice que quiere verte, pero esos alemanes lo tienen loco con todas esas reuniones.

Sí, claro.

—Bueno, y ¿qué haré mientras tú trabajas? —Ahora ella se sienta en la cama, como una niña malcriada haciendo berrinche.

—Estás en un paraíso, ve y «paraísa», no lo sé.

Camino hasta el balcón que da hacia el mar y abro las puertas para que sienta la brisa cálida en la habitación.

Cuando volteo la encuentro mirando el móvil.

—¡Qué haces mirando esa pantalla! ¡El paisaje está allí! —Señalo con la palma de la mano exageradamente abierta hacia el balcón.

—Estoy buscando el estado civil de tu jefe…

Soltero, teniendo relaciones indebidas con su empleada.

—¡Mamá! ¡Porfis! ¡Mira para arriba!

Cuando lo hace, se levanta de la cama y sonríe para ella, admirando la vista.

—Creo que ahora entiendo por qué te gusta esconderte aquí.

—Que no me estoy escondiendo… —gruño—. Quiero vivir aquí, me hace feliz estar aquí.

Su sonrisa de madre me pone un poco incómoda, pero la acepto en un abrazo.

—Si tú estás feliz, entonces yo también. Siéntate, pongámonos al día. De paso quiero recomendarte el protector solar del que todo el mundo habla en Instagram.



A las seis y media de la tarde, logro terminar con todo lo que tenía pendiente y atrasado gracias a mi madre. Me siento frente a mi escritorio y gimo de placer al sentir mis piernas relajarse.

En la bandeja de entrada de los emails tengo al menos quince sin responder y siento que mi ojo empieza a titilar con nerviosismo.

No puedo creer que mi madre esté aquí, esto altera absolutamente todo.

Para empezar, no puedo permitir que sospeche de lo que Blas y yo hicimos.

Cubro mi rostro con las dos manos y controlo el grito que quiere salir de mí.

¿Alguien tiene que ir a terapia? ¡Yo!

Cuando toda la excitación bajó, recordé que Blas era mi jefe, fue cuando llegué a mi casa y cerré la puerta. En ese momento, la cara de estúpida enamorada se borró para transformarse en puro pánico.

Has tenido sexo con tu jefe.

Has tenido sexo con tu jefe.

Has tenido sexo con tu jefe. Has tenido sexo con tu jefe. Has tenido sexo con tu jefe. Has tenido sexo con tu jefe. Has tenido sexo con tu jefe. Has tenido sexo con tu jefe. Has tenido sexo con tu jefe.

Agarro mi pelo como lo hice en aquel momento y ahogo el bochorno que siento.

Quizás el hecho de que esté mi madre no sea tan malo entonces, eso me da tiempo para pensar en qué hacer, qué sentir, qué no sentir, cómo respirar y cómo no ahogarme de deseo cada vez que lo veo.

Lo deseo, sí, lo dije, y la dureza de su miembro dejó en claro que él me desea y aún no me lo creo.

La puerta suena con unos nudillos firmes que reconozco, mi estómago reacciona antes de que mis ojos vean su rostro perfecto asomarse lentamente, es verdad que es un adonis como dice mi madre.

Me encuentra en medio de mi ataque de pánico.

—Déjame adivinar, tu madre.

—Sí —miento.

Blas ingresa al despacho y cierra la puerta tras él; con sus manos en los bolsillos, camina con seguridad hasta el otro lado del escritorio.

—Te tengo malas noticias entonces.

Dejo caer mi espalda, mi culo apoyado en el borde de la silla y espero por el golpe.

—Juro que, si planeas echarme, serán buenas.

—Nunca, Coral. —Apoya sus nudillos sobre el escritorio, desde aquí abajo se ve poderoso y gigantesco y en mi mente aparecen

flashes de su rostro lleno de lujuria mientras me embestía sin cuidado—. Tu madre acaba de invitarme a cenar.

Me levanto de golpe como un resorte.

—¡¿Que hizo qué?!

—Sí, dijo que quedasteis en cenar las dos y me invitó —dice cruzando sus brazos sobre el pecho—. ¿Crees que es apropiado que le diga que ayer mi polla estaba enterrada en…?

—No termines esa frase, Blas Henderson Morris —advierto rodeando el escritorio, mi dedo índice apuñala su pecho— o juro que…

Blas da un paso adelante, su media sonrisa ladina sobre su rostro, hasta que mi culo toca el escritorio.

—¿Juras… qué, Coral?

—Que… —Sus manos reposan sobre mi cadera hasta subirme al escritorio—. Que si…

¡Termina la frase!

—¿Dónde está todo ese vocabulario que tanto te gusta usar? —susurra sobre mi oído, sus labios comienzan a besar mi cuello.

—Me distraes a propósito —me quejo cerrando los ojos para controlar el calor que sube por mi cuerpo.

—¿Yo? Señorita Cooper, me ofende. —Finalmente encuentra mis labios y me besa lentamente.

Dios, todos esos tics de mis ojos se esfuman a medida que me derrito entre sus brazos.

Todo el día practicando cómo decirle que no puede volver a ocurrir, ¿para qué? ¿Para caer tan fácil?

Cuando siento el calor subir violentamente por mi cuerpo, lo atraigo a mí inconscientemente, quizás, pidiendo desesperadamente la cercanía.

—¿Recuerdas que tenemos una cita con tu madre? —susurra mientras muerde mis labios.

—No puedo creer que te haya invitado —gruño por lo bajo, ¡qué descarada!

Blas coge mi mano y deposita un beso allí, luego me ayuda a bajar del escritorio.

—No te preocupes por nada, estoy entrenado para sobrevivir a cenas como esta, Coral.



El restaurante del hotel vibra con gente por doquier.

Familias, parejas, amigos, todos cenando las exquisiteces que prepara Óscar.

Camino entre las mesas y me detengo cuando una familia me saluda, preguntándoles cómo están pasando su estadía, Blas se une en cada conversación y me sorprende cuando no les gruñe en la cara.

Algo está cambiando en él.

—¡Yuju! ¡Aquí! —llama mi madre levantando su mano desde una de las mesas.

Ya tiene una copa de vino a medio tomar, lo cual es una mala señal.

Me siento delante de ella, Blas sostiene la silla para ayudarme a sentarme.

Si no fuese él, estaría soltando los mandamientos feministas de por qué no debe ayudarme a sentarme, puedo usar mis piernas y las articulaciones no me duelen. Pero… es Blas, y realmente hay pocas cosas que pueda hacer que me enfaden.

Mi madre observa su caballerosidad con media sonrisa y entrelaza sus dedos para apoyar su barbilla allí y mirarnos con una sonrisa radiante.

Ya estoy agotada y esto no ha comenzado.

Blas se sienta a mi lado y acomoda la silla un poco hacia la derecha, ahora estamos más cerca que antes.

Genial.

—Espero que no estéis muy cansados para cenar —dice abriendo el menú.

Yo intento no mirar demasiado, pedir comida con mi madre siempre es un tema controversial. Blas, sin embargo, investiga el menú con detenimiento.

Me pregunto dónde cena todas las noches entonces, creí que a estas alturas ya se lo sabía de memoria.

—Nunca estoy cansado para comer —dice Blas distraídamente, luego me observa y me guiña un ojo.

¡¿Dónde están esos huracanes cuando uno los necesita?!

—¿Qué me aconsejas, Blas? Una señora acaba de recomendar el atún crudo, dice que es fresco.

—Toda la comida es fresca y la pesca del día —digo orgullosamente.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—¿Entiendes con lo que tengo que lidiar desde hace tres años?

Blas apoya su menú y se acomoda en la silla con esa sensualidad que carga constantemente. Algo como, «Este es quien soy, te guste o no.»

—Debo admitir, señora Brooks, que al principio el entusiasmo de Astrid solía… —me observa un segundo, analizando qué palabra usar — apabullarme un poco, pero ahora estoy muy contento por poder observar el mundo a través de sus ojos.

La frase queda en el aire.

Uno mis cejas, recordando la conversación con el Desconocido.

> Me gusta ver el mundo a través de tus ojos,
> Desconocida. Me gusta mucho.

—Supongo que tienes razón, y llámame Margaret, Blas, no necesito sentirme más vieja de lo que soy. —Se enfoca en mí de nuevo—. Gracias a Dios por el doctor García.

Su cirujano.

—¿Qué te ha parecido el hotel hasta ahora? —pregunto—. Con Blas estamos implementando políticas nuevas, algunos cambios significativos para que la estadía del huésped sea perfecta.

—Las alfombras floreadas —dice mi madre—, son… Hacen daño a los ojos, definitivamente deberíais llamar a un nuevo decorador o a

un oftalmólogo.

Blas me mira como si estuviera de acuerdo.

La camarera de esta noche se acerca y sonríe abiertamente, creo que su nombre es Camila.

—Buenas noches —nos dice, pero luego le regala una sonrisa particular a mi jefe—. Blas…

¡¿BLAS?!

¡¿Perdona?!

—Hola, Cami —dice él sonriendo—, lo de siempre para mí.

—Claro. —Anota en su cuaderno, su cuerpo se mece en el lugar y una media sonrisa se mantiene allí—. ¿Para las damas?

Mi madre señala el menú y dice su plato, pero yo aún estoy confundida por todos estos sentimientos posesivos que estoy padeciendo.

¿Qué es esto?

—Astrid… —llama Blas despertándome.

—Oh, yo quiero una sopa miso, eso es todo.

Blas arquea una ceja, cuestionando mi elección, pero yo simplemente me enfoco en mi madre y le sonrío.

—¿Y para beber? ¿El vino de siempre?

—Sabes que soy un hombre rutinario —dice Blas con complicidad.

Camila se ríe como si esto fuese un festival de risas artificiales y anota en su estúpida libreta.

Cuando Blas me mira, se le borra la sonrisa de golpe al ver mi cara de pocos amigos.

—Astrid, ¿qué te gustaría tomar? Sé que no tomas vino.

Y ahora no puedo pedir una Coca-Cola, quedaré como una niña delante de todos, joder.

—Está bien, tomaré eso.

—Pero no te gusta —insiste, yo siento los ojos de mi madre y Camila sobre mí.

—Agua —digo tajante—, agua está bien.

Puaj.

Camila anota y dice que volverá en unos minutos.

¿Qué tal nunca?

¡Astrid! ¡No! ¡Chica mala! ¡No seas así!

Blas sigue mirándome con sospecha, pero mi madre comienza a hablarle sin parar, alejando su atención de mí durante un rato.

No me gusta sentir esto, yo no soy esta persona.

Pero cada vez que Camila se acerca a la mesa, mi cuerpo se tensa, pensamientos intrusivos azotan mi mente, haciendo comparaciones absurdas como: ella es más esbelta que yo, no tiene la cara llena de manchas, probablemente no tenga ningún tatuaje vergonzoso en su cuerpo…

—¡Oh, te has terminado la sopa! —dice mi madre mirando mi plato, el de ella está sin terminar.

—Sí, estaba rica.

Conozco ese comentario y sé lo que vendrá después.

—Sabes que la clave de un cuerpo esbelto es siempre dejar un cuarto del plato intacto, es algo que me enseñó mi madre y nunca me ha fallado.

Blas deja de comer y levanta la mirada.

—La sopa es agua —suelta de golpe.

Oh no.

—Pero tiene otros elementos, fideos, pollo… —se defiende mi madre—. En fin, Astrid, ¿crees que podrás volver para el cumpleaños de tu padre? Estoy planeando una gran fiesta, definitivamente tienes que venir, quiero que te vea Clayton, y sufra.

Trago saliva duramente.

—No lo sé.

—¿Quién es Clayton? —pregunta Blas con tono seco.

—Su exprometido —aclara mi madre—, ese maldito la engañó unos días antes de la boda con la empleada doméstica. ¿Puedes creerlo? Estuvo muy feo.

Me hundo en la silla, cubriendo mi rostro. No puedo creer que haya dicho eso delante de mi jefe.

De soslayo veo a Blas apretar el tenedor en su mano, sus nudillos se ponen blancos y el sonido del metal contra el plato me hace estremecer.

—¿Y por qué quieres que vea a ese idiota entonces? —dice, sin molestarse en suavizar su tono.

—Oh, pues ella ha crecido enormemente aquí, ahora es gerente, esas cosas se difunden y se restriegan por la cara de los demás —dice con media sonrisa.

Blas levanta la cabeza, dejando el tenedor con más fuerza de la necesaria sobre el plato.

—Yo creo que no hay mejor venganza que la indiferencia —acota fríamente, mirándome por un segundo antes de apartar la vista hacia mi madre.

—Estoy de acuerdo —murmuro llevando el vaso de agua a la boca, deseando desaparecer.

Siento su mirada fugaz de reojo, y presiento que intenta disimular mi incomodidad cuando cambia de tema, esta vez de manera más cortante que amable.

—¿Qué planes tienes para esta semana, Margaret?

Mi madre hace un desarrollo detallado sobre lo que quiere hacer conmigo. Blas parece arrepentirse inmediatamente, pero yo estoy feliz de no ser el centro de atención de mi madre.

La quiero, pero muchas veces me lo pone difícil.



¿Recuerdas cuando me dijiste que te gustaba ver el mundo a través de mis ojos?

No.

Busco el mensaje y respondo sobre el mismo con un emoticono de una mano apuntando hacia arriba.

Oh, sí.

Hoy alguien me dijo lo mismo.

Obviamente, hay personas que no saben lo que es el copyright.

Me río y vuelvo a escribir:

Me pareció curioso, nada más.

Pregúntale a esa persona si le gustas, parece que es demasiado cobarde para decirlo a la cara. O, ¿sabes qué? No le digas nada, mejor.

¿Por qué?

Capaz te enamoras de él y te pierdo.

Blas



Mientras empujo la puerta de la librería, el tintineo familiar de la campanilla sobre mi cabeza desencadena una cascada de recuerdos.

Esta era la librería a la que mi abuelo me traía todos los veranos para elegir mi próximo libro. «Un libro es un amigo que nunca te deja solo», solía decir, mientras sus ojos brillaban con una mezcla de sabiduría y travesura. Él me enseñó a apreciar el silencio que nos rodeaba, un silencio lleno de palabras esperando ser leídas, de aventuras esperando ser vividas.

El suelo de madera cruje bajo mis pasos, la fragancia del papel antiguo inunda mi nariz. Paso mis dedos sobre las portadas de los libros expuestos cerca de la entrada, sintiendo el relieve de las letras doradas y texturizadas bajo mi tacto.

Ya no existen este tipo de librerías en Manhattan, esos rincones donde pareciera que el tiempo no avanza ni retrocede.

Estoy buscando el libro que Astrid quiere leer, pero me distraigo frente a un estante al azar, extrayendo un volumen grueso y abriéndolo con cuidado. Las páginas emiten un suave crujido. Cierro los ojos y huelo profundamente, el olor a papel me transporta de vuelta a esos días dorados. Mi abuelo me explicaba que cada libro que abríamos juntos era como descubrir un nuevo mundo, y cómo, al cerrarlo, sentíamos la satisfacción de haber vivido mil vidas.

A mi alrededor, la librería zumba con el murmullo de otros clientes y el sonido de páginas siendo pasadas. Las risas lejanas y el sonido amortiguado de las conversaciones entre los estantes.

Astrid nunca mencionó este lugar y me pregunto si lo conoce o si aquí es donde compra sus libros.

Me siento conectado aquí, no solo con mi pasado y mi abuelo, sino también con ella y todo lo que tenemos en común, aunque no lo sepa aún.

A veces me tienta confesar mi identidad, estuve muy cerca de hacerlo más veces de las que quiero admitir, pero siempre me arrepiento.

¿Por qué?

Bueno, es probable que se enfade conmigo, que no quiera hablarme nunca más, también sé que hay muchas cosas que se anima a contarme porque el anonimato te da una libertad inmensa y perderme momentos donde el Desconocido llega a rincones inaccesibles para Blas, no tiene lógica.

Sin embargo, el dolor de mantenerme como el Desconocido en su vida comienza a surcar la piel de mi pecho, quiero ser parte de ella, en más de un sentido.

—¿Puedo ayudarte a encontrar tu próxima aventura? —Una voz detrás de mí pregunta, una voz que reconozco.

Bertha lleva unas gafas sobre el borde de su nariz, aún usa esa sombra verde sobre sus párpados caídos.

La vergüenza de lo que hice con ella cae de golpe sobre mis hombros, dejándome tieso.

—Bertha… —finalmente digo—. ¿Qué haces aquí?

Ella mira a su alrededor, como si fuese la primera vez que observa el lugar.

—Esta librería es de mi familia —explica—, mi hermana la estaba administrando y ahora, después de lo que ocurrió, cayó en mis manos y en las de mi hija.

Asiento lentamente y guardo el libro en el estante.

—Ahora entiendo por qué mi abuelo me traía aquí siempre.

—Siempre le gustó pasar tiempo aquí —dice con nostalgia—, uno de los pocos que mantuvo esta librería viva todos estos años.

El silencio cae entre los dos y para llenar el espacio digo:

—¿Cartas de amor a un desconocido?

—Oh —dice como si recordara—, sí, ven, es por aquí.

Camino detrás de ella, entre los pasillos, puedo ver cómo la edad finalmente se puso al día con su caminar, lento y con indicios de una pequeña cojera.

Doblamos por una esquina hasta llegar a un estante y ella busca con su dedo índice sobre los lomos de los libros.

—Aquí. —Lo deja sobre mi mano.

—De hecho, necesito dos… Es un regalo —agrego sintiéndome hipócrita, idiota y desalmado.

¿Por qué?

Porque el regalo es para la gerente del hotel, la misma de la que estoy absolutamente enamorado, como mi abuelo lo estaba de ella.

—Aquí está el otro. Siempre digo que regalar un libro es regalar algo único.

—Estoy de acuerdo —afirmo incómodamente.

Ella me mira unos segundos y sonríe.

—¿Hay algo más en lo que te pueda ayudar, Blas?

Una ansiedad horrenda se dispara dentro de mí y, mientras miro los dos libros entre mis manos, digo:

—¿Tienes unos minutos?



El piso de Bertha es precario y está justo encima de la librería; me dijo cuando entramos que esta era la casa de sus padres y que no quería venderla porque tenía demasiados recuerdos.

En este momento sirve de una jarra té frío en dos vasos altos y los trae a la mesa de la cocina con lentitud.

¿Cómo pude echar tan violentamente a esta anciana? ¿Qué hombre era hace tan solo unos meses? ¿Y cómo demonios hice para que una mujer como Astrid me admita en su vida?

Cuando se sienta en la silla frente a mí, alisa con delicadeza el mantel con estampado de flores de hibisco.

—Antes que todo, quisiera pedirte perdón, Bertha —suelto, mirando el vaso con el líquido tan frío que comienza a condensar—. Durante estos meses, he entendido algunas cosas, o al menos comencé a verlas desde otra perspectiva y… —Niego con la cabeza.

Ella extiende una mano sobre la mesa y sostiene mi brazo.

—No debes decir nada más.

—Necesito decirlo —agrego colocando mi mano sobre la de ella, su piel se ve frágil—. Encontré en la casa del abuelo unas cartas —ella asiente recordándolas, seguramente— y en ellas, mi abuelo explicó qué fue lo que ocurrió entre vosotros y con mi abuela. Al principio esas explicaciones cayeron sobre oídos sordos, pero ahora… Ahora lo entiendo y… —Mi voz se entrecorta patéticamente, ella me sostiene con más fuerza—. Ahora es demasiado tarde para enmendar el daño que os hice.

La última vez que lloré fue cuando me enteré de que mi abuelo había fallecido y ahora parece que esto me afecta de igual manera.

Es como revivir todo otra vez, la culpa se expande sobre mi espalda y se apodera de mí.

—A veces las cosas se dan así por alguna razón, Blas —explica ella.

—Pero arruiné vuestras vidas. —Mis ojos nunca se levantan del mantel floreado, la vergüenza me carcome vivo.

—No lo hiciste, lo único que lamento es que perdieras contacto con Chester, pero apuesto que esas cartas te están haciendo sentirlo de una manera especial.

—Es como hablar con él todos los días —confieso algo que no le dije a nadie—. Estoy respondiéndolas como un idiota.

Bertha se ríe.

—No eres un idiota, eres un nieto que busca el calor de su abuelo, creo que es admirable que las leas y que puedas responderlas, no todo el mundo tiene esas agallas. Lo que daría yo por ver la letra de mi abuela otra vez.

—Lo sé.

—¿Puedo preguntarte por qué dices que ahora lo entiendes?

Río por lo bajo, sintiéndome aún peor.

—Me encuentro en una situación similar —digo limpiando lágrimas en mis mejillas—. Con Astrid Cooper.

La sonrisa de Bertha se ilumina de golpe y la miro con confusión.

—Chester soñaba con vosotros dos juntos, todos los días me decía: «Berthita, algún día mi nieto se casará con Astrid y finalmente será la nieta que siempre quise tener».

Mi cuerpo reacciona como si despertara ante esas palabras.

—¿De verdad?

—Todo el tiempo, yo le decía que Astrid era un espíritu demasiado libre, pero aquí estamos.

—Ella no sabe lo que siento —aclaro llevando el vaso a mis labios — y no creo que lo sepa nunca.

—¿Por qué?

—Bueno, Astrid tuvo que lidiar con el papel de gerente y yo nunca me percaté, hasta que abrí los ojos, al menos, que estaba pasando por un escrutinio de parte de los empleados. Todos asumieron que ella consiguió el rol de gerente por ser una cara bonita.

Bertha sostiene su cabeza sobre los nudillos.

—Desmereciendo el trabajo que hizo durante todos estos años.

—Exactamente —concuerdo—, hicieron apuestas sobre cuándo iba a despedirla.

Bertha cubre su boca, espantada con lo que le estoy informando.

—Hay personas muy tristes en este mundo, capaces de dañar a cualquiera con tal de no mirar hacia adentro y descubrir que ellos son, en realidad, el problema.

—Tú lo has dicho con palabras bonitas, yo estuve a punto de despedirlos a todos. —Compartimos una risa—. Ella hizo mucho y trabajó exhaustivamente para demostrarles que se merecía el puesto.

—Conozco el sentimiento.

—Lo sé, por eso entendí finalmente, por qué mi abuelo hizo lo que hizo, él te estaba cuidando como yo intento cuidarla a ella.

—Tantos años después y la historia se repite en Lani Vista —concluye suspirando—. Lamento mucho que Astrid esté pasando por esto.

—Lamento haberte despedido, Bertha —admito—. Estaba en un lugar muy oscuro en ese momento.

—Me has hecho un favor, hijo, no te angusties —afirma—. Seguir en Lani después de la partida de Chester fue muy duro para mí, apenas podía entrar al hotel sin sentir que mi corazón se rompía a pedazos; aún lo siento así en cada rincón de esta isla. Chester ha dejado su impronta por todos lados.

Yo perdí a mi abuelo, pero Bertha perdió a su pareja de muchos años. Nunca lo vi así y me siento un jodido glaciar.

—Su casa sigue intacta, no me animo a mover nada —confieso.

Se hace un silencio hasta que ella analiza:

—El duelo es un proceso tan complejo, Blas, algunos lo viven como un peso sobre sus hombros durante toda su vida, otros lo viven como una marea que se retrae y vuelve a las costas de vez en cuando, pero, curiosamente, algunos toman el duelo y lo convierten en algo maravilloso.

Proceso sus palabras, intentando entenderlas.

Nada.

—¿A qué te refieres?

—A que quizás no estés listo para soltarlo, pero en algún momento lo estarás, y su hogar puede transformarse en algo impensado, quién sabe, algún día se te ocurrirá.

Sujeto sus manos sobre la mesa.

—Entiendo por qué mi abuelo sentía lo que explica detalladamente en sus cartas, eras una muy buena mujer para él.

—Gracias, Blas, él me hizo feliz durante muchos años; lamentablemente, mi obsesión por la opinión de otros hizo que no pudiéramos vivir la relación como nos merecíamos. Por eso, aquí va mi pequeño consejo: a la mierda lo que dice el resto, si tú estás enamorado de ella, díselo. Vivid la vida, vosotros que sois jóvenes, perder el tiempo en otras personas es el error más grande que puedes cometer.

—Lo intentaré, sabes que Astrid es cabezota.

Se ríe.

—Demuéstrale lo que sientes, ninguna mujer se puede resistir a eso.

—Aún tengo que pagar los libros.
Bertha se encoge de hombros y dice:
—Dile a Astrid que es un regalo de mi parte.

Astrid



La tercera tumbona del lado izquierdo de la piscina.

Decía el mensaje que recibí esta mañana.

¿Estará allí? ¿Me está esperando? ¿Observando? ¿Sabe quién soy?

En cuanto estaciono a Chiquito en el aparcamiento de empleados del hotel, camino con prisas por los corredores, sin saber a qué estoy yendo allí.

Me cruzo a Liana, desde hace varias semanas no conversamos y puedo ver en su postura y en sus ojos la incomodidad que le provoco cuando estamos cerca.

Suelta unas palabras para saludarme, pero las ignoro y sigo mi camino. Estoy intentando darme prioridad cuando se trata de personas que me dañan y Liana no hizo más que herirme todo este tiempo, no solo eso, sino que ella desconfió de mí, de mis intenciones, sabiendo qué tipo de mujer soy.

Yo no hago favores, no actúo de esa manera, a pesar de que mi situación terminó siendo algo parecido, debo admitir que sí siento cosas por Blas, que son *muy reales y muy disruptivas.* Pero no tiene nada que ver con cómo se comportó ella conmigo al principio, y no olvidemos ese pequeño cuchillo que me clavó por la espalda.

Atravieso el vestíbulo volando, Malia está conversando con un señor y me saluda con una sonrisa que luego se transforma en algo preocupado.

Debo parecer una neurótica caminando por el hotel.

Cálmate.

Él no está ahí, respira.

Cuando salgo a la piscina, casi ningún huésped está a la vista, es demasiado temprano para algunos, pero sí está Shean, uno de los muchachos que organiza todas las cosas relacionadas al exterior del hotel y me saluda cordialmente.

Mientras le pregunto cómo está, escaneo con mis ojos las tumbonas y veo, tal como dijo, sobre una hay un paquete.

Mi corazón parece desbocarse y miro a mi alrededor, buscando una pista, un susurro que me diga quién es.

Cuando levanto el paquete, siento su peso sobre mis manos y miro el papel que prolijamente lo envuelve, uno de rayas celestes y blancas muy delicadas.

— Oh —dice Shean—, lo dejé ahí por si algún huésped lo había olvidado.

—Lo llevaré a objetos perdidos, gracias, Shean. —Mientes, mientes todo el tiempo.

Siento que llevo una bomba bajo mi brazo, lista para explotar y dejarme expuesta ante el mundo. Cierro la puerta con un golpe rápido y respiro hondo, como si eso calmara el repiqueteo en mi pecho. Antes de llegar al escritorio, mis dedos ya están rasgando el papel, con la misma urgencia infantil de un cumpleaños.

La portada de Cartas de amor a un desconocido aparece frente a mí, un cuadro perfecto de tinta y diseño que no sé si quiero contemplar o esconder. Mi corazón da un salto al verlo, como si las letras fuesen un reflejo directo de mis pensamientos más ocultos.

Me dejo caer en la silla, sosteniéndolo entre las manos, recorriendo las letras del título con la yema de los dedos. El aroma a libro nuevo envuelve mis sentidos y, por un instante, cierro los ojos. Ahí está él, el Desconocido, como siempre, en mi mente.

«Esto es ridículo», me digo, pero la duda ya está ahí, pulsando en mi cabeza. Con mi madre en el hotel sembrando caos, Blas ausente por dos días y mis conversaciones nocturnas con el Desconocido reducidas a respuestas cortas y cansadas, todo se

siente extraño. Como si mi vida estuviera en pausa, pero el resto del mundo avanzara a toda velocidad.

Deslizo las páginas rápidamente, las palabras transformándose en una especie de animación caótica frente a mí. «¿Qué estoy haciendo?» me pregunto, y me detengo. La lealtad, esa molesta sensación, está ahí otra vez, como un dedo acusador.

Mis pensamientos no se detienen. ¿Es normal que me sienta así? Traicionera, casi culpable, por sentir algo por Blas mientras tengo un vínculo con un hombre al que ni siquiera conozco.

Cierro el libro de golpe y apoyo la frente sobre él, dejando que el frío del papel me calme. Durante meses, el Desconocido ha sido una constante. Compartimos cosas que jamás he compartido con nadie. Sus miedos, sus secretos, se han convertido en algo que guardo como propio. Es más que un amigo, más que un extraño.

El móvil suena:

Comenzaré a leerlo esta noche, espero que tengas tiempo tú también.

Gracias, el libro es hermoso.

Tu espíritu es hermoso, Desconocida.

Me siento casi desplomándome y suspiro.

¿Qué estoy haciendo?



Encuentro a mi madre charlando con Blas cerca de la piscina como si fuese otro evento social donde triunfa su personalidad, ella lleva un vestido blanco que cubre su cuerpo hasta los tobillos, sombrero y gafas de sol de diva de Hollywood.

Blas, por otro lado, lleva una simple camisa… *hawaiana.*

Uno mis cejas en confusión y froto mis ojos, una, dos, tres veces ante la imagen inesperada que tengo delante.

Si, sigue siendo hawaiana.

El hombre que prometió solemnemente que jamás sucumbiría a la moda del estampado floral, está paseándose con una camisa que podría tranquilamente usar Ace Ventura.

¿Qué pasó con aquel juramento de guardar lealtad a su colección de trajes monocromáticos? Ahora parece que se ha convertido en un embajador no oficial de la estética tropical.

Flores blancas brotan en un estampado azul profundo y me pregunto, mientras intento contener una risita, si las gafas de sol son su intento de añadir un poco de sobriedad a su grito de rebeldía textil.

Es gracioso cómo una prenda puede transformar tanto a una persona. Blas se ve accesible y sonriente, y, aunque no quiero admitirlo, sexy como el demonio. Parece que la camisa le ha dado un pase hacia la libertad y, la verdad, no puedo evitar sentir un poco de envidia por esa despreocupación estampada.

Quisiera sentir esa libertad, pero mental.

Camino hacia ellos con una sonrisa maliciosa y le digo:

—¿Cuándo comienza la clase de surf?

—Cuando estés lista para dármela, Astrid. —responde con un tono que suena íntimo y no apropiado para que mi madre lo escuche.

Detrás de él viene Kai y lo señalo.

—Puedes pedírselo a él.

Blas pone los ojos sobre Kai, que camina con su traje de neopreno y unos niños que lo siguen después de una clase, y pareciera que toda la gracia que traía se borra de golpe.

—Hija, estaba hablando con Blas sobre un tema muy interesante. ¡Resulta que tenemos conocidos en común! Le dije que la próxima vez que vaya a Manhattan, sí o sí, tenemos que vernos.

Miro a mi madre, pero toda mi atención está en los ojos de Blas atentamente sobre mí.

—¿Cuándo volverás a Manhattan? —pregunto sintiéndome inesperadamente decepcionada.

Es mi madre quien contesta, sin comprender el peso de sus palabras sobre mí:

—Cuando venda el hotel.

Claro, este fue su plan desde el comienzo, vender el hotel. ¿Cómo lo he podido olvidar? Lo mencionó al menos cien veces cuando llegó.

Sin embargo, la sensación de traición sale a la superficie y no puedo suprimirla, aunque sé que no tengo la razón.

Pero…pero, oh joder Astrid, ¿en qué te has metido?

—Bueno, no está nada dich… —intenta salvar Blas ante la transformación de mi rostro. Pero como una jodida inmadura, levanto la mano para llamar a Kai.

—¡Oye Kai! ¿Tienes un minuto? Necesito hablar sobre el horario del espectáculo de este fin de semana.

—¡Claro! —dice él a medida que se acerca—. Deja que me cambie, te veo en tu despacho.

—Vale. —Sonrío abiertamente y cuando mi sonrisa se traslada a Blas, se vuelve tóxica y rencorosa—. Disculpad, tengo que irme. Mamá, te busco para almorzar, ¿sí?

—Esta bien, hija —responde con cautela, sabe que algo acaba de caerme pesado.

Mi madre no entenderá nada, pero Blas sí, y sus ojos agraviados me siguen mientras me doy media vuelta y me alejo de él.



La puerta se abre justo en el momento en que Kai relata la anécdota de una señora que le ofreció dinero por otros servicios indebidos que el hotel no facilita.

Con lágrimas en los ojos, los dos miramos a Blas, quien camina hacia nosotros, con ese porte y confianza que tiene todo el maldito tiempo, inclusive con una camisa hawaiana.

—Blas —digo inocentemente. No hay inocencia aquí, sé muy bien lo que estoy haciendo y sí, lo hice a propósito—. ¿Puedo ayudarte con algo?

Antes de responder, se sienta en la silla al lado de Kai, apoyando sus codos en el apoyabrazos y, con las puntas de sus dedos, musicaliza el silencio del despacho.

—Solo quería ver cómo iba todo —mira a Kai—. Como dueño del hotel, creo que es importante involucrarme en varios aspectos.

—Claro, tiene sentido —dice Kai tragando incómodamente saliva.

—Proseguid. —Abre sus manos para darnos pie.

Pero el pie se lo quiero meter por el cul…

—Este fin de semana tendremos baile tradicional, sábado y domingo. Kai es el encargado de organizarlo.

—Cuchillos, bailes, surf —enumera Blas, con un tono condescendiente—. Vaya, ¿hay algo que no hagas, Kai?

Oh, joder, Blas está rabioso.

Kai se ríe con más incomodidad que antes.

—Solo intento transmitir la cultura a los turistas, así es como nos conocimos As y yo, me pidió que le enseñara a surfear.

—¿As? Oh, Astrid… Qué despistado.

Lo pateo por debajo de la mesa y Blas deposita sus ojos azabaches sobre mí, que más que negros son rojo fuego.

Está enfadado conmigo y bien merecido lo tengo, por inmadura.

—Y gracias por haberme enseñado.

—Yo solo te mostré lo básico, tú eres una surfista nata.

—Y a mí no me quiere enseñar —dice Blas pretendiendo sentir angustia—, qué feo por tu parte, *As*…

Le sonrío con labios muy muy apretados y entrelazo mis dedos sobre la mesa, respirando profundamente.

—Volviendo al tema…

—¿Por qué no quieres enseñarle? —interrumpe Kai.

¡¿Pero qué mierda es esta?!

—Yo no dije eso, si mal no recuerdo, Blas no quería saber nada del mar.

—Esa es la falacia más grande que escuché en mi vida —dice Blas, actuando horriblemente—. Yo sigo esperando por ti.

¿Quéééé?!

—Astrid… —protesta Kai.

—¡Deja de seguirle el juego! —combato perdiendo la paciencia—. ¿Podemos concentrarnos en el horario?

Por unos gloriosos minutos sin interrupciones, puedo concretar algunas cosas que tenía sueltas con Kai. Hasta él me presenta algunas ideas muy divertidas para entretener al público.

Blas escucha de brazos cruzados, su cara de pocos amigos sigue firme como rulo de estatua.

Por eso sé que, en el momento en que Kai abandone este despacho, tendré que lidiar con un problema que yo misma generé.

—Ok, entonces tenemos el mes resuelto, ¿vendréis a vernos el fin de semana? —pregunta mirándonos a los dos.

Blas espera silenciosamente a que responda.

—Sí, mi madre está aquí, puede que mi padre venga el fin de semana, seguro que querrán ver el espectáculo.

Kai asiente y se levanta.

—¿Usted, señor Henderson Morris?

—No…—dice mirando sus uñas con detenimiento, hasta que lo vuelvo a patear, entonces levanta la mirada y le responde—: No…me lo perdería por nada del mundo.

Kai se retira contento, recuerdo que cuando Bertha estaba aquí, ella no se abría a las propuestas de él cuando eran claramente innovadoras y siempre es importante escuchar la opinión de un oriundo, por eso me parece importante darle oportunidades.

Cuando la puerta se cierra me encuentro con los ojos coléricos e infinitos de Blas Henderson Morris y sé que algo está a punto de ocurrir.

Blas



Sin vueltas.

—¿Jugando sucio, *As*? —suelto lentamente.

—¿Sucio?

—Pretendías darme celos.

Directo.

—Blas, si lo que insinúas es…

—Y lo has logrado, Coral —confieso levantándome lentamente para rodear el escritorio—. Tú y el pequeño Kai parecéis congeniar muy bien.

Giro su silla para dejarla frente a mí.

Sus ojos verdes miran hacia arriba, grandes, inocentes *y míos*.

—Blas… —susurra calmando el tono anterior.

Sujeto su barbilla y bajo hasta besar sus labios territorialmente, borrando la sonrisa que Kai le provocó.

Ella responde a mis besos con gemidos que salen de su garganta. Esos gemidos sacan mi instinto más primitivo y logra que la levante y la siente sobre su escritorio en un movimiento rápido, metiéndome entre sus piernas para que sienta lo que despierta en mí.

—¿Quieres volverme loco, *As*? —susurro sobre sus labios.

—Ya lo estás —dice ella con una sonrisa malvada que hace que aleje todo lo que está en mi camino para acostarla allí y tomar control de su espacio personal.

—Definitivamente juegas sucio, Astrid. —Mi mano recorre su pierna, el estúpido pantalón entre medias hace que quiera arrancarlo con los dientes. Al menos su camisa está accesible y comienzo a desabrochar los botones.

Ella sujeta mis manos para detenerme.

—Podría entrar alguien.

—Joder —gruño besando la poca piel que pude desnudar—, cerraré la puerta.

Camino hacia allí, dando largas zancadas, trabo la puerta y, cuando volteo, ella no está en el escritorio, está de pie a un lado, con sus brazos cruzados y los botones abrochados.

Mierda.

Estoy en problemas.

Resignado y con mis manos en los bolsillos, me acerco hasta dejar un metro entre los dos. De soslayo puedo ver el libro «Cartas de amor a un desconocido» sobre el escritorio, pero no siento que se lo haya dado yo, sino alguien anónimo por mí.

Nos miramos a los ojos durante varios segundos, ninguno dice nada.

—¿Sabías que en Hawái no hay serpientes venenosas? —Mi tono es laxo.

Eso la saca del estado mental en el que estaba y de enfadada pasa a confundida. Esa barrera definitivamente se hizo más baja.

—No lo sabía.

Doy un paso más cerca.

—Por esa razón hay tantas aves en la isla también. —A esta altura estoy sobre ella y levanto su barbilla para mirarla a los ojos—. Lo aprendí en un libro que encontré sobre la isla, ¿sabes por qué lo leo?

—¿Por qué? —susurra mirando mis labios y asechan los de ella.

—Porque tú, querida gerente, has resucitado una curiosidad sobre la isla que enterré hace muchos años —apoyo mis labios sobre ella, apenas haciendo contacto —. Ahora dime, ¿qué ocurre?

—Nada.

—Nada —repito—. ¿Y cómo es que pasamos de estar horizontales sobre el escritorio con mi lengua en el escote de tu

camisa a verticales a un lado de este?

A pesar de que su rostro apunta hacia mí, sus ojos me evitan y no me gusta.

—Es fácil dejarse llevar cuando te olvidas de que no estarás aquí el año que viene.

Si la desviación de su mirada me había molestado, estas palabras terminan de destruirme por completo.

Noté su rostro cuando su madre dijo que iba a vender el hotel y volver a Manhattan. Ese rostro me dio una ilusión muy anormal en mí. Un mensaje de que Astrid quizás sienta algo similar a lo que yo siento.

Con mi pulgar acaricio su mejilla.

—Toda mi vida me preocupé tanto por el futuro, que olvidé cómo vivir en el presente, Coral. No quiero cometer el mismo error esta vez.

Astrid asiente, pero puedo ver la resistencia que está poniendo, tiene miedo y yo también.

Decido darle espacio, quizás necesite digerir lo que acabo de decir, así que dejo un beso en su mejilla y otro en la punta de su nariz. Sin embargo, cuando me alejo, Astrid sostiene mi camisa y me atrae hacia ella, dándome un beso que provoca cada sentido de mí.

Arrastro nuestros cuerpos hacia la pared y la beso fervientemente durante horas, días, una vida entera. Hasta que tomamos aire otra vez.

¿Qué voy a hacer con todo esto que siento? Física y mentalmente hablando.

—Tu madre te está esperando en el restaurante —digo sobre sus labios, dejo algunos besos cuando fallo en el intento de soltarla. Astrid suelta aire y apoya la nuca contra la pared—. Mala pinta, ¿eh?

—No tienes idea, hoy llega mi padre, son una combinación peligrosa.

—Estoy aquí si necesitas desahogarte o, bueno, ya sabes, descontracturarte también. —Guiño un ojo y al fin logro una pequeña sonrisa en su hermoso rostro.

—Ojalá pudiera —se despega de mí, la falta de su calor despierta algo necesitado y demandante—, ¿nos vemos luego?

—Está bien —devuelvo guardando mis manos en los bolsillos, la observo caminar hacia la puerta—. Coral...

—¿Qué? —pregunta sosteniendo la puerta.

—Va en serio lo de las clases de surf.

Ahí está ella, cuando una sonrisa radiante ilumina su rostro.

Joder, esta mujer.



He leído los primeros cuatro capítulos, me gusta la historia, los protagonistas parecen congeniar bien a pesar de ser opuestos.

A mí también, he leído solo tres, pero son suficientes para dejarme pensando en cuánto quiero volver a mi casa y leer hasta que se me caigan los ojos.

¿Mucho trabajo?

Sí, estoy con tareas extracurriculares momentáneamente.

Gran manera de llamar lastres a sus padres sin dar mucha información, querida Astrid.

Le escribo por cuarta vez hoy, ya que casi no puedo interactuar con ella en vivo y en directo, lo hago con el móvil y la observo de lejos, preparando todo para el espectáculo que hay esta noche.

Los huéspedes comienzan a acumularse en la playa con el cielo pintado de tonos vibrantes del atardecer.

Kai y un grupo de hombres y mujeres comienzan a prepararse para el baile hula. Los hombres llevan «malos», una especie de falda tradicional, hechos de hojas, atados a la cintura. Sus torsos desnudos muestran tatuajes tradicionales que serpentean por sus brazos y pechos, narrando historias de su cultura.

Por otro lado, las mujeres, visten faldas llamadas «pa'u», hechas de varias capas de tela vibrante y estampada, que caen en cascada hasta sus tobillos. He visto este baile antes y esas faldas se mueven al ritmo de sus caderas con una gracia hipnótica. Llevan tops de coco y sus cabellos están adornados con flores frescas.

Todos están descalzos, sus pies hundiéndose ligeramente en la arena, lo que les da un firme agarre al suelo.

Camino lentamente entre los huéspedes, hay caras que reconozco, pero ninguna es la que estoy buscando. Cuando finalmente la veo, mi cuerpo reacciona como si hubiesen pasado años. Lleva una corona de flores en su cabeza y se queja cuando su madre la acomoda sobre su pelo.

Se ve jodidamente exquisita y, cuando me doy cuenta, estoy cerca de ella, acariciando disimuladamente su espalda baja a punto de presentarme a sus padres.

Sí, el padre de Astrid está aquí, un hombre serio y claramente engreído. Lo noto en su quijada alta, su mirada controladora y fría observa nuestro alrededor, juzgando todo lo que ocurre, hasta que me paro frente a él.

Digamos que Astrid sacó la altura de su padre, por eso el tipo tiene que arquear el cuello para mirarme.

—Señor Cooper, bienvenido a Maui —digo estrechando su mano.

Su pelo canoso está cuidadosamente cortado, lleva un polo negro y unos pantalones blancos con unas sandalias, se adaptó más rápido que yo.

—Gracias. —Estrecha la mano con fuerza, un pobre intento de querer imponerse—. Tienes un gran hotel.

—Eso es gracias a su hija, que ama este hotel tanto como lo hacía mi abuelo. —Apoyo una mano sobre el hombro de Astrid, el tipo sigue la mirada y no se pierde mi pequeña demostración.

—Que en paz descanse —dice la madre haciendo la señal de la cruz.

La ignoro y deposito los ojos en la mujer que ocupa el noventa por ciento de mi cabeza.

—¿Está todo preparado?

—Sí, comienza a en punto —dice ella con una sonrisa tensa, quizás deba quitar la mano de allí.

Cuando lo hago, parece relajarse y creo que en el fondo me duele. ¿Es esto lo que sentía mi abuelo cuando no podía demostrar el cariño que tenía por Bertha?

—Me gustaría invitarles a una cena después del espectáculo —anuncio mirando a los padres—, tengo una reserva hecha en uno de los restaurantes más prestigiosos de la isla.

Los padres se miran y esbozan una sonrisa.

—Claro —responden los dos con entusiasmo.

Este tipo de gente se comporta igual en todas partes del mundo, lo sé porque yo solía ser así, oportunista.

Bueno, creo que lo sigo siendo.



—Asumo que la temporada baja debe ser estresante para la industria hotelera —dice el señor Cooper moviendo con soberbia la copa de vino francés que yo pagué.

Los cuatro estamos sentados en una mesa exclusiva que pedí para agasajarlos y sí, también ostentar un poco mi posición económica con estos dos. Este es el idioma en el que hablan y resulta que yo sé comunicarme muy bien.

—Hawái casi no tiene temporada baja —explico mientras corto mi pedazo de carne jugoso— y ahora Astrid ha concretado un trato con una compañía de tours para atraer público en el invierno, lo cual es brillante. —Astrid sonríe levemente, está sentada a mi lado, comiendo algo que involucra arroz y atún crudo pero una vez me explico que no era Poke, no lo sé, se me confunden todos los platos de este lugar.

—Qué… pionera, no recuerdo ver tanto entusiasmo en mi compañía.

—Eso es porque tu compañía es un edificio lleno de robots —responde ella tajante y fría.

¡Auch!

Nunca la escuché hablarle así a nadie.

—¿Disculpa?

—Esta ensalada es maravillosa —interrumpe la madre mirando su tenedor cargado de lechuga, claramente tomando su papel habitual de intermediadora.

—Toda la comida está exquisita en esta isla —dice Astrid intentando recuperar su compostura.

—Ya veo cuánto te gusta —gruñe su padre por lo bajo.

El tenedor de Astrid queda a mitad de camino, pareciera que el tiempo se detiene sobre ella nada más.

Apoyo mi mano en su pierna para distraerla, pero no puedo permitirle que le hable así a su hija.

—Señor Cooper, no recuerdo haberle preguntado a qué se dedica.

—Inversiones internacionales —responde con una sonrisa contenida, claramente disfrutando de la oportunidad de presumir.

—Interesante —replico, cruzando las manos sobre la mesa—. ¿Cómo maneja los riesgos en un campo tan volátil? Con el estado actual de las tensiones geopolíticas y la economía global, imagino que requiere una planificación impecable.

El señor Cooper arquea una ceja, ligeramente desconcertado por mi tono neutral.

—Bueno, ciertamente no es para cualquiera. Treinta años de experiencia ayudan.

Asiento lentamente, como evaluando sus palabras.

—Treinta años... Es admirable mantenerse tanto tiempo en un sector donde un mal cálculo puede costar millones, ¿no cree? Debe de tener nervios de acero.

—Así es —dice con firmeza, como si esperara que ahí terminara la conversación.

—Aunque, claro, los riesgos no solo están en el mercado —añado, inclinándome hacia adelante ligeramente—. También están en cómo esas inversiones afectan comunidades locales,

especialmente en regiones donde la intervención externa no siempre es bien recibida. ¿Cómo maneja esas repercusiones?

Su sonrisa vacila, pero intenta mantener el control.

Astrid me observa con rareza, quizás nunca me escucho hablar en "negocios".

—La clave es trabajar con socios confiables y proyectos con impacto positivo.

—Impacto positivo... —repito, como probando la frase—. Eso suena ideal. Aunque supongo que, con tantos años en el juego, habrá visto casos donde el impacto positivo era más una narrativa que una realidad, ¿me equivoco?

—Eso depende del enfoque —responde, ahora claramente incómodo.

Astrid me da un apretón suave en la mano, como sugiriendo que deje el tema. En lugar de retroceder, le devuelvo un leve toque en la pierna, calmándola.

—Entiendo. Y, dígame, ¿consideraría que los valores éticos de su empresa están por encima de los beneficios económicos?

Su rostro se endurece.

—Siempre hay un equilibrio.

—Claro, el equilibrio es clave —digo, inclinándome de nuevo en mi asiento con una pequeña sonrisa—. Después de todo, el éxito de treinta años no es solo cuestión de ganancias, sino de mantener la confianza de todos los involucrados, ¿no?

El tipo guarda silencio por un momento, consciente de que cualquier respuesta lo expone a más cuestionamientos.

—Astrid —Margaret vuelve a intentar rescatar la conversación—, cuéntanos cuáles son los planes para el resto del año.

—Bueno —responde ella moviéndose en el asiento incómodamente, mi mano sigue en su pierna protectoramente, no me gusta cómo la tratan—, aún quedan los meses de verano, que son los más activos.

—Hablo de tu vida, hija, no del trabajo.

—Oh, ¿a qué te refieres con planes?

Margaret busca complicidad en la mesa, con una sonrisa tensa.

—Pues, no lo sé, tu vida solía ser muy ajetreada cuando vivías en San Diego.

—Aquí la vida es diferente.

—¿Y qué haces cuando no trabajas? ¿Has conocido a alguien? ¿Algún pretendiente en camino?

—No.

—Bueno, recuerda que la juventud eventualmente se escapa, ya tienes veintisiete años.

Astrid parece hundirse en la silla, toda su confianza y alegría parecen ser succionadas por las palabras de esta mujer.

—Margaret, creí que tenías una mente más jovial que esa.

Directo al blanco.

Ella comienza a reírse nerviosamente.

—Tienes razón, a veces me dejo guiar por modas del pasado. Hija, tú haz lo que quieras, aquí nadie te presiona —comenta falsamente.

¿Por qué estas personas atacan constantemente a su hija?

¿Y por qué estoy desesperado por proteger a mi gerente?

Astrid



Nunca me sentí protegida por mis padres. Desde niña recuerdo que, más que como hija, me sentía trofeo, una moneda de cambio, algo que les daba estatus.

Si eras bonita, ya tenías medio camino ganado; si a eso le sumabas éxito (no tuyo, sino el de tu pareja, claro), casi llegabas a la meta de ser la hija perfecta.

En el instituto era una alumna que siempre sacaba buenas notas, obviamente hice todo lo que una hija obediente debía ser.

Femenina, bonita, simpática y complaciente.

Me esforcé tanto por seguir sus estándares perfectos que olvidé quién era, a dónde pertenecía, qué quería en verdad en mi vida.

¿Quería casarme con alguien por quien no sentía nada?

¿Quería sacrificar mi vida por un trabajo que no me devolvía ningún tipo de realización personal?

¿A qué vine a este mundo entonces? ¿Es una pregunta que se hace todo el mundo o solo las personas que están aburridas?

Secretamente, le agradezco a Clayton por abrir mis ojos, hacerme ver que esa vida no era más que un calabozo bonito y, fundamentalmente, la única opción que tenía.

Cuando realmente piensas en que los minutos de tu vida transcurren y no tienes manera de recuperarlos, es fácil comenzar a tomar decisiones que tengan un solo objetivo: tu felicidad y contento en vez del de los demás, ¿no?

Eso creí haberlo cementado en mi cerebro en el momento en que puse un pie en la isla, por eso es por lo que me enfado conmigo misma por estar derramando lágrimas mientras conduzco en el camino oscuro que me lleva a mi casa después de una cena con mis padres. Solo puedo ver lo que las luces del coche iluminan delante de mí y el coche que viene justo detrás.

¿Por qué dejo que estas personas sigan teniendo poder sobre mí? Supongo que no es tan fácil desprenderme de ellos como si tuviera un interruptor de encendido y apagado.

No veo la hora de llegar a casa, coger el libro y escaparme un poco de todo esto.

Cuando subo a la entrada de la casa de la señora Kane, esquivo un coche que no reconozco que está aparcado en la puerta. Puedo ver que la luz de la cocina está encendida, ella y un hombre mayor están sentados en la mesa, conversando entre carcajadas, eso me hace feliz durante unos segundos, hasta que noto que el coche que venía detrás de mí estaciona en la calle.

Cuando apaga las luces, veo la figura alta que baja con elegancia y camina hacia Chiquito.

Por alguna razón quiero llorar cuando lo veo atravesar la entrada.

—Solo quiero saber cómo estás —dice al ver mi sobresalto.

No puedo explicar todo lo que siento de golpe cuando lo tengo delante de mí, pero es como si pudiera respirar otra vez.

Apoyo mi rostro sobre su pecho y me rompo en mil pedazos.



Nunca advertí lo pequeña que era la casa hasta que Blas Henderson Morris puso un pie en ella.

Simplemente no entra.

Es Gandalf en la casa de Frodo.

El gigante está en la cocina, buscando restringidamente un vaso de agua y todo le queda incómodo, bajo o pequeño; por supuesto,

no se queja al respecto, porque tiene una mujer a menos de cinco metros que se suena los mocos después de un llanto un poco dramático.

Es un hombre inteligente.

Se sienta en mi cama, ocupando el lado izquierdo que siempre está vacío, mientras lo deja entre mis manos y me mira con preocupación.

Yo, por otro lado, miro sus pies descalzos sobresaliendo del borde de la cama.

Es cómico.

—Ya no lloraré más, no te preocupes.

—Te olvidas cuánto me gusta mirar tus ojos cuando están mojados, Coral. —Se acuesta a mi lado y cuando termino de beber agua, me recuesto sobre su pecho.

Identifico su olor inmediatamente, indescriptible y tan propio de él que hace que me sienta segura y resguardada.

Y no creí necesitar esa sensación hasta ahora que finalmente la tengo conmigo.

Envuelve mi cuerpo con sus brazos anchos y apoya su barbilla en mi cabeza. El gesto es más íntimo que la sesión de sexo frenético que tuvimos en su coche.

—Me seguiste todo el camino hasta aquí —susurro.

Solo está encendida la luz de la cocina, pero esa luz se derrama por toda la casita, tenuemente, dándonos el ambiente que necesitaba.

Silencioso y pacífico.

—Dicho así, suena a desquiciado, pero, no quería volver al hotel sin saber cómo estabas, evidentemente hice bien.

—No supe cuánto necesitaba verte hasta que te vi caminar por la entrada.

Su mano juega con mi pelo, deja un beso en mi frente.

—Espero que no hayas olvidado todo lo que has construido y evolucionado estos años por un par de comentarios agrios.

Me avergüenza decir que sí me he olvidado.

—Es fácil olvidar todo cuando los que te lastiman son tus familiares.

El pecho de Blas se infla, haciendo que mi cabeza suba y baje cuando suelta aire lentamente. Ahora entiendo lo que sintió el doctor Grant en Parque Jurásico cuando escucha la respiración de un dinosaurio.

—Lo sé, pero por eso estoy aquí, para recordarte que eres una mujer increíble, audaz, humilde y hermosa.

Levanto la cabeza, solo para mirarle a los ojos infinitos.

—Te faltó cabezota, sensible…

—Brillante, honesta, altruista… —interrumpe.

—Desequilibrada, inquieta…

—Mía —susurra con determinación, haciendo que el juego termine. Hay una ternura casi palpable que suaviza los bordes de sus ojos, esos ojos que solían ser fríos y vacíos ahora parecen llenos de cariño.

Nadie me miró así, nunca, y el miedo toma control de mí, porque el hombre que me tiene rodeada en mi cama es mi jefe, el mismo que odiaba a la isla, a Chester y al hotel.

Pero ahora…

—No creí que fueras un hombre posesivo, Blas —señalo con una media sonrisa.

—Yo tampoco —admite con inquietud más para él que para mí.

Mi sonrisa se aplaca.

—Eres mi jefe —lo digo casi como un mantra, tratando de recordármelo a mí misma tanto como a él. Mi voz tiembla, apenas un susurro entre nosotros.

Blas no responde de inmediato. Su mano grande y cálida rodea mi rostro, como si el mundo entero pudiera detenerse en ese simple gesto. Sus dedos rozan mi piel con una ternura devastadora, y mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede sentirlo. Sus ojos, oscuros y cargados de emoción, se clavan en mis labios, haciéndome olvidar por un instante qué es lo correcto.

—No —murmura, su voz ronca, llena de algo más profundo que deseo. Su mirada sube hasta la mía, y lo que veo en sus ojos me desarma por completo—. No soy tu jefe, Astrid. Soy un hombre. Un hombre que siente cosas que no puedo controlar, cosas que ni siquiera sabía que existían —continúa, tragando saliva como si

luchara por mantener el control que claramente ha perdido—. Y no quiero… —Su voz se ahoga por un segundo, pero no aparta la mirada—. No quiero dejar de sentir esto.

Su confesión queda suspendida en el aire, tan pesada como el silencio que nos envuelve. El calor de su palma en mi mejilla, su proximidad, el latido furioso de mi propio corazón… Todo se une en un instante que se graba en mi memoria como una marca imborrable.

Yo tampoco, quiero gritar.

Quizás mi posición ahora está comprometida, quizás no tiene sentido abandonar esto que estoy sintiendo por el nieto de Chester. Claro, así debo pensarlo, el nieto de Chester, no mi jefe, no el Dementor. Pero ¿qué ocurrirá cuando venda el hotel y se mude de vuelta a Manhattan? ¿En qué condiciones terminará mi corazón si lo veo partir?

Todas esas dudas se borran de mi mente cuando lo veo tan vulnerable, sosteniéndome con fuerza contra su pecho.

—Yo tampoco. —finalmente confieso.

Blas parece aliviado después de mi confesión, la tensión en su cuerpo desaparece y cuando sus labios se apoyan en los míos, tomamos aire profundamente como si un shock de electricidad se hubiera disparado por nuestros rostros.

En los siguientes segundos, el cuerpo pesado de Blas está sobre mí. No hay espacio ni para el aire entre los dos. La forma en que me rodea es como mi lugar secreto, mi cueva donde puedo permitirme sentir todo lo que siento por él.

—Creí que iba a matar a tu padre hoy —confiesa acariciando mi cuello con su nariz—, no puedo soportar que te hable así.

—Conozco la sensación.

—No deberías —su boca se arrastra por mi mejilla—, deberían alabarte, enorgullecerse por tener una hija como tú.

No llores…

No llores, por Dios te lo pido.

No importa cuánto lo repita, mis ojos me traicionan y comienzan a acumularse las lágrimas que quiero reprimir.

Blas no las menciona, pero las besa y me rodea con más fuerza.

—¿Tus padres son así también? —susurro la pregunta que siempre me hice.

No está bien comparar la familia con otra, cada casa es un mundo aparte, pero es una pregunta que me he hecho mil veces.

—Para que fueran así tendrían que prestarme atención —se ríe con sarcasmo—. Ven, déjame meterte en la cama, puedo ver el sueño en tus ojos.

Luchando con el peso de mi cuerpo, aleja las sábanas hasta cubrirme.

—¿Y tú? —pregunto con un poco de vergüenza.

—¿Yo qué?

—¿Dormirás conmigo?

Eso lo detiene y me mira a los ojos, quizás buscando un chiste.

—¿Quieres que duerma contigo?

—Más que nada.

Blas



Me despierto con la sensación de estar en mi hogar.

Un cuerpo tibio está a mi lado y me aferro fuertemente con el brazo y la pierna. El perfume de coco me recuerda que estoy en casa de Astrid.

La silueta de su cuerpo se moldea a la perfección con la mía, encendiendo una llamarada de deseo en el fondo de mi ser. La urgencia, profunda y pulsante, de perderme en ella.

Entierro mi nariz en su cuello para sentir su olor dulce y tropical y memorizarlo. Las puntas de mis dedos se aferran a su cadera, y cuando las mueve levemente hacia atrás, sé que ella me desea tanto como yo.

Mis labios recorren su hombro desnudo, su camiseta sin mangas está toda enrollada en su estómago y la levanto para mover mi mano debajo de ella hasta tocar sus pechos.

Tiernos y maleables.

Perfectos para el tamaño de mi mano.

El gemido que sale de ella, dormido y profundo y la manera en que arquea su espalda despeja el poco sueño que quedaba en mí.

La noche está cerrada y los sonidos de los grillos fuera de esta cabaña son ensordecedores; pareciera que estamos en una carpa en medio de la jungla.

Gruño en su oído cuando apoyo mi polla en su culo, dejándola sentir cómo me tiene.

—Joder —susurro al deslizar mi mano en la curva hermosa de su trasero—. Dime que estás despierta.

—Aha —suspira cuando mi mano avanza de su trasero a su coño.

—Estás empapada.

—Lo sé. —Puedo imaginar su sonrisa.

Aparto su braga para introducir mi dedo y cuando siento su humedad, muerdo su oreja, restringiendo en mí el neandertal que quiere poseerla.

—Quiero… Joder, *necesito* follarte hasta que no puedas usar tus piernas, Coral.

Astrid voltea quitando mi mano de su coño, solo veo la silueta de ella y la necesidad de encender la luz para verla palpitar.

Sus manos me incentivan a escalar sobre ella y cuando la beso, lo hago descaradamente.

Mi lengua y su lengua se mueven burdamente, con fuego y sin restricción.

Me siento un animal cuando despedazo su braga y ella baja mis pantalones hasta dejarlos por debajo de mi culo.

—Hazlo, Blas, fóllame como quieres hacerlo.

—¿Estás segura de lo que estas pidiendo, Coral? Porque no estaba bromeando antes.

En respuesta ella me besa con ardor y yo me entierro en ella sin titubeo, sintiendo todo su calor alrededor de mi polla. Gruño entre mis dientes para no correrme inmediatamente.

Estar entre sus piernas y sobre ella se siente dominante, parece que mi cuerpo necesita reclamarla a como dé manera.

Mis embestidas la ponen delirante, la cama golpea contra la pared y por un segundo creo que terminaremos en el suelo.

Los gemidos de Astrid resuenan en la casa volviéndome loco, levanto una de sus piernas para apoyarla sobre mi hombro y empujo con más fuerza, más profundo y animal.

Esta mujer enciende en mí un tumulto de emociones explosivas y ardientes, que claman con urgencia ser saciadas.

—Este coño me pertenece, Astrid, ¿lo entiendes? — Meto dos dedos en su boca y al verla chuparlos entro en un delirio abrumador,

pero debo recordarme por qué hice esto, por eso los bajo hasta tocar su coño y jugar con ese nudo de nervios que tanto me gusta.

—¡Sí, Blas! —grita, su cuerpo totalmente a mi merced.

Cambio su posición para dejarla en cuatro.

—Sujétate del respaldo de la cama, Coral —Mi lengua recorre su culo, mis manos anclan su cadera.

Cuando me introduzco en ella puedo hacerlo hasta donde quiero, y gimo mirando al techo al sentir la tibieza a mi alrededor.

—¡Joder! —grita recibiendo mis embestidas.

—Córrete gritando el nombre de tu jefe, Gerente —ordeno hincando mis dedos en su cadera, mis embestidas descontroladas.

Y eso hace, tan fuerte y descomunal que no hay manera que no la haya escuchado su vecina, su coño me exprime y estruja con pulsos que acompañan sus gritos y me dejo correr en ella, llenándola con mi placer, imprimiéndome en ella, en la mujer que necesito en mi vida, los segundos de éxtasis flotan en el aire entre los dos y yo sigo aferrándome con fuerza.

Es más…

No creo que pueda soltarla nunca más.



Astrid recuesta la tabla de surf sobre la fina arena de la playa y, con una sonrisa traviesa, comienza a explicarme los fundamentos del surf como si fueran las reglas más importantes del mundo.

—Primero, Blas, nunca le des la espalda al océano —dice, señalando las olas que rompen con un estruendo constante.

El aire salado llena mis pulmones mientras ella, con gestos exagerados y una sonrisa que me estupidiza, imita la postura correcta para ponerse de pie sobre la tabla.

—Es como bailar salsa con el agua; solo sigue el ritmo de las olas —comenta al acostarse y levantarse rápidamente—. Fíjate que los pies estén bien posicionados, ¿vale?

—No, ¿tengo que bailar salsa sobre la tabla?

Ella se ríe y me coge de la mano para llevarme hasta la tabla, en esos pocos segundos que la tengo sujeta, entrelazo nuestros dedos disimuladamente hasta que me suelta y vuelve a explicarme todo otra vez.

Me distraigo rápido con esta mujer, ella habla y yo simplemente estoy embobado perdiendo el hilo de lo que dice. Es mejor que comience a prestar atención antes de que renuncie a su intento de enseñarme.

No sé cuántas veces me acuesto en la tabla y me levanto rápidamente para estabilizarme, pero en todas me siento ridículo.

—Mantén las rodillas ligeramente flexionadas y el cuerpo centrado. La mirada debe estar al frente, no en tus pies.

—Recuerda estas indicaciones cuando te folle en cuatro…*otra vez* —respondo levantando la mirada justo cuando veo un grupo de nativos caminar hacia nosotros.

Espero lo peor, comentarios, burlas, mi cuerpo se tensa y se prepara cuando uno de ellos dice:

—¡Lo harás genial hombre, ve al agua y experimenta el surf de primera mano!

—No sé si estoy listo —admito bajándome de la tabla.

—Nadie lo está la primera vez —dice otro—, es cuestión de ensayo y error, ¡buena suerte!

—Gracias —respondo extrañado mientras los observo irse.

Cuando vuelvo a mi sexy instructora pongo los ojos en blanco al verla sonreír.

—¡Al agua!

Mientras avanzo hacia las olas, el agua se siente fría sobre mi piel por haber estado tanto tiempo bajo el sol, me salpica las piernas, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo. A pesar del nerviosismo, una vez sobre la tabla, la tensión se transforma en una concentración pura. Sigo remando con mis brazos, recordando cada consejo que Astrid me ha dado. Cuando siento la primera ola elevar la parte trasera de la tabla, mi corazón se dispara con una mezcla de desconfianza y emoción.

En ese instante crucial, me impulso a ponerme de pie. Es un torbellino de movimiento: mis manos empujan, mis pies buscan su lugar y, de repente, estoy de pie. El viento me golpea el rostro, y por un milagroso momento, fluyo con la ola.

Puedo escuchar los gritos de aliento de Astrid hacia un costado, pero mi concentración está puesta en el movimiento.

Sin embargo, tan rápido como viene, el equilibrio se pierde y caigo al agua, soltando una carcajada al ser engullido por la ola. A pesar de la caída, el entusiasmo me burbujea por dentro. Cada ola que me devuelve a la orilla solo aviva mi deseo de atrapar la siguiente, de volver a sentir esa libertad fugaz, pero intensa.

Me siento en la tabla, buscando recuperar el aire y escucho a Astrid acercarse en la de ella, sonriendo más que yo.

—¡Has estado extraordinario! —dice levantando su mano para chocarla conmigo.

—Me siento increíble —confieso—, quiero hacer esto todo el maldito día.

—Ahora me entiendes más que ayer.

—Lo que no entiendo es cómo puedes estar cerca del mar en el hotel y no querer tirarte.

—Es que tengo un jefe que controla todo lo que hago.

Le tiro agua directo al rostro y ella se cubre, gritando y sonriendo.



Astrid mira su reloj digital cuando caminamos por la arena con la tabla bajo el brazo.

—¡Joder! —maldice, y al llegar a nuestro espacio, se seca con la toalla rápidamente.

—¿Qué te ha picado? —me burlo.

—¡He quedado con mis padres esta tarde! Vuelan de regreso esta noche y les prometí verlos una vez más.

Ignoro la desilusión de dejar de pasar este día con ella; sin embargo, no puedo quejarme, haber pasado la noche en su casa y despertar y follar al menos cuatro veces fue una de las pocas cosas buenas que me ocurrieron en los últimos años.

—Te llevo —devuelvo secándome.

Eso la detiene.

—¿Y llegar juntos al hotel un domingo?

—Oh, cierto, bueno, supongo que tengo que hacer tiempo entonces… —Miro a mi alrededor y cuando pienso en volver a mi aburrida habitación de hotel, me deprime—. ¿Sabes qué? Yo me quedaré un rato más.

Astrid detiene todo.

—¿En serio?

—Sí, ¿qué tiene de raro?

—Nada —responde con su media sonrisa de siempre, sube sus shorts y coloca su camiseta de cualquier manera—, me alegra verte cómodo en la playa, eso es todo.

Esa es la palabra, *cómodo*.

—Tú me haces sentir así, Coral, no la playa.



He llegado al capítulo cincuenta, finalmente Cameron encontró las cartas de Abigail.

Me gusta cuando leyó la primera e inmediatamente supo que era ella en base a los sentimientos que describe en sus cartas.

Debo admitir que sentí un poco de emoción al ver que sus sentimientos fueron escuchados. Pobre mujer, tenía todo embotellado.

Las palabras muchas veces son sanadoras, creo que no somos conscientes del poder que tienen cuando verbalizamos sentimientos y sensaciones.

Creo que tienes razón, he estado practicando esto de exponer ciertos pensamientos ocultos y definitivamente me siento más liviano. ¿Crees que Cameron le dirá quién es en algún momento?

Si no lo hace, me enfadaré con la autora.

Astrid



No puedo creer que ya hayan pasado dos meses desde que mis padres estuvieron aquí. En su presencia, parecía que el tiempo se alargaba tortuosamente como un chicle, pero ahora todo comienza a moverse a cámara rápida, considerando que la temporada alta ya comenzó y el hotel está completamente reservado hasta diciembre.

Pestañear rápido es un peligro, puede que pasen veinticuatro horas.

Me estiro en la cama, disfrutando de los últimos minutos de pereza. Los cantos de los pájaros se filtran por la ventana entreabierta, logrando que sonría levemente, hasta que siento algo raro en mi cuerpo.

No, no raro. Algo que reconozco muy bien, algo que baja.

Salgo disparada de la cama y aparto las sábanas de un tirón.

—¡Joder! ¡¿Por qué siempre tengo que usar sábanas blancas cuando me va a venir el periodo?!

Las arranco rápidamente y corro a la lavadora. Esto retrasa toda mi rutina del día, haciendo que llegue tarde al trabajo, que es el equivalente a querer morir.

En el hotel encuentro a Malia y Simón discutiendo en la recepción.

Aparentemente, Simón no espera a que Malia llegue para irse y eso hace que Malia siempre tenga que llegar más temprano para cubrir la recepción. Los llevo a los dos a mi despacho para solucionar

esto y, después de una hora de gritos, encontramos un punto medio, pero la tensión entre ellos es palpable y disruptiva.

Tendré que hacer algo, quizás pueda hablar con Blas, escuchar su consejo, probablemente arcaico, que haga que me decida por lo que mi sexto sentido advierte.

Como todos los días, cambio las flores del altar de Chester, le dejo un saludo y me cruzo al despacho de Blas.

Sonrío al sujetar el picaporte, este último mes ha sido más que revelador. Blas no es solo sexy e insaciable, es dulce y cuidadoso, es atento a mis necesidades, mi humor y cuando me siente desbalanceada hace lo posible para volverme a centrar, haciendo que suspire cuando pienso en él y que me sienta emocionada por verlo todos los días.

El Desconocido, por otro lado, ha sido mi compañero de lectura todo este tiempo, dijo que el libro era más romántico de lo que esperaba, pero que lo disfrutó porque puede empatizar. Aparentemente, hay alguien que ocupa un espacio en su corazón, pero no quiere decirme quién es.

Me siento mal por sentirme un poquito celosa al respecto, pero me hace feliz saber que él también está experimentando cosas como las que yo estoy experimentando con Blas.

Cosas que deje de pelear hace un tiempo ya.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, el móvil comienza a sonar y al ver el nombre de Malia, atiendo inmediatamente.

—Astrid tenemos una emergencia, hay una fuga de agua en el sótano.



El sótano es la parte más oscura y siniestra del hotel.

Confirmo que Wally no había mentido cuando dijo que el agua llegaba a los tobillos, así que arremango mi pantalón hasta la rodilla y comienzo a caminar por el lugar.

—Odio este sótano —murmuro sosteniéndome de las paredes. El agua está marrón y no deja ver dónde estoy pisando—. ¡¿Wally?!

—¡Aquí! —escucho el grito al fondo. Wally intenta sellar el caño con lo que tiene a mano, que es básicamente tela y cintas—. No creo que pueda aguantar mucho más.

Sostengo la tela con fuerza e intento encontrar una solución rápida.

—¿Dónde están tus herramientas?

Wally mira sobre su hombro, señala con su barbilla un maletín pequeño apoyado sobre una de las máquinas ruidosas.

En el tiempo que me toma llegar, el agua llega a mis rodillas.

Encuentro masilla y una cinta y cuando vuelvo, le pregunto a Wally si cree que servirá.

Pero antes de que me responda, la rotura del caño se hace más grande y un chorro de agua nos empuja a los dos hasta caer al suelo.

—¡Astrid! —grita Wally—. ¿Estás bien?

—Sí, es solo agua —digo levantándome. Lo primero que agradezco es estar usando un tampón, si no esto se hubiese puesto mucho más engorroso—. Necesitamos cortar el agua, Wally.

—¡Pero el hotel no puede estar sin agua!

—¡Lo sé! Serán unos segundos, hasta que ponga una toalla, algo que…

Una toalla aparece sobre mi hombro y una mano que la estampa con fuerza sobre el caño.

—Wally, ve a buscar a ese maldito fontanero, dile que, si no viene inmediatamente, se olvide de futuros negocios con el hotel. —Blas está detrás de mí sosteniendo la tela con fuerza, el chorro se calma mientras que lo envuelve con una cinta gris hasta generar un tapón provisional.

Wally finalmente da un paso atrás.

—Entendido —grita, y sale corriendo.

—Puedes soltar ya —dice alejándose con cuidado, el agua ha llegado a mis muslos.

—Gracias —retrocedo, y cuando lo miro, está empapado como yo, su pelo negro está pegado a su frente, pero no es lo que más

me preocupa, sino su rostro enfadado.

Oh no, reconozco ese semblante. Es el que me da cuando hago algo improvisado solo por no pedirle ayuda.

—¡¿Por qué no me has llamado?!

—No lo sé, fue todo muy rápido —me defiendo—, vine a ayudar a Wally y…

—Joder Astrid, ven. —Sujeta mi mano y nos movemos hasta subir unos escalones para escaparnos del agua—. ¿Estás bien? Estás empapada.

—Sí, no te preocupes, puedo ir a cambiarme a mi casa.

—No hay tiempo —dice alejando el pelo de su frente, está muy alterado, no puede ser solo por esto, ¿no?

—¿Tiempo para qué?

Sus ojos negros me miran con intranquilidad, casi como pidiendo ayuda.

—Mi padre está aquí y quiere conocerte.



El padre de Blas nos mira de arriba a abajo, su desaprobación es como la de un rey ante sus plebeyos mugrientos.

Sí, no tenemos la mejor apariencia. Mi pelo está empapado, mi maquillaje corrido como si hubiera visto la escena de Bambi y mi camisa pegada a mi piel, transparentando mi sujetador por completo.

Blas da un paso adelante, sus zapatos hacen un ruido chirriante por el agua y me entrega su traje para que cubra la exposición de mi pecho, ahí es cuando noto que lleva puesto su armadura, la camisa está pegada a su piel, su corbata mal puesta. No ha usado el traje desde hace mucho tiempo y no creo que sea casualidad que lo use frente a su padre.

—¿Qué quiere decir «un desperfecto» en el sótano? —pregunta papa Henderson Morris con una irritación que me recuerda al Blas

de principio de año.

—Se ha roto un caño, Astrid estaba intentando repararlo, eso es todo —devuelve mientras suelta el aire de sus pulmones, claramente exasperado por la llegada inesperada (y no alegre) a Lani Vista.

Esta es la primera vez que veo a Walter Henderson Morris, su pelo tiene más canas que color oscuro, pero puedo ver de dónde sacó Blas su quijada perfilada, también la forma en la que frunce su ceño.

Estiro la mano con una sonrisa.

—Astrid Cooper, un placer conocerlo, señor Henderson Morris. —A regañadientes estrecha su mano con la mía, pero luego la limpia en su pantalón negro con muy poco disimulo—. Lamento que haya llegado en un día tan complicado.

—Yo también —responde masajeando sus cejas—, pareciera que este hotel lo están dirigiendo un par de niños.

Los puños de Blas se cierran, su mirada se vuelve fría y desalmada como antes.

—¿Necesitas algo más de la gerente? —remarca Blas—. Estoy seguro de que está ocupada.

Walter resopla y mete las manos en sus bolsillos.

—Mañana tendremos la reunión —dice despidiéndome con una mano en el aire.

—Si es que puede —desafía el hijo y me acompaña hasta la puerta de su despacho—. Ve a cambiarte, no quiero que estés con la ropa mojada —susurra con una mano en mi espalda baja, yo estoy nadando en la tela su traje.

—Pero no puedo irme, tengo que esperar a ver en qué termina todo esto.

—Joder… Bueno, pídele a Malia que te consiga ropa para el resto del día, no quiero que te enfermes. Ve, corre y sálvate, Coral —guiña un ojo y cierra la puerta.



¡Casi se lo dijo! ¡Anoche me desvelé esperando que lo hiciera y no se animó!

Lo sé, maldito cobarde, no entiendo qué le detiene.

Creo que piensa que Abigail aún tiene el corazón herido tras su última ruptura, al menos eso cree, pero Abigail no se siente así, ¡joder, es todo un problema!

¿Qué hemos aprendido hoy? Que la comunicación es clave.

¿Dices que hablando se solucionan todas las cosas? No me lo creo.

En algunos casos, sí.

Blas



Sabía que el destino iba a joderme. Siempre lo hace.

Cuando mi vida empezó a cambiar para bien, cuando descubrí a Astrid y me reencontré con mi abuelo, hubo una parte de mí que no pudo evitar sospechar. Esos picos de felicidad nunca vienen gratis. Raptaba a Astrid de su trabajo con cualquier excusa, buscando perderme en besos interminables en alguna habitación vacía o en un corredor solitario. Todo parecía perfecto, demasiado perfecto. Y, por eso mismo, debí haberlo visto venir.

La revelación llegó esta mañana. Desperté con un mal presentimiento y, como si el universo no pudiera esperar, un mensaje de mi padre apareció en mi teléfono: estaba a una hora de la isla, volando en su avión privado.

Walter Henderson Morris siempre ha tenido un talento especial para atacar cuando su presa se siente segura. Es su don, su legado. Y ahora aquí estoy, lidiando con este hombre al que apenas puedo llamar padre.

Con un traje recién cambiado (el anterior empapado y abandonado en la bañera de mi habitación), me siento incómodo. Odio la rigidez de la camisa y el peso del pantalón largo. ¿Cómo logré usarlos tanto tiempo en esta isla? Aquí, entre el calor y la humedad, parecen una absurda armadura de otro tiempo.

Nos miramos fijamente, él sentado al otro lado de mi escritorio con su postura impecable, y yo en mi sillón, sintiendo que la habitación es más pequeña de lo que recordaba.

—¿A qué se debe esta visita, padre?

El hombre que contribuyó en mi creación me observa detenidamente con ojos negros, iguales a los míos. Probablemente, perciba al mismo hombre que partió de Nueva York todos estos meses atrás, pero estoy lejos de ser la misma persona.

Hoy Blas Henderson Morris usa chanclas, tiene un color bronceado en su piel, usa camisas de manga corta y bañador en un día de diario. También respira profundamente cuando escucha las olas del mar y cuando ve a su gerente.

Nuestro vinculo nunca fue el mejor, pero lo poco que había termino de desaparecer ese día nefasto donde mi retorno de Hawái cambio el rumbo completo de la familia. Creo que no hubo discusión con mi padre donde no trajera a colación que por mi culpa su madre había fallecido.

Y nunca lo contradije, porque sé que tiene razón.

—Le venderás el hotel a Francisco Clear —ordena.

—¿Tu amigo, Francisco Clear? —pregunto con calma mientras junto mis manos sobre el escritorio—. ¿El mismo que fue denunciado por abuso hace un año?

—Oh, eso fue una tontería por una mujer resentida, no debes creer todo lo que lees, Blas, pensé que te había enseñado eso.

—¿Por qué quieres venderle el hotel a él?

Mi padre mira su móvil mientras responde, tiene la misma capacidad de atención que un chico de catorce.

—Le prometió a su esposa un hotel para calmar las aguas después del escándalo. Naturalmente, les hice un favor a los dos. Ya está resuelto, se lo prometí hace dos meses.

Solo imaginarme a Francisco Clear cerca de Astrid hace que se me revuelvan las tripas.

Me recuesto lentamente, viéndolo ignorarme como lo hizo toda la vida. Creo que he visto más su frente por mirar tanto el móvil que sus ojos. Abro un cajón y saco un sobre blanco. Despacio y con paciencia saco de allí lo que necesito y lo dejo prolijamente delante de mi padre.

—¿Qué es esto? —finalmente pregunta soltando el móvil.

—El testamento que dejó el abuelo. ¿Ves aquí? —Señalo con el dedo—. Aquí dice que soy el dueño de este establecimiento en el momento en que cumpla trescientos sesenta y cinco días en este hotel.

—¿Y?

—Y que yo decido a quién coño le venderé el hotel. —Mi tono pasivo-agresivo no lo inhibe, lo sé.

—Este hotel era de mi padre.

—Y ahora es mío —me defiendo.

—Todavía no lo es.

—Es cierto, quedan ciento ochenta y dos días para que eso ocurra.

¿Pero quién está contando?

—¿Qué está ocurriendo? ¿Un poco de poder y ya estás borracho en él, Blas?

—No, padre. Una vez más, soy el arquitecto de mis decisiones, así como hice mi fortuna sin un solo dólar tuyo, ¿lo recuerdas? No dependo de ti, ni respondo a tus ordenes como mis pobres hermanos.

—No son pobres, gracias a mí son millonarios.

En la cuenta de banco, quizás, ¿pero en la vida? Joder, inclusive pienso como ella.

—Gracias al abuelo y su dinero, querrás decir. Aparte, no creo que hayas viajado hasta aquí solo para decirme eso, ¿no? Dime a qué has venido.

Mi padre se sonríe.

—Pero mira que tienes huevos, Blas. He venido a ver en qué estado estaba Lani Vista para cuando Francisco lo reciba, es evidente que necesito a alguien con experiencia aquí antes de que termine de arruinarse la reputación de este hotel.

—Es cierto que carezco de experiencia, pero poseo algo que tú no tienes, padre: humildad. La diferencia entre tú y yo es que yo sé admitir mis limitaciones y reconozco cuándo algo me supera, por eso no dudo en rodearme de gente competente.

—¿Te refieres a la gerente? Vamos, Blas, una cara bonita como esa no tiene idoneidad.

—Desde que implementamos sus ideas, las reservas del hotel han subido un veinte por ciento—explico levantándome del sillón. Si no lee la señal de que tiene que irse de aquí, es ciego—. ¿Hay alguna otra curiosidad que necesitas saciar?

Muerde su mejilla interna, mirando hacia un lado, ha sido derrotado en esta conversación y él lo sabe.

—¿Su casa sigue allí? —pregunta limpiando una pelusa imaginaria de su pantalón.

Su pregunta me descoloca.

—Sí.

—Llévame.



No me gusta tenerlo aquí.

Es como una bacteria contaminando cada rincón de mi espacio más sagrado.

Mi padre mira alrededor, las pertenencias de mi abuelo siguen aquí, no las he movido de lugar todavía.

No tengo el coraje para hacerlo.

—Sí que acumuló cosas en los últimos años —remarca con burla al ver los libros en el suelo apilados hasta casi la altura de mi cadera.

Estoy de brazos cruzados, reclinado sobre el escritorio, deliberadamente ocultando las cartas y las respuestas más íntimas que he escrito alguna vez.

—Probablemente trataba de rellenar el vacío que le dejó la familia —digo con veneno entre mis dientes.

Mi padre levanta la mirada, claramente juzgando mi nueva posición con respecto a mi abuelo. Él nunca tuvo una gran relación con él, por eso mi abuelo era el que siempre iniciaba la interacción con sus nietos. Si fuese por mi padre, probablemente nunca le hubiese conocido la cara.

Con las manos en los bolsillos y una actitud distante, inspecciona todo detenidamente hasta que levanta uno de los portarretratos al lado de la cama. El que eligió es el de mis tres hermanos, yo y mi abuelo en esta misma playa. Los cuatro sonriendo mientras hacíamos un castillo de arena. Recuerdo que la que sacó la foto fue Bertha.

—Siempre tuvo debilidad por vosotros —dice pensativamente mientras mira la imagen—. Si tan solo hubiese sido así cuando era padre.

Mis cejas se unen en confusión.

—¿No era así contigo? —Apoyo mis manos en el escritorio, sujetándome mientras espero la respuesta con ansias.

Mi padre suelta una risa cruel y deja el portarretrato donde estaba.

—¿Cómo crees que logró la fortuna que hizo? Déjame decirte que no fue por pasar tiempo con su familia, eso seguro. —Continúa recorriendo la habitación con su armadura puesta, esa oscura e impenetrable que nunca deja a nadie espiar dentro.

—¿Se lo has reclamado alguna vez?

Mi padre chista por lo bajo.

—Tu abuelo, antes de tener este periodo de «iluminación» —hace comillas en el aire y una expresión de adolescente irritante—, era un necio que no escuchaba a nadie, excepto a sí mismo.

Cuando se detiene a mi lado, por un segundo puedo ver el malestar en sus ojos.

—¿Por qué repetiste la historia, entonces? —suelto la pregunta antes de pensarla bien.

Los dos nos sorprendemos ante mi inesperada flaqueza.

—No conozco otras formas —responde en un tono abochornado, sus ojos sin fondo iguales a los míos miran al suelo para evitar ver el dolor en mí— y ya es muy tarde para cambiar.

—Nunca es tarde —odio cuán desesperada suena mi voz—, el abuelo lo intentó.

—Y mira cómo terminó su vida, solo.

No estaba solo, Bertha lo acompañaba todo ese tiempo.

—Porque fuimos intolerables —combato siguiéndolo por la casa, al llegar al salón, mi padre se detiene.

—¡Él humilló a la familia, a mi madre! —grita.

—¡Su matrimonio estaba muerto hace años! ¡Ella solo se quedó con él por el dinero, por el «qué dirán»!

—¿De dónde has sacado eso?

—¡Ella se lo dijo a él! —grito, los dos perdimos el poco control que teníamos—. El abuelo estaba atrapado en un matrimonio que no tenía solución, y cuando encontró a alguien que sí lo amaba, se dio cuenta de que la vida podría ser diferente. ¿Sabes lo que es? ¿Tener a alguien que te ame incondicionalmente?

Las palabras salen de mi boca, se clavan directamente sobre mi corazón cuando las proceso. Pienso en Astrid y en cuánto llena el vacío instalado en mi pecho, cuánto deseo tenerla conmigo, cuidarla, joder, *amarla*.

—¿Cuándo te enteraste de todo eso, Blas? —pregunta mi padre luego de mi exabrupto.

No quiero mencionar las cartas, pero no tengo opción.

—El abuelo dejó por escrito estas cosas para que las entendiera.

Se ríe.

—Nunca se hizo cargo de su familia o sus errores.

—¿A qué has venido entonces? ¿A reafirmar tus pensamientos o a aprender algo nuevo? Quizás el abuelo te falló como padre, pero no te olvides que tú también nos has fallado a nosotros.

El silencio es ensordecedor, los dos nos observamos con aborrecimiento.

—Os he dado una vida de lujos —dice con dientes apretados.

—Respóndeme algo, ¿los lujos te hicieron olvidar la ausencia de tu padre?

Mi padre se estremece ante mis palabras, físicamente da un paso hacia atrás, como si el balazo hubiera entrado directo entre sus ojos.

—No…

—No —reafirmo—. Lo sé. ¿Sabes por qué lo sé?

Sin palabras, mi padre asiente lentamente.

Espero algo de él, desesperadamente, una respuesta que alivie todos estos años de pena, una confesión, una disculpa, lo que sea.

Sin embargo, dice:

—Ha sido un error venir aquí. —Se gira y camina hacia la puerta.



«Staring At The Sun» de U2 suena en mis auriculares mientras observo el atardecer en la playa, sentado en el borde de una tumbona en la orilla del mar, viendo las olas romperse en mis tobillos.

Pocos huéspedes se quedan a esta hora, la mayoría está en el restaurante, cenando para que sus hijos se vayan a dormir. Solo hay algunas parejas disfrutando de este momento, abrazados y susurrándose palabras tiernas.

Astrid me enseñó a admirar el atardecer, a disfrutarlo como lo hacen sus ojos y, desde que lo he aprendido, no puedo perdérmelo.

La melodía en mis oídos es ligera, pero llena de un anhelo melancólico que parece reflejar la belleza del ocaso. La voz de Bono se eleva y cae, rica en matices y emociones, mientras canta sobre la paradoja de buscar la verdad y la belleza, aunque estas a menudo están fuera de nuestro alcance, casi como intentar mirar directamente al sol sin quedar cegado.

Definitivamente hoy ha sido un día que ha caído sobre mis hombros, como un chorro de agua helada. Todo lo que siempre pesó en mi espalda, vuelve a tener el peso de mil elefantes.

No importa cuánto rasque la herida, parece que no quiere sanar.

El sol se hunde lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos ardientes de naranja y rojo. Tomo aire, pidiéndole a alguna fuerza del más allá que me haga sentir lo mismo que sentí veinticuatro horas atrás, cuando la vida comenzaba a tener sentido otra vez.

La persona que se sienta a mi lado gime al descansar su cuerpo, probablemente por primera vez en el día.

—Recuérdame, ¿por qué me levanté de la cama esta mañana? —pregunta Astrid mirando los últimos vestigios del sol sobre el horizonte.

A pesar de tener los auriculares puedo escucharla, los guardo en el bolsillo del traje antes de responder.

—Me estoy haciendo la misma pregunta —respondo con un tono apagado, no hay fuerzas para fingir el desgaste mental.

Algo debe llamarle la atención, porque aparece frente a mí, agachándose con sus manos en mis rodillas.

—¿Qué ha pasado, Blas?

—Nada —respondo mirando su rostro con detenimiento, muero por acariciarlo, apoyar mi frente sobre la suya, sentir su perfume y suavizarme. Pero no puedo hacer nada de eso aquí.

—Oye —levanta mi barbilla—, dime.

Su toque tan personal me alerta, hace que mire a mi alrededor, en busca de ojos curiosos.

—¿Estás segura de que quieres que te vean tan íntima con el jefe? —pregunto bajando su mano de mi barbilla con cuidado.

Astrid mira mis ojos alternativamente y con preocupación.

—Tú eres más importante que la opinión de alguien que no importa en mi vida.

No sé por qué su respuesta me sorprende tanto. Bueno, en realidad, si lo sé, nadie me ha puesto primero en su vida, nunca. Y ver preocupación, por sobre el miedo a que la gente conozca lo que ocurre entre nosotros, despierta tantas cosas en mi pecho que me siento abrumado por un segundo.

El color de la playa pasa a ser grisáceo, el aire se enfría, pero mi corazón parece calentarse rápidamente.

—Ya se ha ido —cambio de tema—, no debes preocuparte por lidiar con él.

—¿Tan rápido?

—Sí, no tuvimos la mejor de las conversaciones —me río amargamente—. Esto es lo que hace mi padre, viene, irrumpe con la armonía y se va.

—Creo que sé del tema. —Me da la sonrisa más tierna en su repertorio, me inclino sobre ella solo para detenerme y recordar

dónde estamos.

—Joder. Daría mi fortuna por un poco de privacidad en estos momentos —gruño en frustración—. ¿El problema en el sótano…?

—Solucionado —responde—. Los huéspedes afectados fueron reubicados. —De golpe se estremece de dolor, apretando sus ojos por menos de un segundo, alertándome.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué fue eso? —pregunto sosteniendo sus hombros.

—Mis ovarios, no te preocupes, fue un día de mucha acción y eso nunca combina bien con el periodo.

—Pareciera que el día no para de mejorar —digo con sarcasmo, la sonrisa en su rostro me hace sentir instantáneamente mejor—. Déjame cuidarte hoy.

—Blas, tú también has tenido un día de mierda, creo que tendría que ser yo quien te cuide.

No puedo reprimir la media sonrisa engreída porque sé cómo terminará esta noche.

Astrid



En los últimos días de agosto todo cambia cuando Malia me aparta temprano un miércoles por la mañana para enseñarme una foto en su móvil.

Blas sentado en una silla y yo agachada entre sus piernas, mientras intentaba consolarlo después de su pelea con Walter.

Me concentro en los ojos de Blas, que me miran con completa devoción. No lo había notado en ese momento, pero en la foto puedo identificarlo y el estómago reacciona como si hubiera recibido un shock de electricidad.

Nadie me miro así en mi vida.

Yo por el otro lado…demuestro preocupación, mis manos sobre sus rodillas lo sujetan fuertemente y recuerdo como odie verlo afectado por el frio de su padre. Nunca supe que ocurrió entre los dos, pero fue suficiente verlo a Blas así para saber que por el soy capaz de muchas cosas que no creí posibles.

—¿Quién envió esto? —pregunto con mis ojos pegados a la pantalla.

—Está en el grupo del hotel —se acomoda en la silla de mi despacho, incómodamente—, ya sabes, un grupo sin jefes.

—Lo entiendo —digo con una sonrisa cómplice—, fui parte de ese grupo alguna vez.

—Yo... —Malia duda—, yo sentí que tenía que mostrarte esto a pesar de romper la confidencialidad del grupo.

—Gracias, Malia, sabes que eres más amiga que empleada —digo devolviendo el móvil.

—No estás perdiendo la cabeza.

—No.

Su rostro de miedo comienza a transformarse en algo más relajado.

—Entonces… ¿Es verdad? ¿Hay algo entre vosotros? —Sonrío y dejo que mi cuerpo repose en el sillón, mientras suspiro y miro al techo en busca de palabras que expliquen lo que ocurre aquí—. ¡Lo sabía! ¡Ese hombre no oculta lo que siente cuando te mira!

Me río un poco avergonzada.

—Ese día Blas necesitaba un poco de distracción, fue cuando vino su padre y eso le afectó mucho, por eso no me arrepiento de ese momento, él me necesitaba y eso es mucho más importante que la opinión de muchas personas de este lugar.

—¡Bien por ti! —me alienta—, sé que no es ideal la situación, pero si sois felices…

Muerdo mis labios para no sonreír como una niña enamorada del famoso del momento. Es que es imposible no recordar todo lo que pasamos desde ese día.

La cercanía entre los dos es cada vez más fuerte, más profunda y en sintonía.

Aquel día, Blas vino a mi casa una hora después de que yo llegara, cuando abrí la puerta me abrazó y pude sentir en ese abrazo cuánto necesitaba la contención de alguien.

Dormimos abrazados y nos despertamos igual. A partir de entonces, no ha habido un solo día que Blas no venga a dormir conmigo.

—Sí, —apoyo los codos sobre el escritorio—, aunque todavía no estoy lista para hacerlo público.

—Oh, no, lo entiendo, esto muere en mí, yo solo estoy feliz por vosotros, hacéis una pareja adorable.

Pareja.

¿Pareja?

¡¿PAREJA?!

¡¿SOMOS UNA PAREJA?!

Respira, respira Astrid, que todo está bien, ¿cómo quieres llamarle a lo que tenéis? ¿Socios? Vamos, los socios no se meten la lengua hasta la garganta. Sé realista.

—Gracias, ¿te importaría mandarme esta foto? Obviamente, tengo que hablarlo con Blas.

—Claro —dice con el móvil en la mano.

—Háblame de tu madre —digo con interés genuino.

Y Malia relata todo lo que está ocurriendo en su familia. Tenerla de amiga me hace sentir acompañada, es una sensación agradable y no me había dado cuenta cuán necesitada estaba de tener a alguien así en mi vida.

Por eso cuando se le escapan algunas lágrimas, sujetamos nuestras manos por sobre el escritorio y nos apoyamos incondicionalmente.



Decidí esperar hasta la noche para darle la noticia.

Estamos cenando poke hecho por la señora Kane en la pequeña mesa de la cocina (sí, está al tanto de mi situación con Blas, así como yo de la de ella con ese galante que la vuelve loca). La silla es pequeña para Blas, sus rodillas le quedan por encima de la altura del asiento. Está hablando de los números de Lani Vista con orgullo, este verano fue el verano con más reservas en los últimos cinco años.

Aunque todavía no le gusta la idea de tener influencers en el hotel, pero entiende que es algo que funciona.

Apoya el bol en la mesa y cruza sus piernas a la altura de la rodilla.

—Dime qué ocurre.

Levanto la mirada del plato, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Venga, que no solo se me da bien besarte, también sé leerte.

—Es innegable que eres buen besador.

Blas inclina su cabeza en modo de agradecimiento.

—Lo mismo digo de ti, Coral, pero no arrastres esto, dime qué ocurre.

Inspirando aire profundamente, abro el chat con Malia y le muestro la foto.

Blas analiza atentamente la imagen por unos segundos, me pregunto si notara las mismas cosas que yo note al verla; lo acostumbrados que estamos con la presencia del otro, el contacto, la conexión. Luego eleva esos ojos negros que hacen que mis piernas se apisonen con ardor y dice:

—Estás molesta por esta foto, lo entiendo, prometo ser más cuidadoso a partir de ahora, especialmente cuando estemos…

—No estoy molesta —interrumpo su balbuceo nervioso.

—¿No? Pero…

—No, ese día fue difícil para los dos, nos necesitábamos y no me arrepiento de haber ido en tu búsqueda.

Blas abre la boca, pero no salen palabras de allí, creo que esperaba la reacción opuesta a la que estoy dándole.

—Sin embargo, sé cuán importante es tu reputación y créeme que estoy dispuesto a…

—Tú eres más importante y, después de haber pensado esto bien, me doy cuenta de que quizás las opiniones de extraños pesan más en mí que las de las personas cercanas y no es justo para ninguno de los dos.

—Qué quieres decirme, al grano, Astrid. —devuelve el móvil y limpia el sudor de sus manos en su bermuda, nunca lo vi tan intranquilo.

No puedo creer lo que estoy a punto de decir, pero debo escuchar lo que mi corazón dice: no, no dice, *grita.*

—Debo hacer las paces con respecto a que no puedo controlar lo que la gente piense o diga de mí. Alguien me dijo una vez que debo dar lo mejor y, si eso no es suficiente, entonces al menos ya sé que es todo lo que puedo entregar, en este caso es así. Lo que siento ahora por ti es demasiado relevante como para perdérmelo por las opiniones de personas sin vida propia, como dijiste una vez, estoy

intentando vivir el presente sin pensar en el futuro y esa gente no tiene lugar ni determina lo que tengo que sentir o hacer, Blas.

Blas traga saliva duramente, sus ojos no se mueven de los míos escuchándome detenidamente, cada palabra que sale de mi boca.

—¿Estás segura? —La voz de Blas suena grave, casi un susurro, pero llena de preocupación—. Sé cuán injusta puede ser la sociedad con una mujer.

Mi corazón late con fuerza, pero mis palabras no titubean.

—Sí, estoy lista para afrontar lo que sea que venga.

Blas se levanta de golpe, como si mis palabras hubieran encendido algo en su interior. Su mano encuentra la mía y, con un gesto firme pero cuidadoso, me atrae hacia él. Su intensidad me desarma; me siento atrapada en la tormenta que son sus ojos.

Sus manos suben hasta mi rostro, cálidas y seguras, sosteniéndome como si fuera algo frágil y precioso a la vez. Su aliento acaricia mis labios cuando murmura, casi con devoción:

—Haré que valga la pena, Coral, lo prometo.

Mis manos se apoyan en su pecho, sintiendo los latidos fuertes y constantes bajo mi palma.

—Tú vales la pena, Blas Henderson Morris.

Y entonces me besa. Es un beso desesperado, lleno de todo lo que no se ha dicho, de todo lo que tememos perder. Sus labios se mueven sobre los míos con una mezcla perfecta de fuerza y control, un ritmo que parece sincronizarse con el de mi corazón.

Mi espalda choca con la pared más cercana, arrancándome un pequeño jadeo que él aprovecha para profundizar el beso. Sus manos se deslizan por mi cintura, firmes pero tiernas, antes de sujetarme con fuerza y levantarme como si no pesara nada. Mis piernas rodean su cintura instintivamente, aferrándome a él mientras me lleva a la cama sin romper el contacto.

El mundo a nuestro alrededor desaparece. No hay juicios, no hay miedos, solo nosotros, enredados en un momento que promete cambiarlo todo.

Blas



Abuelo:

Después de muchos años puedo decir que he vuelto a ser feliz.

Como te dije en otras cartas, Bertha me dio un consejo que fue muy valioso y fui a por ello.

Astrid y yo estamos juntos, oficialmente juntos, aún no le pusimos etiqueta a la relación y no por falta de ganas de mi parte. Puedo ver que ella aún está dubitativa con respecto a mi posición en Lani Vista y lo comprendo, ni yo sé qué pasará en el futuro, lo único que sé es que mi presente es exactamente como quiero que sea.

Paso más tiempo en su casa que en mi habitación.

Es que se puede volver muy solitario e impersonal una habitación de hotel, ahora entiendo por qué has construido una casa en la azotea de Lani Vista.

El otro día me entró la curiosidad por el nombre de este establecimiento, creo que nunca te había preguntado qué significaba. Tú no haces nada

casualmente, abuelo, ahora sé que Lani significa cielo o paraíso, y debo decirte que las vistas del atardecer son verdaderamente impactantes.

Me gustaría compartirlas con Astrid, despertar con ella y con el sonido del mar, pero entiendo que pueda ser demasiado que durmamos juntos frente a todos los empleados.

Algún día les daremos la noticia, por ahora simplemente no nos esforzamos por ocultarlo.

Durante un tiempo pude vivir en carne y hueso el dolor que tú sentías cuando Bertha intentaba ocultar la relación.

La represión en uno mismo puede parecer soportable, hasta que la intensidad del deseo se hace presente. Sentir la cercanía de Astrid, sin poder extender la mano, sin poder rozar su piel y hallar ese leve contacto, fue una tortura continua.

Totalmente agotador, y ahora te entiendo más que nunca.

Te quiero.

Blas.



Mi relación con el mar ha mejorado casi un cien por ciento.

En vez de salir a correr como hacía al principio, ahora cojo una tabla de surf del hotel y practico toda la mañana.

Hago el ridículo a veces, cayéndome cómicamente, pero según Astrid mejoro «a pasos agigantados», yo le respondí que para ella todo es gigante y me dio una merecida patada en el culo.

Nunca creí que surfear fuese tan divertido y agotador.

—¿Qué tal las olas, señor Henderson Morris? —pregunta el hombre encargado de administrar las tablas para los huéspedes. Está detrás de la caseta donde guarda todo y yo la dejo apoyada en un costado.

—Increíbles, al menos para mí, no estoy listo para algo más grande aún.

—Oh, uno nunca está listo, debería probar, aunque ahora tendrá que esperar hasta el invierno, ¿cómo se ha comportado la tabla?

—Le falta cera —indico arrastrando mi pelo hacia atrás, puedo sentir arena entre mis dedos—, prometo comprarme una pronto.

—No se preocupe, es un placer ayudarle, aparte, nadie quiere las tablas tan temprano, están todos durmiendo.

—Una de las ventajas de venir con A… —Me silencio de golpe cuando casi se me escapa Astrid—. Con el amanecer, bueno, nos vemos mañana.

—¡Adiós!

Joder.

Estaba tan cómodo hablando con él que casi se me escapa.

Camino por el vestíbulo, es verdad que no hay mucha gente y la poca que hay se dirige al restaurante para desayunar.

Yo camino con mi bañador empapado, sobre la alfombra floreada, ignorando a la gente que pasa a mi lado y murmura cosas ilegibles.

—Blas Henderson Morris —escucho en un tono de regaño—, ¿no has visto el cartel que dice explícitamente no entrar mojado al hotel?

Astrid está con las manos en sus caderas, enfadada, pequeña y adorable.

—Supuse que al ser el dueño esas reglas no se aplicaban —respondo caminando hacia ella.

Imágenes de anoche de mi lengua arrastrándose por su cuello aparecen en mi mente, haciendo que quiera gritar como un cavernícola.

—Sí, aplican, esta alfombra tiene muchos años y hay que…

—Cambiarla.

—No es lo que iba a decir.

Miro hacia abajo, su ceño fruncido me encanta, pero lo borro con mi dedo.

—Ven a regañarme a mi habitación, Coral —susurro usando la voz que generalmente la enciende, no tengo que hacer mucho mas que murmurar con un rastro de lujuria en mi voz.

—No puedo, tengo cosas que hacer —devuelve con suficiencia, pero yo sé que está jugando conmigo.

Me acerco a su oído, revisando a mi alrededor que no haya tanta gente mirando.

—Entonces me haré cargo yo solo, en la ducha, cuando me entretenga con mi erección furiosa pensando en cuanto te gusta cuando te meto la lengua entre tus piernas. —Dejo un beso en su cuello y sigo mi camino.

Justo cuando las puertas del ascensor empiezan a cerrarse, una mano se desliza entre ellas en el último instante, deteniendo el avance del metal. Con una sonrisa, extiendo mis brazos, capturando esa mano entre las mías. La atraigo hacia mí, y ella entra en el cubículo, sus ojos chispeantes de sorpresa y anticipación.

En ese confinado espacio, el mundo exterior se desvanece, dejándonos solos en nuestro pequeño universo. Nuestras miradas se entrelazan, y puedo ver el reflejo de mis propios sentimientos en sus ojos. Sin mediar palabra, nos acercamos, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que nuestros alientos se mezclan. Beso a esta persona maravillosa con una intensidad que promete olvidar el mundo, olvidar el tiempo y simplemente perderme en la dulzura de su boca.

En ese momento, entre los suaves ding del ascensor subiendo piso tras piso, nada más importa, excepto quizás…

Cerca de mi piso, oprimo el botón que detiene todo.

—¡Blas! ¿Qué…?

Mi boca la interrumpe, mi polla se apoya en su coño para rozarme contra ella como un lobo en celo y Astrid gime al sentirme tan duro y desesperado por su cuerpo.

Mi pecho desnudo y mojado empapa su camisa hasta transparentar su sujetador blanco de encaje. Joder, sus pechos me vuelven loco…

—Ábrete la camisa. —demando.

Ella, con dedos precisos, desabrocha los botones y mi lengua finalmente puede lamer entre sus pechos la piel más suave que saboreé.

Algunos sonidos de la gente de fuera quejándose de que una vez más se ha roto el ascensor se filtran, pero los gemidos de Astrid terminan de acaparar toda mi atención.

Rápidamente, la bajo para desabrochar su pantalón y ella hace lo mismo con mi bañador, que cae al suelo con un chapoteo, mi polla finalmente siente alivio al ser liberada, Astrid la mira con deseo, viendo cuan al límite estoy.

—Ven aquí —Mi voz es más una súplica que una orden.

Ella obedece, rodeando mi cuello con sus brazos, y la levanto para atraparla entre mi cuerpo y el lateral del ascensor. Mi polla se alinea con ella, y con un movimiento rápido, me hundo por completo. Astrid grita, y mi mano cubre su boca suavemente.

—Shh… confía en mí, Coral. Déjate llevar —Sus ojos se cierran, inundados de placer, el sonido ahogado que escapa de sus labios me dice que estoy en lo correcto.

La embisto con fuerza, sosteniéndola firmemente con una mano mientras la otra recorre su cuerpo. Su interior me atrapa, cálido y apretado, y no puedo evitar gemir contra su cuello.

—¿Ahora entiendes cuánto te necesitaba, Coral? —ella asiente y quiere decir algo, pero mi mano no se lo permite.

Los dos apretamos los ojos, concentrados en el placer, en su olor, la forma de su culo bajo la palma de mi mano, el movimiento de su cuerpo por mis embestidas.

Cuando mi boca toma la suya, ahoga nuestros gemidos finales, sellando el clímax que nos sacude a los dos.

El silencio que sigue está lleno de nuestras respiraciones agitadas. La música suave del ascensor intenta devolvernos a la realidad, pero todo se siente irreal. Entonces, el móvil de Astrid

suena. Vemos la pantalla parpadeando en el suelo: es Malia. Probablemente para avisar que el ascensor está averiado.

Astrid desciende torpemente, su cabello revuelto y sus labios rojos, y atiende la llamada con una voz que intenta sonar profesional. Cuando cuelga, se apoya contra la pared con una sonrisa cansada pero satisfecha.

—No solo eres bueno besando.

—Lo sé. —Le devuelvo una sonrisa mientras me subo el bañador y presiono el botón para abrir las puertas del ascensor.

—Adiós, gerente. Fue un placer.

Astrid



El festival Aloha llegó.

Es una de las festividades más importantes que se celebran aquí en septiembre y los huracanes que habitualmente paralizan la isla en estas épocas no han detenido el desfile en la calle principal.

A pesar de que Blas había cortado cualquier interacción con el gobierno municipal al principio del año, ahora está casi entusiasmado de poder colaborar con las demostraciones que veremos hoy.

Nos encontramos en el centro de Maui.

Él está vestido con una camisa hawaiana sobria, como la mayoría que tiene, una bermuda negra y unos zapatos náuticos. Cuando me ve llegar, me regala una media sonrisa sensual y mi corazón parece explotar. El Dementor pasó a ser tan sociable como era su abuelo o más, me atrevo a decir.

Deja un beso rápido sobre mis labios, explorando el terreno, viendo mi reacción, pero ¿cómo negarme a esto? Menos aún en un ambiente tan festivo.

—Explícame qué significa la palabra Aloha.

Coge mi mano con seguridad. Es la primera vez que lo hacemos en público, la sensación es plácida, sentirme importante para él no es algo que pase desapercibido en este cerebro complicado que tengo.

—La palabra «aloha» tiene un significado más profundo de lo que piensas. No solo significa 'hola' y 'adiós'. 'Aloha' es una forma de

vida. Significa amor, afecto, paz, compasión y misericordia. Es sobre cómo tratamos a los demás y a la naturaleza. Vivir con 'aloha' es vivir en armonía, mostrando bondad y respeto en cada interacción. Así que cuando digas 'aloha', recuerda que estás transmitiendo algo mucho más profundo, una conexión de corazón a corazón.

—Aloha…—repite Blas saboreando la palabra en su boca. — Me gusta ¿y qué puedo esperar de este festival?

—Tú eliges cómo vivirlo, hay una demostración de la cultura en cada rincón de esta calle, desde bailes, comida, arte… —su sed de conocimiento me enamora y me pregunto si Chester puede verlo a su nieto tan conectado con la isla.

El festival comienza con el sonido suave y melódico del ukelele. Las notas flotan en el aire cálido; cada acorde parece contar la historia de la isla. Los músicos, con sus camisas de flores y sonrisas sinceras, tocan con una pasión que solamente podría nacer de un amor profundo por su cultura.

A medida que avanzamos por el festival, encontramos diferentes atracciones. El logo de Lani Vista está en muchos lados, promocionando el amor del hotel hacia la comunidad. Blas señala el logo cada vez que lo ve con entusiasmo y le saca una foto. Me da mucha ternura y debo controlar el impulso de abrazarlo cada vez que hace algo adorable.

Por supuesto que Blas pasaba por un duelo oscuro y negador al principio, pero ahora parece reemplazarlo por experiencias, viviendo la isla, lo que esta comunidad puede darle.

Y me hace feliz saber que logré lo que me propuse al principio del año.

Los bailarines de hula toman el escenario, sus movimientos gráciles y fluidos cuentan historias de amor, muerte y renacimiento. Sus faldas de hierba se mecen al ritmo de tambores polinesios, y sus manos narran leyendas ancestrales al compás de las vibrantes melodías.

Cuando llegamos a los puestos, encontramos artesanos hábiles tejiendo hojas de palma con destreza, creando sombreros y cestas.

—¿Quieres un sombrero? —pregunta mirando fijamente al señor que lo teje.

—Creo que *tú* quieres uno —me río al verlo hipnotizado.

—Ven. —Aprieta mi mano y me lleva hasta el puesto.

Lo que nunca creí ver, Blas conversa con el artesano, haciéndole preguntas sobre la técnica que usa y cuánto tiempo le lleva hacerlos.

El señor le responde amablemente y pasan al menos veinte minutos conversando. No es mi tópico preferido, así que mis ojos rondan entre las personas y todo el bullicio a mi alrededor.

Mis ojos de golpe se posan en una mujer que reconozco muy bien, y sin dudarlo un minuto, camino hacia ella. Cuando me encuentra, sonríe y me recibe con los brazos abiertos. La necesidad de llorar consume mi garganta.

—Hola, Bertha —digo sobre su hombro.

—Hola, mi niña. —Ella acaricia mi pelo y me sostiene de los hombros—. Mírate, estás preciosa con tu collar de flores.

—Gracias, me lo regaló… —Me silencio, recordando a Blas y su poca paciencia cuando se trata de ella.

—Blas —dice—, me lo imaginaba.

—¿Este es uno de esos momentos donde me demuestras tu sabiduría?

Bertha se ríe.

—Oh, no. ¿Sabia yo? Jamás. Pero sé que ese chico te quiere, Astrid, es innegable.

—¿Cómo lo sabes?

Bertha encoge sus hombros.

—Bueno, puedes llamarle sabiduría si quieres. —Las dos compartimos una sonrisa—. ¿Cómo estás, mi niña?

Me río con resignación.

—Hay días que son más livianos que otros, estar allí no es nada fácil cuando parece que Chester está en todos los rincones.

—Lo sé, ay, y tanto que lo sé.

—Siento mucho la forma en la que Blas…

—No te preocupes, es agua pasada, creo que hasta me hizo un favor, créeme. Pero he escuchado cosas maravillosas de Lani Vista, haces un gran equipo con Blas.

—Eso intento, fue un hueso duro de roer, pero creo que finalmente lo he logrado.

—Estoy segura de que tu influencia ha tenido mucho que ver.

—Quisiera llevarme todo el mérito, pero Blas hizo mucho también, abriéndose a nuevas experiencias; ahora surfea, ¿sabías?

—Maravilloso —dice, y pellizca mi mejilla cariñosamente—, me encanta verte tan bien, Astrid.

—Yo también te veo bien, ¡me encantaría que nos viéramos más a menudo!

—Oh, puedes pasar por la librería cuando quieras, estoy ahí todo el día, finalmente tengo tiempo para leer y descansar mis piernas.

—Eso es importante, recuerdo que no podías antes.

Una mano rodea mi cintura y la inmensidad de Blas me inunda cuando miro hacia arriba. Obviamente, tiene un sombrero puesto.

—Hola, Bertha —dice amablemente.

—Ven, dame un abrazo —dice ella, y cuando lo hacen, me quedo con la mandíbula en el suelo.

¿En qué momento…?

Los dos me miran y se sonríen, debo cerrar la boca.

—Bertha y yo tuvimos una buena conversación hace un tiempo —aclara Blas.

—Así es, por cierto, ¿qué tal el libro? —pregunta mirándonos a los dos.

—¿Libro?

Blas me atrapa bajo su brazo y sonríe nerviosamente.

—Un libro que compré como excusa para ver a Bertha —me explica y luego la mira a ella—. Nada del otro mundo.

No sabía que a Blas le gustaba leer, nunca lo ha mencionado.

Bertha, por un segundo, pierde toda su liviandad y se ve nerviosa, luego agrega:

—Bueno, no os entretengo más, disfrutad del festival, era uno de los preferidos de Chester.

—¿Ah, sí? —pregunta Blas interesado.

—Sí, en poco tiempo comienza a tocar un grupo de hombres que cantan canciones oriundas, ese era su preferido.

—Lo buscaré entonces, adiós, Bertha.

Ella se retira caminando lento entre la muchedumbre y la veo irse con un poco de nostalgia.

Blas entrelaza nuestros dedos, y apoya un sombrero en mi cabeza.

—Si yo hago el ridículo, entonces tú también.

—Tu no tienes la capacidad de hacer el ridículo, Blas…

Blas



Lo que me gusta de Astrid, aparte de todo lo que tiene que ver con ella, es que cuando se levanta por la mañana lo primero que hace es poner música.

¿Por qué nunca se me ocurrió hacer eso?

Mi rutina cuando paso la noche en la habitación del hotel es mirar el móvil, buscar las noticias del día y los números de la bolsa, pero su idea es mucho mejor que la mía. La energía es diferente.

Ella la hace así y la mía se acopla.

Creo que el que suena por los altavoces es Lenny Kravitz y ella canta la canción bajito mientras se maquilla frente al espejo, con su camisa puesta, pero sin pantalones. Su braga blanca me hipnotiza desde la cama y el movimiento de su cadera al ritmo lento de la canción hace que quiera gritar de cómo quema este deseo y ese tatuaje, joder, ¿por qué me calienta tanto?

La amo y ya no puedo seguir ahogándolo.

Necesito decírselo antes de que hagamos el anuncio oficial a los empleados, que la mayoría lo sabe ya, pero somos cuidadosos con ese tema.

—Qué estarás pensando —dice mirándome por el reflejo del espejo.

Yo estoy rodeado de almohadas y sábanas enroscadas en mis piernas.

—En cuánto disfruto este espectáculo.

Me levanto para caminar hacia ella sin nada más que mis calzoncillos.

La abrazo desde atrás, ahora suena «Is This Love» de Bob Marley y beso su cuello mientras ella acaricia mi pelo despeinado por la almohada, con sus brazos en alto.

—No puedo creer que estemos en diciembre —dice con sus ojos cerrados. Mi mano recorre su estómago y sus pechos hasta que la estrujo contra mí.

—Yo tampoco —digo, ignorando el tirón de nervios que me provoca el pensamiento—. ¿Sigue en pie el plan de dar la noticia en la fiesta de Navidad?

Astrid voltea y apoya sus manos sobre mis hombros, se ve tan pequeña en el reflejo.

—Sí, estoy lista, tuve suficiente tiempo para prepararme, soy realista, habrá comentarios por lo bajo, burlas, pero… —Sujeta el cepillo y lo usa de micrófono cuando comienza a cantar «Baby, I Love Your Way» de Big Mountain que suena por el parlante, haciéndome reír. Estoy completamente fascinado con esta mujer.

Abro la boca para decirlo, está en la punta de mi lengua.

—Astrid…

El móvil comienza a sonar y se escabulle lejos de mí para conversar con Malia, asumo que es quien llama a estas horas del día.

Miro mi reflejo en el espejo, sosteniéndome en el lavabo.

—No seas cobarde —digo mirándome a los ojos—. Díselo.

—¿Blas? —escucho su voz—. ¿Listo para salir?

—¡En unos minutos! —respondo, luego me señalo en el espejo—. Díselo.



Según Astrid, la tradición en el hotel es que se enciendan las luces del árbol horas antes de las doce, y que mi abuelo era el que ponía

la estrella en la punta del árbol, oficializando las fiestas.

Me negué a hacer el ridículo así, pero ella insistió en que era importante para los empleados seguir la tradición.

Decirle no a Astrid Cooper no está en mi vocabulario aparentemente.

Este es quien soy ahora.

Mis hermanos tienen razón, soy una persona completamente diferente desde que puse un pie en la isla y sé quién tiene la culpa de eso.

Nuestros mensajes anónimos son cada vez más escasos, desde que oficializamos esto que no tiene nombre, sus respuestas son cada vez más cortas y espaciadas.

Por un lado, me gusta saber que es Blas quien acapara toda su atención ahora y no el Desconocido, pero por el otro, extraño nuestras conversaciones de madrugada.

Cojo el segundo móvil y envío:

¿Qué le pedirías a Papá Noel este año?

Hace semanas que pienso en su regalo.

Guardo los móviles en el bolsillo y subo a la casa de mi abuelo.

El sonido de la silla cuando me siento me es familiar a estas alturas, los olores, el sonido del viento.

Tan solo quedan tres cartas y estuve atrasando esto porque no quiero que se terminen, pero hoy es un buen día para hablar con mi abuelo.

Querido Blas:

¿Recuerdas que te compré una tabla de surf? Aún está guardada en el armario de mi casa, tuve la esperanza de que algún día quizás la usarías. Recuerdo cuánto te frustraba no poder mantener el equilibrio sobre ella, pero estoy seguro de que algún día podrás dominarla.

No sé si recuerdas que fue un regalo de Navidad, la compré con la intención de tentarte a que vinieras un diciembre; sin embargo, tu padre me dijo que teníais planes de esquiar en Aspen, por eso no insistí.

La Navidad en Lani Vista es increíble.

¿Quién dijo que no existen las navidades calurosas?

La fiesta que damos para los huéspedes y los empleados siempre son nutritivas para el alma, espero que algún día experimentes una de ellas.

Mi amiga Astrid, ya sabes, una muchacha encantadora que trabaja aquí (está soltera), dice que las navidades en Maui tienen colores cálidos, mientras que en la zona continental tienen colores fríos. Me gustó las palabras que usó, aquí todo se centra más en el festejo, allí en los regalos.

Cuando estés aquí, podrás experimentar todo lo que digo de primera mano, después me cuentas qué te pareció.

PD: Astrid trabaja de lunes a sábados de seis de la mañana a cuatro de la tarde, pero seguro que la encontrarás

por los pasillos a las seis. Es una adicta al trabajo como tú. Otra cosa en común que tenéis.

Te quiere,

Tu abuelo, Chester.

Me acerco al armario y, detrás de todas sus camisas, encuentro la tabla que menciona. Es hermosa y tiene impreso un atardecer anaranjado.

No veo la hora de mostrársela a Astrid y usarla.

Doy la vuelta al papel y con una sonrisa respondo:

Abuelo:

No tienes que explicármelo, sé que esa mujer tiene una obsesión con el trabajo, estoy rastreándola constantemente para acaparar su atención, a veces lo logro.

Tu plan de unirnos funcionó, finalmente Astrid me permitió hacer completamente público nuestro noviazgo, estoy nervioso por ello.

Tú siempre hablas bien de los empleados de Lani Vista, pero yo no estoy tan de acuerdo. Si fueran todos tan bondadosos como dices, Bertha no se hubiera sentido presionada por negar el amor que tenía por ti.

O Astrid no estaría nerviosa por recibir críticas constantes por lo que haga o deje de hacer.

Definitivamente haré algunos cambios, pero no ahora que son las fiestas.

Quizás sea frío, pero no tanto.

Hoy casi le digo lo que siento, estoy seguro de que ella lo percibe, es innegable que la miro con ojos de perrito enamorado y que busco pasar cada minuto que tiene libre con ella.

No encuentro el momento perfecto.

Bueno... Hubo varios, como cuando el domingo nos besamos con el atardecer delante de nosotros, o cuando despierto a su lado, con su cuerpo tibio cerca de mí.

Lo que sí tengo es pavor.

¿Y si ella no está ahí todavía? ¿Si no está lista para escucharlo o decirlo?

Eso me aterra, abuelo, porque nunca fui tan honesto y vulnerable con alguien, nadie logró ponerme en este estado intoxicado de amor y deseo.

Confío en que tú creíste que ella era para mí, porque te aseguro que yo soy de ella.

PD: La tabla es increíble, gracias, la usaré todas las veces que pueda.

Tu nieto.

Blas.

En ese momento, el móvil vibra con la respuesta sobre el regalo de Navidad.

Valentía, amor y futuro.

El futuro lo tenemos todos, ¿no? Al menos los que estamos vivos.

Un futuro específico que visualizo, quizás. ¿Tú?

Creo que me sumo a tu pedido y le agrego sinceridad y duplico el amor.

Veo que el libro te hizo romántico.

Creo que siempre lo fui, solo que no tenía con quien, ¿por qué capítulo vas?

Setenta, lo siento, sé que leo lento, es que están pasando muchas cosas en mi vida, y al final del día, cuando lo abro, apenas puedo leer algunas páginas antes de que mis ojos comiencen a cerrarse. Hace dos días me desperté de madrugada con el libro sobre mi cara.

No te preocupes, yo esperaré por ti.

Astrid



Organizar eventos es tan excitante como comer comida caducada y esperar a ver qué pasa.

Nervios, anticipación, estrés, estrés, *estrés*.

El vestíbulo del hotel está decorado con lucecitas por todos lados, hay grandes bolas rojas que cuelgan del techo y un hermoso y frondoso árbol de Navidad, que mide al menos cinco metros.

Respiro hondo, dejando que el aroma a pino fresco inunde mis sentidos, mientras me detengo a contemplar el árbol de Navidad que acabo de terminar de decorar.

Chester amaba este árbol, decorarlo era su actividad favorita y espero que, donde sea que esté, lo esté admirando como lo hacía todos los días.

Los adornos dorados brillan suavemente bajo las luces parpadeantes, cada esfera cuidadosamente colocada entre las ramas verdes.

Las grandes flores de hibisco, en tonos vibrantes de naranja y rojo, añaden un toque tropical único. Estas flores no son comunes en las decoraciones navideñas tradicionales, mi madre se desmayaría si viera este árbol, pero aquí, combinar culturas y tradiciones es primordial.

Al pie del árbol, grandes flores rojas se esparcen, complementando el esquema de colores y atrayendo las miradas de todos los que pasan. Cada detalle, desde las guirnaldas hasta el brillo sutil de las luces, ha sido elegido con amor y atención,

buscando capturar la esencia de la temporada y el espíritu cálido que quiero transmitir a cada huésped que entra por las puertas.

Mientras me alejo un paso y lo observo, no puedo evitar sentir una oleada de orgullo. Pero de golpe…

—¡Oh, no! —grito cubriendo mi rostro.

Malia, que me está ayudando, corre a mi lado.

—¿Qué ha pasado?

—¡La estrella! —Busco entre las cajas de decoración nerviosamente, la estrella era la parte preferida de Chester.

Y Blas me prometió ponerla como lo hacía su abuelo.

—¿No estará en otra caja?

—No, estas son todas las cajas de Navidad —refunfuño—, era la preferida de Chester.

Malia le da golpecitos a su barbilla con el dedo índice mientras piensa.

—¿Dónde puede haber cosas del hotel que no estén en el almacén?

Me pongo de pie lentamente y la miro con nervios.

—En su casa.

No estoy lista para entrar ahí. No quiero subir, especialmente en esta fecha tan importante, la ausencia de Chester hoy es rasposa en mi pecho.

Malia me observa entrar en crisis.

—¿Quieres que vaya yo?

—¿Harías eso por mí?

—Claro. ¿Tienes la llave?

Cuando abro la boca para responder, un contingente entra por la puerta del vestíbulo, con mil maletas y bolsos colgados de los hombros.

Malia me mira apenada y suelto todo el aire de mis pulmones sabiendo que debo hacerme cargo.

—¿Y si se lo pides a Blas?

—Le envié a comprar lo que faltaba para esta noche.

Malia apoya la mano sobre mi hombro y lo aprieta suavemente antes de correr a la recepción.

—¡Estarás bien, sé que puedes hacerlo!

—Me tienes demasiada fe —gruño caminando resignada hacia mi despacho, donde tengo la llave de la casa de Chester.

Allá vamos.



La casa huele a él.

No había olvidado el olor, pero lo identifiqué tan rápido que fue como una bala de cañón directa a mi abdomen.

Creí que la casa se iba a sentir mal ventilada, quizás con olor a humedad, pero es todo lo contrario.

¿Quizás Blas estuvo aquí?

Todo está tal cual como lo recordaba, excepto quizás la quietud abrumadora por la falta de Chester.

Dejo la puerta abierta, quiero que el sonido del mar entre y musicalice este espacio. Chester siempre dejaba las ventanas abiertas, me decía que a veces el movimiento de las cortinas lo calmaba.

Mentalmente, hablo con él a medida que atravieso la cocina, pidiendo permiso para revisar sus pertenencias, pero le explico que es por una causa noble, que el árbol espera por ser terminado de la mano de nada menos que su nieto, Blas, quien odiaba cada espacio de Lani Vista y que ahora parece enamorado.

Busco en las cajas que encuentro en el suelo, rodeadas de libros polvorientos, en el salón no pareciera estar.

—Joder, no quiero entrar ahí, Chester —lloriqueo al mirar la puerta abierta de su habitación.

La última vez que entré, lo vi durmiendo allí y es una imagen que busco borrar de mi mente, pero está impresa en mi cerebro, al detalle, y durante mucho tiempo no me dejó dormir.

Sin embargo, al mismo tiempo, pienso en Blas, en que creo que secretamente está emocionado por la fiesta y participar como lo

hacía Chester y ese pensamiento me impulsa a adentrarme en su habitación.

La impronta de Chester sigue aquí, en un caos hermoso en el que se rodeaba, inundado entre letras que lo acompañaban en su soledad.

Observo el lugar desde el marco de la puerta, completamente quieta, como un objeto más en este espacio, hasta que miro hacia su escritorio y frunzo el ceño, intentando reconocer toda esa pila de papeles que no había visto nunca.

La curiosidad me mueve hasta allí y lo primero que identifico son cartas de Chester abiertas y leídas.

Querido Blas:

¿Recuerdas que te compré una tabla de surf?

Aún está guardada en el armario de mi casa, tuve la esperanza de que algún día

quizás la usarías. Recuerdo cuánto te frustraba no poder mantener el

equilibrio sobre ella, pero estoy seguro de que algún día podrás dominarla.

Cubro mi boca al ver su letra y sus palabras tiernas. El corazón parece romperse al recordar cuánto extrañaba Chester a su nieto, cuánto amor le tenía.

Al terminar la carta, mis ojos arden y la congoja parece profundizarse, hasta que me doy cuenta de que por detrás la carta sigue.

No, no sigue.

Es la respuesta de Blas.

Pero...

Suelto el papel, como si quemara.

Esa letra.

Esa letra la reconozco.

Abro la funda de mi móvil, donde secretamente guardé el papel que dio comienzo a todo.

Podría dejar de ser un extraño, si me lo permites. Veo que eres una persona precavida, por eso te invito a continuar nuestra comunicación de manera segura y a través de algo un poco más moderno que la tinta y el papel. No sé si has escuchado alguna vez hablar del teléfono móvil, es muy eficiente desde un punto de vista comunicativo y mantiene el anonimato. Si decides esconderte detrás de una pantalla, este es mi número: +1 (808)-989-7543.

Es la misma letra.

Mis ojos recorren la habitación, buscando pistas, algo que me indique que no estoy viendo mal, que es la misma letra.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser… —repito mirando las curvas de las erres, la forma rara de la eme.

Miro en el móvil, los incontables intercambios de mensajes entre el Desconocido y yo.

No suena como Blas, nunca ha mencionado a Ethan Shadow, nunca, aquí hay algo raro.

¿Quizás el también mantuvo el secreto de tener a alguien escondido en su móvil? ¡Quizás él no sepa que yo soy con la que conversa todos los días!

Busco entre las cartas y elijo una de las respuestas de Blas.

Abuelo:

Creo que estoy cavando mi propia fosa.

¿Recuerdas lo que te dije de Astrid y que no sabe que intercambia mensajes con su jefe?

Bueno, no puedo detenerme.
Disfruto hablar con ella, durante horas y horas.
Ahora estoy tan embarrado que siento que es muy tarde para explicarle que el hombre que la corteja por mensajes es el mismo que le gruñe durante el día.
Aquí me vendría bien tu consejo.
¿Alguna señal desde el más allá que puedas enviarme?
Blas.

¡Lo sabía! ¡Sabía que era yo!

¡Y yo sintiéndome culpable, como una imbécil, por hablar con los dos al mismo tiempo, por sentir algo por los dos!

¿Y siempre fue él?

No solo eso, él lo sabía.

Camino por la habitación, tropezando con libros y objetos.

¿Soy un chiste para él? ¿Cómo pudo, con cada conversación y cada aprobación a mis ideas en reuniones, ocultarme un secreto tan grande?

Una mezcla explosiva de traición y vergüenza hierve en mi interior. ¿Todo este tiempo, estuvo jugando un doble juego, conociendo mis más profundos pensamientos y sentimientos mientras yo no sabía la verdad detrás de su mirada fría y calculadora? Mi pulso se acelera furiosamente, mi respiración se convierte indomable.

Quiero confrontarlo, quiero gritarle en la cara, exigir una explicación por cada momento que compartimos, tanto en papel como en persona, cada palabra ahora teñida de un veneno corrosivo. Joder, hasta hace un rato, estaba abriéndome con el Desconocido, digo Blas, y ahora...

¿Cómo tuvo el descaro de mirarme a los ojos y fingir que no conocía mi historia, mis miedos?

Las lágrimas amenazan con salir, pero no les doy el gusto.

Este descubrimiento no solo rompe la imagen del hombre que pensé conocer, sino que tambalea los cimientos de la confianza que había empezado a construir.

Miro hacia un costado, una caja olvidada en el rincón de la habitación con la palabra navidad escrita con mi letra reposa llena de polvo.

Por supuesto que la estrella esta allí, y cae como anillo al dedo, porque se la voy a revolear a alguien por la cabeza.

Blas



La gente comienza a amontonarse en el vestíbulo. La mayoría sabe que el encendido del árbol es en quince minutos y mi novia no aparece por ningún lado.

Hacer esto sin ella no tiene ningún sentido.

—Malia —llamo a la recepcionista, quien habla con otra influencer con complejo de Dios—. ¿Dónde está Astrid?

—Debería estar aquí —responde despidiendo a la «persona influenciante»—. No encontraba la estrella y supuso que estaba en casa de Chester.

Frío paralizante corre por todo mi cuerpo cuando finalmente proceso las palabras.

—¿Subió a casa de mi abuelo?

—Sí, estaba muy nerviosa, pero debería estar aquí ya.

Mi mano, en un frenesí mortificado, escarba mi bolsillo, buscando el móvil, o los móviles. Con el corazón latiendo en la garganta, marco su número mientras mis pasos me llevan apresuradamente a través del vestíbulo. Mis ojos escudriñan cada rostro, cada figura, buscando ansiosamente entre la multitud, anhelando encontrarla.

Quizás no haya visto las cartas, tranquilízate.

Atravieso la puerta que dice «Solo personal autorizado» para caminar por el corredor de nuestros despachos.

—¡Astrid! —llamo abriendo la puerta de mi despacho.

La llamada se corta y vuelvo a marcar su número.

Abro la puerta de su despacho ahora y nada.

Cambio de idea y me planteo ir a casa de mi abuelo. Cuando dirijo los ojos en dirección a la puerta del altar de pensamientos, algo me lleva hasta allí.

Abro la puerta lentamente y la veo en el estrecho espacio, la foto de mi abuelo sonriente está allí y ella la observa con los brazos cruzados.

Está dándome la espalda, pero puedo ver la tensión en su cuerpo, la energía es otra.

—Astrid… —Apoyo una mano sobre su hombro y ella se la quita de encima rápidamente. Cuando voltea, puedo ver sus ojos hinchados, su nariz roja y su entrecejo enfadado. *Joder*—. Déjame explicártelo.

La estrella del árbol sale volando y me cubro antes de que me toque.

Se quita la tarjeta de acceso que cuelga de su cuello y coge mi mano para ponerla encima.

—Renuncio —alega, y sale de la pequeña habitación, escabulléndose por debajo de mis brazos.

—¿Qué? Espera, Astrid… —Corro detrás de ella y sujeto su brazo para detenerla—. No sé qué viste arriba, pero…

—¿Pero? —increpa—. Pero ¿qué? ¿Tienes alguna explicación mágica para hacerme entender que no estuviste jugando conmigo desde el principio?

—Jugando, no, nunca, yo no sabía que eras tú.

—¡No es lo que le dijiste a Chester en las cartas!

Está dolida, odio verla tan… decepcionada de mí.

—Cuando me di cuenta era demasiado tarde, ya estaba… Yo… ¡Y sabía que ibas a enfadarte conmigo! Y no puedo soltarte, Astrid, no estaba dispuesto a perderte.

Siento que mis palabras rebotan en ella, su expresión sigue firme y nunca la vi así, ni cuando solo le daba frialdad al principio.

—¿Adivina qué? ¡Tenías razón! —exclama girando sobre sus talones para salir.

—Astrid, te lo ruego, escúchame —digo, alcanzándola, bloqueo la puerta de salida—. Entiendo que estés enfadada, pero si te sientes humillada o engañada, por favor, entiende que no era mi intención,

estoy… Estoy enamorado por primera vez en mi vida. No sabía qué hacer para no arruinar lo que teníamos.

Astrid se retrotrae cuando escucha mi confesión, por un segundo creo que puedo respirar otra vez, pero rápidamente arma su coraza.

—No es mi problema —dice intentando abrir la puerta—, ya tuve que lidiar con un narcisista una vez, no lo volveré a hacer.

—¿Narcisista?

Me duele que me compare con ese idiota del ex.

Mi pregunta hace que se enfoque en mí y no en la puerta.

—¿Quién disfruta enamorar a alguien dos veces? ¿Eh? Apuesto que tu ego estaba inflado como un globo aerostático.

—No, no Astrid, lo juro, no te vayas, hablemos.

—¡No quiero hablar, quiero irme! —Las últimas palabras salen distorsionadas y sus labios tiemblan vulnerables y tristes—. Déjame irme, de todas maneras, no estarás aquí el año que viene, solo que sigo olvidándome de que quedan días para que vendas el hotel. Corre, véndelo, nunca encajarías en esta isla, seamos realistas. Vuelve a tu vida, a tus acciones en la bolsa y hazte a la idea de que esto nunca ocurrió, que yo nunca existí.

La dejo ir solo porque algunas lágrimas caen por su mejilla.

Una risa derrotada sale de mí.

—Nunca podría olvidarme de ti, Astrid —suelto mientras la veo irse, sé que las escucha, porque sus pies comienzan a correr cuando llegan a sus oídos, hasta que alcanza la puerta de salida y desaparece tras ella.

Mientras, yo me quedo allí, paralizado, sintiendo cómo mi corazón se rompe en mil pedazos.

Blas



El ruido ensordecedor de los taxis y las bocinas en el tráfico atascado me golpean con una fuerza cruel después de un año en la serenidad de una isla.

Y el frío, no hablemos del frío. Carcome mis huesos, me tensa y me incomoda.

Seguir en Lani Vista era demasiado doloroso como para pasar un segundo más allí. Apenas se cumplieron los 365 días, me subí a un avión y me escapé del dolor que oprimía mi pecho.

Quién iba a decir que cuando huyera de Maui sería por amor y no por duelo.

Astrid nunca abrió la puerta de su casa, no importó cuánto imploré, cuánto golpeé la puerta con desesperación en mis cuerdas vocales. Ella nunca intentó hablar conmigo.

La señora Kane dijo que estaba en el trabajo, pero claramente Astrid no la había puesto al día con la noticia de su renuncia.

La busqué por todos lados, pasé horas recorriendo la isla en coche, deteniéndome en cada playa, cada lugar que significaba algo para los dos, nada.

Fue como si nunca hubiese existido y, por momentos, me daba pánico pensar que ese podría ser el caso.

¿Quizás esté de vuelta en San Diego? Sinceramente espero que no.

El taxista se detiene frente a mi edificio. Nunca había notado cuánto cemento gris tiene, lo cuadriculado y plano que es. Tan lejos

de ser la explosión de colores que es Maui.

Mi piso es igual de frío e impersonal. Cuando dejo las maletas al lado de la puerta, no reconozco ningún objeto como algo propio, no siento la calidez que sentía en la casa de mi abuelo o en la de Astrid.

Suspiro y refriego mis ojos hasta desplomarme en el extenso sillón para seis personas. Solo yo me senté aquí alguna vez, nunca traje gente a mi casa solo porque creía que quería estar solo y aislado.

No era soledad lo que quería, simplemente no había encontrado la compañía adecuada.



Seis días pasan hasta que decido abrir las maletas.

Supongo que se siente el último bastión de Maui, la ropa que compré allí que no volveré a usar, las chanclas, todo es demasiado fuerte.

Encima de toda la ropa encuentro el libro «Cartas de amor a un desconocido», el marcapáginas está a la mitad y lo aparto para terminarlo después.

Luego hago contacto con una carta y la sostengo entre mis manos con un poco de temblor porque es la última carta sin leer de mi abuelo, las demás están guardadas prolijamente en una bolsa ziploc.

Me siento en el suelo, con mi espalda pegada a la puerta cuando rompo el sobre para leerla.

Blas:

Quizás sea momento de dejar algunas cosas listas, considerando que nuestra comunicación está distorsionada.

He dejado en mi testamento el hotel a tu nombre, no confío en tu padre o hermanos como para dejarlo en sus manos ambiciosas. Pero, al mismo tiempo, siento que lentamente estás navegando hacia esas aguas, por esa razón dejé una cláusula en el testamento.

Debes pasar un año en Lani Vista antes de heredarlo.

¿Estás maldiciendo a todos mis antepasados en este momento? Seguramente, pero espero que entiendas cuán seguro estoy de que te enamorarás de la isla como ya lo hiciste antes.

Y no solo de la isla, estoy seguro de que aquí encontrarás el amor que siempre deseé para ti.

Ese amor que perfecciona tu vida, que te cambia para siempre. El tipo de amor que la gente busca desesperadamente y muchos mueren sin encontrarlo.

Tú no serás el caso, sé que Astrid es la mujer indicada para ti.

Solo espero que cuando te enamores no la lastimes con tu intensidad, esa muchacha ha pasado por mucho y no sabes la presión que siente constantemente por parte de su familia.

Tú debes ser su pilar, debes apoyarla en todo, ser su muleta, inclusive cuando ella te ladre y te aleje, debes luchar.

Siempre debes luchar, nieto, si no peleamos por amor, entonces, ¿qué sentido tiene todo esto? Si lo demás es irrelevante. Y te lo dice un viejo, que ha tenido experiencias increíbles, que ha disfrutado de las siete maravillas del mundo, del champán más exclusivo, de la comida de los chefs con más premios que puedas imaginar.

Nada de eso importa en el abismo de tu vida.

Entiendo que tu padre te presionará para que vendas el hotel, a él o algún amigo cercano que lo pueda usar de títere, no debes ceder ni un poco.

Amo a mi hijo, pero es codicioso y tiene mucho resentimiento hacia mí, justificado, sin duda, pero Lani Vista tiene alma, personalidad y, por, sobre todo, es importante para mí.

Él lo sabe, y sabe dónde golpearme.

No descuartices el hotel como un carnicero, nútrelo.

No es solo un hotel, para muchos es parte de la comunidad, para otros un lugar donde recluirse de las garras afiladas de la vida.

Eso y tu felicidad es lo que más me importa en estos momentos y el día que no esté caminando por este mundo, estaré en paz, porque dejaré mi proyecto de vida en manos de un hombre al que admiro.

Tú, nieto mío.

Esta es mi última carta y por eso quiero decirte algo más: te quiero, estoy orgulloso de ti, nunca te olvides de eso.
Mándale mis saludos a Astrid, dile que mis libros de Ethan Shadow son para ella.

Tu abuelo, Chester.

Limpio las lágrimas que caen silenciosamente por mis mejillas y apoyo la nuca contra la puerta, soltando todo el aire de mis pulmones.

Le he decepcionado una vez más, no solo arruinando lo que tenía con Astrid, sino por lo que estoy a punto de hacer.



Mis pasos, amortiguados por los zapatos John Lobb, retumban con eco sordo a través de los pasillos desolados de este mausoleo moderno. No hay vida aquí; ni siquiera las plantas logran escapar a la artificiosidad, todas son réplicas plásticas sin vida. El frío mármol del suelo lanza reflejos opacos bajo la luz artificial, acompañando mi avance rígido y mecánico hasta que finalmente alcanzo la puerta que busco. Al abrirla, me recibe una sala de conferencias estéril: una larga mesa blanca domina el centro, rodeada de teléfonos inertes, vasos de agua inmóviles y una excesiva cantidad de bolígrafos alineados.

Cada elemento aquí resalta la falta de calidez y sensibilidad, haciendo que incluso el aire parezca más pesado y gélido.

—Señor Henderson Morris —dice el hombre sentado en la cabecera. Su nombre es Charles Brown, de la famosa cadena Hoteles Brown. Se levanta inmediatamente para estrechar la mano conmigo y besarme el culo, después de todo, está deseoso de cerrar esta venta—. Un placer verlo.

Quizás para algunas personas diez millones de dólares son una gran inversión, pero para mí tiene más peso mental que monetario.

Me siento a su lado, los abogados y consultores míos y de él ocupan el resto de la mesa entera y todos me saludan formalmente.

Hombres y mujeres vestidos con un traje negro, camisas blancas y cortes de pelo costosos.

Mi ropa de estos momentos no es muy diferente a la de ellos, nunca había notado que todos hambrientos de poder nos vestimos de la misma manera en Manhattan.

Como muñequitos de pastel de boda, diría ella.

—Podríamos comenzar con la cláusula uno del contrato de venta —indica uno de los abogados.

El proceso es tedioso, aburrido y monótono. Peleo con un bostezo constante que quiere desplegarse en mi boca y la falta de concentración.

Oh, y también la lucha mental desgastante que tengo por dentro, en la que hay dos Blas peleando a gritos.

Tres horas de lectura, con modificaciones y pactos.

—Si ambas partes están de acuerdo, procederemos a la firma —dice una mujer dejando la copia delante de mí, con un Post-it verde señalando dónde debo firmar, como si fuese un niño de tres años que no sabe lo que tiene que hacer.

Cojo el bolígrafo y lo acomodo entre mis dedos antes de apoyar la punta sobre la hoja.

Arranco el Post-it y, antes de hacer una pelota con él, lo miro atentamente.

Verde.

El verde es el mismo de sus ojos.

Yo creí que mi color preferido era el azul, pero ahora que lo miro bien, es definitivamente el verde Astrid.

Recuerdo sus ojos mojados, emocionados al hablar de mi abuelo, y estrujo el papel con fuerza.

Nunca encajarías en esta isla, seamos realistas. Vuelve a tu vida, a tus acciones en la bolsa y hazte a la idea de que esto nunca ocurrió. Que yo nunca existí.

Las últimas palabras de mi abuelo vienen a mi mente:

Tú debes ser su pilar, debes apoyarla en todo, ser su muleta, inclusive cuando ella te ladre y te aleje, debes luchar.

Si realmente pensara que nunca podría encajar en la isla, entonces ¿por qué lloraba?

—¿Señor Henderson Morris? —llama el abogado a mi lado—. ¿Tiene alguna pregunta?

Mis ojos se posan en Charles Brown, parece tenso y juega con su bolígrafo entre sus dedos.

—¿A qué universidad has ido, Charles? —pregunto apoyando el bolígrafo momentáneamente sobre la mesa.

—¡Columbia! —responde con una sonrisa nerviosa—. ¡Vamos Leones! —agrega apoyando al equipo de fútbol americano de la universidad.

Qué casualidad, la misma universidad donde asistió mi padre.

—¿Fuiste compañero de mi padre? —pregunto sutilmente, mi espalda se endereza.

—Sí —responde con orgullo—, compañeros de cuarto incluso, conozco a tu madre también.

—Qué interesante —suelto mirando el contrato una vez más.

"Entiendo que tu padre te presionará para que vendas el hotel, a él o algún amigo cercano que lo pueda usar de títere, no debes ceder ni un poco."

Charles señala el contrato, incentivándome a firmarlo.

—Quiero agregar una cláusula —digo con malicia al abogado—, el hotel no puede ser vendido a Walter Henderson Morris.

A Charles se le borra la sonrisa plástica y cruza sus brazos.

—No puedes imponer a quién puedo o no puedo venderle el hotel.

Mi sonrisa se despliega lentamente.

Oh, padre, esta fue una jugada patética.

—Puedo y quiero esa cláusula incluida —señalo con mi dedo el contrato—, ahora.

Charles parece un búfalo cabreado, rudo y predecible.

—No.

—Bueno, entonces no tengo nada más que hacer aquí. —Me levanto abrochando mi traje—. Lamento haberles hecho perder el tiempo —le digo a mi equipo de trabajo—, pero les pago lo suficiente para no escuchar ni una queja al respecto.

Camino hacia la puerta con orgullo y tranquilidad.

—Blas, ¿a quién se lo venderás entonces? —pregunta Charles.

Bajo el marco de la puerta de cristal, respondo:

—A nadie, el hotel no está a la venta.

Astrid



La brisa marina juega con los mechones ondulados de mi pelo mientras me siento en la arena aún tibia por el sol de la tarde. Mis ojos se pierden en el horizonte donde el sol comienza su descenso, tiñendo el cielo de tonos cálidos que van del naranja al rosa furioso. Cada ola que se rompe en la orilla trae consigo un suave susurro melancólico que parece entender por qué de golpe me siento tan vacía.

La temperatura ha comenzado a descender con el sol, y un ligero escalofrío recorre mi piel.

Quizás sea momento de partir, sin embargo, me fui de mi casa para no sentir la ausencia de Blas en mi vida, solo para venir aquí, a mi lugar preferido en el mundo y sentirla de todos modos.

Pareciera que no puedo escaparme de sus ojos cuando cierro los míos. Los rastros de su tacto sobre mi piel.

Así como las conversaciones que tuvimos cuando no supe que era él, los mensajes que dejaba que deliberadamente confesaban el amor que sentía por mí, cuando yo imaginaba a otra mujer.

Apoyo las manos en la arena, sosteniéndome mientras recuerdo la cara de ese hombre después de surfear por primera vez.

Joder, se veía tan feliz.

¡Deja de pensar en él! Está a miles de kilómetros, viviendo su vida y tú aquí, en el paraíso, lamentándote por alguien que te mintió desde el principio.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás y cierro los ojos para respirar profundamente, intentando llenar el vacío con el aroma del mar y el sonido reconfortante de las olas.

Han pasado tres semanas desde que se fue, lo sé porque Malia envía mensajes todos los días para comprobar cómo me encuentro.

Estoy bien, le digo, *tranquila*.

Lo cual es una mentira grande como un volcán, porque lo único que hago es repasar la conversación que tuvimos y las palabras hirientes que dije solo para que me dejara ir.

Por supuesto que no creo nada de lo que dije, estaba dolida, me sentí traicionada por alguien a quien le deposité mi confianza.

Algo que tardé tres años en recuperar.

Aún no busqué trabajo, vivir de mis ahorros no parece tan mala idea cuando paso la mayor parte del día aquí, pero supongo que no tendré mucho tiempo más para disfrutar de Maui a tiempo completo.

Kai me dijo que hay un hotel al otro lado de la costa que está buscando personal, quizás pueda comenzar por ahí.

No me animaba a terminar el libro, me queda solo un capítulo y terminarlo se siente como poner punto final entre los dos. Pero me empujo a hacerlo, debo cerrar esta historia.

Una página después, comienzo a irme a la deriva, no estoy durmiendo bien últimamente y el sueño me ataca en los lugares más inciertos.

Quizás no sea tan malo dormir aquí, aunque sea unas horas.



Cuando me despierto es noche cerrada y me siento inmediatamente sobre mi toalla arrugada confundida y llena de arena; sin embargo, me llama la atención que sobre mis piernas se derrumba una sudadera negra que calentaba mi cuerpo.

Una que no es mía.

—Qué coño… —susurro sujetando la tela entre mis manos.

—Tenías frío —dice una voz a mi lado, y salto en el lugar, alarmada—. Creí que necesitabas cubrirte un poco.

—Blas —susurro con sorpresa.

Está aquí.

Está aquí.

Está aquí.

¡Está aquí!

Miro alrededor, la playa está completamente vacía, excepto por un grupo de jóvenes tocando el ukelele alrededor de una fogata a cinco metros. La luz le ilumina de naranja y el movimiento del fuego se ve en su rostro como si decidiese danzar sobre él.

Blas parece estar en su hábitat natural.

Está sentado a mi lado, con sus brazos descansando sobre sus rodillas flexionadas. Puedo ver que lleva una bermuda y una camisa blanca que el viento nocturno pega contra su torso. Sus ojos, intensos y reflexivos, están fijos en el mar oscuro y turbulento frente a nosotros.

—Lo extrañaba —dice sin mirarme, y luego aclara—: el sonido. Nunca había notado lo ruidoso que era Nueva York, ni lo gris.

Silenciosamente, me pongo su sudadera mullida y suave, su olor me rodea y debo contenerme para no aspirar profundamente la tela.

Todo mi cuerpo reacciona a su presencia, siento que pasaron años desde la última conversación que tuvimos.

—Es literalmente la ciudad más concurrida del mundo —digo con media sonrisa.

Blas se ríe por lo bajo y entierra sus pies en la arena.

Cojo el móvil para encender la linterna, pero él la cubre con su mano.

—Prefiero la luz de la fogata para decir lo que necesito decirte.

—Está bien… —susurro guardando el móvil en mi mochila—. ¿Qué tienes para decir?

—Espera, que estuve practicando esto en el avión y ahora lo olvidé por completo. —Acomoda su garganta varias veces antes de hablar—. Allá voy… Cuando llegué aquí, aborrecía absolutamente todo de esta isla, tú incluida, al principio. —*Auch*—. Todo el mundo idolatraba a mi abuelo y yo simplemente estaba tan dolido por su

pérdida y por lo que hizo que no podía soportar veros tan conectados a él y yo tan alejado. Pero un día fui a su casa por alguna razón y encontré una pila de cartas que él me había escrito, donde contaba qué fue lo que en realidad ocurrió y qué fue lo que vi el día que lo encontré besándose con Bertha. —Se ríe con amargura y mira levemente hacia mí—. Al principio consideré su explicación pura basura, hasta que un día, algo cambió en mí que hizo que comprendiera por lo que él estaba pasando. Lo entendí porque todo lo que mi abuelo expresaba de Bertha, yo lo estaba sintiendo simultáneamente contigo.

—¿Con los mensajes?

—Sí, pero también con mi gerente. Supe que eras tú la Desconocida porque vi una nota que escribiste en tu despacho, tu letra es adorable y la reconocí inmediatamente. —Suspira y se acomoda sobre la arena—. Sin embargo, yo sabía que tú no sentías nada por mí, joder, era tu jefe, el mismo que te hizo despedir a gente que tú querías, el que se burló de la cultura de esta isla y te hizo recortar el presupuesto de todo lo que te parecía importante. ¿Cómo iba a decirte que era yo? Tú me aborrecías.

—Nunca lo hice, Blas —interrumpo.

Me mira detenidamente, hasta que levanto la mirada, sintiendo que mi corazón pide a gritos su cercanía, tocarlo, abrazarlo, porque lo he extrañado tanto.

—Pero no te sentías como lo hacías con el Desconocido, eso no cabe dudas. Con él hablabas de todo y te reías, joder, tu risa era un afrodisiaco—sonríe mirando al cielo oscuro— y no era dirigida a mí, conmigo simplemente no te reías nunca porque conmigo no podías relajarte, y no te culpo. Por eso intenté acercarme a ti, mostrarte quién era en realidad y que me vieras, que conozcas quien era yo bajo todas esas capas y capas de duelo y rencor.

—Blas…

—¿Sabes por qué te llamo Coral? —me pregunta de repente.

Me vuelvo hacia él, intrigada. Sus ojos reflejan una ternura que me hace sentir especial. Sonrío, curiosa.

—Porque lo tenía en el pelo aquella vez.

Lo veo respirar hondo, como buscando las palabras adecuadas. Hay una seriedad en su mirada que me hace espere pacientemente su explicación.

—No, el coral es fundamental para los peces —comienza, sus ojos fijos en los míos—. Es su hogar, el lugar donde encuentran vitalidad y protección. Sin el coral, muchos de ellos no podrían sobrevivir.

Escucho cada palabra atentamente, sintiendo cómo su explicación se adentra en mi pecho.

—Para mí, tú eres mi coral —continúa, su voz llena de sinceridad —. Desde que llegaste a mi vida, eres mi refugio, mi fuente de vida. Sin ti, me siento perdido, incapaz de navegar en este mundo.

Cambia de posición, arrodillándose delante de mí. No se me escapa lo importante que es esto para un hombre tan orgulloso como él.

—No pude vender el hotel —confiesa, su voz baja pero cargada de una emoción que me atraviesa—. Porque no puedo escapar de lo que esta isla significa, de lo que tú despiertas en mí. Astrid, lo que siento por ti es más que amor; es devoción, es un fuego que arde incluso cuando intento apagarlo.

Hace una pausa, buscando mis ojos, como si mi respuesta fuera el único aire que necesita para respirar.

—Te admiro por todo lo que eres, por la fuerza que llevas, y te deseo como nunca imaginé que se pudiera desear a alguien. Si me concedes una oportunidad, prometo mostrarte cada parte de mí. No solo mis blancos, sino también mis negros y las profundidades que ni yo entendía hasta que llegaste. —Se inclina ligeramente hacia mí, su mirada vulnerable pero decidida. —Solo pido eso, Astrid. Una oportunidad para ser el hombre que mereces.

Mi mano acaricia su mejilla, y él cierra los ojos, como si ese simple gesto fuese tanto un consuelo como una condena.

—Me sentí traicionada —susurro, mi voz quebrándose un poco.

—Lo sé —responde en el mismo tono, abriendo los ojos para mirarme de frente, sin huir—. Yo me hubiera sentido igual.

Trago con dificultad, pero no aparto mi mirada de la suya.

—Y me dolió mucho saber que mantuviste ese secreto durante tantos meses —continúo, dejando que la verdad salga a la superficie —. Que no te hayas sentido lo suficientemente cómodo como para mostrarme quién eras de verdad me destrozó. Pero lo que siento por ti, Blas... lo que siento por ti es algo que no he sentido, ni voy a sentir por nadie más.

Sus ojos se llenan de una mezcla de arrepentimiento y esperanza, y antes de que pueda decir algo, su mano sube a mi mejilla, cálida y reconfortante. Nos miramos como si ese contacto fuera un salvavidas en medio de un mar turbulento.

—Nadie —murmura, su voz firme pero cargada de emoción—. Nadie, Astrid. No puedo soltarte.

El aire entre nosotros parece desaparecer, dejando solo el latido de dos corazones que se niegan a rendirse.

—¿Aunque tenga un tatuaje descolorado de un corazón sangrante?

—Aunque te tatúes el nombre de Kai en la frente —sonríe.

Los dos compartimos una sonrisa suave y liviana. Nuestras frentes en contacto hasta que Blas presiona sus labios sobre los míos. Sus manos acarician mi rostro, mientras su lengua se abre paso en mi boca, marcándome como suya, definitivamente.

—Joder, te extrañé, te extrañé tanto —dice sobre mis labios.

—Te amo, Blas —confieso besando su rostro. Esas palabras querían escapar de mí en cuanto escuché su voz a mi lado.

Blas se detiene.

Cuando levanta la cabeza, sus grandes manos rodean mi rostro y acaricia mi mejilla.

Puedo ver sus ojos llenos de amor y una profunda alegría.

—Te amo, Coral, infinitamente.

Epílogo

BLAS: UN AÑO DESPUÉS.



Encuentro a Astrid contemplando el vasto mar azul cobalto desde la amplia ventana de nuestra habitación, una taza de café entre sus manos.

Esta mujer no se cansa de las vistas privilegiadas (según ella) y yo tampoco, sin embargo, cuando la envuelvo entre mis brazos y beso su cuello robo toda su atención.

Convencerla de vivir juntos fue la mejor decisión que tomé este año, esa y la casa que compramos donde pienso vivir el resto de mis días con ella.

Vivir en el hotel ya no era una opción considerando que el código postal de Maui será permanente en mi vida, solo tuve que insistirle durante unos cuatro meses hasta que dijo que sí a mudarse conmigo.

Las excusas que escuché:

- «No quiero dejar sola a la señora Kane», entendible, pero la señora Kane ya no está sola, tiene un novio que se desvive por ella.
- «Mi casita es mágica, no me gustaría perderla», no tan entendible y yo no entro allí.
- «No quiero que gastes todo tu dinero en una casa carísima», aburrido, el piso de Manhattan me dio dinero como para comprarme al menos dos mansiones en Maui.

No hice exactamente eso, pero sí encontré una casa hermosa con vistas a la playa a tan solo media hora del hotel. Desde cualquier ventana de la casa podemos ver el mar y, si no es eso, son las montañas verdes majestuosas. Y no nos olvidemos del acceso directo a la playa para surfear de la mañana a la noche.

—¿Estás listo para la inauguración? —pregunta volteando para mirarme a los ojos.

Hoy es la gran inauguración de la nueva biblioteca de Lani Vista. La brillante idea de Astrid de convertir la casa de mi abuelo en una biblioteca pública hizo que me enamorara aún más de ella.

Los dos trabajamos muy duro para acondicionar el lugar y Bertha se encargó de donar los libros que faltaban para completar cada espacio disponible en las estanterías.

El lugar es público y cualquier ciudadano de la isla tiene acceso.

—Lo estaré mientras estés conmigo.

Astrid deja su taza sobre una mesa de noche cercana y rodea mi cuello con sus brazos, siempre miro sus pies cuando lo hace, porque debe ponerse de puntillas y eso simplemente es demasiado adorable como para ignorarlo.

—Cada minuto —responde dejando un beso rápido sobre mis labios.

La levanto desde sus piernas y camino hacia la cama deshecha para sentarla sobre mi regazo.

—Y después… ¿Vacaciones? —pregunto con sospecha, ella hizo la promesa de que nos tomaríamos un tiempo para estar juntos, SOLOS, sin un hotel de por medio.

—Sí —se ríe cómplice—, vacaciones, tú y yo.

—Música para mis oídos. —Aprieto su culo contra mí y la beso intensamente, saboreando la tibieza de sus labios.

—Ahora que Malia es mi asistente, tendré más tiempo libre, lo prometo.

—Esa fue la única razón por la cual aprobé su ascenso —respondo seriamente, ganándome un golpecito de Astrid en mi pecho.

Me hace reír y apoyo mi frente sobre la de ella, aspirando su perfume a coco.

Tuve tanto miedo de no poder hacerlo nunca más cuando estaba en Nueva York, que no lo doy por sentado ningún día de mi vida.

—Eres malo.

—Sí, pero nunca contigo —devuelvo—. Vamos, que, si sigo sintiendo tu perfume, llegaremos tarde.

Y tengo muchos planes para hoy.



El lugar es estrecho para la cantidad de personas que somos.

Derribamos algunas paredes para hacerlo más amplio y sin tanto recoveco, pero, aun así, estamos todos apretados frente al lazo rojo que le da apertura oficial al lugar.

Los medios locales disparan sus cámaras hacia nosotros y, con una gran tijera, cortamos la cinta roja, dando paso a todos para que entren y exploren el sitio.

Astrid realmente hizo un excelente trabajo. Hay rincones acogedores donde uno puede sentarse a leer al lado de un ventanal que da hacia el océano, y las plantas aquí parecen haber invadido cada estancia con enredaderas que transitan por los techos.

Mi futura esposa se acerca con una sonrisa radiante, pero en su mano hay un micrófono.

—Hay periodistas que quieren hacerte preguntas —susurra sobre mi oído—, será rápido, lo prometo.

Con desaprobación, enciendo el micrófono y miro a los seis periodistas delante de mí, entre ellos, los invitados, algunos empleados y huéspedes también.

—¡Señor Henderson Morris! Aquí, El Sol Naciente quiere saber por qué el hotel decidió crear una biblioteca pública. —El hombre extiende su brazo para que el móvil esté cerca de mi boca, pero al ver mi rostro de pocos amigos, da unos pasos hacia atrás.

Los demás lo imitan.

Escucho la risita de Astrid a mi lado.

—Mi abuelo construyó esta casa para estar cerca del hotel, él vivió aquí muchos años hasta que dejó este mundo. —Aclaro mi garganta, esas son palabras que aún me cuesta pronunciar—. Para él los libros eran una vía de escape, un camino que recorrer. Él me enseñó lo importantes que son. Y gracias a él conocí a mi novia, Astrid Cooper. —Miro a Astrid a mi lado, que se sonroja—. Así que entre los dos decidimos que este era el lugar indicado para pregonar las enseñanzas de mi abuelo, queremos que todos tengan acceso a las mismas aventuras y conocimientos que tuvimos gracias a él.

Algunas cámaras se enfocan en Astrid y yo la envuelvo bajo mi brazo, atrayéndola a mí y a la protección que puedo darle.

Una mujer levanta la mano y la señalo.

—Del diario de Maui Hoy. ¿Cuántos libros hay en esta biblioteca?

Miro a Astrid y ella responde por mí.

—Aproximadamente cuatrocientos libros, de todos los géneros posibles.

Las preguntas se disparan incesablemente y entre los dos logramos responder casi todas. El proceso continúa por algunos minutos más, hasta que damos por finalizada la ceremonia.

Pasamos el día entero entreteniendo personas, disfrutando de el gran momento, pero mis nervios aún no se retiran de mi estómago.

Encuentro a Bertha entre algunas personas, apoyada contra una estantería, con su bastón en la mano. Ella encuentra mi mirada y asiente lentamente.

—Quizás sea hora de partir —dice ella cuando entiende lo que estoy a punto de hacer.

La mayoría de las personas la siguen, hasta que, en el horario del atardecer, ya no hay nadie en la biblioteca, solo Astrid y yo.

Mi novia sonríe llena de orgullo, ha sido un día increíble para los dos, solo que aún no ha culminado.

—Astrid… —mi voz se quiebra mientras doy un paso atrás, mi corazón golpeando con fuerza contra mis costillas. Meto la mano en mi bolsillo derecho y siento la pequeña cajita negra, la seguridad que debería darme ahora convertida en un temblor que recorre todo mi cuerpo.

Joder.

Sus ojos se entrecierran, confundidos, pero no digo nada. En su lugar, caigo de rodillas frente a ella, y el aire parece detenerse entre nosotros.

—¡Blas! —exclama, llevándose las manos a la boca, sus ojos brillando como si ya entendiera lo que está por venir.

Con manos temblorosas, abro la caja, revelando el anillo. Un halo delicado de diamantes que enmarca un zafiro tan profundo y deslumbrante como el océano que rodea esta isla.

—Astrid, mi vida cambió contigo. Cada día a tu lado me ha hecho mejor, más fuerte… más humano. Si aceptas compartir tu vida conmigo, si aceptas ser mía para siempre, entonces y solo entonces me sentiré completo. —Tomo aire, mi pecho ardiendo con cada palabra—. ¿Quieres casarte conmigo?

Por un instante que parece eterno, ella se queda inmóvil, con las lágrimas formando ríos en sus mejillas. Y luego, como una explosión de felicidad, asiente con vehemencia, su sonrisa iluminando todo a su alrededor.

—¡Claro que quiero casarme contigo! —grita, su voz quebrándose de emoción mientras cae de rodillas frente a mí, nuestras almas encontrándose en un abrazo que parece contener al universo entero.

Tomo su mano con delicadeza y deslizo el anillo por su dedo, un ajuste perfecto, como si siempre hubiera sido suyo. Cuando nuestros labios se encuentran en un beso que sella nuestra promesa, el mundo desaparece.

Y mientras la sostengo contra mí, con el sabor de su felicidad en mis labios, un pensamiento atraviesa mi mente. Cierro los ojos y veo a mi abuelo, su sonrisa sabia y serena irradiando una felicidad que siempre deseó para mí.

En este momento de unión, siento que no solo celebramos nuestro amor, sino que también honramos los sueños y sacrificios que él hizo, pavimentando el camino hacia este presente tan distante de lo que imaginé que mi vida sería.

Gracias abuelo.

Te quiere y te admira.

Tu nieto.
Blas.

Epílogo

ASTRID



Blas se acerca a la mesa con el delantal que dice "Besa al Dementor", el mismo que le regalé por Navidad el año pasado. Lleva debajo una camiseta sin mangas que deja al descubierto sus brazos definidos y bronceados. Trae una bandeja repleta de comida chisporroteante recién salida de la parrilla.

Dice que toda esa comida es necesaria para alimentar a las dos bestias: sus hermanos pequeños, Dylan y Jethro Henderson Morris, o como los llamo yo, la Bella y la Bestia.

Les conocí el día de nuestra boda, hace cuatro años, cuando irrumpieron en la habitación donde me estaba preparando. Llegaron con una botella de champán y tres copas, diciendo que necesitaban conocerme antes de que su hermano diera el «Sí, quiero». Charlamos tanto que acabé llorando de risa, y tuve que retocarme el maquillaje para evitar que mi madre tuviera un colapso.

Dylan es, sin duda, el dueño del sentido del humor en la familia: extrovertido, vanidoso (la Bella). Cambia de novia constantemente y vive de fiesta en fiesta. Por supuesto, vivir en Las Vegas no ayuda a frenar ese ritmo de vida, pero es un buen hermano para Blas y un tío encantador.

Jethro, en cambio, es mucho más reservado. Cuando habla con desconocidos, casi siempre parece ladrarles para mantenerles a distancia. Sin embargo, con la familia es cariñoso, especialmente con Ivy, el torbellino de dos años que ahora se revuelca entre mis brazos.

Ivy llegó un quince de noviembre a las cuatro de la madrugada en el centro médico de Maui, pesando tres kilos y con unos pulmones capaces de cantar ópera. Ese día cambió nuestras vidas para siempre. Sabíamos que no era una casualidad que naciera el mismo día del cumpleaños de Chester, y estamos infinitamente agradecidos por el regalo que nos envió.

—Ivy, ¿quieres venir con el tío? —pregunta Jethro cuando mi hija empieza a retorcerse en mis brazos como si fueran una prisión. Según Blas, es una "Mini Astrid", ya que no tiene ni un solo rastro de su ADN; es toda mía. La traidora sale corriendo y escala al gigante de su tío, que la envuelve en sus brazos y la llena de besos, haciendo que estalle en carcajadas.

Mi marido reparte la comida con una media sonrisa.

Le encanta que sus hermanos estén aquí, en el jardín de casa, con el mar azul de fondo y el sol en lo alto. Se ha convertido en costumbre que vengan a Maui al menos dos veces al año. Según Dylan, Blas ha cambiado tanto que ahora disfrutan pasar tiempo con él.

Los últimos años fueron duros para la familia: Blas se aisló de todos y se castigó a sí mismo por crímenes que no había cometido. Pero después de leer las cartas de Chester y de horas de terapia con la doctora Alana, es un hombre completamente distinto.

No solo se preocupa de que nosotras estemos bien, sino también de quienes le rodean en la isla, como Bertha, e incluso Malia, que se ha vuelto muy presente en nuestras vidas. Sus hermanos me atribuyen el mérito, pero todo esto fue obra de Blas. Yo solo estuve a su lado y le escuché cuando me necesitó.

Ivy observa a su tío cortar carne con detenimiento, mientras él habla de surf con Blas. Pero, aunque parece concentrado en la conversación, su atención está puesta en su sobrina. De los dos tíos, pensé que Jethro sería el más distante emocionalmente, pero el día que conoció a Ivy sus ojos brillaron con un afecto inesperado. Ese día entendí que Jethro es todo espinas y acero por fuera, pero por dentro es alguien completamente diferente, alguien que ansía algo que aún no tiene, a pesar de tenerlo todo.

—Astrid —llama Dylan—, ¿cómo van los preparativos para el campeonato?

Una oleada de emoción recorre mis venas al recordar que en solo una semana volveré a competir en el campeonato de surf de Maui.

—Muy bien. No tengo posibilidades de ganar; vienen algunas surfistas australianas que son muy buenas, pero...

—Coral... —me reprende Blas con la mirada.

Recalculo rápidamente:

—Tengo cosas que corregir, pero Kai dice que estoy lista. —Le echo un vistazo de reojo y él me regala un guiño que hace que un calor agradable me suba por el cuello.

Mi marido sigue despertando mi lado más lascivo cada vez que estamos en la misma habitación, y por cómo me mira, sabe exactamente en qué estoy pensando.

Kai fue un problema durante un tiempo, uno recurrente. Sin embargo, entendió que nada iba a suceder, que mi corazón solo le pertenece a Blas. Eso, y el hecho de que mi marido cree que el anillo de bodas es como un halo de protección.

Los hermanos, en general, comparten rasgos similares: mientras que Blas y Jethro heredaron el temperamento y el físico de su padre, Dylan tiene toda la belleza de Marie, su madre. Según Blas, ella fue modelo en los noventa y apareció en las portadas de las revistas más prestigiosas del mundo. Por eso Dylan es tan presumido: tiene con qué, y lo sabe.

—Allí estaremos, animándote —dice Dylan.

—Y vigilando a Kai... —añade Jethro en voz baja.

Blas le lanza una mirada de advertencia porque todos le hemos oído, y los hermanos se ríen. Suelen unirse para fastidiarle, pero creo que eso viene con el papel de hermano mayor.

Dylan se inclina sobre la mesa con una sonrisa que podría convencer a cualquiera de cometer una locura y levanta su copa.

—Por el campeonato de Astrid y… por las australianas. Espero que alguna necesite consuelo después de perder.

—Por favor... —murmura Jethro, cortando un trozo de carne—. Ya tenemos suficientes novias internacionales en la familia; no soporto viajar.

—*Esposa*... —corrige Blas en voz baja.

Dylan le lanza una mirada ofendida.

—No me culpes por ser irresistible.

Ivy ríe, como si entendiera la broma, mientras Jethro sonríe levemente sin levantar la mirada. Pero cuando sus ojos se encuentran con los de Blas, la intensidad en ellos es inconfundible, como si estuvieran teniendo una conversación silenciosa, cargada de historias que aún no comprendo del todo.

—¿Y tú qué, Jeth? —pregunto—. ¿Te irás de aquí sin una anécdota?

—Qué va, no soy como él —responde, sin dejar de vigilar a Ivy—. Mis historias no terminan en Las Vegas ni en portadas de revistas.

El silencio que sigue dura un segundo, pero se siente como si fuera más largo, hasta que Blas rompe la tensión al cambiar de tema. Sin embargo, ese pequeño intercambio se queda conmigo. Dylan puede ser un huracán, pero Jethro... Jethro es el tipo de tormenta que se acumula lento, impredecible, y cuando llega, nadie lo ve venir.



Cuando la cena termina y el sol comienza a ocultarse en el horizonte, Jethro se queda de pie junto a la barandilla, con Ivy dormida en sus brazos. Su expresión, casi solemne, me llama la atención, y me acerco.

—¿Todo bien? —le pregunto en voz baja, para no despertar a Ivy.

Jethro asiente, pero su mirada está fija en el mar.

—A veces pienso que debería quedarme aquí más tiempo... lejos de todo lo que abandoné en Nueva York.

Su tono tiene un peso que no esperaba, y me atrevo a preguntar:

—¿Qué dejaste atrás, Jeth?

Él baja la mirada hacia Ivy, acariciando suavemente su cabello.

—Demasiado. Pero no sé si…

Antes de que pueda continuar, Dylan aparece, con una botella de vino en la mano y una sonrisa deslumbrante.

—¡¿Qué pasa aquí?! ¿Reflexiones profundas en el atardecer?

Jethro rueda los ojos, pero no responde. Me doy cuenta de que su corazón está atrapado y eso deja una mala sensación en mí, no quiero que se sienta así.

Dylan, ajeno al peso de la conversación, me guiña un ojo.

—Por cierto, Astrid, no olvides que el tío Dylan es el favorito. Ivy ya me dijo que me prefiere.

Río, sacudiendo la cabeza.

—Claro, Dylan. Lo que digas.



Blas me ayuda a bajar la tabla del techo del todoterreno mientras mira las olas a lo lejos con preocupación. Son especialmente grandes y pueden intimidar.

—¿Recuerdas lo que te dije? —susurro mientras Jethro y Dylan bajan a Ivy—. Si mi vida corre peligro, me salgo.

—Sí, ya sé, Coral —responde resignado—. Confío en tu criterio al cien por cien.

—Gracias —respondo, dejando un beso sobre sus labios.

—¡Mami! —grita Ivy, pidiendo que la coja, y lo hago. Los niños siempre perciben la tensión en el ambiente.

Cuando llegamos a la carpa donde debo presentarme, encontramos a Kai, que saluda cariñosamente a mi hija y con respeto a Blas y a sus hermanos.

—¿Lista? Hoy es un día perfecto.

—Lo sé —respondo con emoción, mirando las enormes olas romper furiosamente contra la costa—. Espero no hacer el ridículo.

—No lo harás —asegura Blas, sosteniendo a Ivy en brazos.

Anuncio mi llegada al equipo organizador del evento y espero pacientemente mi turno, mientras otras mujeres surfean y doman las olas espectacularmente bien.

—¿Astrid? —llaman detrás de mí.

—¡Oh! ¡Malia! —abrazo a mi amiga con fuerza. Su madre falleció hace unas semanas, así que me alegra mucho verla aquí—. ¡No esperaba verte hoy!

—No quería perdérmelo. Además, necesitaba salir un rato —responde, aunque su mirada intenta ser casual, inevitablemente se fija en los tres Henderson Morris detrás de mí—. Hola… —añade con una voz que parece titubear un segundo.

—Hola, Malia —dice Blas, ajeno a cualquier posible incomodidad. Se acerca y le da un abrazo rápido, balanceando a Ivy en sus brazos —. ¿Recuerdas a mis hermanos? Dylan y Jethro.

—Claro —responde ella, con una sonrisa tensa que no le llega a los ojos—. Un gusto volver a veros.

Su mirada tropieza con Jethro, y él la sostiene un segundo más de lo necesario antes de asentir brevemente. El silencio entre ellos dura un instante incómodo, como si ambos estuvieran repasando un capítulo del pasado que ninguno quiere abrir.

—¿Tienes dónde sentarte? —pregunta Blas, rompiendo la tensión, que parece pasar desapercibida para todos excepto para ellos dos—. Trajimos sillas extra.

—Oh, genial. Salí tan rápido que olvidé todo —admite Malia, apartando la mirada y soltando una risa nerviosa que no logra suavizar su postura rígida.

—No se diga más, chicos, ¡armemos campamento! —ordena Blas, señalando un espacio vacío en la playa.

Mientras nos acercamos, Malia conversa conmigo.

—Lo harás genial, lo sé —dice, aunque su sonrisa parece distraída, como si su mente estuviera en otra parte.

Desde mi posición, noto cómo Jethro, al colocar una de las sillas en la arena, lanza una mirada rápida hacia ella. Pero no es una mirada casual. Es casi... precavida, como si esperara una reacción o temiera provocarla.

—¿Hace cuánto que no nos veíamos? —pregunta Dylan de pronto, intentando llenar el silencio.

—Mucho tiempo —responde Malia, mirando a cualquiera menos a Jethro—. Creo que desde aquella cena en… —se interrumpe y carraspea—. En casa de los Henderson Morris.

Jethro, sin levantar la vista, suelta una risa corta, seca.

—Esa fue una noche interesante —murmura. Aunque no aclara más, el peso de sus palabras queda flotando en el aire, suficiente para que incluso Blas frunza ligeramente el ceño.

—¿Estás lista para ganar? —pregunta Malia, ignorando el comentario.

—Vine con la intención de divertirme, honestamente. La competición de este año es fuerte, así que no espero milagros. Ya con estar aquí es suficiente… ¡y verte! Me pone muy feliz.

Malia sonríe con dificultad y me abraza. Su piel está fría, a pesar de la brisa cálida que nos rodea. Después de tantos años cuidando de su madre enferma, entiendo que ahora se siente perdida.

—Gracias…

—¡Astrid Henderson Morris! —llaman.

—Es mi turno. Ve con los chicos, no muerden.

Malia ríe y se marcha. Blas, al escuchar mi nombre, corre hacia mí y me besa descaradamente, haciendo que la gente a nuestro alrededor silbe y nos anime.

—Te gusta el espectáculo —le digo riendo.

—Me gustas tú. Ve y diviértete, esposa.

—Lo haré, esposo. —Le dejo un beso más y luego me acerco a su oído—. Deja que Malia se siente junto a Jethro.

Blas asiente con una sonrisa.

—Lo que tú mandes. Te amo, infinitamente Astrid.

Mi estómago se llena de mariposas como si fuera la primera vez que lo dice, y con una enorme sonrisa respondo:

—Yo también te amo, Blas.

Respiro profundamente, cojo mi tabla y corro hacia las olas.

Fin.

LANI VISTA

HOTEL

¡Aloha, querida huésped del Lani Vista!

Esperamos que haya disfrutado de su estadía.

Si nuestro pequeño rincón en el paraíso la hizo reír, suspirar, o incluso replantearse el concepto de "relajación", ¡queremos saberlo!

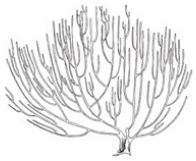
Por favor, déjenos una **reseña** sobre su experiencia. Comparta sus momentos favoritos, sus personajes más queridos (o detestados), y si recomendaría esta travesía emocional a otras almas aventureras.

Ayúdenos a hacer que más huéspedes se atrevan a cruzar nuestras puertas en este link.

Con gratitud (y un cóctel imaginario en su honor),

El equipo del Hotel Lani Vista.

Agradecimientos



💕¡Hola, lectora apasionada! 💕

Gracias por elegir *Lani Vista* para tu viaje imaginario. Espero que te hayas enamorado de esta historia tanto como yo disfruté creándola. Maui es mi lugar favorito en el mundo, y por fin cumplí el sueño de escribir una historia de amor ambientada en ese paraíso. Este libro es tan tuyo como mío.

Quiero agradecer a Nati, mi editora estrella, por su dedicación y profesionalismo. Solo ella puede correr a la velocidad de la luz y aún así dejar todo impecable.

A Juli de Moods and Books, porque cada vez que veo esta portada me emociono. ¡Gracias por captar la esencia de la historia de forma tan mágica!

A Matías G. , mi amigo de toda la vida, por explicarme el funcionamiento interno de un hotel. Sin tu ayuda, seguramente habría inventado disparates.

A Yensi y Danita, mis lectoras y amigas con paciencia infinita. Gracias por leer el libro dos veces (¡o más!) y soportar mis momentos de inseguridad.

A Paloma, quien siempre sabe cómo aterrizar mis ideas cuando mi imaginación vuela demasiado lejos. Tu apoyo fue clave para darle forma a esta historia.

A mi esposo, por ser mi refugio en los bloqueos creativos y ayudarme a desatar los nudos en mi cabeza.

Y al maravilloso equipo de Essensly Books, que siempre está allí para apoyar a quienes soñamos con compartir nuestras historias.

Finalmente, a ti.

Gracias por acompañarme en cada aventura, por tus reseñas, mensajes, recomendaciones y por estar ahí siempre, siguiéndome en redes y siendo parte de esta travesía. Este viaje no sería posible sin ti.

Nos vemos en la próxima historia… Y sí, Jareth ya está en camino. 😉

Con cariño,

Marcia ❤️

Otras Obras de Marcia DM

Romance Contemporaneo

Saga Hermano Walker

Amor y Odio en Manhattan.

Segunda Oportunidad en Miami

Rivales en Dallas.

San Francisco Inesperado

Walker Segunda Generación:

El Color del Anhelo

El Color del Pecado

El Color del Odio

El Color del Impulso

Jareth

(próximamente)

Saga El clan de los corazones fríos:

El hotel de los corazones perdidos

Romance oscuro

Saga Resiliente

Resiliencia

Stamina

Deber

Rage

Carter

Saga King Security:

Mentiras Robadas

Hecha de Veneno

Hecho de Tragedia

(próximamente)

Romance distopico:

La Marca Del Silver Wolf

Romance Paranormal:

Príncipe Oscuro

Acerca de la Autora

Marcia DM es una argentina que vive en Estados Unidos hace siete años. En su travesía por encontrar nuevos territorios, Marcia retomó un gran amor que era la escritura y hoy lleva publicados trece libros en español y tres en inglés.



Marcia vive en una pequeña ciudad de Texas, le gusta mucho la decoración de interiores, hacer proyectos en su casa (sus manos lo pueden demostrar) y dibujar.

Puedes seguirla en tus redes sociales favoritas, pero Marcia tiene que admitir que Instagram y el grupo privado de Facebook es donde más interactúa con sus seguidoras.